

El cuarto bios

Estudios sobre
comunicación
e información

Gonzalo Abril (ed.)

El cuarto bios. Estudios sobre comunicación e información

Gonzalo Abril (ed.)

El cuarto bios. Estudios sobre comunicación e información

Gonzalo Abril (ed.)

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización expresa de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los libros publicados por Editorial Complutense a partir de enero de 2007 han superado el proceso de evaluación experta.

© 2010 *by* Gonzalo Abril como editor y los autores de sus textos

© 2009 *by* Editorial Complutense, S.A.

Donoso Cortés, 63 - 4.^a planta. 28015 Madrid

Tels.: 91 394 64 61/0. Fax: 91 394 64 58

ecsa@rect.ucm.es

www.editorialcomplutense.com

Primera edición: Abril de 2010

ISBN Editorial Complutense: 978-84-9938- 040-7

Índice

Introducción. Gonzalo Abril.	7
Entre textos y prácticas: hacia una semiótica culturoológica. Cristina Demaria.	13
Sistema de medios y gestión de la identidad: Notas para una revisión de la perspectiva sistémica en Comunicación de Masas. Juan Miguel Aguado.	33
Espacio interdisciplinar y traducciones metodológicas. Vanessa Saiz Echezarreta.	55
Los medios de comunicación como agentes del cinismo (según Peter Sloterdijk). Isabel G. Gamero Cabrera.	73
Las metáforas del ciberespacio: sumergirse, navegar, surfear. Israel V. Márquez.	85
El sitio web como lugar de construcción del imaginario de la cooperación internacional al desarrollo. Marina Mantini.	97
La sensocracia tecnológica: lógica técnica corporeizada. Adriana Cely Álvarez.	113

La construcción del futuro en el discurso presidencial de Ricardo Lagos (Chile 2000): una aproximación metodológica. Paulina Gómez Lorenzini.	127
Textos complejos en contextos turbulentos. Los géneros musicales postmodernos en la era del copyright. Héctor Fouce.	147
Los anuncios de cosméticos en las revistas femeninas: globalización de prototipos y valores. Graciela Padilla Castillo.	159
Un estudio mediático sobre el desgano y la apatía que los estudiantes secundarios presentan en el aula. María Carolina Saiz.	175
Autores	195

Introducción

Gonzalo Abril

El pensamiento sociológico, político, económico y moral se ve hoy comprometido con el “giro comunicativo” que se viene proyectando en las llamadas ciencias humanas desde mediados del siglo XX, y a la vez con la evidencia de que la comunicación y la información suministran un espacio estratégico para los grandes cambios de nuestros días. Pero por desgracia las racionalizaciones dominantes de esos cambios —es decir, las que consiguen un éxito mayor en el nivel de la administración de las cosas y en el de los discursos mayoritarios— se plantean en términos constreñidos por las censuras y autocensuras inherentes al actual sistema de poder tecnopolístico, tejido de estructuras de mercado mono u oligopolístico y formas tecnocráticas de regulación.

Así, en aquellos espacios de la acción colectiva donde la comunicación es reconocida como la dimensión incuestionable (la educación, el desarrollo, la gestión cultural y de la memoria, por ejemplo), las apelaciones al uso de las “nuevas tecnologías”, telemáticas y digitales, y a la “modernización” de las infraestructuras técnicas suelen prevalecer abrumadoramente sobre otros posibles argumentos relativos a las condiciones y los procesos socioculturales en que tales implementaciones intervienen, y a los que inevitablemente modifican. Eso sí, sin que falte nunca la apelación a una supuesta “sociedad del conocimiento” que jamás se define sino de modo trivial (¿se conoce alguna sociedad ajena al conocimiento?)

Por decirlo en breve, al pensar y gestionar la comunicación no desde un paradigma mediático, centrado en el pensamiento sobre los medios, sino desde un paradigma tecnocrático, centrado en el fomento mercantilista de los sistemas técnicos de transmisión y almacenamiento de información, se esquivo el problema central de las mediaciones, tal como fue tematizado de forma pionera por

Martín Barbero (1987). Si, por el contrario, tratamos de entender la actividad de los medios desde la perspectiva de la mediación, hemos de asumir al menos cuatro presupuestos (que presentábamos en Abril, 1997):

(a) La acción mediática no es nunca puramente instrumental, los medios no son meras técnicas de reproducción o difusión. Aunque necesariamente sustentados por herramientas y habilidades técnicas, los medios suponen el ejercicio de determinadas prácticas socio-tecno-lógicas, que se insertan en marcos de conocimiento, pero también en marcos de interacción y de relaciones de dominación entre los sujetos que las aplican.

(b) Los medios son agentes culturales y agentes de socialización. Mediar significa poner en relación distintos universos de significación y de experiencia, y a la vez hacerlos más o menos comunes o conmensurables: lo próximo con lo distante, lo local con lo global, la tradición con la innovación, etc.

(c) Los medios operan en contextos más amplios que el que presupone el modelo “tecnología-usuario”, y sobrentienden redes sociales y culturales intermediáticas. No son, pues, “fuentes de sentido” autónomas.

(d) La mediación no es nunca transparente. Vuelve invisibles gran parte de las operaciones de los propios medios, y por tanto también parte de nuestro modo de participar, implicarnos, intervenir y ser afectados por ellos. Como todo proceso sociocultural, los que acacecen en y entre medios remiten al/ a lo inconsciente, es decir, a un dominio que “no puede, hablando con propiedad, pertenecerme” (Butler, 2009: 78). Así ocurre, por ende, con los procesos de sujeción-subjetivación mediante los que nos hacemos sujetos de las operaciones mediáticas y de cualesquiera prácticas culturales.

En fin, si soslayamos la visión instrumentalista y mediocéntrica, podemos enfocar de otro modo nuestras concepciones de la comunicación y también nuestra manera de intervenir científica, política, técnica y estéticamente en el campo mediático. Por eso son tan sugerentes las observaciones de Sodré (2002) cuando explica la mediación de las tecnologías comunicativas de nuestra era –masiva y posmasiva- como construcción de un cuarto bios que hoy habría que añadir a los tres bioi que Aristóteles distinguía en la polis: la vida del conocimiento, la vida política y la vida del placer y del cuerpo. En efecto, el concepto griego de bios no está inicialmente supeditado al recurso a una u otra techné, denota más bien la forma de existencia y de experiencia que caracteriza el modo en que cada individuo habita el mundo colectivo de la ciudad. Al decir que hoy las prácticas sociotecnológicas de la comunicación construyen un cuarto bios, no suponemos que éste se yuxtapone, sin más, a los anteriores, sino que los infiltra y modifica, al modo de una dimensión transversal: ni el saber, ni la política, ni el arte ni los placeres pueden ser los mismos a partir de la implantación y la

extensión de los nuevos medios digitales, telemáticos e interactivos. Incluso hasta el límite de una mutación antropológica.

Pero habría que añadir al planteamiento de Sodré una exigencia moral del tipo de la que Platón invocaba como *biou aíresis* (opción de vida), entre un “ideal retórico” orientado a la obtención del placer y del aplauso, y un ideal “filosófico” que se enderezaba terapéuticamente a la mejora del saber y del autocoñocimiento humano (Jaeger, 1957: 532). No me arriesgo a prescribir aquí la clase de ideal filosófico que hoy podría y debería acometerse desde las condiciones “mutantes” del cuarto bios, pero al menos sí me atrevo a diagnosticar que los intereses tecnopolísticos imperantes (expresados en la extravagante conjunción de dos pseudovidas o *sinvivires*, a saber: un bios *technicós* por completo inconcebible en la cultura griega, y un bios *crematisticós*, vida regida por el dinero, que Max Weber consideró propia del capitalismo) vienen dando primacía a algo semejante al ideal retórico de vida, en el sentido platónico: el deseo de obtener el reconocimiento inmediato y el éxito fácil, así como la gratificación narcisista, parecen regir la atmósfera moral de los actuales productos *massmediáticos* (remito al estudio de Castañares, 2006, sobre los sentimientos morales en la televisión contemporánea), pero también, en general, de esos nuevos espacios de socialidad tejidos en las llamadas redes sociales de internet.

Y este cotejo de dos sistemas comunicativos, el *massmediático* y el interactivo, me da pie para referirme a otro problema fundamental del espacio comunicativo contemporáneo: se habla a veces de la transición de un sistema de tipo difusivo (el correspondiente a la era *broadcasting*), a un sistema reticular (era *webcasting*), en la que, entre otras muchas transformaciones se habría dado la «proliferación, superposición e hibridación de los espacios de comunicación» (Moragas, 1999). En efecto, el paisaje actual de las comunicaciones parece configurado por la coexistencia de un doble ecosistema mediático: de una parte, los medios tradicionales (prensa, radio, televisión, cine, música grabada), que mantienen el espacio de la difusión masiva conformado a lo largo del siglo XX; de otra, los medios reticulares e interactivos desarrollados con tecnología digital, cuyo sistema de producción, distribución y uso prefigura ya modos de comunicación *posmasiva*.

Por lo que parece, los espacios de interpenetración y los procesos de sinergia entre ambos ecosistemas son cada vez mayores. Desde hace tiempo, como señalaba Castells (1997), el sistema multimedia «captura dentro de sus dominios la mayor parte de las expresiones culturales en toda su diversidad». Y en efecto, las ya deterioradas distinciones entre alta cultura y cultura popular, pero también entre educación, información y entretenimiento, se eclipsan y reabsorben en el «nuevo entorno simbólico» *multimediático*. Y de tal forma, me parece, que el

declive del sistema de comunicación masiva como sistema centralizado de difusión a grandes públicos, es decir, lo masivo como forma de distribución, es compatible con una “masividad” de los discursos, de los contenidos, de las sentimentalidades y de los afectos que se halla bien representada en las migraciones y traducciones entre televisión y comunidades virtuales (por ejemplo, el fenómeno fandom), entre cine de gran difusión y prácticas de recut y de microcreación audiovisual en la red, etc.

La categoría de “molar/molecular”, de Deleuze y Guattari, puede ser útil para explicar estas superposiciones e hibridaciones: los autores de *Mil Mesetas* advertían que las segmentaciones macrosociales están atravesadas por las segmentaridades moleculares de los flujos micropolíticos, como afectos inconscientes, micropreceptos, etc. La vigencia de lo masivo en un orden comunicativo posmasivo, es decir, la persistencia de la “cultura de masas” y de la “experiencia de masas” en los nuevos medios interactivos y en red, se verifica en esos “niveles moleculares, microformaciones que moldean las posturas, las actitudes, las percepciones, las anticipaciones, las semióticas, etc.” (Deleuze y Guattari, 1988: 219) Los relatos y los ritos del cine, de la televisión popular, del cómic, de la publicidad, viven y coleean en el nuevo espacio de la interactividad digital y de sus supuestamente nuevos mundos y comunidades virtuales, y ahí prolongan el trabajo de la producción y reproducción simbólica moderna, de la hegemonía y también de las representaciones contrahegemónicas.

Los estudios que recopila este libro se han seleccionado de entre los que se presentaron en el Primer Encuentro Internacional de Investigadores en Información y Comunicación, que se celebró en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid en octubre de 2008, bajo el auspicio del Departamento de Periodismo III. La diversidad de los enfoques, de los intereses y de los métodos responde, me parece, a un cuadro de problemas, de diseminaciones y de articulaciones teóricas y metodológicas como el que he sugerido en las páginas anteriores.

Los primeros estudios tienen un carácter predominantemente metodológico: el de Cristina Demaria, inicialmente expuesto en una brillante conferencia plenaria, aborda un tema en el que es una de las más autorizadas voces teóricas: la conjunción de la semiótica y los estudios culturales en el contexto de la investigación contemporánea. El trabajo de Juan Miguel Aguado compone una especie de fresco metodológico sobre el fondo de las aportaciones de la cibernética de segundo orden y de la epistemología constructivista de Luhmann. El de Vanesa Saiz moviliza aportaciones semióticas y narratológicas fundamentales, desde los supuestos del “giro comunicativo” al que hemos aludido al principio, un giro cuyo contenido teórico fue planteado por Habermas hace ya bastan-

tes años: entender la teoría social como una teoría comunicativa nucleada en torno a la problemática del sentido. El enfoque crítico de Sloterdijk respecto al cinismo mediático contemporáneo y su posible antídoto “quínico” es presentado y discutido en el trabajo de Isabel Gamero. Israel V. Márquez y Marina Mantini analizan los dispositivos simbólicos de los nuevos medios: las metáforas de la escritura-lectura ciberespacial y cierto tipo de construcciones del imaginario en sitios web dedicados a la cooperación internacional, respectivamente. Adriana Cely reflexiona sobre las actuales imágenes del cuerpo atravesadas por la “sensocracia tecnológica” y, como los tres siguientes trabajos, el de Paulina Gómez Lorenzini, Héctor Fouce y Graciela Padilla, remite a las representaciones en el escenario masivo “clásico”: las propias del discurso político, en el primer caso, la música popular contemporánea, en el segundo, y el discurso publicitario en el tercero. María Carolina Saiz, por último, aborda el problema de la educación desde la desestabilización y el descentramiento cultural provocados por la concurrencia de los nuevos espacios de comunicación con/contra las instituciones escolares.

Un pequeño mapa que por su misma diversidad y heterogeneidad parece notificar la incertidumbre de las comarcas, relieves e itinerarios del territorio que representa.

Referencias

- Abril, Gonzalo (1997):** *Teoría general de la información. Datos, relatos y ritos*. Madrid. Cátedra.
- Butler, Judith (2009):** *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Castañares, Wenceslao (2006):** *La televisión moralista. Valores y sentimientos en el discurso televisivo*. Madrid. Fragua.
- Castells, Manuel (1997):** *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura, vol. 1: La sociedad red*. Madrid. Alianza.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (1988):** *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia. Pre-Textos.
- Jaeger, Werner (1957):** *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México. FCE.
- Martín Barbero, Jesús (1987):** *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México. G. Gili.
- Moragas Spà, Miquel de (1999):** «Globalització i Descentralització a L'Era Digital», en Franquet, R. y Larrègola, G. (eds.), 1999: *Comunicar a l'Era Digital*. Barcelona. Societat Catalana de Comunicació, págs. 47-57.
- Sodré, Muniz (2002):** *Antropológica do espelho. Uma teoria da comunicação linear e em rede*. Petrópolis, Río de Janeiro. Vozes.

Entre textos y prácticas: hacia una semiótica culturológica*

Cristina Demaria

Posicionamientos y articulaciones

Mi artículo se estructura a partir de algunos puntos de fuerza que no son necesariamente coherentes entre sí. Como el tema del método es tan vasto y complejo e implica cuestiones epistemológicas enormes, he preferido en este escrito plantear muchas más preguntas que respuestas.

Quisiera empezar declarando mi posición a partir de dos “métodos” – o mejor dicho dos anti-métodos – que he estudiado y con los que me he confrontado por largo tiempo (cf. por ejemplo Demaria 2005), a saber, los estudios de género y los estudios culturales¹. A pesar de que mi formación en estudios de la comunicación es semiótica y no sociológica, he sido y soy una “semióloga” un poco anómala, a quien siempre le ha interesado atravesar territorios limítrofes para tomar prestadas de éstos, más que conceptos y metodologías terminadas, preguntas, temas, cuestiones capaces de orientar mi análisis sobre los modos de construcción del sentido social y de las prácticas culturales, es decir de la comunicación entendida en su sentido amplio. Estoy convencida de que, cuando se trata de analizar un objeto tan complejo y sincrético como éste, más que atenerse a una ortodoxia,

* La traducción es de María José Contreras, a quien agradezco mucho su paciencia y el trabajo realizado

1. Soy consciente de que ambas etiquetas abarcan campos de investigación interdisciplinarios muy vastos que incluso comprenden posiciones divergentes entre sí. Uno de los factores comunes es el esfuerzo por extirpar la presunta neutralidad y objetividad de la teoría declarando el propio punto de vista, la propia perspectiva y el contexto en el que se sitúa en el momento en el que se empieza a “hablar”. Quisiera además precisar que cuando hablo de estudios culturales no me refiero sólo a los británicos: hoy existen ejemplos de estos estudios también en España, Italia, Francia y América Latina. Para un tratamiento más detallado de estos temas véase Demaria, Nergaard 2008

sirve refinar y ajustar de vez en vez la propia caja de herramientas, consciente obviamente de los préstamos y de la compatibilidad de los instrumentos.

No quisiera plantear que *everything goes (todo sirve)* y que todo se puede mezclar, al contrario; lo que quiero sostener es que aunque se abraza un método, y haciéndolo tal vez se contribuya a su puesta a punto, resulta probablemente ilusorio pensar que sea un instrumento libre de todo valor que dé la posibilidad de una mirada completamente objetiva o “científica” de la realidad.

No he trabajado exclusivamente sobre textos de los medios, o sobre un género particular de éstos. No soy, por así decirlo, una experta en la transformación de las lógicas mediáticas contemporáneas o en la información o el entretenimiento. Al contrario, y este es un primer punto de discusión que atañe justamente a la construcción misma del método en relación al objeto sobre el que se aplica, lo que me interesa son las lógicas de la cultura (hoy tal vez en efecto casi totalmente coincidentes con las lógicas mediáticas) - de la cultura en cuanto memoria y de sus formas de inscripción, transformación y transmisión - y algunas configuraciones discursivas que las atraviesan y que hoy en día las determinan cada vez más: la guerra y el post-conflicto, la seguridad y el miedo, las divisiones de género. Por tanto he trabajado sobre temas, cuestiones y grandes configuraciones cuyo sentido es producido, inscrito y recibido mediante los mediascapes contemporáneos, el único gran espacio social disponible. En otras palabras, estos temas o grandes configuraciones se traducen y rescriben frecuentemente en el espacio social tecnológico mediatizado contemporáneo.²

Lo que puntualmente me interesa en las lógicas de la cultura y las configuraciones discursivas es la oscilación, la interpretación y la recíproca determinación de lo individual y lo colectivo, las dinámicas de individualización de los sujetos en los textos/prácticas comunicativas, así como sus dinámicas de identificación. Es decir la formación de la identidad y por ende de los significados de la experiencia: cómo se construyen los sujetos/objetos y cómo se inscriben los procesos de identificación y las ideologías. De los textos mediáticos, de la información y del entretenimiento (algunos de los objetos sobre los que he trabajado son, por ejemplo, la prensa y la ficción—de cine o de televisión: cf. Demaria 2002, Demaria, Grosso, Spaziant 2002, Demaria 2008), lo que me interesa, aquello que miro y a lo que mi análisis tiende es a entender el modo cómo en el momento en el cual la cultura expresa tanto la individualidad como la socialidad se for-

² En particular sobre la televisión como espacio social contemporáneo véase Demaria, Grosso, Spaziant 2002. De modo más general aquí hago referencia a un discurso mucho más completo que atañe a las relaciones entre la globalización, el uso de los medios y la política o bien las formas de soberanía contemporánea y, por tanto, formas de biopolítica, que frecuentemente se presentan mediadas y mediatizadas. Sobre estos temas la literatura es obviamente vastísima y no se puede resumir en pocos títulos, me limito a citar los trabajos Brian Massumi y di Nicholas Mirzoeff

man structures of feeling (categoría propuesta por Raymond Williams en 1961 y más recientemente utilizada por estudiosos como Arjun Appadurai – cf. por ejemplo Appadurai 1996), estructuras de sentimiento, por tanto el modo a través del cual los significados y los valores son vividos por las comunidades, en que se articula la experiencia subjetiva y las formaciones discursivas. Así pues ¿en qué modo, y hasta qué punto la comunicación y sus diversos medios determinan estructuras de sentimiento, por ejemplo, durante el conflicto o después de éste?

Lo que me orienta es una urgencia más que teórica sobre todo política³. Pienso que el estudio de la cultura y de sus prácticas comunicativas implica, en otras palabras, una actitud no sólo teórica sino también crítica: se trata de un macro-objeto sobre el que se ejercita una práctica interpretativa en el que entra en diálogo la propia subjetividad con la (limitada y parcial) objetividad del análisis, la atención por la política con la teoría; el interés, lo decía antes, por el modo en que el significado de la experiencia se inscribe en los textos y en las prácticas (y por tanto también en los cuerpos), y es así interpretado, negociado y renegociado por los diversos actores sociales en los múltiples contextos que frecuentemente determinan, pero que en algunos casos son incluso construidos por la interacción entre estos mismos actores, o entre éstos y los objetos culturales (cf. Demaria Nergaard 2008).

De la formación de la subjetividad e identidad culturales me interesa, en otras palabras, el posicionamiento regulado y disciplinado del poder entendido ni más ni menos como una instancia trascendental y persuasiva a la Foucault (cf. Foucault 1971, 1975, 1976), sino como una fuerza encarnada y a su vez atravesada y contestada por la agency (entendida como la fuerza, la posibilidad de resistencia o la capacidad de los actores sociales de actuar concretamente) de cada individuo singular y de las diversas colectividades. Tomar como objeto las prácticas y las identidades culturales, mirar los conflictos que regulan y determinan los significados que forman la cultura, mirar además el significado mismo de la cultura, de la experiencia que tenemos y de la memoria que poseemos implica por tanto la tentativa de otorgar algunas respuestas a preguntas que surgen a partir de los cambios y las transformaciones del mundo que nos rodea.

Por este motivo me parece oportuno y en cualquier caso provechoso reinterpretar la categoría gramsciana retomada por Stuart Hall, que se encuentra en el

³ Es necesario recordar que la semiótica, durante su período de institucionalización, es decir cuando gracias a los trabajos de Ronald Barthes entró en las universidades en los años setenta, se consideraba a sí misma como una crítica de las ideologías. A esta posición siguió una fase, y estoy obviamente generalizando, durante la cual el desarrollo de un metalenguaje semiótico no representaba garantía de control intersubjetivo sino prioritariamente de cientificidad. Hoy esta perspectiva se ha suavizado bastante y son muchos los autores que auspician si no una vuelta, al menos un despertar "político" de la semiótica. Véase por ejemplo los trabajos de Montanari (2004) y Pezzini (2008)

seno de una posición teórica que ha sido denominada “coyunturalismo”: la categoría de articulación.

El coyunturalismo afirma que, aunque no podamos establecer correspondencias necesarias (determinaciones universales y fijas) y por tanto vinculaciones absolutas entre posición social, identidad cultural y discursos (actitud que daría por resultado una visión esencialista), es innegable que existen vinculaciones reales y efectivas, existen entonces diferentes prácticas observables de las que interesa el efecto, el resultado. En otros términos, no es tan importante establecer la rigidez de una forma de vida, como descubrir sus formas y traducciones, sus efectos. Pero estos efectos, entendidos obviamente en términos de significado como resultado de particulares eventos sociales, textos, prácticas, no pueden ser garantizados o garantizables a priori, sino sólo como efectos de procesos de articulación particulares.

El concepto de articulación debe ser entendido entonces como una noción heurística con la que se denominan las relaciones inestables entre prácticas y estructuras, textos y ‘contextos’ (u otros textos). Como especifica Stuart Hall (1986), la articulación es una forma de conexión que, en determinadas condiciones, une elementos diversos. La pregunta que se puede proponer entonces es: ¿cómo se establece o se crea una articulación? Y, por tanto, cómo se compone un discurso, que no es ya algo homogéneo, sino siempre la articulación de elementos diversos que se componen, diría la semiótica, gracias a modalidades narrativas y praxis enunciativas. Para Hall, la unidad que cuenta es una conexión entre el discurso articulado y las fuerzas sociales con las que, en ciertas condiciones históricas, puede —aunque no necesariamente debe— conectarse. En otras palabras, una teoría de la articulación llega a ser un modo de mirar a las valorizaciones y las posiciones que cada discurso determina, a la manera en que vienen a ser constituidos objetos y sujetos, en que se asigna un cierto sentido al mundo, a cómo una ideología pone a la gente en condiciones de hacer inteligible la situación histórica”.

Pensar en términos de articulación, según Hall, significa sostener, con Ernesto Laclau (1977, cfr. también Laclau y Mouffe 1985) que las prácticas se conectan en modo contingente y no necesario. En cada sociedad operan por tanto líneas de fuerza de tendencia que conectan, por ejemplo, determinadas formaciones religiosas con las estructuras políticas, económicas e ideológicas. Es más: las formaciones discursivas se usan para construir narraciones que relacionan el presente y el pasado: de dónde vengo y con quién, dónde estoy y para dónde voy, por qué estoy aquí (Hall 1986: tr. it. pp. 190). A su vez, informan prácticas cuyo significado deriva de la posición que mantienen en el interior de las formaciones sociales, de todo aquello con lo que se articulan. El proceso que

se quiere captar es aquel a través del que *las prácticas singulares llegan a producir contextos desplazadas e insertas en diferentes estructuras de relación/estructuras de sentimiento*

Es en éstos procesos de articulación, de conexión, donde encontramos además la oferta de posiciones del sujeto (cf. Hall 1987), de diferentes y posibles ubicaciones en las cuales se inscribe y se articula el significado de una identidad cultural.

Textos y prácticas

Hasta este momento he delineado en modo muy general el tipo de preguntas y cuestiones que pueden guiar el análisis de textos de medios de comunicación de masas, la hipótesis de fondo y el interés que puede orientarlo: ¿qué buscar?, ¿qué mirar?, y ¿por qué?

Quisiera intentar especificar estas afirmaciones tan generales profundizando y sobre todo problematizando algunas categorías, algunos instrumentos de aquella caja de herramientas a la que me refería antes. Para hacer esto, sin embargo, por un conjunto diverso de razones vuelvo a la semiótica o por lo menos a algunas de sus posiciones más recientes. La primera razón de este retorno la dije al inicio: ésta es mi formación y mi especificidad, y es por tanto algo sobre lo que puedo hablar: al final, aunque parta de preguntas que involucran lo social, mis análisis derivan siempre de una perspectiva socio-semiótica o de semiótica de la cultura. Por ende no importa cuál sea la pregunta que me lleva a analizar determinados objetos, siempre busco describir su sentido y sus efectos a través de instrumentos y categorías semióticas. La segunda razón es que conociendo bastante bien algunos de los estudios sociológicos y de los *cultural studies*, me parece que son defectuosos en algunos casos, precisamente por la carencia de una metodología por completo adecuada (no existe un método necesariamente más “correcto”) que sea refinada en el sentido amplio del término, y por tanto capaz de describir no sólo las articulaciones de los textos respecto a los contextos, sino también aquellas articulaciones que operan simulatoriamente dentro de los textos mismos, junto a las prácticas que las producen y las interpretan.

Me parece, en otras palabras, y concuerdo en esto con Gianfranco Marrone (2001), que la semiótica⁴, justamente porque está revisando algunas de sus fundamentos teóricos y de sus instrumentos de análisis, puede de verdad funcionar como metodología de las ciencias sociales especialmente, por ejemplo, a partir de cómo se están volviendo a pensar actualmente los conceptos de *texto, práctica, enunciación, sujeto y cuerpo*.

⁴ Quisiera precisar que por tanto entiendo la semiótica como una etiqueta que abraza un campo muy diversificado y que frecuentemente tiene significados distintos de acuerdo a los países: por ejemplo de seguro no pienso la semiótica así como se la entienden en el contexto anglosajón, donde por semiótica se entiende el trabajo de Saussure o del estructuralismo de los años setenta

En este ensayo me detendré sobre todo en los dos primeros conceptos: es decir en la relación entre textos y prácticas, este último un término de moda que he evocado más de una vez pero que no he explicado todavía. Intentaré hacerlo ahora *sub specie semiotica*.

En la mayor parte de los casos se definen las prácticas de modo opuesto a los textos: si el texto pareciera tener una configuración estable, cerrada y coherente, la práctica sería de naturaleza procesal, abierta y heterogénea. Pero, como especifica María José Contreras (2008: 40)

El riesgo de concebir las prácticas de este modo es que la categoría puede convertirse en una categoría residual: todo aquello que no es un texto (porque no es una articulación de sentido cerrada, cohesionada y cristalizada) se considera entonces automáticamente como una práctica. La consecuencia teórica de esta fórmula es que la categoría se hace cada vez más amplia, impidiendo delimitar claramente sus confines.

Otra manera de definir las prácticas respecto a los textos es pensarlas como la condición de producción y de fruición de los mismos textos: en cada texto se pueden encontrar las huellas de la práctica que lo ha producido y al mismo tiempo cada texto es capturado por una práctica interpretativa que establece su naturaleza además de sus significados: “las prácticas se conciben entonces como el “humus” enunciacional en el que el texto puede ser delimitado” (*ibidem*). Las prácticas se piensan de este modo como articulaciones de sentido inscritas en lo social independientemente de las eventuales estrategias de textualización.

Si debemos estudiar la comunicación y sus discursos, si debemos analizar textos y contextos de producción y de fruición de los medios, ¿qué acepción de práctica escoger? Y sobre todo ¿cómo analizarlas?, ¿con qué instrumentos? ¿Cómo se puede superar la idea de la práctica como algo abierto por oposición al texto como algo cerrado? Una práctica cultural como un rito, o bien una práctica de consumo mediático, ¿puede ser considerada como un texto o como algo distinto que para ser aprehendida exige nuevas metodologías? ¿En qué modo una práctica, para volver al concepto de Hall, es el lugar de articulación de la formación discursiva con el propio contexto?

Siguiendo el importante aporte realizado por María José Contreras, en la semiótica italiana⁵, existen al menos dos perspectivas de estudio de las prácticas

5 En sede semiótica se ha comenzado a discutir bastante sobre las prácticas, obviamente el debate que conozco mejor es el italiano que ha sido sin duda influenciado y confrontado con el trabajo de Jacques Fontanille (cfr. Fontanille 2004 pero sobretodo Fontanille 2006). Me limitaré aquí a discutir brevemente las posiciones italianas, que Contreras, en su tesis de doctorado, sintetiza y discute con una claridad que me limitaré a citar o parafrasear.

que ofrecen posibles indicaciones metodológicas. La primera sostiene que no es necesario distinguir entre prácticas y textos. Marrone lo explica bien:

[C]ada experiencia vivida es de por sí una totalidad significativa, un conjunto cerrado de formas expresivas y de formas semánticas en continuo devenir, por ende un texto; y paralelamente, cada texto es una práctica en el interior de un ambiente socio-cultural que responde a prácticas precedentes y provoca otras. Textos, experiencias y prácticas son, desde perspectivas diversas, la misma cosa. (Marrone 2005b: 119).

En cuanto lugares de articulación del sentido, prácticas y textos son, como dice por ejemplo Paolo Fabbri, “correspondientes”: ambos objetos son contruidos por la operación de recorte de un observador. Esto no significa banalmente que todo sea texto, sino que para comprender las prácticas éstas deben ser textualizadas, leídas *sub specie texti*. A fin de cuentas, aquello que circula y que es manipulado e intercambiado a nivel de lo social es siempre y de todas formas un texto (cf. también Fabbri e Montanari 2004).

Por su parte Marrone llega incluso a sostener, y en esto se distancia levemente de la posición de Fabbri, que para comprender las prácticas el mejor modo es “ver cómo los textos [...] las relatan en su plano del contenido” (Marrone 2005b: 123). Se trataría entonces de buscar las prácticas en los textos. Este punto de vista, aún admitiendo una cierta distinción entre prácticas y textos, sostiene que el único modo posible de estudiar las primeras es como si fueran textos, es decir, ver su puesta en discurso dejando a sociólogos o antropólogos el estudio del sentido en acción.

Existen, sin embargo, algunos estudios semióticos que se han aplicado a las prácticas entendidas como secuencias de comportamientos, como rituales más o menos codificados, como concretizaciones de formas de vida (por ejemplo los modos en que un espacio comunica y es interpretado por los sujetos que lo habitan, o un ritual de consumo mediático); pero, incluso en estos casos, el paradigma sigue siendo textualista: siguiendo la indicación de Greimas y Courtés (1979), las prácticas se perciben como programas narrativos cuya finalidad es reconocible sólo a posteriori. Francesco Marsciani (2007), por ejemplo, ha seguido este método: para este autor el estudio de las prácticas se traduce en la búsqueda de las estructuras narrativas presupuestas.⁶ Si se acepta esta posición, la narratividad se erige como “una teoría de los universales de la significación” y por tanto “una gra-

⁶ Estoy simplificando una perspectiva que es en realidad más compleja y esfumada que da por ejemplo mucho espacio a la dimensión fenomenológica y a los modos en los que el sentido se encarna, transforma, y en palabras de Marsciani (2008), se trans-ducta en los cuerpos

mática general de la diferenciación y de la procesualidad, dimensión que funciona como estrato antropológico fundamental de cada organización cultural” (Marsciani 2008: 213). Pero aún con estos ajustes metodológicos se sigue pensando la gramática narrativa como el modelo de la comprensión de la significatividad de los procesos semióticos, o sea de las *transformaciones culturales del valor*.

Se trata, sin embargo, de una posición que, aun resultando en algunos casos heurística, presenta problemas y en parte impide el estudio de algunos de los posibles objetos y temas de análisis de la comunicación. Por un lado porque al estudiar las prácticas como si fueran textos, se homogeneizan objetos (materias y sustancias de la expresión, modos de producción y por tanto de enunciación) que en realidad no son para nada homogéneos. Por otro lado porque el mismo mundo de los medios hoy nos presenta formas cada vez más híbridas y textos sincréticos que ponen en discusión una de las cuestiones determinantes de la reflexión semiótica, a saber, la hipótesis sobre la inmanencia del sentido.

El modo en que el sentido circula en el panorama mediático contemporáneo en el cual se definen las estructuras de sentimiento que mencioné antes, en el cual emergen “los trazados de lo colectivo” de los que habla por ejemplo Burno Latour (2001; cf. también Peñamarín 2006); así como las mismas prácticas contadas o puestas en escena, por ejemplo en Internet, las nuevas formas de oralidad, los móviles, etc. etc. nos obligan, como dice Patrizia Violi (2006: 1) “a repensar la naturaleza y los modos en los que el sentido se da y es capturado, modalidades que superan la inmanencia textual para abrirse a una procesualidad más dinámica e intersubjetiva”.

Si bien es cierto que se puede decir mucho de las prácticas mirándolas *como si* fueran textos, aplicándoles por ejemplo los instrumentos de la narratividad, es también cierto que en formas de textualización donde interactúan sustancias diversas, como por ejemplo el cine, y en modo más general toda la cultura visual contemporánea, existen modos de producción y de fruición del sentido que exceden lo que los instrumentos clásicos del análisis textual pueden captar, y proponen en este sentido tanto dificultades metodológicas como nuevos desafíos. Lo que parece más problemático es la “presencia” que acompaña la narración, el estrato discursivo, el modo de producción, la praxis enunciativa e interpretativa que circunda la práctica, los aspectos tensivos, sensoriales, somáticos y pasionales. Es por esto por lo que Patrizia Violi afirma que “existe una dimensión del sentido que se deposita en las prácticas que no es siempre ni del todo resumible en los textos” (2005:5) o incluso en las diversas estrategias de textualización mediante las cuales una práctica puede circular.

Lo que Violi propone es un método interpretativo que busca, intentando no homogeneizar bajo la metáfora del texto objetos en rigor muy distintos entre sí,

crear conmensurabilidades locales entre elementos heterogéneos pertenecientes a dominios diferentes (cfr. Paolucci 2008). Como hace notar también Contreras (2008), se trataría de una perspectiva que retoma una semiótica de la cultura lotmaniana en la cual la semiosfera es aquel *continuum* semiótico denso de formaciones diversas entre sí y con grados distintos de organización⁷. Este modo de mirar los fenómenos culturales y comunicativos admite la coexistencia de sistemas diversos de significación de los que es factible captar recovecos y conflictos, así como las articulaciones de las que hablé anteriormente, que son formas de traducción, de englobamiento, de construcción o bien de confusión de confines.

Tomemos el siguiente ejemplo: si lo que se quiere estudiar es una secuencia de comportamientos, o bien textos en los que la dimensión de la oralidad y los aspectos somáticos son particularmente relevantes, antes que recabar un sentido de la práctica, es necesario realizar una operación de recorte y de “puesta en foco” por parte de quien observa. La práctica analizada es por tanto construida a partir de una mirada que primero la selecciona en cuanto tal y luego la interpreta. Además, como especifica siempre Contreras (2008: 47), “*en cuanto concate-nación de comportamientos somáticos organizados* la práctica se desarrolla como una negociación entre aspectos culturales altamente hipercodificados (pre-configurados) y aspectos hipocodificados que surgen en el devenir de la acción.” Esto significa, volviendo a la idea de articulación, que la “práctica es al mismo tiempo articulada por la situación y articuladora de la situación: el recorte que inaugura la diferencia entre la práctica y la escena corresponde a una única operación: práctica y escena co-emergen” (*ibidem*).

Esta perspectiva es relevante incluso desde un punto de vista epistemológico, ya que permite pensar los comportamientos, las prácticas y los discursos como elementos inmersos en el ámbito de la semiosfera, considerada no sólo como el lugar de producción y de circulación de los significados culturales sino también como el lugar de su producción y de su propia articulación, es decir, para retomar a Hall, de su contingente y local conexión y jerarquización. No existiría entonces primero lo social y después las prácticas significantes, sino que existirían concreciones en las que localmente las prácticas y “escenas” o contextos co-emergen. Como afirma de nuevo Contreras (2008: 47-48): “a nivel local, no se puede concebir la escena como antecedente a la práctica, porque en el *momentum* de cristalización de la configuración de sentido se determinan simultáneamente la práctica y la escena. Una práctica entonces se comprende solo respecto a su particular colocación déctica”.

7 No creo que sea necesario presentar aquí la semiótica de la cultura lotmaniana. Me limito pues a recordar algunos textos de referencia fundamentales: Lotman 1980; Lotman 1985, Lotman 1993; Lotman 2006 e Lotman y Uspenskij 1975

Todo esto nos conduce a reconocer que existen ‘textos’ o modos de darse del sentido que escapan a una visión immanentista radical. O para ser más precisos es a nivel de la cultura y no de los textos singulares o de las prácticas donde se puede resituar la inmanencia. (cf. Paolucci 2008). Tal impostación implica que se hace necesario volver a poner en el centro del estudio el rol que pueden jugar las distintas sustancias expresivas y la materialidad de la producción discursiva y por tanto la centralidad del cuerpo y la corporeidad. Para la semiótica esto significa sobre todo repensar la formulación “clásica” de la teoría de la enunciación, en particular la constitución del plano de la expresión, o lo que hace algún tiempo se llamaba ‘significante’. Frecuentemente este plano no está dado ni es fácilmente segmentable sino que se construye en la aprehensión perceptiva, que a su vez está regulada por una semiótica de la cultura, en cuanto, como dice Violi (2006:4) “los procedimientos de pertinentización de los elementos expresivos que serán sucesivamente investidos de significado no sólo dependen de la cultura, sino también de las subculturas e incluso de los subgrupos específicos”. Cuando se trata entonces de analizar aquello que deviene expresión de un determinado contenido, por ejemplo en los comportamientos de consumo, en un film, una publicidad, en prácticas artísticas o, como en el caso al que se refiere Patrizia Violi, en interacciones orales, es innegable que la misma selección e incluso el análisis del significante depende de los procedimientos de pertinentización y de recorte sedimentados en la semiosfera.

Abrirse al estudio de las prácticas y distinguir varios tipos diversos de objetos, desde comportamientos observables, los representados en los textos, hasta las prácticas como textos, pero también, agregaría, a los textos como prácticas y usos, como partes de configuraciones discursivas más amplias (en el interior de aquella idea de articulación que he mencionado anteriormente), quiere decir, siguiendo una semiótica interpretativa, revisar el “trabajo de producción” signica, pensado en el interior de una teoría de la enunciación” (Paolucci 2008: 8).

Esta hipótesis ha llevado a la investigación semiótica contemporánea a retomar la teoría de los modos de producción signica que Eco (1975) había delineado en el *Tratado de semiótica general*, distinguiendo por ejemplo entre modos que responden a *ratio facilis* (como las palabras o las señales viales), y otros a *ratio difficilis* (entre los cuales se hallan por ejemplo los signos-prácticas en las que el tipo no está dado y el *token* depende entonces del contexto y de la escena), teoría que puede a su vez ser entendida como una *teoría de la enunciación en acto*, o praxis enunciativa.

El problema metodológico es entonces lograr estudiar no sólo cómo la lengua (el sistema) se convierte en discurso, sino también cómo tal conversión se conjuga con el ejercicio en acto de la lengua misma (los lenguajes), y por ende

con la re-inserción del mismo discurso en la vida cultural y la historia (praxis enunciativa).

De este modo el sistema de los conocimientos sedimentados no se separa del uso gracias al concepto de *enciclopedia* (Eco 1984; 2007), que mantiene juntos sistema y uso. Lo que prima son las lógicas de la cultura sobre las del texto: lo global enciclopédico determina lo local textual y son los recortes enciclopédicos los que emergen cada vez para definir qué cosa deviene expresión de qué contenido, respecto a lógicas culturales y relaciones de producción que por lo mismo articulan, o se concretizan cada vez en una colocación de y para los sujetos (*subject positions*).

3. Representar los traumas

Presentaré un breve ejemplo de mi investigación más reciente que atañe la escritura y el testimonio de los traumas y violencias colectivas, su enunciación, los géneros textuales a los que da lugar, las prácticas en las que se acogen y re-traducen (cf. Demaria 2006, 2007). En el centro de este tipo de textos y prácticas está el problema de la relación entre contenido y expresión, en casos como éstos en que el contenido es muy difícil articular. Es casi un lugar común el hecho de que no existe un lenguaje adecuado para expresar el trauma provocado por torturas y violencias, sobre todo porque el sufrimiento del cuerpo resiste cualquier esfuerzo de objetivización verbal. No sólo el evento traumático no encuentra palabras adecuadas para su interpretación y no logra hacerse experiencia y ser por tanto reconstruido gracias a una narración, sino que el mismo acto que provoca el mal resulta innombrable (Scarry 1985). La tortura es en general definida oficialmente tanto por quien la perpetra como por quien la condena, como una fórmula para recoger (o extirpar) *informaciones secretas* de modos que se revelan profundamente inadecuados e inconcebibles, casi como una forma de denegación interpretativa (Cohen 2001), según la cual se reconoce la existencia de algo, pero este algo se nomina con términos que al final redefinen su contenido.

Los textos y las prácticas que me ha tocado analizar, incluido el que analizaré aquí, buscan reconstruir eventos cuya “expresión” pareciera no lograr bajo ninguna perspectiva coincidir con el evento traumático. ¿Qué tipo de *ratio difficilis* se esconde o debiera en cambio encontrarse para la producción de una relación entre una expresión y un contenido innombrable? Al mismo tiempo, ¿qué tipo de abducciones son necesarias para nuestra interpretación? ¿Podría en este caso plantearse que la interpretación es una forma de *agency* y el texto el lugar de una práctica que aspira a un cierto tipo de eficacia simbólica que, retomando la sugerencia

de Lévi-Strauss, funciona como el efecto de un ritual que logra expresar eficazmente el dolor, y por ende en algún modo permite su superación? ¿Un dolor que, a fin de cuentas, se hace expresable mediante un simbolismo más ‘adecuado’?

A nivel metodológico se trata de temas que involucran justamente las prácticas de producción e interpretación y la relación entre los dos planos del lenguaje, pero también la posibilidad de textualización y definición de la experiencia subjetiva: ¿cómo hacer, por ejemplo, cuando el trauma aún no ha devenido una “experiencia”? Esto implica estudiar el espacio de la subjetividad como aquello que instituye el plano de la descripción fenomenológica. Se trata de hecho de textos y prácticas que, al intentar relatar la violencia, presentan frecuentemente configuraciones discursivas e incluso narrativas, cuyo contenido cultural se puede trazar en la base del plano enciclopédico parcial pertinentizado por el análisis. En el caso particular del testimonio verbal, es verdad que lo que “percibimos” y recortamos como unidad de la expresión no son formantes sino lexemas distintos y ya formados, que tienen un primer significado de diccionario aunque éste sea negociable y abierto. Son entonces textos que aparentemente no requieren ser descifrados, pero en realidad lo requieren, incluso sólo por el hecho aparentemente banal de que aquella expresión (esa textualización) tiene un sentido performativo y hace legible y transmisible ‘algo’ (el trauma)⁸ que a veces permanece oculto, invisible, no sólo porque está reprimido, sino porque es inarticulable. Si no se quiere perder el efecto de sentido global de estos textos así como su función en cuanto prácticas de la memoria, me parece necesario mirar la constitución recíproca de enunciado y enunciación, el modo como están, a veces difícilmente, pero siempre e irremediabilmente conectados, en tensión, en una relación que no funciona como recorte o reenvío automático. Esta relación produce signos (textos) que a su vez son el resultado de una ‘percepción’ que es ya reconducida a un hábito, sin la cual un trauma permanecería inexpresable. El texto de la memoria está en lugar del evento, es un interpretante sin el cual el objeto (evento) no podría jamás ser dicho y quedaría fuera no sólo de la historia, sino también de la experiencia de quien ha sufrido el trauma. Pero ¿cómo podemos explicarnos esta imposibilidad de ser nombrado?

Como afirma Montanari (2004: 249), lo que es anulado en el caso de los traumas, es la constitución misma del sentido de la temporalidad, íntimamente entrelazado a la memoria social. No existe memoria colectiva capaz de acoger un trauma, no hay una cadena enunciativa capaz de estabilizar el relato y de insertarlo en

8 Estoy sintetizando brevemente un debate sobre la naturaleza del trauma (individual pero también cultural) que es en realidad mucho más amplio y que ha constituido un campo de estudios interdisciplinarios denominado *Trauma Studies*: por ejemplo véase Caruth (1986, 1995), Felman y Laub (1992); Hartman (1996); Leys (2000), La Capra (2004), y la rica bibliografía en Busch (2007).

los marcos de valor de referencia. Lo que falta es una articulación adecuada del *continuum* espacio-temporal en el que se pueda colocar un discurso, como también lo afectivo y pasional, la posibilidad de generar puntos de vista capaces de segmentarlo, de instancias que puedan moralizarlo. Un evento traumático anula justamente la posibilidad de un relato autobiográfico como sincretismo en una misma persona, de un 'yo' capaz de escindirse en un 'ello' o 'ella' en cuanto fuente de afecto y de reconocimiento (Montanari 2004: 259). Y las cosas se complican aún más cuando este trabajo de reconstrucción y de re-programación, como diría Landowski (2006), es realizado por el sobreviviente (aquel que ha vivido directamente el trauma), o por un mediador que se toma la responsabilidad del relato de otro (historiador, periodista, etc.) o de la interacción de estas dos figuras (la del sobreviviente y la del mediador), como en el ejemplo que veremos.

A este primer y fundamental movimiento interpretativo se agrega la reconstrucción del texto y su interpretación por parte del lector. Si el primero es el nivel a través del cual se recupera la posibilidad de relatar (se recuperan entonces las posiciones del discurso, una vez encontrados los interpretantes, mediante un texto que deviene inmediatamente, en otro nivel, una práctica -como diría en este caso Fontanille: cf. Fontanille 2006, y por tanto se recupera la posibilidad de una memoria individual recompuesta), en el segundo nivel la memoria entra en el circuito de la cultura y en la semiosfera, se hace texto mediador de la memoria de una colectividad más amplia, y, por lo menos en el texto que examino, intenta incluso rescatarla y buscar una reconciliación, asumiendo también en cuanto práctica una importante función de traducción. Pero los dos niveles no son tan distintos, y los cruces entre enunciaciones individuales y praxis enunciativa (o cadenas) se encuentran mucho más entremezclados de lo que uno se pudiera imaginar a primera vista. Para que un recuerdo no se fije y no se convierta en una obsesión, debe ser inter-actuado y narrado y de este modo contribuir a la construcción de un *frame* común, de configuraciones a las que puedan reconducirse experiencias similares. Existe la necesidad de reconstruir y de constituir tramas de la enciclopedia, encontrar reenvíos, figuras, metáforas utilizables. La memoria como práctica social e individual tiene por tanto la forma de la enciclopedia (una forma semiótica), que como dice por ejemplo Ernest Van Alphen, transforma el trauma en cuanto experiencia potencialmente indecible, fracasada, capaz de mostrar "en modo negativo los síntomas de aquella discursividad que define una experiencia 'lograda'" (Van Alphen 1999: 27), en una narración.⁹

9 La idea de experiencia que expresa en este contexto Ernest Van Alphen se conecta con la idea semiótica de experiencia, en particular con la posición de Patrizia Violi según la cual "la relación entre el lenguaje y aquello que prefiero llamar el universo no-lingüístico, no sólo [es] ineludible sino que es parte integrante de la constitución del significado. Por 'universo no-lingüístico' entiendo el contenido experiencial al que reenvía el lenguaje y que constituye una realidad de naturaleza no necesariamente lingüística o no prevalentemente lingüística" (Violi 1997, p. 70)

3.1 S-21. *La máquina de muerte de los Khmeres Rojos*

Para concluir quisiera intentar ejemplificar algunas de estas estrategias a través de un análisis brevísimos de un fragmento de un documental que recoge algunos testimonios del genocidio camboyano: S-21. *La máquina de muerte de los Khmeres Rojos*, escrito y dirigido por Rithy Panh (Francia-Cambodia 2003), un sobreviviente de la terrible guerra civil en la que murieron cerca de dos millones de personas. Un director que es, por tanto, al mismo tiempo víctima y testigo, que con este film entra en la Escuela 21, un lugar –hoy convertido en un museo – donde cualquiera que fuera considerado enemigo del estado durante el régimen de los *Khmeres Rojos* era encerrado, torturado y asesinado. Es en este lugar en el que, sin jamás aparecer como actor o como voz narradora, Panh reúne a dos de los únicos cuatro sobrevivientes (entre más de veinte mil prisioneros) y los hace dialogar con algunos de los guardias de esa prisión, con quienes durante el tiempo del genocidio se encontraban entre los carniceros.

Lo que me urge analizar de este documental es justamente cómo se inserta la mirada del observador y (su) sufrimiento en el relato, y cómo el filme pone en escena el horror. Y a nivel más general: ¿cómo los testimonios nos ayudan a recordar y eventualmente a hacernos partícipes de este acto convirtiéndonos inmediatamente en testigos?

Se trata de un film que a diferencia del documental clásico, elige no entrevistar a sus testigos (víctimas y verdugos) sino que prefiere ponerlos a interactuar favoreciendo estos diálogos –no sabemos cuán espontáneos– que se transforman (y esto es cada vez más evidente mientras el film avanza) en lo que podríamos llamar una estrategia de cura por la palabra. Los diálogos entre las víctimas y los carniceros son sin embargo frecuentemente interrumpidos durante todo el film, con momentos en los que los guardias ponen en escena frente a la cámara las que eran sus tareas cotidianas y sus interacciones con los prisioneros. Asistimos entonces a rondas por los corredores, a órdenes gritadas al vacío pero dirigidas al espacio (vacío) que ocupaban los detenidos, a la repetición de los gestos propios de las constantes y continuas prepotencias y violencias sufridas por las víctimas finalmente desaparecidas: los guardias literalmente remedan, rehacen aquello que han hecho todos los días durante tres largos años interactuando con el vacío pero reviviendo en sus cuerpos aquellos gestos, aquellas frases, aquella violencia. La 'confesión' de lo que sucedió, que las palabras de los carniceros siguen negando o por lo menos justificando (porque, afirman, ellos mismos actuaban desde el miedo), sucede entonces a través de sus cuerpos, que de alguna forma recuerdan y no "mienten".

Son los cuerpos y no las palabras los que cuentan, cuerpos cuyos gestos en algunas de estas escenas se acompañan por la voz de uno de los guardias que lee con tono plano y monótono el reglamento de la prisión y los informes de los “interrogatorios” (léase ‘tortura’) conservados en la escuela. El texto enunciado, el espacio y el tiempo del testimonio se concentran así en la dimensión corporal y relacional de los sujetos-actores, asumiendo la narrativa que impone la propia instancia de enunciación sobre la mirada (el observador, lo que en los *Film Studies* llaman *the gaze*), además de la edición. El modo en el que se devela la verdad de los matarifes no implica su estatuto de sujetos, no se les pide, como generalmente sucede con una víctima, que rebelen qué han sentido, y por tanto de algún modo no se les pide recomponer un relato sobre su identidad. Es a través del trazado y de la huella de sus acciones como se recupera la memoria, en las rutinas y en la repetición de los gestos en el espacio mediante un ritmo que vuelve a regular el cuerpo, sin, aparentemente, otras determinaciones y modalizaciones: querer, deseos, contradicciones, pasiones. Gracias a esta estrategia el film obtiene un efecto potente, se confronta con los fantasmas, evocando muertos, en un proceso de teatralización que no resulta dramático pero sí trágico. A los muertos no se les restituye la voz, pero sí al menos un espacio, por ejemplo a través de la evocación explícita del gesto que se hace palabra, cuando uno de los verdugos, fijando un espacio vacío en el piso de una celda grita: “y tú, no te muevas”.

En este film no se persiguen los eventos, los eventos son provocados, las situaciones construidas y preparadas, situaciones en las que después se verificará posiblemente la acción, llevando a momentos privilegiados de “verdad” en los que el pasado de algún modo se repite.

En otras palabras, el film utiliza una puesta en escena que, sobre todo cuando se relaciona con la verdad del pasado traumático y violento no representable a través de imágenes, muestra la voluntad de intervenir en la construcción de las verdades, en plural, cuyas totalidades son a fin de cuentas inalcanzables e insondables por este texto que indica y excava la arqueología de una verdad imposible.

Asistimos de este modo a la revelación del poder del pasado ya sea a través de una teatralización, un *re-enactment*, ya sea al encontrar finalmente las huellas, las repeticiones y las resistencias en el presente de una suerte de acto de contextualización del presente a partir del pasado.

Esto también sucede porque el film juega en toda su trama con la contraposición entre la verdad del cuerpo y la repetición a la que es sometido, y la verdad de las palabras, entre lo que el cuerpo dice y deja entrever y las palabras de defensa, las mismas que después son contradichas cuando se les pide a los guardias que vuelvan a leer sus informes, una repetición que funciona incluso como distanciamiento y que es capaz de restituir, en este caso, la burocracia del horror.

En el film no sólo se revelan las acciones (y los contenidos a los que remiten) sino que se relata también la misma *performance*: la reiteración de los gestos en diversos momentos produce un juego que crea una situación paradójica por la cual nos parece casi como si tocáramos un “real” que la repetición en el tiempo aleja y acerca, en una suerte de “realismo traumático” (Rothberg 2002). Uno de los problemas de la representación de las experiencias extremas y de los traumas es justamente la incompatibilidad entre la percepción de la experiencia y la percepción de la representación (¿cómo conciliar afectos/efectos?); lo que este film intenta es justamente provocar un colapso de una sobre la otra.

Quisiera concluir sobre esta imagen, con la esperanza, más que de haber logrado clarificar un método, de haber al menos evocado problemas, cuestiones y también pasiones que sirven para desentrañar cómo un texto que pone en escena el dolor logra restituir de algún modo un lugar para los muertos, conformándose como una práctica de la memoria que debe no sólo ser acogida sino también experienciada, que necesita (respecto a la articulación, que puede proponerse como una mirada crítica atenta a los usos políticos de la narración cultural y de las praxis enunciativas) venir a encontrarse con nosotros como sujetos.

Bibliografia

- Appadurai, A. (1996)**, *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Bammer, A. (ed.) (1994)**, *Displacements. Cultural Identities in Question*, Bloomington, Indiana University Press.
- Bertrand, D. (2007)**, “L’écriture de l’expérience estreme”, *E/C*, <http://www.associazionesemiotica.it/>.
- Braidotti, R. (2006)**, *Transpositions. On Nomadic Ethics*, Cambridge, Polity Press.
- Busch, W. 2007** “Testimonianza, trauma e memoria”, in E. Agazzi, V. Fortunati (eds.), *Memoria e saperi. Percorsi transdisciplinari*, Roma, Meltemi, pp. 547-564.
- Caruth, C. (1986)** *Unclaimed Experience. Trauma, Narrative, and History*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press.
- Caruth, C. (1995)** (ed.) *Trauma. Explorations in Memory*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press.
- Contreras, M-J. (2008)**, *Il corpo in scena: indagine sullo statuto semiotico del corpo nella prassi performativa*, Tesi di dottorato in Semiotica, XX ciclo, Università di Bologna.
- Coehn, S. (2001)**, *States of Denial. Knowing about Atrocities and Suffering*, Cambridge, Polity Press.
- De Lauretis, T. (1996)**, *Sui Generis. Scritti Di Teoria Femminista*, Milano, Feltrinelli.
- De Lauretis, T. (1999)**, *Soggetti Eccentrici*, Milano, Feltrinelli.
- Demaria, C. (2002)**, “The X Files: gli archivi dell’impossibile”, in U. Volli (a cura di), *Culti Tv. Il tubo catodico e i suoi adepti*, Milano, Sperling & Kupfer Editori.
- Demaria, C. (2005)**, “Teorias, metodos y politica: una confrontacion entre la Semiotica y los Cultural Studies”, *De Signis*, 6, 2005, 48-60.
- Demaria, C. (2006)**, *Semiotica e memoria. Analisi del post-conflitto*, Roma, Carocci.
- Demaria, C. (2007)**, “Ricordare il male, testimoniare la violenza: riflessioni ed esempi di analisi”, in P. Violi e C. Paolucci (a cura di), “I piani della semiotica. Espressione e contenuto tra analisi e interpretazione”, *Versus. Quaderni di Studi Semiotici*, 103-105, pp. 193-217.
- Demaria, C. (2008)**, “Eccezione, eccesso, eccezionalità. 24 e la war on terror”, in M.P. Pozzato e G. Grignaffini (eds.), *Mondi seriali. Percorsi semiotici nella fiction*, Link Ricerca, Milano, RTI Edizioni, 2008, pp. 71-86.
- Demaria, C., Grosso, L., Spaziante, L. (2002)**, *Reality tv. La televisione ai confini della realtà*, VQPT/RAI-Eri, Roma.
- Demaria, C., Nergaard S (eds.) (2008)**, *Studi culturali. Temi e prospettive a confronto*, Milano, McGraw & Hill.
- Eco, U. (1975)**, *Trattato di semiotica generale*, Milano, Bompiani
- Eco, U. (2007)**, *Dall’albero al labirinto. Studi storici sul segno e l’interpretazione*, Milano, Bompiani.
- Fabbri, P., Montanari, F. (2004)**, “Per una semiotica della comunicazione strategica”, *E/C*, <http://www.associazionesemiotica.it/>.
- Felman, S. & Laub, D. (1992)** *Testimony. Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History*, London and New York, Routledge.
- Fontanille, J. (2004)**, *Figure del corpo*, Roma, Meltemi.
- Fontanille, J. (2006)**, “Pratiques sémiotiques: immanence et pertinence, efficience et optimisation”, *Nouveaux Actes Sémiotiques*, n. 104-105-106.
- Foucault, M. (1971)**, “Nietzsche, la généalogie, l’histoire”, in S. Bachelard et al., *Hommage à Jean Hyppolite*, Paris, PUF.

- Foucault, M. (1975)**, *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, Paris, Gallimard.
- Foucault, M. (1976)**, *Histoire de la sexualité. I. La volonté de savoir*, Paris, Gallimard.
- Greimas, A. J., Courtes, J. (1979)**, *Sémiotique: dictionnaire raisonné de la théorie du langage*, Paris, Hachette.
- Hall, S. (1986)**, “On postmodernism and articulation: An Interview with Stuart Hall”, *Journal of Communication Inquiry*, 10, pp. 45-60.
- Hall, S. (1987)**, “Minimal Selves”, *Ica Documents*, 6, London, Institute Of Contemporary Arts.
- Hall, S. (1996)**, “Who Needs Identity?”, en S. Hall E P. Du Gay (eds.), *Questions Of Cultural Identity*, London And New Delhi, Sage.
- Hall, S. (1997)**, *Representation. Cultural Representation And Signifying Practices*, London, Sage And Open University.
- Hartman, G. (1996)** *The Longest Shadow: In the Aftermath of the Holocaust*, Indiana University Press, Bloomington.
- La Capra, D. (2004)** *History in Transit. Experience, Identity, Critical Theory*, Ithaca & London, Cornell University Press.
- Laclau, E. (1977)**, *Politics and Ideology*, London, Verso.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1985)**, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, London, Verso
- Landowski, E. (2006)**, “Les interactions risquées”, in *Nouveaux Actes Sémiotiques*, nn. 101-103.
- Latour, B. (2001)**, “Piccola filosofia dell’enunciazione”, in P. Fabbri, G. Marrone (eds.), *Semiotica in nuce vol.2*, Roma, Meltemi.
- Lotman J. M., (1980)**, *Testo e contesto. Semiotica dell’arte e della cultura*, Laterza, Roma-Bari.
- Lotman J. M., (1985)**, *La Semiosfera*, Marsilio, Venezia.
- Lotman J. M., (1993)**, *Kultura i vzyv*, Gnosis, Moskva; trad. it. *La cultura e l’esplosione. Prevedibilità e imprevedibilità*, Feltrinelli, Milano 1993.
- Lotman J. M., (2006)**, *Tesi per una semiotica delle culture*, a cura di F. Sedda, Meltemi, Roma.
- Lotman J. M., Uspenskij B. A. (1975)**, *Tipologia della cultura*, Bompiani, Milano.
- Leys, R. (2000)** *Trauma. A Genealogy*, Chicago & London, Chicago University Press.
- Marrone, G. (2001)**, *Corpi sociali. Processi comunicativi e semiotica del testo*, Torino, Einaudi.
- Marrone, G. (2005a)**, *La Cura Ludovico. Sofferenze e beatitudini di un corpo sociale*, Torino, Einaudi
- Marrone G., (a cura di) (2005b)**, *Sensi alterati. Droghe, musiche, immagini* Roma, Meltemi.
- Marsciani, F. (2007)**, *Tracciati di etnosemiotica*, Milano, Franco Angeli.
- Marsciani, F. (2008)**, “Il corpo”, in C. Demaria, S. Nergaard (eds.), 2008, pp. 187-221.
- Montanari, F. (2004)**, *Linguaggi della guerra*, Roma, Meltemi.
- Paolucci, C. (2008)**, “Introduzione”, en C. Paolucci (ed.), *Studi di semiotica interpretativa*, Milano, Bompiani, pp. 5-42.
- Peñamarin, C. (2006)**, “Il focolare e il mondo. L’Immaginazione nei discorsi informatici e pubblicitari”, *Versus*, 100-101, pp. 75-91.
- Rothberg, M. (2002)** “Between the Extreme and the Everyday: Ruth Klüger’s Traumatic Realism”, in N. K. Miller, J. Tougaw (eds.), *Extremities. Trauma Testimony and Community*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press, pp. 55-70.
- Van Alphen, E. (1999)**, *Symptoms of Discursivity: Experience, Memory, and Trauma*, in M. Bal, J. Crewe and L. Spitzer (eds.), *Acts of Memory. Cultural Recall in the Present*, University Press of New England, Hanover 1999.
- Violi, P. (1997)**, *Significato e esperienza*, Milano, Bompiani.
- Violi, P. (2005)**, “ Il corpo, le pratiche”, *E/C*, <http://www.associazionesemiotica.it/>.

- Violi, P. (2006)**, “Enunciación testualizada, enunciación vocalizada: artes del decir y semiótica de la oralidad”, *E/C*, <http://www.associazionesemiotica.it/>.
- Williams, R. (1961)**, *The Long Revolution*, London, Chatto & Windus
- Williams, R. (1976)**, *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*, London, Fontana

Sistema de medios y gestión de la identidad: Notas para una revisión de la perspectiva sistemática en comunicación de masas

Juan Miguel Aguado

1. Notas para una epistemología de las cosas comunes¹

Una de las contribuciones de la Cibernética de Segundo Orden (CSO)² inaugurada por von Foerster es la de clarificar la diferencia entre dos tradiciones epistemológicas coexistentes en el pensamiento occidental: De una parte, aquella que separa radicalmente el conocimiento científico del conocimiento ordinario a través de la inconmensurabilidad respectiva del sujeto y el objeto del conocimiento; y, de otra parte, la tradición que conecta el conocimiento científico

1 El título de esta sección introductoria es tributario de la teoría de la observación de von Foerster esbozada en un artículo de título semejante ('Notas para una epistemología de los objetos vivientes') y que constituye una de las propuestas más interesantes en esa tierra de nadie entre la epistemología y la gnoseología que tanto seduce al pensamiento sistémico.

2 Parafraseando a von Foerster, si la cibernética de primer orden se ocupaba de la regulación de los sistemas y, por tanto, de sistemas observados externamente, la cibernética de segundo orden (literalmente una 'cibernética de la cibernética') se interrogaba por la incidencia de la capacidad de observación en los sistemas, esto es, de sistemas observadores. Obviamente, bajo estos supuestos, la trayectoria reflexiva de la segunda cibernética constituyó muy pronto un vivero de propuestas epistemológicas en torno a una necesaria teoría de la observación y su estrecha vinculación con la complejidad.

Aunque el concepto fue propuesto por Warren S. McCulloch como descriptivo de su tesis sobre las bases lógicas del funcionamiento de las conexiones neuronales, el sociólogo francés Jean Pierre Dupuy (1994) lo extiende para designar a la corriente filosófica marcada por el giro recursivo del pensamiento metodológico sobre el conocimiento, incluyendo así otras propuestas teóricas como la epistemología genética de Piaget o la corriente cognitivista en ciencias cognitivas. En este sentido, las 'epistemologías experimentales' se refieren al momento histórico en que las epistemologías objetivistas llegan a un punto autorreferencial al tomar conciencia de su condición de ontologías.

con el conocimiento cotidiano –y, por tanto, ordinario, pragmático- en los términos de una construcción mutua del objeto y el sujeto de la interacción cognitiva (Aguado, 2003a). Se puede así hablar de una *epistemología ontológica* frente a una *epistemología gnoseológica*, caracterizando a la primera como una filosofía del método del conocimiento científico y a la segunda como un giro recursivo del conocimiento en términos autorreferenciales –*conocimiento del conocimiento*, en palabras de Morin (1993)-. Las implicaciones contradictorias derivadas del concepto de ‘epistemologías experimentales’³ acuñado por McCulloch (1965) y su papel fundamental en la construcción de las premisas epistemológicas de la CSO ilustran a la perfección la forma en que ambas tradiciones convergen en el pensamiento sistémico.

Con todo, la originalidad de la propuesta de von Foerster fue, en primer lugar, proponer la reflexión epistemológica en los términos de una teoría de la observación, y, en segundo lugar, traducir las metafísicas del sujeto y del objeto de conocimiento al lenguaje prosaico de la observación. Una vez disuelto el ruido metafísico del concepto de conocimiento en una suerte de metáfora perceptual (la de la observación), la conciliación de las operaciones entre observador y observado quedaba delimitada como cuestión nuclear.

En suma, el primer logro de la CSO fue prevenir la tentación ontológica de las teorías acerca del conocimiento (incluyendo, específicamente, la teoría de sistemas) no mediante su confrontación con realidades empíricas, sino, primeramente confrontándolas consigo mismas en tanto que resultado del proceso del conocimiento: “Desde el mismo momento –resume Packman en el Prefacio a von Foerster (1991:103) en que dejamos de considerar los conceptos que usamos como propiedades de los sistemas observados y pasamos a considerarlos como propiedades emergentes de la interacción entre nosotros y el sistema observado, nos movemos de la ontología a la epistemología”.

Al proponer el giro de los sistemas a los sistemas observadores, la CSO concibe la epistemología como teoría de la observación sobre la base de una correlación operacional entre las lógicas organizacionales de la vida, la cognición y la observación. En consecuencia, la CSO no sólo enfatiza el viejo alegato cons-

3 Aunque el concepto fue propuesto por Warren S. McCulloch como descriptivo de su tesis sobre las bases lógicas del funcionamiento de las conexiones neuronales, el sociólogo francés Jean Pierre Dupuy (1994) lo extiende para designar a la corriente filosófica marcada por el giro recursivo del pensamiento metodológico sobre el conocimiento, incluyendo así otras propuestas teóricas como la epistemología genética de Piaget o la corriente cognitivista en ciencias cognitivas. En este sentido, las ‘epistemologías experimentales’ se refieren al momento histórico en que las epistemologías objetivistas llegan a un punto autorreferencial al tomar conciencia de su condición de ontologías.

tructurivista sobre la inclusión del observador en lo observado⁴, sino que con ello refuerza la concepción tardomoderna de la epistemología como una interrogación sobre la naturaleza y las condiciones del conocimiento que se aleja de la tradición del siglo XIX (revitalizada ahora en pleno furor de la tecno-ciencia) adscrita al análisis lógico-filosófico del conocimiento científico.

Las propuestas conceptuales de la CSO resultan especialmente desafiantes para el ámbito de las ciencias sociales, donde la epistemología, al ser entendida como una teoría cognitiva autorreferencial, deja de ser una suerte de estrategia legitimadora de un observador externo en posición privilegiada para convertirse en una condición operativa del sistema social mismo. En los términos de la psicología cognitiva, la teoría de la observación opera en el nivel epistémico de las dinámicas sociales de modo similar a como lo hacen las teorías de la mente⁵ en las comunicaciones inter-individuales: aplicando el principio de relativismo lógico para resolver la paradoja solipsista implícita en las operaciones tanto cognitivas como comunicativas de ambos sistemas (sujetos y sociedades).

Más allá de la conocida tradición sistémica sobre las implicaciones organizacionales de la comunicación y la cognición, la conexión epistemológica entre comunicación y auto-observación ha sido apuntada por Maturana y Varela (1980) a través del concepto de dominio lingüístico. Ambos autores entienden la articulación entre diferentes dominios fenoménicos (existencial o de clausura organizacional, consensual o de coordinación de conductas, cognitivo o de interacción adaptativa recíproca...) como expresiones de coherencia operacional (esto es, operaciones “que encajan y se encadenan” entre ámbitos fenoménicos superpuestos). El dominio lingüístico constituye el ámbito de fenómenos inaugurados a partir de la autorreferencia del lenguaje en el acoplamiento operacional de los dominios consensual y cognitivo. Es, por tanto, el dominio en el que se constituye la observación y, con ella, el sentido, el conocimiento.

4. Desde la perspectiva de la filosofía del lenguaje, Putnam (1994:179) recuerda en términos parecidos que "no podemos dividir el lenguaje en dos partes, una que describe 'el mundo tal cual es' y otra que describe nuestra contribución conceptual. [...] No podemos describir el mundo sin describirlo"

5. Las teorías de la mente constituyen una suerte de versión psicológico-pragmática de la doble contingencia y la autorreferencialidad recíproca. Permiten presuponer que los sujetos operan en sus interacciones dentro del marco estratégico de asumir que el otro posee 'una mente similar a la propia' y, consecuentemente, que él o ella es capaz de percibir de manera básicamente similar situaciones compartidas y orientar su comportamiento de manera básicamente similar. La existencia de teorías de la mente, por ejemplo, es frecuentemente mencionada como base para la capacidad de engañar (Martí, 1997). De modo coherente, las tesis de Mead (1992) designan la capacidad de adoptar el punto de vista del otro como condición necesaria tanto para la comunicación como para la sociedad, constituyendo así uno de los principios operativos del interaccionismo simbólico que Habermas sitúa en la base de su concepto de acción comunicativa. También Piaget (1969) se refiere a una dinámica de mimesis inferencial parecida a propósito del abandono de la denominada fase egocéntrica en el desarrollo cognitivo del niño

“Sin el lenguaje y fuera del lenguaje no hay objetos, porque los objetos sólo se constituyen como coordinaciones de acciones consensuales a través de la expresión por medio del lenguaje. No hay objetos para los sistemas vivientes que no operen en el lenguaje o, en otras palabras, para los sistemas vivientes los objetos no son parte de sus dominios cognitivos. Dado que nosotros, seres humanos, somos objetos en un dominio de objetos que producimos y manejamos en el lenguaje, el lenguaje es nuestro dominio de existencia característico y nuestro dominio cognitivo característico. [...] La objetividad surge en el

lenguaje como una manera de operar con los objetos sin diferenciar las acciones que esconden. [...] Los objetos son relaciones operativas en el lenguaje» (Maturana, 1996:149)

En otros términos, el observador y lo observado *son* en el lenguaje. Éste no es, pues, un instrumento de observación, sino un dominio de operaciones en el que se produce un consenso (acoplamiento operacional con implicación del sentido) que comparte con la observación la doble condición de ser requisito y resultado de la autorreferencia implicada en las coordinaciones conductuales con los otros. Morin (1994) condensa en una breve y contundente expresión esa condición de doble contingencia entre lenguaje y mundo que presupone la teoría de la observación apuntada: “todo está incluido en el significado, pero el significado es una emergencia de ese ‘todo’”.

Siguiendo a los autores citados, la característica organizacional de los sistemas sociales es, precisamente, que su auto-organización se realiza sobre la base de la comunicación como co-ontogenia (esto es, como producción recíproca). De este modo, la auto-observación constituye una premisa necesaria del acoplamiento operacional entre sistema y entorno, permitiendo la gestión del tráfico de complejidad organizacional entre uno y otro. Por auto-observación entendemos aquí, en los términos de Luhmann, la reentrada en el sistema de la diferencia entre sistema y entorno (una suerte de meta-diferenciación). En los sistemas sociales y en los sistemas psíquicos, en tanto que basados en el sentido (o en el lenguaje), esta operación supone una suerte de gestión de la identidad que resulta, desde nuestro punto de vista, especialmente relevante en el caso del sistema de los media y su papel en el acoplamiento operacional entre sistema social y sistemas psíquicos (individuos).

Pero es, en definitiva, la naturaleza mediadora del lenguaje y el sentido en relación a la cognición (mucho más determinante en el trabajo de Maturana y Varela que en la obra de Luhmann) lo que abre la puerta al uso del término ‘epistemología’ en referencia al conocimiento pragmático, ordinario, común. Si

los procesos cognitivos se hallan sujetos a los mismos principios que los de la observación⁶, la epistemología como problema cognitivo no puede ser restringida al ámbito de las ‘cosas especiales’ (aquellas que ocupan al procedimiento científico). En otras palabras, en la medida en que todo sistema social o psíquico es un sistema observador, sus operaciones definen un modo característico de elaboración de distinciones sobre la base de diferenciaciones estructuralmente determinadas y, en consecuencia, en el caso de los observadores humanos, un modo característico de implicar a la epistemología.

2. Más allá de la epistemología constructivista de los media en Luhmann

En las tesis luhmannianas esbozadas en *La Realidad de los Medios de Masas* (1996), el sistema de los media deviene un subsistema social funcionalmente diferenciado a partir de la configuración de un código específico de observación dirigido a la reproducción constante de una realidad social global, coherente y unitaria. “Su contribución social –resume Qvortrup (2003:152)- es la producción común de una suerte de moderna ‘ilusión trascendental’ en torno a un mundo global compartido”. La naturaleza específica del sistema de los media en tanto que subsistema social sería así la de operar de una manera específica la reentrada en el sistema social de la diferencia entre éste y su entorno (entendiendo como una parte privilegiada del entorno del sistema social a los sistemas psíquicos o a las conciencias individuales⁷). Esta especialización surge, para el autor, como parte de la diferenciación funcional que caracteriza a sistemas sociales altamente complejos y prefigura el papel crucial que el sistema de los media juega en la reducción de esa creciente complejidad social.

6. De acuerdo con las propuestas de von Foerster, Bateson, Maturana y Luhmann, la observación es entendida como la operación de una distinción sobre una diferencia. Para Varela y otros (1992), tal concepción constituye una expresión algorítmica de la operación cognitiva básica. La perspectiva constructivista, así, pone el énfasis en que la distinción no pertenece a lo observado -como en la epistemología positivista-, ni tampoco al observador -como en el subjetivismo o en el relativismo-, sino al acto de observar

7. Este es, sin lugar a dudas, uno de los puntos más contraintuitivos y controvertidos de las tesis luhmannianas que, de hecho, en la propia evolución de la obra del autor aparece rodeado de no poca confusión (a veces tratado de forma categórica y en ocasiones tomado de un modo más laxo). No es el propósito de estas páginas entrar en el corazón del debate acerca de la fundamentación última de la separación de lo individual (relativo a la conciencia) y lo social (relativo a las comunicaciones en términos sistémicos) en ámbitos fenoménicos diferenciados. Tómese en cualquier caso como una versión sistémica de la inconmensurabilidad entre los niveles micro y macro que jalona buena parte de la reflexión de y sobre las ciencias sociales

Hay, no obstante, en la visión luhmanniana de la centralidad contemporánea del sistema de los media tres cuestiones clave que merecen ser revisadas. La primera atañe a una adecuada distinción entre las dimensiones tecnológica (e incluso técnica) y social (esto es, institucional, organizacional y cultural) de los media (Taekke, 2005). La segunda concierne a la adopción de una definición de medio que tenga en cuenta su complejidad cultural, evitando por tanto abordarlo desde una perspectiva tanto excesivamente tecnológica como centrada en la visión periodística de las mediaciones (Aguado, 2003b; Laermans, 2005). Finalmente, una tercera cuestión pendiente en la reflexión constructivista acerca de los medios consiste en abordar el papel que el sistema de los media juega en relación a los actores sociales individuales o, en los términos de Luhmann, los sistemas psíquicos en tanto entorno de aquél (Aguado, 2003b; Laermans, 2005). Por su relevancia en lo relativo a la condición autorreferencial del los media como dispositivo de auto-observación social, en estas páginas nos centraremos en las dos últimas cuestiones.

Pese a que arranca su delimitación con una concepción del medio muy próxima a la de soporte técnico (Taekke, 2005), en *La Realidad de los Medios de Masas* Luhmann aborda diferentes esferas de acción de los medios de masas convencionales, siguiendo implícitamente la diferenciación funcionalista clásica articulada sobre la intencionalidad del diseño de contenidos (noticias, entretenimiento, publicidad). Pese a ello, su concepción global de los media permanece (como en el funcionalismo clásico) fuertemente ligada a los presupuestos operativos del periodismo. Al proponer el conflicto y la novedad como dinámicas constitutivas del sistema de los media, Luhmann pone claramente el acento en el discurso informativo como actividad distintiva del sistema. El entretenimiento es considerado en el trasfondo de los media como una suerte de orientación al consumo de tiempo (implícitamente de los sistemas psíquicos, pues la dinámica comunicativa entre subsistemas sociales no admite el consumo de tiempo como operación válida), obviando con ello los vínculos con el arte y la estética, así como con la propia información (en sus sentidos cognitivo y discursivo) que el entretenimiento plantea. La publicidad, por otra parte, es abordada como una suerte de operación extraña al sistema de los media, una especie de parásito en la frontera entre el sistema de los media y el subsistema económico. El resultado, más allá de circunscribirse a una noción obsoleta de medio, es que el autor no sólo obvia los profundos vínculos operativos existentes en la dinámica de los media entre esas tres esferas, sino también su reciente evolución hacia una creciente de hibridación de operaciones y cánones estético-expresivos.

Desde nuestro punto de vista, es precisamente este énfasis en la conceptualización periodística de la caracterización operacional de los media lo que per-

mite a Luhmann comenzar su aproximación con una revisión constructivista del viejo debate sobre los medios como espejo de la sociedad. En más de un sentido, la metáfora de la ventana-espejo constituye una suerte de paradigma (Morin, 1993) que prefigura el debate epistemológico en el ámbito de los estudios de comunicación. Un debate que se halla fuertemente influenciado por los problemas epistemológicos del periodismo en tanto que operación cognitiva social. La cuestión de cómo garantizar la correspondencia de la representación de los media con una selección efectiva de la información (en términos sistémicos) en la realidad social es típica de los debates acerca de la legitimidad de las operaciones en el ámbito del periodismo. Ciertamente Luhmann sitúa el debate en los términos del constructivismo radical: la cuestión no es si la realidad de los media es o no la realidad del sistema social (esto es, si *es verdadera*), sino más bien cómo los media construyen su realidad y cómo este proceso viene a ser operativo para el sistema social. Precisamente por ello, el planteamiento luhmanniano se encadena en sus fundamentos a la concepción periodística como marco explicativo de la actividad del sistema.

Consecuentemente, su conceptualización del sistema de los media es construida sobre la base de una epistemología constructivista del periodismo más que sobre una aproximación abarcadora de los media. De esta elección conceptual se derivan al menos dos consecuencias importantes:

La primera es **la relevancia concedida a la información como código del sistema**⁸. Luhmann (1996:22) –y más tarde Qvortrup (2003:22)– enfatiza que su propuesta de código información/no-información para el sistema de los media no se refiere en última instancia al sentido, sino a las selecciones. Obviamente el código debe ser lo suficientemente abstracto y generalizado como para mantener una coherencia suficiente en todas las operaciones observables del sistema. Pero esa precisión del autor parece obedecer más bien a la necesidad implícita de evitar una posible confusión entre la ‘información’ como operación de selección (en términos sistémicos) y la ‘información’ como el contenido de las noticias y reportajes (esto es, el medio simbólico de la actividad periodística). Sin embargo, como señala Laermans (2005), esta elección conceptual implica el peligro de desdibujar la diferencia operacional del sistema de los media con res-

8. De acuerdo con Luhmann, el código de un sistema constituye su diferencia directriz, esto es, la distinción operada sobre una diferencia (binaria) a partir de la cual el sistema delimita su ámbito de operaciones. Así, por ejemplo, para el subsistema económico, el código es valor/no-valor; mientras que para el subsistema científico es verdad/falsedad. En la obra comentada (Luhmann, 1996), el autor propone el código información/no-información (o, según la traducción, informable/no-informable) como diferencia directriz del sistema de los media

pecto a los demás subsistemas sociales, por cuanto cualquiera de ellos (cualquier sistema, de hecho) opera bajo el principio de producción de información como selecciones en sus interacciones con el entorno. Consecuentemente, la distinción información/no-información puede ser postulada como una distinción directriz para cualquier sistema social. ¿En qué sentido, pues, puede ser tomada como código específico del sistema de los media?

Luhmann responde implícitamente a esta cuestión al proponer la crisis y el conflicto como el programa que guía las selecciones del sistema de los media. Pero esta respuesta muestra nuevamente cuán próxima se encuentra la concepción luhmanniana de los media de la perspectiva funcionalista clásica centrada en el periodismo. Al explicar la diferenciación información/no-información en el marco de un programa orientado hacia las crisis, Luhmann recontextualiza la idea de ‘información’ en el ámbito del periodismo, vinculándola implícitamente a lo nuevo, lo inesperado o, en sus propios términos, a lo que ‘irrita’ el sistema social. Consecuentemente, los criterios operacionales que diferencian al código información/no-información para el sistema de los media son, antes que sistémicos, netamente periodísticos.

Pero ¿podemos reducir la coherencia organizacional del sistema de los media a los criterios selectivos de las noticias y reportajes? ¿Pueden la crisis o el conflicto ser postulados como programa específico del sistema de los media más allá de una concepción periodística? A nuestro entender, esa conceptualización del sistema de los media obedece a una comprensión del mismo fuertemente determinada por la actividad periodística y que, de hecho, se muestra especialmente útil a la hora de explicar las coherencias operacionales entre el sistema de los media y el subsistema de la política (especialmente en una determinada etapa histórica y en un determinado contexto cultural) en el ámbito de la opinión pública (Cfr. Qvortrup, 2003, cap. 5). Así, no puede extrañar que el entretenimiento y la publicidad aparezcan considerados en segundo plano, en tanto, bajo estos supuestos, su relevancia se halla sujeta a operaciones secundarias del sistema tales como el suministro de recursos económicos (publicidad), el refuerzo de la coherencia semántica (publicidad y entretenimiento) o simplemente la habilitación de un espacio de escape que compense la permanente orientación del sistema a la crisis (entretenimiento). El lector observará aquí nítidamente los ecos de los supuestos fundacionales del funcionalismo norteamericano en el ámbito de la investigación en comunicación de masas (Lazarsfeld y Merton, 1954).

Precisamente, la segunda consecuencia derivada de la aproximación luhmanniana al sistema de los media como una epistemología constructivista del periodismo es **la rígida circunscripción a los acoplamientos operacionales del sistema con el ámbito de la opinión pública**, que supone de hecho obviar, o

al menos simplificar en extremo, la compleja incidencia del sistema de los media con respecto al territorio de lo económico y a los actores individuales. Desde nuestro punto de vista, una perspectiva compleja de los acoplamientos operacionales del sistema de los media debe dar cuenta, como propondremos más abajo, al menos de tres esferas de lo social: la opinión pública, el consumo y la identidad. Estos tres dominios de acoplamientos operacionales del sistema de los media lo constituyen como una suerte de bisagra que implica a su vez a los sistemas político y económico y a los sistemas psíquicos (actores individuales). Una aproximación global de trasfondo cultural al sistema de los media exige revisar la validez del código información/no-información como diferencia directriz y, consecuentemente, demanda también dar cuenta efectiva de aquellas operaciones del sistema no vinculadas al paradigma periodístico, que estratégicamente implican la estética, la atención y el consumo. No parece precisamente esta la perspectiva que puede aportar alguna luz sobre el papel nuclear de las mediaciones en las sociedades globalizadas contemporáneas.

3. Relevancia, atención, interés

El presupuesto sistémico de Luhmann acerca de la naturaleza del sistema de los media como garantía de mantenimiento de esa moderna “ilusión trascendental de un mundo global compartido” (Qvortrup, 2003) es sin duda coherente con la visión de los media como agentes de mediación cultural y, simultáneamente, económica (Abril, 2003, Aguado, 2003b). Sin embargo, si el sistema de los media es definido en términos sistémicos como un agente de la auto-observación social dirigida a la reducción de complejidad (como se deduce de la idea luhmanniana de tematización en tanto rasgo operacional del sistema), aún tenemos que diferenciar al sistema de los media de otros subsistemas sociales que también aparecen caracterizados como instancias sociales de auto-observación (por ejemplo, la ciencia y la tecnología).

A diferencia del subsistema científico-tecnológico, el sistema de los media desarrolla su función de auto-observación social en los términos de una dinámica de consumo. En el contexto de los media, la atención prestada o el tiempo y contextos de uso constituye no sólo un valor económico, sino también un criterio de validez operacional (Aguado, 2003b; Laermans, 2005). Si la función auto-observadora de la ciencia se desarrolla bajo las premisas de la aplicabilidad y la coherencia, en el caso del sistema de los media se opera bajo la premisa de la gestión del impulso de consumo (seguir viendo, leyendo, recordando). Consecuentemente, las selecciones operacionales (y los procesos de tematización) en el sistema no obedecen en última instancia a su condición problemáti-

ca o inesperada, sino a su potencial de ser a su vez seleccionadas por las audiencias. El conflicto y la crisis constituyen sólo un medio preferente de gestionar la atención, especialmente operativo en el ámbito de la información periodística. Pero también, por ejemplo, la condición espectacular (el impacto sensorial, la gestión de las magnitudes), la condición inmersiva (entornos de implicación emocional), la condición identificativa (la cotidianidad proyectiva) o, simplemente, la condición estética son medios de gestión del interés en el sistema de los media.

Consecuentemente, el código información/no-información resultar ser excesivamente inespecífico si tomamos ‘información’ en términos sistémicos (información como selección sobre una diferencia), pero al mismo tiempo resulta ser excesivamente limitado si tomamos ‘información’ en el sentido de la novedad o lo inesperado que caracteriza a la actividad periodística. A la hora de delimitar una diferencia directriz válida para el sistema de los media (y, por tanto, para toda su complejidad operacional, esto es, incluyendo en los términos de Luhmann al periodismo, el entretenimiento y la publicidad) nos parece de interés recurrir a tres propuestas recientes que comparten su afán de revisión de las tesis luhmannianas sobre el sistema de los media.

Pintos (2001) propone la diferenciación entre relevancia y opacidad como meta-código que regula las operaciones de diferenciación del sistema de forma coordinada con otras distinciones (como información/no-información, por ejemplo), permitiendo así matizar la especificidad del código en relación a otros subsistemas que también puedan operar con él. Asumiendo que el sistema de los media juega un papel fundamental en la configuración de imaginarios sociales, Pintos subraya la relevancia operacional que los media tienen a la hora de designar qué es relevante para el conjunto social y ocultar o minimizar aquello que no lo es. Sin embargo, este meta-código binario recuerda nuevamente la concepción periodística de los media como una suerte de ‘enfoque de cámara’ para el sistema social: el ‘ojo público’ de los media muestra y al tiempo oculta en su función de selección y representación. Esta complementariedad entre designación y elisión constituiría, de acuerdo con el autor, la naturaleza última de las operaciones del sistema. Más aún, la dificultad creciente del sistema para adecuar la diferencia relevancia/opacidad a los criterios informacionales es tomado como base para su argumentación crítica de los media.

Hay, no obstante, en la propuesta de Pintos, dos aspectos divergentes de las tesis de Luhmann que merecen ser subrayados. El primero es que el meta-código relevancia/opacidad (a diferencia del código información/no-información) no apunta necesariamente a la selección de lo inesperado, lo improbable o aquello que ‘irrita al sistema’. Simplemente apunta a una distinción clave desde la que

el sistema discrimina entre lo relevante y lo no relevante. De este modo el autor abre la puerta a la relevancia operacional de las variables organizacionales y estratégicas del sistema (tales como las audiencias o el impacto social), aspecto que permanece significativamente ausente en la obra de Luhmann. La segunda diferencia es que el meta-código relevancia/opacidad extiende la funcionalidad característica del sistema de los media en torno a la producción de una imagen compartida del mundo social a todos los productos simbólicos del sistema (incluidos entretenimiento y publicidad). Este punto, que resulta a nuestro entender crucial, presenta un lugar secundario en las consideraciones luhmannianas. Quizás sea por el hecho de que el código información/no-información y su enfoque en la excepcionalidad y la crisis no encajan bien con la lógica operacional de la publicidad y el entretenimiento, en tanto sus productos simbólicos recurren significativamente a la vida cotidiana y la normalidad como contexto de producción tanto de sentido como de relevancia.

Sin embargo, el aspecto clave de la diferenciación relevancia/opacidad permanece obviado por el propio Pintos (2003): Si tenemos en cuenta la relevancia operacional de los factores organizacionales y estratégicos de los media, deberíamos entonces preguntarnos cuál es la consecuencia definitoria de la diferenciación entre relevancia y opacidad para éstos. Al hacerlo, deberíamos tomar en consideración que lo que determina la diferenciación del sistema entre relevancia y opacidad es la anticipación del hecho de que están siendo vistos, escuchados o leídos, esto es, el hecho de que hay –o *puede haber*–, comunicación con expectativa de éxito. El sistema de los media resulta así un subsistema social dirigido a garantizar la comunicación de una forma paradójica: maximizando el interés y rango de la comprensión y aceptación mediante la exclusión sistemática de sus interlocutores de las operaciones del sistema (relegados a la condición de futurible contrastable), o, lo que es lo mismo, mediante la *producción sistemática* de sus audiencias.

Es importante subrayar aquí que, precisamente en virtud de la clausura operacional del sistema de los media, las audiencias son un producto del sistema, y no una configuración de su entorno. Un concepto plenamente operativo de audiencia desde la perspectiva sistémica debe constituir una forma de internalización del entorno del sistema (esto es, lo que el entorno es para el sistema, incluyendo otros subsistemas sociales y a los sistemas psíquicos tal y como son percibidos en el curso de las internaciones con ellos).

Consecuentemente, es la atención del público (en la forma del interés de la audiencia) lo que determina la base misma de las operaciones del sistema de los media (Aguado, 2003b; Laermans, 2005). Así, una diferenciación previa emerge como código antes que la distinción relevancia/opacidad: la diferenciación entre interés y no interés (Aguado, 2003b).

En términos similares, Laermans (2005) ha propuesto la diferencia atención/no-atención como código del sistema de los media. No obstante, la atención nos parece una operación característica del entorno de los media y no tanto de éstos (salvo cuando tiene lugar una operación de auto-externalización característica de algunos procesos autorreferenciales en los medios de comunicación, como cuando recurren a sí mismos como fuentes o como indicio de la relevancia de un acontecimiento representado). Así, el concepto de atención nos parece más indicativo de una forma característica de disposición de las interacciones entre otros sistemas y el sistema de los media, por lo que, como decimos, forma parte del ámbito de su entorno. La atención se prefiguraría aquí como el requisito del acoplamiento operacional entre el sistema de los media y los sistemas psíquicos.

Por el contrario, el concepto de interés constituiría la cualidad que el sistema de los media otorga a la disposición atencional de su entorno. En otras palabras, el interés es la actitud comunicacional que el sistema de los media atribuye a su representación del entorno y que *permite al sistema producir a las audiencias en tanto que internalización de sus interacciones con el entorno social*.

4. La paradoja auto-observacional del sistema de los media

Como se ha apuntado más arriba, las diferencias entre la perspectiva culturalista y la periodística de los media ponen de relieve su relevancia última en el marco del conflicto epistemológico entorno a la concepción de los media como un sistema observador especializado en la auto-observación del sistema social. Podemos resumir dicho conflicto en la forma de una inadecuación endémica entre dos clases de epistemología (esto es, de concepción de la naturaleza y condiciones del conocer) en el sistema de los media. De una parte, una *epistemología explícita*, coherente con los presupuestos clásicos del objetivismo y que considera a los medios bajo una suerte de 'lógica perceptiva' ('la cámara no miente'); y, de otra, una *epistemología implícita* coherente con los supuestos del nominalismo relativista de acuerdo con el cual los medios configuran a los actores sociales y al propio sistema social. Mientras que la epistemología explícita configura la columna vertebral de las autodescripciones en el discurso periodístico, la implícita constituye un lugar común para la crítica social de los media (incluidos publicidad y entretenimiento).

Los discursos periodísticos autorreferenciales, pues, presentan numerosas referencias a conceptos netamente epistemológicos, como verdad, objetividad, fidelidad, adecuación, etc. El punto interesante es que en la práctica mayoría de los casos se trata de referencias procedimentales que dan por supuesto el senti-

do de los conceptos y sus implicaciones. En los libros de estilo, por ejemplo, se pueden encontrar procedimientos estandarizados para la redacción, destinados a asegurar la pluralidad de perspectivas, la doble comprobación de fuentes o el contraste de las informaciones (Tuchman, 1972) como procedimientos de garantía de las condiciones epistémicas del saber periodístico. Como ha apuntado Muñoz Torres (2000), estos estándares de procedimiento implican una concepción objetivista de la relación observacional entre el medio y la sociedad. No se cuestiona la naturaleza de tal relación, sino que se producen rutinas formalizadas (algoritmos) destinadas a producir representaciones ‘adecuadas’ de los acontecimientos. En más de un sentido, en tanto compendios procedimentales, los libros de estilo son a la mediación lo que los manuales de epistemología clásica al conocimiento científico.

Esta concepción objetivista atribuye a los medios (especialmente a los de naturaleza institucional, aunque también, en un sentido diferente, a los medios en red) las características típicas de la concepción positivista de la observación: un lugar privilegiado para la observación, la premisa de que la observación no afecta a lo observado y el principio de que el observador no forma parte ni de lo observado ni de la acción observadora, así como, empleando los términos de Williams (1995), una concepción absoluta del mundo.

Aunque parcialmente ajenos a la tradición sistémica, estos aspectos han sido suficientemente señalados y criticados desde los estudios sobre comunicación social. La cuestión, con todo, consiste en comprender cómo es posible mantener una asunción explícita de esa epistemología en una sociedad hipercompleja caracterizada por la hipercontextualidad y el heterocentrismo (Qvortrup, 2003), que necesariamente implica una radical fragmentación y descentralización de las observaciones. El giro constructivista constituye, a nuestro parecer, un requisito necesario para la respuesta a esa cuestión. El otro requisito, obviamente, es el abandono de la perspectiva periodística en la comprensión de las operaciones observacionales de los media y el consecuente reconocimiento de su estatus híbrido.

A diferencia de otros subsistemas sociales (como la ciencia o el arte, por ejemplo), las condiciones del conocimiento constituyen un problema en el ámbito de los medios precisamente por la condición híbrida de sus operaciones: *los media producen la realidad que observan al tiempo que observan la realidad que producen*. El propio código relevancia/opacidad permanece como un escotoma (un punto ciego) para las operaciones del sistema en tanto los media no pueden acceder a la conexión entre producción y observación. En otras palabras, el problema crucial de los medios es que, para ellos, *la observación es necesariamente equivalente de la acción*. Como apunta Luhmann (1996), para el sistema de los media

no puede haber diferencia entre el mundo como es y el mundo como es observado. Por esta razón los medios no pueden concebir otra epistemología (u otra comprensión de su actividad observadora) que la objetivista, incluso en condiciones sociales incompatibles con ésta.

A este tipo de problemas se refiere Luhmann cuando señala el código autorreferencia/heterorreferencia como diferenciación constitutiva del sistema de los media. De acuerdo con esto, los media serían incapaces de auto-observarse en otros términos que no sean aquellos desde los cuales realizan su observación del sistema social: se conciben a sí mismos como actores sociales a través de su condición social de observadores y, en consecuencia, necesariamente se refieren a sí mismos en términos heterorreferenciales.

Siguiendo a Luhmann, entendemos el sistema de los media como un subsistema especializado en la operación de la reentrada en el sistema social de la diferencia sistema-entorno, asumiendo que tal especialización emerge en el curso de la diferenciación funcional que caracteriza a las sociedades complejas de la modernidad tardía. La operación característica del sistema de los media es, pues, la observación. Obviamente, todo subsistema social puede ser considerado como un sistema observador (no hay reducción de la complejidad en los sistemas sociales sin observación, en tanto sin esta no hay manera de que el sistema pueda representar la diferencia entre éste y su entorno y, con ello, reducir la complejidad del entorno y adaptar sus operaciones).

En coherencia con von Foerster, la auto-observación del sistema social presupone una epistemología que determina la forma de las interacciones en el sistema. Ello implica una cierta capacidad para la meta-observación (observar la observación) que a su vez demanda una distinción específica entre observador y actor. Tal distinción resulta de especial relevancia en aquellos contextos sociales en los que la separación entre la acción y la observación es un requisito funcional (como, por ejemplo, en la política). Sin embargo, en aquellos contextos sociales (como en los procesos mediáticos de producción de sentido) en los que la acción definitoria es precisamente la observación (en los términos de la diferenciación que constituye al sistema), la frontera entre observador y actor queda desdibujada.

Consecuentemente, aquellos sistemas sociales en los que se da una clara diferencia entre su operación definitoria y la observación son capaces de implementar auto-observaciones sobre la base de la distinción actor/observador (como ocurre, de hecho, con los sistemas psíquicos). Pero, en tanto su condición actancial es precisamente la observación, este no es el caso del sistema de los media. Es por esta razón por lo que la distinción autorreferencia/heterorreferencia resulta crucial para la propia constitución del sistema de los media como un sub-

sistema social diferenciado (Luhmann, 1996). A diferencia de otros subsistemas sociales, en el sistema de los media la auto-observación se halla condenada a asumir la forma heterorreferencial, esto es, a través de la auto-concepción del medio como un actor social cuya acción se halla orientada a la correspondencia. En este punto radica la imposibilidad de conciliar las epistemologías implícita y explícita de los media y, paradójicamente, también aquí reside la esencia de su condición mutuamente complementaria como dos descripciones opuestas de las observaciones del sistema.

Esa condición paradójica de la observación en el sistema de los media juega, a nuestro entender, un papel importante en los acoplamientos operacionales del sistema con otros subsistemas sociales (especialmente la política) en el ámbito de la esfera pública. Más que su operatividad en cuanto a la tematización y a la irritación de la esfera pública (Qvortrup, 2003), la condición heterorreferencial de la autorreferencia del sistema de los media (y, consecuentemente, su énfasis en la que hemos denominado ‘epistemología explícita’) resulta operacionalmente relevante para todo actor social en el marco de la esfera pública. Ello atañe, obviamente, a los actores políticos, empresas o marcas, que resultan particularmente afectados por las consecuencias de su imagen pública, pero puede ser propuesto como principio general del acoplamiento operacional entre cualquier actor social y el sistema de los media (incluidos, a la vista del creciente fenómeno de la fama *prêt-à-porter*, los actores individuales).

Como hemos propuesto en otra ocasión (Aguado, 2003b), los términos heterorreferenciales en los que el sistema de los media desarrolla su autorreferencia implican una suerte de *internalización de la heterorreferencia* (y así, por ejemplo, la compulsión de los media por mimetizar otras funciones sociales como las propias de la política, la economía, el derecho, etc., o su característica facilidad para evaluar cualquier circunstancia en cualquier contexto). Ello posibilita, a la inversa, la *externalización de los criterios de selección del sistema (interés/no-interés) de modo que puedan ser incorporados como medio simbólico de interacción por otros subsistemas sociales*.

Ello implica una suerte de transferencia de los criterios heterorreferenciales de los media a otros subsistemas sociales y a los sistemas psíquicos, como resultado de la cual incorporan a sus interacciones con los media los mismos criterios de selección que los media aplican en sus interacciones con ellos. Tal parece el principio organizacional de la comunicación institucional y corporativa, así como el principio operativo de la producción estratégica de acontecimientos mediáticos (selecciones producidas por los actores sociales con el objeto de que sean a su vez seleccionadas por los media). En cierto sentido, esta dinámica implica la externalización del código interés/no-interés y su paradoja subsecuente: *Los sistemas sociales se observan a sí mismos bajo los criterios de selección del siste-*

ma de los media, mientras éste se observa a sí mismo bajo los criterios de otros sistemas sociales (definidos por la distinción acción/observación).

El resultado es que la heterorreferencialidad de los media deviene de hecho autorreferencia externalizada. La heterorreferencia resulta así una parte sustancial de la autorreferencia del sistema de los media y la diferenciación básica del sistema entre autorreferencia y heterorreferencia es parcialmente resuelta mediante una paradoja con consecuencias a escala de la totalidad del sistema social.

De acuerdo con Luhmann (1996), el sistema de los media (desde su perspectiva centrada en la dimensión periodística) no se observa a sí mismo en tanto que sistema observador, esto es, no opera desde las premisas de la observación de segundo orden (no se dedica a observar sus observaciones). Simplemente observa y selecciona acontecimientos en el entorno social y los presenta como acontecimientos universalmente observables. Sin embargo, si asumimos que la heterorreferencia es una forma de autorreferencia externalizada del sistema y aceptamos que es más bien el *interés* y no tanto la *información* lo que define las operaciones del sistema, entonces se hace necesario reconsiderar la capacidad auto-observadora del mismo.

Expresado en otros términos: En lo relativo a la información (en el sentido periodístico), la auto-observación del sistema es operada a través de una superposición simbólica de los media y la ‘sociedad’ (la denominada *opinión pública*). Los media aparecen así como ‘los ojos’ de la sociedad (epistemología explícita), pero la ‘sociedad’ aquí es aquello que el sistema constituye como tal en su observación (epistemología implícita). Consecuentemente, cuando los media refieren sus operaciones a la sociedad están en realidad operando una dinámica auto-observadora que incluye la concepción social de los media como sistema observador. Tal es la esencia de la paradoja del sistema de los media: *cuanto más pretenden situarse ‘fuera de la sociedad’ (en términos observacionales) tanto más se construyen a sí mismos como parte constitutiva de la misma, y viceversa.*

Un ejemplo ilustrativo de esta paradoja auto-observacional en el ámbito del periodismo y los media informativos es el caso de la autorreferencia en las noticias (Santin, 2006). Los medios se incluyen a menudo a sí mismos como actores sociales en el curso de los acontecimientos que seleccionan y relatan. Por ejemplo, en la cobertura informativa de los atentados del 11 de Marzo de 2004 en Madrid, la autorreferencia de los media como *actores sociales* fue crucial en la representación de los acontecimientos, planteando una estructura binaria de observaciones intencionales como ‘revelación de la manipulación de los actores políticos’ vs. ‘manipulación de acuerdo con los actores políticos’. Esta distinción fue alternativamente tematizada por los actores políticos (en referencia a la opi-

nión pública y a los medios) y por los medios (en referencia a la opinión pública y los actores políticos). Consecuentemente, esta forma de autorreferencia fue realizada en la forma de una heterorreferencia tanto para los actores políticos como para los medios, lo que, de hecho, motivó una aproximación sin precedentes entre sus respectivas operaciones/observaciones.

Esta inclusión autorreferencial cumple —en este y en otros casos— una doble función: de una parte legítima (y, consecuentemente, promociona) el papel observador de los medios mediante una traslación implícita de la equivalencia observación/acción a la equivalencia observación/observado. De otra, permite fijar la coherencia entre el código relevancia/opacidad y el código interés/no-interés (fusionando así el papel observador de los media y su orientación a las audiencias).

Pero desde el punto de vista de la diferenciación entre interés y no-interés, los media se hallan obligados, indirectamente, a observar su observación (siempre en términos heterorreferenciales) de cara a maximizar la eficacia de sus comunicaciones (interés). La coherencia operacional entre los anunciantes y los difusores de contenidos se basa precisamente en esta premisa, y lo mismo ocurre con la coherencia operacional entre las investigaciones de audiencias y la representación del entorno social. Esta es la razón por la que la audiencia debe ser considerada un constructo operacional del sistema de los media. Así entendida, la audiencia constituye un síntoma de esta característica auto-observación en modo hetero-observacional.

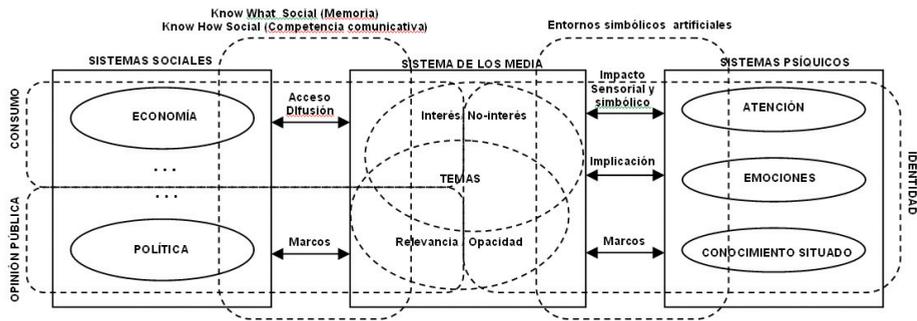
5. Política, consumo e identidad: los acoplamientos operacionales del sistema de los media en las sociedades contemporáneas.

En los epígrafes precedentes hemos revisado aquellas aproximaciones sistémicas a los media sometidas a la tradición funcionalista de la perspectiva informativa. Al hacerlo, nos hemos referido también a la importancia que dichos enfoques (nuevamente en coherencia con la tradición funcionalista) otorgaban al acoplamiento operacional del sistema de los media y la política en la constitución de la esfera pública (Cfr. Luhmann, 1996; Qvortrup, 2003). Y con ello anticipábamos al menos otros dos ámbitos de interacción constitutivos del sistema de los media en las sociedades contemporáneas: consumo e identidad.

A modo de propuesta conclusiva intentamos resumir el trabajo conceptual realizado en torno a los tres ámbitos de acoplamiento organizacional (Aguado, 2003a, 2003b, 2004, 2006) en el gráfico presentado más abajo (figura 1). En él se proponen tres sistemas sociales clave en el papel central de los medios en la organización de las sociedades hipercomplejas actuales: política,

economía e individuos (o sistemas psíquicos, en la terminología luhmanniana). Desde nuestra perspectiva, una aproximación sistémica a los media coherente con las premisas esbozadas con anterioridad –y, por ello, en disposición dialógica respecto de la tradición de los estudios culturales- debe tener en cuenta el papel de constitución recíproca que la política, los media, la economía y los sujetos individuales juegan en los procesos de opinión pública, consumo y construcción de identidad.

Figura 1: Acoplamientos operacionales del sistema de los media



Como se ha propuesto más arriba, la complementariedad específica entre los dos códigos (interés/no-interés y relevancia/opacidad) actúa como guía directriz de las operaciones del sistema de los media. El resultado de las selecciones del sistema operadas sobre la base de estas distinciones constituye los temas (esto es, estructuras de sentido cultural y socialmente situadas), los cuales a su vez funcionan como medio simbólico para los acoplamientos con otros subsistemas sociales.

A través de la organización del acceso y difusión de los temas, el interés y la relevancia coordinan los acoplamientos operacionales del sistema de los media con el ámbito económico (en el que, a su vez, la diferencia directriz se articula sobre la presencia/ausencia de valor). El acceso constituye una condición de valor en las prácticas de consumo y éstas suponen el territorio de acoplamiento operacional del sistema de los media con los sistemas psíquicos (consumo cultural). La difusión es un prerequisite del acceso e involucra a la relevancia operacional de la publicidad y los patrones de estilos de vida en el acoplamiento entre media y economía en el marco de las prácticas de consumo. Es importante en este punto subrayar la condición autorreferencial de este acoplamiento, en tanto los contenidos de los media son también productos dirigidos a los consumidores a través de la difusión y el acceso como valor. De forma esquemática, el interés garantiza la difusión, la difusión garantiza el acceso y ambos –difusión

y acceso- alimentan el interés. Desde una perspectiva complementaria puede resultar ilustrativo en este aspecto argumentar que la forma actual de las prácticas de consumo en las sociedades modernas globalizadas no puede ser explicado sin recurrir a los media.

A través de la organización de los marcos vía tematización, el interés y la relevancia coordinan los acoplamientos operacionales entre el sistema de los media y la política. Los temas y los marcos de sentido operan aquí como selecciones que guían las interacciones comunicativas *con* y *a través del* sistema de los media, constituyendo un espacio privilegiado para la configuración de la opinión pública (ella misma condición y producto de condensaciones temáticas). Los media aquí no serían sólo un sistema de auto-observación social, sino más bien un subsistema derivado de la propia auto-observación social. En otras palabras (y, nuevamente, en términos autorreferenciales): el sistema de la política se observa a sí mismo a través de las observaciones del sistema de los media, pero también el sistema de los media se auto-observa (en modo heterorreferencial) a través de las observaciones del sistema de la política y de otros actores sociales específicamente constituidas para ser seleccionadas por los media en términos de interés y relevancia.

Los acoplamientos operaciones del sistema de los media y los subsistemas económico y político en los ámbitos del consumo y la opinión pública constituyen la base de conocimiento compartido que sostiene la ‘ilusión trascendental de un mundo global compartido’ a que se refiere Qvortrup (2003). Este conocimiento social compartido concierne al ‘*know what* social’, que opera como memoria social situada –una suerte de ‘enciclopedia social’ en línea con la tradición fenomenología social de Schutz (1973; 1974)- y al ‘*know how* social’, que prefigura las competencias comunicativas necesarias para que los actores sociales puedan operar en la frontera de los acoplamientos operacionales entre el sistema de los media y los subsistemas económico y político (o, en otros términos, que hace posible la transferencia de códigos entre subsistemas).

Los acoplamientos operaciones entre el sistema de los media y los sistemas psíquicos han sido objeto de consideración teórica en trabajos anteriores (Aguado, 2003b; 2004; 2005; 2006) en los que se abordaba una línea de diálogo entre la tradición de los estudios culturales y la concepción constructivista del sistema de los media centrada en su papel crucial en la producción de (si se permite el pleonasma) *entornos simbólicos artificiales* (Geyer, 1991). En dichos trabajos mostrábamos nuestro interés por la incidencia del sistema de los media en la transformación de las dinámicas culturales de producción de identidad, constituyendo un lugar privilegiado para la difusión de entornos experienciales como objetos de consumo en el marco de la producción de identidades individuales y

colectivas. Precisamente la paradoja de la autorreferencia realizada en modo heterorreferencial que caracteriza al sistema de los media hace posible que éstos produzcan entornos sociales –realidades sociales, en palabras de Luhmann (1996) que muy bien podrían atribuirse a Schutz (1974)- simultáneamente como representaciones endógenas de sus interacciones con otros sistemas sociales y como representaciones exógenas del entorno social de los individuos.

El sistema de los media se acoplaría así operacionalmente con los sistema psíquicos mediante la producción de entornos simbólicos artificiales destinados a reducir la complejidad social (en tanto entorno de los actores individuales) y a facilitar los procesos de selección en el ámbito de las interacciones sociales, implicando de forma relevante las prácticas de consumo. Esta concepción, por lo demás, parece coherente con dos tradiciones convergentes en el ámbito de los estudios culturales: de una parte, la preocupación culturalista (y de cierta tradición crítica) por el impacto de la inclusión de las prácticas de producción de identidad (especialmente en lo relativo a los marcos experienciales) en las dinámicas de consumo; y, de otra parte, el interés creciente por el papel de los media como nexo operativo entre las dinámicas macro y micro de la organización simbólica de lo social. En este sentido, la producción discursiva de los media implica la atención (como prerequisite operacional de la comunicación), la emoción (como prerequisite operacional de la internalización de los marcos de sentido) y el conocimiento situado (esto es, las competencias comunicativas e interaccionales en el nivel individual).

El interés y la relevancia, así, afectan a la atención, la implicación emocional y el conocimiento situado a través del impacto sensorial y simbólico, la implicación emocional y la apropiación de marcos de referencia. La inmersión perceptiva y estética, así como la implicación emocional constituyen estrategias de orientación de las interacciones propias de las dimensiones semántica y tecnológica de los media. Asimismo, los marcos de sentido proporcionan estructuras de referencia que contribuyen a incrementar la redundancia (y, con ella, la capacidad de proyección interpretativa) y a reducir la complejidad social. En estos términos, el sistema de los media puede ser comprendido como un subsistema social funcionalmente especializado en el acoplamiento de la auto-observación de los sistemas psíquicos y la auto-observación del sistema social (incluyendo a cada uno de ellos como sus respectivos entornos internalizados).

Finalmente, un último aspecto relevante de la figura comentada lo constituye la condición implícita del sistema de los media como puente entre las operaciones de los subsistemas económico y político, de una parte, y los individuos o sistemas psíquicos, de otra. Esta capacidad para tejer las prácticas de consumo y la esfera pública con los procesos de producción de las identidades individua-

les y grupales en sociedades complejas sirve para enfatizar aún más la centralidad organizacional del sistema de los media y propone, desde nuestro punto de vista, un horizonte de desarrollo significativo para la aportación constructivista a la comprensión de los media en las sociedades contemporáneas.

6. Bibliografía

- ABRIL, G. (2003):** *Cortar y pegar. La fragmentación visual en los orígenes del texto informativo*. Madrid, Cátedra.
- AGUADO, J.M. (2003a):** *Comunicación y cognición. Las bases de la complejidad*. Sevilla, Comunicación Social Ediciones.
- (2003b): «The technological mediation of experience: a systemic approach to media and contemporary culture» *4th International Conference on Sociocybernetics: Sociocybernetics –The Future of the Social Sciences*, Corfu, Greece, June 30-July 5, 2003.
- (2004): «Media, meta-experiences and modernity» *5th International Conference on Sociocybernetics: Social Knowledge for the Contemporary World*, Lisbon, Portugal, July 26-31, 2004.
- (2005) «La información como problema observacional» en *Cuadernos de Información y Comunicación*, Universidad Complutense de Madrid, nr. 10, pp. 197-218.
- (2006) «The Vicarious Self: Media and Individual Experience in the Context of Societal Complexity Reduction» en *Kybernetes*, 35/3-4, pp. 567-582. Emerald Publ.
- DUPUY, J. P. (1982):** *Ordres et desordres. Enquete sur un nouveau paradigme*, Paris, Seuil.
- (1984b): «L'auto-organisation: du social au vivant et du vivant au social», en *Querelle de modèles*, Cahiers S.T.S, Paris, Éditions du CNRS.
- (1986): «Du bon usage des notions de complexité et de l'autonomie dans la pensée du social», en *Science et pratique de la complexité*, La Documentation Française.
- (1994): *Aux origines des sciences cognitives*, Paris, La Découverte.
- FOERSTER, H. von. (1981):** *Observing Systems*. Seaside, CA: Intersystems Publications.
- GEYER, F. (1991):** «Modern Forms of Alienation in High Complexity Environments: A Systems Approach», *Kybernetes*, 20(2), 1991, pp.10-28.
- GIDDENS, A. (1991):** *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age*, Stanford, CA: Stanford University Press.
- GLASERSFELD, E. (1987).** *The Construction of Knowledge: Contributions to Conceptual Semantics*. Intersystems Publications. Seaside, California.
- KRIPPENDORF, K. (1996):** «A Second-order Cybernetics of Otherness» in *System Research* Vol. 13, No.3, 1996 pp. 311-328.
- LAERMANS, R. (2005):** «Mass Media in Contemporary Society: A Critical Appraisal of Niklas Luhmann's Systems View », *Cybernetics & Human Knowing*, 4(12), 2005, pp.51-70.
- LAZARSFELD, P. F. & MERTON, R.K. (1954):** «Mass Communication, Popular Taste and Organized Social Action», in: BRYSON, L. (Ed), *The Communication of Ideas*. New York, Harper & Row.
- LUHMANN, N. (1996):** *The reality of Mass Media*. Stanford University Press.
- MARTÍ, E. (1997):** *Construir una mente*. Barcelona, Paidós.
- MATURANA, H. (1990):** *Emociones y Lenguaje en Educación y Política*. Santiago de Chile, Dolmen.

- MATURANA, H. & VARELA, F. (1980):** *Autopoiesis and cognition: the realization of the living*, Dordrecht, Reidel.
- (1992): *The Tree of Knowledge. The Biological Roots of Human Understanding*. Shambala Publications.
- McCULLOCH, W. (1965):** *Embodiments of Mind*, Cambridge, Massachussets, MIT Press.
- MEAD, G.H. (1992)** *Mind, self and society*. University of Chicago Press, Works of George Herbert Mead, 1992.
- MORIN, E. (1993):** *El método I. La naturaleza de la Naturaleza*, Madrid, Cátedra.
- (1994): *El método III. El conocimiento del conocimiento*, Madrid, Cátedra.
- (1995): *Sociología*, Madrid, Tecnos.
- (1997): *El método II. La vida de la vida*. Madrid, Cátedra.
- MUÑOZ TORRES, J.R. (2000):** «Concepciones epistemológicas implícitas en los libros de estilo de El País, El Mundo y ABC», in ZER, *Revista de Estudios de Comunicación*, nº 9, November, 2000, pp. 234-258.
- PAKMAN, M. (1991):** Prefacio a la edición de FOERSTER, V.: *Las Semillas de la Cibernética*. Barcelona, Gedisa, pp. 4-19.
- PIAGET, J. (1969):** *Biología y conocimiento. Ensayo sobre las relaciones entre las regulaciones orgánicas y los procesos cognoscitivos*, México, Siglo XXI.
- PINTOS, J. L. (2001):** «El metacódigo relevancia/opacidad en la construcción sistémica de las realidades», in *Universidad de Santiago de Compostela*, <http://web.usc.es/~jlpintos/articulos/relevancia.htm>
- PUTNAM, H. (1988):** *Las mil caras del realismo*. Madrid. Paidós.
- (1994): *Cómo renovar la filosofía*. Madrid, Cátedra.
- QVORTRUP, L. (2003):** *The Hypercomplex Society*. New York-Berlin, Peter Lang Pub.
- SANTIN, M. (2006):** «Self-reference as a promotional strategy: Journalism or Advertising» in ZER. *Revista de Estudios de Comunicación*. 11/20, pp. 197-209.
- SCHUTZ, A. (1974):** *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- SCHUTZ, A., y LUCKMANN, Th. (1973):** *Estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu.
- SPENCER-BROWN, G. (1979):** *Laws of form*, New York, E. P. Dutton.
- TAEKKE, J. (2005):** « Media Sociography: On Usenet Newsgroups», *Cybernetics & Human Knowing*, 4(12), 2005, pp.71-96.
- VARELA, F. (1999):** *Ethical know how: Action, Wisdom and Cognition*. Stanford University Press.
- VARELA, F. & DUPUY, J.P. (1992):** *Understanding Origins: Contemporary View on the Origins of Life, Mind and Society*. Kluwer Academic Publishers. Dordrecht.
- VARELA, F., THOMPSON, E.T. & ROSCH, E. (1992):** *The Embodied Mind: Cognitive Science and Human Experience*. MIT Press.
- WILLIAMS, B. (1995):** *Descartes*, Madrid, Cátedra.

Espacio interdisciplinar y traducciones metodológicas

Vanesa Saiz Echezarreta

“Criticar es alejarse de la acción para acceder a una posición externa desde la que se la pueda considerar desde otro punto de vista, a la manera de esas personas que, en una fiesta en la que todo el mundo se abandona a la bebida y el baile, permanecen en el fondo del salón y, sin mezclarse en la alegría circundante, observan sin dejar de pensar.” (Boltanski, 1990: 54)

La tarea de un investigador consiste en entrar en relación –atenta, rigurosa, innovadora, creativa, responsable, decente, etc.- con hechos y teorías que interpretan el sustrato de la vida social: el sentido. Este trabajo requiere (y presupone) una vinculación afectiva -de tipos distintos e intensidad variable- con el objeto de análisis y con su actividad y posición como sujeto analítico. Estas condiciones afectarán de modos diferentes al complejo proceso de investigación, induciendo a la transformación tanto de los fenómenos analizados como del propio investigador.

Existen diversas formas de aproximarse a este sustrato de la vida social, que hemos identificado como: el sentido. La orientación semiótica es una de ellas. Desde nuestra perspectiva, la semiótica constituye un magnífico punto de partida por múltiples razones, entre ellas, destacaremos en esta ocasión la virtud de ponernos en contacto, quizá más que cualquier otra disciplina, con la abducción como método y actitud investigadora y, al mismo tiempo, dotarnos de instrumentos para poder reflexionar sobre ella.

La abducción, es un tipo de inferencia –razonamiento lógico- definida por Charles S. Peirce, que opera junto a las categorías clásicas de inducción y deducción. Según Peirce, “la abducción arranca de los hechos, sin tener al principio, ninguna teoría particular a la vista, aunque está motivada por la sensación de que se necesita una teoría para explicar los hechos sorprendentes. (...) En la abducción, la consideración de los hechos sugiere las hipótesis”. (Citado por Castañares, 1994:146) Es decir, sorprenderse es el principio de un proceso que, en términos abductivos, culmina con la búsqueda de modelos plausibles –probables o verosímiles- que serán probados y útiles gracias a su potencial explicativo. La abducción en la actividad investigadora es lo que nos incita a formular hipótesis, poniendo en juego todo nuestro potencial imaginativo; hipótesis que después serán sometidas a procesos de comprobación y argumentación.

Este modelo de inferencia promueve la inserción de la duda en un corpus de conocimiento previamente establecido y, sobre todo, facilita la asunción del riesgo que siempre conlleva la búsqueda de nuevas ideas y vías de explicación capaces de incorporar el carácter transitorio -e igualmente estable- de lo social.

Plantear hipótesis acerca de un objeto de análisis, más aún, ejercitar la mirada para descubrir un objeto de análisis potencial, es una actividad siempre dotada de carácter performativo, es decir, incide en lo social y lo transforma, modificando los saberes que de él tenemos, e incluso haciendo emerger nuevos fenómenos y conceptualizaciones desconocidas hasta el momento. La actividad de investigación, al igual que otro tipo de prácticas, refuerza (o socava) posicionamientos discursivos, (des)legitimando un tipo de conocimiento y de relaciones de poder. A la vista de lo anterior, está claro que al investigar asumimos un riesgo de efectos performativos, puesto que estamos ubicados en campos de poder y saber, resistentes, formalizadores, utópicos, etc. Ésta es, simplificada, la idea que está en la base del modelo disciplinario foucaultiano.

El trabajo de investigación al que se refieren estos apuntes metodológicos se ocupa de la noción de solidaridad, su funcionamiento como formación discursiva característica de la cultura contemporánea y su articulación en los discursos de las ONGD (Organizaciones No Gubernamentales de Desarrollo), específicamente, a través de las estrategias de representación en su publicidad. Analizar la solidaridad implica entre otras cosas, no sólo determinar cual es el objeto de análisis, a qué nivel se trabaja, sino también con qué instrumentos y desde qué modelos teóricos y metodológicos se lleva a cabo. Interpretar el fenómeno de la solidaridad como un asunto de eficacia desde el marketing, o como expresión de un modelo de organización social eficiente desde las teorías del tercer sector, es bastante diferente que

interpretarlo como un fenómeno cultural de características más amplias y apostando por un trabajo sin objetivos finalistas, al menos, a priori; una elección, esta última que precisa de la búsqueda de un lugar distinto desde el que mirar y establecer conexiones.

Junto a esto, otro de los problemas a los que inexorablemente hay que hacer frente cuando se trabaja sobre conceptos tan cargados como solidaridad, justicia, compasión o pobreza, es la misma definición de dichos términos y la tentación de dotarlos de un contenido normativo que se aplicará posteriormente a los objetos de análisis. Para evitar esto, la actitud de sorpresa y la labor imaginativa que acompaña en el periodo abductivo es imprescindible, porque nos permitirá no dar ningún sentido por sentado, ni aferrarnos a los espacios de lo políticamente correcto, siempre en relación a la comunidad y sentidos de referencia que se adopten como punto de vista prioritario. Por ello, una observación distanciada, libre en la medida de lo posible de modelos políticos y sociales predefinidos, posibilita comprender mejor qué objetos, actores y conceptos son relevantes en el marco de una formación discursiva o campo de discursos, de qué manera son contruidos y cómo se relacionan.

En nuestro caso, eso ha significado, entre otras muchas cosas, no dar por supuesto que las ONGD son buenas por definición o que su trabajo –aunque sea de mínimos es rescatable-, ni que la compasión es un valor que actúa de forma apriorística en el ser humano y que no precisa de interpretación; es decir, el reto ha sido cuestionar el sentido común, la norma social hegemónica, incluyendo en este cuestionamiento nuestro propio aparato ideológico y, lo más complicado, nuestro entramado afectivo. Todo esto nos obliga a mantener una posición teórico-metodológica reflexiva y autocrítica con respecto a las decisiones adoptadas. Dicho proceso va acompañado de la demarcación de un corpus teórico y unas herramientas metodológicas que también se verán afectas por el proceso abductivo. No sólo tenemos que vislumbrar un objeto de análisis –casi siempre: realidad móvil, cambiante, heterogénea y sin límites bien definidos-, también habremos de ejercitar la imaginación en la búsqueda de conceptos y potentes instrumentos metodológicos.

Habitualmente nos aferramos a marcos teóricos, también a modelos analíticos que nos dotan de seguridad, sobre todo cuando la labor y, más aún, cuando la vida de investigación está en sus albores. Sin embargo, con el tiempo descubrimos –o a nuestro parecer deberíamos hacerlo- que aferrarse (digamos sin motivo justificado) a un corpus de conocimiento va siempre en detrimento del avance científico y social. La ética en la investigación debería también afectar a este particular. La comodidad de las fichas y los conceptos aprendidos no son justificación

suficiente, si el objetivo es una aportación honrada que, por supuesto, no siempre tendrá porqué ser exitosa.¹

Cicourel afirmaba que toda orientación teórica y problema sustancial exige su propia perspectiva metodológica (Cicourel, A.V., 1982), pero a menudo se olvida la otra cara de la moneda: que la selección de un método de análisis lleva consigo un posicionamiento teórico, en ocasiones, ineludible.

Hace ya décadas que la crítica a la metodología positivista clásica y los enfoques de metodología cualitativa demostraron que la elección del método y las técnicas no puede hacerse al margen de las consideraciones teóricas, incluso ideológicas, que dichas elecciones traen consigo. Por otro lado, el análisis de lo social nunca es exhaustivo y requiere de la complementariedad, la adecuación y pertinencia de los enfoques metodológicos y técnicos según los niveles de análisis² (Orti, A., 1991; Colectivo IOE, 2000; Cicourel, A.V., 1982).

Entre los enfoques disponibles, desde nuestro punto de vista, el enfoque cualitativo es el que mejor articula la indagación del objeto de estudio con la auto-crítica del propio proceso de investigación y el posicionamiento teórico, ideológico y social del investigador con respecto a su objeto y las técnicas empleadas. No obstante, esto no significa un desdén de las técnicas cuantitativas, sino que una apuesta por un modelo que tenga en cuenta que el *pluralismo cognitivo* de lo social entraña consecuentemente un *pluralismo metodológico y tecnológico* (Ortí, A., 1991). Un pluralismo que será por definición, y vocación en el caso de la semiótica, interdisciplinar, todavía más si quiere abordar el máximo grado de complejidad social.

Desde estos planteamientos de base: la abducción como actitud y método; la participación con reservas –como la que describe Luc Boltanski en la cita de apertura- y la asunción del riesgo y el error en la práctica de investigación, proponemos el desarrollo de un espíritu de análisis proyectivo, comprometido por el cambio y la búsqueda de mejores interpretaciones de los fenómenos culturales, en último término, de mejores versiones del mundo.

Nuestra propuesta es emplear la traducción como herramienta y espacio desde el que teorizar y analizar lo social. La traducción es un procedimiento de

1. El aprendizaje del error es una práctica, en nuestra opinión, poco incorporada en las ciencias sociales. La discusión sobre las metodologías, la explicitación de los instrumentos de análisis y la exposición de los errores no suelen ser prácticas generalizadas en los artículos y monografías del área, lo que no contribuye a una mejora de esta dimensión. Por el contrario, se detecta una repetición de los modelos que conlleva, en múltiples casos, a una falta de resultados originales, puesto que con esta reduplicación, en el análisis cultural sobre todo se consigue una reiteración de los resultados y las pautas de interpretación

2. Un planteamiento metodológico integral del proceso de investigación sociológica de la conducta y de la interacción supone una pluralidad de contextos concretos, a los que corresponden, por su distinta naturaleza epistemológica, una pluralidad de métodos y técnicas de observación, análisis e interpretación." (Ortí, A., 1991:90)

inteligibilidad, un asunto de comunicación y significación, que nos remite a la relación, al desplazamiento, la deriva, la invención o creación (Sánchez-Leyva, M.J., 2007:350-352). En otras palabras, traducir es poner en comunicación. Cuando se trabaja en un ámbito interdisciplinar las aproximaciones teóricas adoptadas desde diversas áreas de estudio simultáneas proporcionan un acervo de conocimientos que necesita una traducción compartida, puesto que sólo así es posible llegar a diseñar un territorio teórico en el que ubicar las preocupaciones, preguntas y modelos propios. La reducción de las aportaciones a un campo coherente no siempre es posible, y menos aún encontrar un espacio de homogeneidad epistemológica; sin embargo eso no debería ser óbice a la hora de indagar acerca del potencial analítico de los conceptos y de las posibilidades de articulación entre sí.

Al poner en comunicación conceptos que provienen de diversas disciplinas, a veces muy distanciados unos de otros y en apariencia desconectados, lo que hacemos es incluirles en nuestros procesos de abducción; es decir, desarrollar nuestra imaginación teórico-metodológica y descubrir de qué manera éstos podrían sernos útiles de cara a mejorar nuestra capacidad de interpretación y comprensión de los objetos de análisis. Un ejemplo de este trabajo de traducción consiste en dotar o, más bien, explicitar la dimensión analítica (metodológica) que está implicada en un concepto, en principio, puramente teórico o por ejemplo, combinar en un mismo entramado analítico conceptos de áreas dispares, como tratamos de llevar a cabo en nuestro trabajo de investigación sobre la solidaridad.

Por supuesto, no estamos hablando, ni mucho menos, de una propuesta novedosa, la existencia de prácticas analíticas y técnicas transdisciplinares como la semiótica han abierto espacios significativos para la elaboración de marcos teóricos y estrategias metodológicas creativas y adaptadas, específicamente, a un objeto de investigación. Esta apertura ha sido importante para objetos y fenómenos sociales emergentes, sometidos a cambios constantes e insertos en procesos sociales multidimensionales, como son los que caracterizan el área de estudios culturales.

Actualmente, en la actividad de investigación destaca la dificultad de encontrar instrumentos que den cuenta de la complejidad de la construcción del sentido en el espacio social contemporáneo. Nos referimos a la elaboración de cuestiones como las redes y la articulación³ en tanto modelo y lógica social hege-

3. Para una revisión del concepto de articulación ver el artículo de Carmen Romero Bachiller y Silvia García Dauder, Rompiendo viejos dualismos: De las (im)posibilidades, *Athenea Digital*, n°2, otoño 2002

mónica; la interseccionalidad⁴ como esquema para la interpretación de los posicionamientos identitarios o la conexión entre las representaciones y las prácticas socio-discursivas, en sentido general. También estas carencias afectan a los medios, formatos y soportes de comunicación masiva, como el marketing experiencial, la creación de un espacio público cibernético, los videojuegos, los usos y formatos de la tecnología móvil, etc. Esta complejidad nos ha obligado a buscar instrumentos analíticos que tengan en cuenta estas nuevas características, cuestiones que tal vez el trabajo teórico de origen foucaultiano –en el área de análisis del discurso– no resolvía, puesto que la descripción de las lógicas mediáticas, por ejemplo, requieren de una minuciosidad heurística con la que no cuentan los conceptos como formación discursiva o episteme. Tampoco modelos semióticos tradicionales como el greimasiano y su modelo de actantes, que sigue resultando excesivamente rígido, logran incorporar la dimensión dinámica y procesual. En este sentido, también parece hoy limitado y excesivamente simple un recurso como el análisis de estereotipos, aplicado sin ningún otro tipo de complemento. El reto, frente a estas condiciones, es descubrir herramientas con las que interpretar experiencias -reales y porvenir- y ahondar en los análisis de las representaciones en su conexión con las dinámicas socio-culturales.

En nuestra investigación, el diseño metodológico ha estado presidido por la formulación de hipótesis, es decir, el trabajo abductivo no está restringido a la delimitación de los objetos de análisis y las hipótesis de interpretación y caracterización de los mismos; sino que está imbricado con la búsqueda de instrumentos adecuados y pertinentes para dichos objetos y su análisis. Las hipótesis, que presentaremos brevemente a continuación, se han desarrollado gracias a una labor de traducción a través de la que conceptos teóricos con origen en disciplinas dispares como la teoría literaria o la antropología, se han convertido en instrumentos analíticos (metodológicos) en el área de la comunicación y la cultura.

Esta reconfiguración conceptual nos ha permitido, por un lado, ampliar el potencial interpretativo de nuestros análisis, tanto por su función de categorización como por su capacidad explicativa, y por otro lado, ha servido para desarrollar y profundizar la perspectiva transdisciplinar de la semiótica, buscando instrumentos que se adecuen y, al mismo tiempo, enriquezcan las técnicas del análisis del discurso.

Como ya apuntamos, consideramos que un concepto teórico puede abrir una vía para la exploración metodológica, que ampliará no sólo los límites de nues-

4. Un trabajo interesante sobre interseccionalidad se puede encontrar en los trabajos de la profesora e investigadora feminista Myra Marx Ferre

tra mirada sino los instrumentos analíticos a nuestro alcance. Todas las propuestas teórico-metodológicas que mencionamos en estos apuntes tienen un hilo conductor, se trata de instrumentos con los que analizar la dimensión afectiva en las representaciones colectivas, principalmente a través de los textos de la cultura mediática masiva.

Nos ocuparemos a lo largo de estas páginas de tres conceptos: figuraciones, estructura de sentimientos y cronotopo y de la manera en que estos se han insertado en un campo teórico de perspectiva semiótica. Ciertamente es que alguno de los conceptos que empleamos en nuestro trabajo están dotados de una clara vocación metodológica en su formulación original, lo que facilita la traducción e incorporación a nuestro área de estudios, como sucede con la noción de cronotopo. Otros tienen una traducción más complicada como las figuraciones o la estructura de sentimientos que han tenido que complementarse con otras herramientas para lograr desplegar su potencial analítico.

Si conectáramos los instrumentos metodológicos seleccionados en un símil topográfico la estructura de sentimientos las vías de acceso que marcan y delimitan los recorridos potenciales de los sentidos, las relaciones y las acciones; los cronotopos serían los núcleos habitables, el conjunto formado por las poblaciones, sus habitantes y sus tiempos y ritmos de vida y las figuraciones constituirían el mapa del territorio.

En forma de pincelada mencionaremos el origen de estas nociones. En primer lugar, trabajamos la idea de *estructura de sentimiento*, un concepto brevemente esbozado por Raymond Williams en *Marxismo y literatura*, ubicado en el área de los estudios culturales, y que apenas ha sido elaborado con posterioridad. El desarrollo metodológico de esta idea ha sido posible gracias a la vinculación con otras corrientes analíticas sobre las emociones y los sentimientos, como la noción de emociones narrativas de Martha Nussbaum, desarrollo que no puede ser abordado en estas páginas. En segundo lugar el concepto de *cronotopo* una propuesta de Mijael Bajtin que proviene de la Teoría de la Literatura y cuyo desarrollo puede consultarse en su obra *Teoría y estética de la novela*⁵, esta noción nos ha permitido ahondar en aspectos que desde la categoría clásica de estereotipo no nos eran accesibles, como la cristalización de las coordenadas enunciativas de espacio, tiempo y sujeto. Y por último la noción de *figuraciones*, Aunque el concepto de figura y figuración tiene una larga tradición en lingüística, semiótica y, por supuesto, en teoría estética, el concepto que el sociólogo Norbert

5. Cristina Peñamarín ha utilizado este concepto también con vocación analítica en varios artículos, entre ellos, destaca: "Perspectivas sobre el campo de batalla", *Tropelías*, nº 11, 2000. La autora de estas líneas también ha realizado diversos trabajos en los que ha utilizado la noción bajtiniana como el artículo colectivo (GOMEZ, PASCALEY SAIZ, 2004)

Elias desgana a lo largo de sus obras, como *El proceso de civilización*, nos permite dar cuenta de la articulación que define a las representaciones sociales en cuanto posicionamientos.

En nuestra opinión, la red que conforman estos conceptos instrumentales tiene la capacidad de promover un diálogo entre perspectivas diferentes y, en principio, alejadas de la semiótica. Su capacidad reside, entre otras cosas, en que son nociones de las que es posible desarrollar, a cierto nivel, una comprensión intuitiva gracias a la que pueden promoverse espacios comunes de interpretación, algo que no siempre es posible en el espacio altamente formalizado y técnico de la semiótica.

Los tres conceptos que hemos mencionado no operan aisladamente, sino que están relacionados entre sí a través de una red más amplia que conforma nuestro entramado teórico, del que trataremos de hacer un esquema a continuación.

Aunque nuestra investigación de tesis doctoral comenzó focalizando en las estrategias discursivas y los estereotipos en la publicidad de las ONGD, con el tiempo nos ayudaron a darnos cuenta de que nuestro objeto de estudio superaba estos asuntos. De ahí que adoptáramos un nivel de análisis previo y nos ocupásemos de la solidaridad, no sólo como un conjunto de imágenes, sino como una formación discursiva. Este concepto de origen foucaultiano, reelaborado entre otros por Dominique Maingueneau, nos obligó a percatarnos de nuestra labor performativa en la delimitación de los objetos. La mirada desde la formación discursiva nos hizo ver que los objetos de análisis ya nunca más nos serían dados —como un a priori ajeno—, sino que estaban siendo conformados en su relación con nuestro mirar. Además, esta noción nos permitía superar el nivel del análisis de textos aislados y acceder al plano de la enunciación —y con ella al de las relaciones de poder en el discurso—, es decir, situamos la mirada analítica en la intertextualidad, la polifonía y la heterogeneidad como fenómenos prioritarios.

La formación discursiva solucionaba nuestro problema de la dispersión de textos, de su heterogeneidad y nos ayudaba a indagar sobre los espacios comunes y las normas de regulación de un territorio, que cada vez con mayor claridad, estaba definiendo la noción contemporánea de solidaridad. Sin embargo, emergió otro obstáculo: no resultaba suficiente la crítica habitual que calificaba los discursos solidarios como sentimentalistas y no argumentativos, porque ésta reproducía una dicotomía entre razón y pasión que ya sabíamos falsa. Nuestra propia interpretación del fenómeno y la limitación de ciertas críticas a los usos retóricos de los discursos solidarios, nos llevó a preocuparnos por la dimensión afectiva de dichos discursos, una preocupación que, finalmente, resultó ser la clave y la orientación que ha regido nuestro trabajo.

La pregunta fue entonces: ¿cómo hablar de sentimientos colectivos?, ¿cómo conectar un fenómeno que remite a la experiencia subjetiva con su construcción en el espacio mediático? El instrumento tomo cuerpo de la mano de Raymond Williams y su concepto de **estructura de sentimientos**. Éste es un concepto vago, apenas definido, que podemos identificar como el pulso o el espíritu de una época, a través del que Williams pretendía analizar la conexión entre las condiciones de producción cultural y la cultura, efectivamente, experimentada. La estructura de sentimiento no está identificada con el marco formal normativo de una coyuntura socio-histórica y cultural precisa, es decir, sus instituciones, leyes, pautas de costumbre establecidas, sino que se refiere a los efectos pragmáticos de todo ello sobre los sujetos –individuales y colectivos– que están actuándolas, viviéndolas y provocan que este marco esté en constante desplazamiento.

La única definición explícita del concepto dada por el autor, es una en la que explica cómo la idea de estructura de sentimientos nos posibilita “ir más allá de las creencias sistemáticas y formalmente sostenidas, aunque siempre debamos incluirlas. Se trata de que estamos interesados en los significados y valores tal y como son vividos y sentidos activamente (...) Estamos hablando de los elementos característicos de impulso, restricción y tono; elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones, y no de sentimiento contra pensamiento, sino de pensamiento tal y como es sentido y sentimiento tal y como es pensado; una conciencia práctica de tipo presente, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada (Williams,1980:155).

El concepto de Williams nos ofrecía una pauta para superar las concepciones dicotómicas que hemos mencionado entre pensamiento y sentimiento, pero además su elección nos ayudaba a abrir vías de investigación en otros tres aspectos, todos ellos relacionados con: la experiencia en lo social, los efectos performativos de los procesos culturales y la centralidad de la dimensión socio-afectiva en éstos. La búsqueda que iniciamos a partir de las reflexiones de Williams nos indicaba que precisábamos:

- * Una metodología aplicada a la dimensión representacional de la afectividad.
- * Una metodología de análisis cultural proyectiva.
- * Una metodología capaz de dar cuenta de las múltiples relaciones entre los espacios hegemónicos y contra-hegemónicos.

En el área de análisis cultural ha existido, desde hace tiempo, la necesidad de ahondar en las herramientas conceptuales y analíticas, creando nociones que pudiesen afinar y perfilar el manido y vago concepto de cultura. La cultura tras años de definiciones y trabajo transdisciplinar parece ser una entidad intangible en la que casi todo puede conformar un objeto de estudio. En ese marco, la idea

de estructura de sentimientos apuntaba directamente a un aspecto: las dinámicas de fenómenos socio-afectivos no institucionalizados. La estructura de sentimientos remite, por lo tanto, a una concepción dinámica de la cultura, fuertemente inserta en la experiencia personal y todavía no fijada por las instituciones. Es una forma de vivir en una cultura, una respuesta a las normas y convenciones vivida y sentida pero no necesariamente catalogada y definida. (Williams, 1980:155)

En esta noción está implicada la acción performativa de las estructuras, ya que no se remite a instituciones plenamente cristalizadas y concebidas de forma explícita para su uso, sino que se apunta a la necesidad que tienen los sujetos de orientarse en situaciones, al menos, relativamente desconocidas y para las que tienen que elaborar sentidos y hábitos creativos. Son los materiales culturales, los textos, los que nos proporcionan estas orientaciones pragmáticas que componen la estructura de sentimientos en un contexto particular.

La idea de Williams es la de una formación estructural que, en último término, debe materializarse, corporeizarse y establecer una cierta disponibilidad semántica a través de la que hacerse comunicable. Y a partir de recursos semánticos se avanza hacia articulaciones específicas- es decir nuevas figuras semánticas que serán inscritas en prácticas, en una serie de materialidades culturales que, a menudo, emergen de forma aislada y que sólo después compondrán una formación estable de significantes, aunque a veces quedarán instituidos, definitivamente, como una minoría.

Según Williams, la estructura de sentimientos nos permite dotar de sentido a la experiencia, organizarla y, además, hacerla comunicable. La comunicación de sentimientos puede analizarse como un proceso de compromiso o vinculación de los sentimientos con ciertas partes de la estructura material en la que los sujetos están involucrados; siempre teniendo en cuenta que sus componentes se condicionan, interrelacionan y establecen entre sí ejes de tensión.

Aunque la idea parezca abstracta, la simple noción de estructura de sentimientos nos permitió imaginar un eje articulador a través del que los sujetos nos relacionamos con el entorno, lo dotamos de sentido, lo organizamos, lo comunicamos y nos comprometemos con él, y para que todo ello sea posible, necesitamos hábitos perceptivos, cognitivos, afectivos y axiológicos que están determinados y determinan, a su vez, la estructura de sentimientos que compartimos en una coyuntura socio-histórica y cultural precisa. Es decir, ¿y si la solidaridad forma parte de una estructura de sentimientos? ¿Y si es en sí misma una estructura de las que imagina Williams? ¿Es un sentimiento que organiza nuestra experiencia sobre el mundo? Si la solidaridad es uno de los modos que tenemos de sentir y habitar el mundo, ¿sobre qué hábitos interpretativos se sustenta? ¿Cómo analizar éstos?

Decidimos adoptar la hipótesis de que es posible analizar los repertorios sentimentales que cristalizan y son compartidos por una comunidad, y en coherencia la solidaridad se abordaría no sólo como una formación discursiva, sino como una noción (déctica)⁶ que condensa varios de estos repertorios sentimentales. De esta forma, el concepto de estructura de sentimientos nos ayuda, a su vez, a buscar otros instrumentos con los que analizar no sólo las creencias y propuestas cognitivas en torno a un fenómeno social, a un valor como la solidaridad, sino a incluir en el análisis la dimensión afectiva o pasional de dicho fenómeno a través de su inscripción en prácticas discursivas.

Tanto las formaciones discursivas, como las estructuras de sentimientos son artefactos analíticos propuestos por el investigador que deben localizar su encarnación en materiales y prácticas culturales específicas. Para nosotros, el primer nivel de concreción de ambas lo localizamos en las tópicas discursivas. Mediante la noción de *topoi*, clásica en la retórica, observamos cómo toma cuerpo y forma lo que, en principio, parecía una nebulosa de sentidos. Es decir, a la luz de estas ideas la solidaridad emerge ya como un espacio verdaderamente organizado.

La organización tópica de una noción como la solidaridad responde a dos lógicas complementarias o a dos planos de funcionamiento. Por un lado, las tópicas aportan una red vacía de significantes (consignas diría Deleuze) que esperan a ser llenadas con los saberes, emociones y valores compartidos, comunes y presupuestos por una comunidad; por ejemplo, tal y como mencionamos al comienzo, en nuestra investigación entraban en juego significantes como: pobreza, desarrollo, hambre, ayuda, desastre, etc., y también significantes afectivos: compasión, culpa, vergüenza, etc. Estos significantes, potencialmente vacíos y listos para ser habitados por sentidos diversos, son al mismo tiempo, archivos de memoria. En ellos están condensados los imaginarios y relatos disponibles y, gracias a estos archivos, las formas tópicas que parecían vacías e ilimitadas, se transforman en productos tangibles, comunicables, cristalizados y limitados⁷.

El rastreo de los repertorios sentimentales en los que está involucrada la estructura de sentimientos de la solidaridad, nos condujo a un estudio sobre la herencia sentimental que está en la base de esta formación discursiva. Una herencia que llega desde la ilustración, de la mano de autores como Rousseau y sobre todo, Adam Smith y su Teoría de los sentimientos morales. Esta herencia se organiza en torno a un conjunto de tópicas discursivas que Boltanski categorizó como: tópica sentimentalista, tópica de la denuncia y tópica estética.

6. La definición de noción déctica es el concepto clave de la tesis de María José Sánchez Leyva

7. Al tiempo, no hay que perder de vista que esta estabilización de las tópicas discursivas es siempre precaria, performativa y flexible en su conformación

Guiados por la obra de Boltanski (1990) nuestra labor consistió en indagar de qué forma dichas tópicas, expresión de una estructura de sentimientos compleja, estaban siendo traducidas al espacio contemporáneo de la solidaridad. Para ello, el análisis tradicional de estereotipos e imágenes resultó insuficiente, por ello optamos por emplear el concepto bajtiniano de **cronotopo**, que contiene, a nuestro parecer, un potencial interpretativo excelente.

Una definición simplista del cronotopo lo identificaría como una especie de estereotipo llevado a su grado máximo; un estereotipo que no sólo refiere la tipicidad de los sujetos, sino el contexto espacio-temporal que éstos habitan y las valoraciones y juicios que están presupuestos en dicha configuración tipificada. Teóricamente, Bajtin define el cronotopo como una configuración discursiva que consiste en una “conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente”, a través de las cuales el tiempo se condensa, se convierte en visible y el espacio se intensifica penetrando en el movimiento del tiempo, del argumento de la historia. Es decir, “los elementos del tiempo se revelan en el espacio y el espacio es entendido y medido a través del tiempo” (Bajtin, 1989:238).

Cuando analizamos un cronotopo nos fijamos en cómo el tiempo y el espacio determinan no sólo el tipo de actores y sus características, sino también la historia en la que éstos están insertos, es decir, las tramas⁸. El cronotopo es una especie de marco, de escenario o trasfondo geográfico en el que una serie de personajes tipo deben afrontar secuencias de acontecimientos ejemplares, pero dichos acontecimientos se desarrollan con un margen de creatividad fruto de la adaptación cronotópica específica, mucho mayor cuando nos ocupamos de géneros como la publicidad.

Desde el punto de vista metodológico los cronotopos nos permiten analizar dos cuestiones principales.

- * La primera es la forma en que se organizan, enlazan y desenlazan, los acontecimientos argumentales de un texto (Bajtin, 1989:400-401). El cronotopo es una herramienta para abordar la organización temática.
- * La segunda atañe al análisis figurativo, es decir, el cronotopo nos indica cuales son las escenas a través de las que se dota de carácter concreto y sentido los acontecimientos, cómo adquieren cuerpo y se llenan de vida los diversos elementos que conforman el texto. “Todos los elementos abstractos de la novela –generalizaciones filosóficas y sociales, ideas, análisis de causas y efectos, etc. –tienden hacia el cronotopo y adquieren

8. Pero las tramas de un cronotopo no son rígidas y unívocas, sino productivas y flexibles, capaces de adaptarse a contextos dispares, manteniendo un núcleo básico de sentido y valoración

cuerpo y vida por mediación del mismo, se implica en la expresividad artística”. (Bajtín, 1998: 401)

Bajtín diferencia el cronotopo del resto de los componentes del texto, ya que el grado de determinación y de concreción del cronotopo debe ser extremadamente limitado, porque sino la trama se convertiría en un caso específico y particular no atribuible a otras situaciones. Eso convierte al cronotopo en una especie de representación simplificada o hiperritualizada (Goffman, 1991) que orienta y da luz al resto de la trama, funciona a la manera de los *topoi* y, de esta forma, permite que sean reconocibles y flexibles, en el marco de las tópicas discursivas.

En la información televisiva se puede ver cómo opera la configuración cronotópica, por ejemplo, la lancha (de salvamento marítimo) es un cronotopo esencial en la construcción del discurso sobre el fenómeno migratorio. Otros pueden ser el traslado, el centro de internamiento, la repatriación, etc. Otro ejemplo puede ser el de la catástrofe, en este caso los espacios y tiempos de la catástrofe pueden verse alterados si el núcleo central de sentido se desplaza del azar inevitable hacia la idea de tragedia evitable. Esta nueva interpretación alteraría la intensidad afectiva del cronotopo de la catástrofe, puesto que ésta de puntual y espasmódica podría pasar a ser considerada como un evento controlable y durativo. Esta diferencia de construcción discursiva afecta, sin duda, a su valoración axiológica –componente elemental del cronotopo– porque en lugar de lo inevitable y la suerte aparecería en relación a la catástrofe la cuestión de la responsabilidad. Un último ejemplo es el que nos ocupan en la publicidad de las ONGD, según nuestra hipótesis, estarían funcionando varios cronotopos en diálogo: por un lado encontramos el “Sur”, el territorio de los pobres y necesitados, por otro el “Norte”, el territorio de los ricos y afortunados, y como espacio de mediación el cronotopo de las “ONGD”, el territorio de los expertos.

Los ingredientes básicos del cronotopo son: espacio, tiempo, sujeto e historia, todos ellos elementos presentes en la enunciación. ¿Qué aporta la noción de cronotopo a un análisis enunciativo tradicional? El cronotopo se concibe como una entidad que tiene vida, con total unidad y plenitud, “un todo inteligible y concreto”, inseparable además del punto de vista emotivo-valorativo que presupone.

Pero además, el cronotopo no sólo es un concepto que afecta al texto y sus estrategias de representación, sino que, en opinión de Bajtín, la palabra, el lenguaje, el propio mundo que habitamos es de naturaleza cronotópica. Para este autor, el cronotopo va más allá de la literatura, para él, la vida social se organiza según dinámicas cronotópicas que mantienen complejas relaciones intertextuales.

El contexto socio-cultural, a través de un proceso histórico complejo y discontinuo, posibilita la inscripción en los textos literarios o mediáticos de ciertos cronotopos. Una vez que un tipo de configuración cronotópica se incorpora a las producciones culturales, ésta continuará existiendo de “forma obstinada” pese a que resulte anacrónica o haya perdido su significación realmente productiva y adecuada. Esto es, son formas en un principio creativas que se van consolidando por la tradición, como sucede con las estructuras de sentimientos. Aunque la reinterpretación de los componentes y relaciones en el marco del cronotopo facilitan su adecuación a contextos variables.

Si el discurso es cronotópico y lo son la palabra⁹ y nuestro lenguaje, lo es nuestro mundo, el que habitan oyentes y lectores, autores e interpretes. “De los cronotopos reales de ese mundo creador surgen los cronotopos, reflejados y *creados*, del mundo representado en la obra (en el texto)”. (Bajtin, 1989.404)

Y estos mundos cronotópicos mantienen una relación comunicativa y performativa entre sí. Los textos, como los destinatarios, están localizados en un tiempo y un espacio, en un lugar de enunciación ubicado en contextos alejados y diferentes, pero su intersección, su encuentro, se localiza en un horizonte común gracias a la comunicación, al diálogo entre el texto y el interprete. Si pensamos, por ejemplo, en la conformación del universo cronotópico de los destinatarios de textos mediáticos aparecen las escenas de recepción. En nuestro análisis de la publicidad de las ONGD algunas de estas escenas son: la visión del telediario a la hora de comer, la fiesta, el concierto solidario, la recaudación navideña, etc. Experiencias, de naturaleza cronotópica, en la que los repertorios emocionales de la estructura de sentimientos de la solidaridad se insertan en el espacio cotidiano.

En conclusión, los cronotopos dibujan horizontes de sentido, son **figuraciones** que provienen de las tópicas discursivas disponibles. Para que tenga lugar el desarrollo figurativo del cronotopo se precisan estrategias de representación que organicen, relacionen y dispongan el material semiótico de cara a su producción e interpretación. Habitualmente, éste es el ámbito metodológico que más ha desarrollado la perspectiva semiótica y el análisis de discurso. Pero, en este caso, además de ocuparnos por el entramado discursivo, es decir, por cómo estaba dispuesto el material semiótico a todos los niveles, nos interesaba además conectar todo ello con el ámbito de la teoría sociológica.

Con este objetivo, incluimos en nuestra investigación la propuesta de Norbert Elias sobre las **figuraciones**. Pero ¿por qué adoptar un concepto poco

9. "¿Qué es lo que realmente nos viene a las mientes cuando entendemos una palabra?- ¿No es algo como una figura? ¿No puede ser una figura?" (Wittengstein, 1999/1958)

trabajado y marcado por los aspectos cuestionables de la teoría civilizatoria elisiana? Trataremos de justificarlo.

Para Elías, el objeto de la sociológica son los individuos en plural, imbricados en formas de interdependencia, en su opinión, los sujetos conforman figuraciones pluridimensionales y en movimiento. La selección del concepto de figuración, en detrimento del de redes, por ejemplo, responde al hecho de que éste nos vincula de forma directa con la dimensión comunicativa y representacional, como veremos, algo que no resulta evidente en la teoría de redes, que además está aquejada de una indefinición teórica y metodológica evidente.

Por otra parte, el trabajo elisiano hace especial hincapié en la importancia de las estructuras afectivas en el contexto de los procesos socio-históricos. Su modelo de trabajo, al igual que el foucaultiano, nos ayudó a percibir la centralidad de los procesos actuales, como la noción de solidaridad, con respecto a la concepción de fenómenos similares que tuvieron lugar en otras épocas históricas, como la empatía o simpatía ilustrada, ya citada. Es decir, su trabajo nos ayudó a ver las líneas de continuidad y ruptura que posibilitan la traducción de fenómenos socio-afectivos desde una coyuntura cultural a otra.

Aunque la idea de figuración es sugerente no está exenta de complicaciones. La primera es el uso que Elías hace de ella como parte de su modelo civilizatorio, dotado de un carácter teleológico y excesivamente lineal, del que prescindimos. En segundo lugar, y fruto de esta idea civilizatoria, es ineludible bregar con su noción de sujeto, lejos de los conceptos identitarios de las teorías del sujeto contemporáneas¹⁰. Por ello, proponemos desconectar ciertas reflexiones de Elías de su naturaleza determinista y teleológica e insertarlas en un marco de consideración más flexible y abierto.

¿Como adoptar un concepto y traducirlo para que pueda dar cuenta de nuestros objetos de investigación? En nuestro caso, la opción fue buscar los puntos de conexión con el área de la semiótica y los estudios de comunicación. Esas dos puertas de entrada fueron: la importancia de las mediaciones y la definición que Elías hace de las figuraciones como arquitecturas de pronombres.

La figuración o composición es un concepto que afecta a la noción de ser humano y nos permite entender a éste no como una entidad ontologizada, que precisa de una esencia previa, sino que más allá de la explicación antropológica o trascendental que decida dársele a este concepto, esta perspectiva analiza a los seres humanos como sujetos (y sociedades) interdependientes, sometidos a procesos de integración paulatina.

10. Agradezco a Gonzalo Abril ponerme sobre aviso con respecto a este asunto

El reto es cómo imaginarse, individual y colectivamente, siendo parte de una composición y de qué manera esta imaginación no sólo remite a componentes cognitivos, sino también afectivos. Además, la figuración no se construye en un espacio de consenso estático, sino en un espacio de dinámicas de poder, de relaciones de tensión entre la alianza y el antagonismo. Hegemonías y contra-hegemonías que también definían el espacio de emergencia de las estructuras de sentimientos en Williams.

Así que, imaginar una figuración no sólo es concebir un espacio habitable de interdependencia —de unos individuos con otros, del individuo con la sociedad y de las sociedades entre sí—, sino hacerlo en proceso. Norbert Elias defiende que las estructuras socio-afectivas (de sentimiento) precisan figuraciones, es decir, modelos de composición en los que los individuos se insertan como formando un baile; movimientos que responden a ritmos diferentes y en los que no todos los participantes se mueven a igual velocidad ni de la misma manera.

Sin embargo, el plano en el que trabaja Elias es excesivamente general, por eso consideramos que para su traducción a nuestro campo de estudio, el concepto de figuración tiene que estar completado con otros, como los que hemos mencionado hasta el momento, que nos permiten conectar su comprensión de lo social con los aspectos semióticos que se dan en el plano intersubjetivo comunicacional, elementos que afectarán a las formas de actuación y actitudes de los sujetos en el marco de las figuraciones.

Elias tenía claro el concepto, pero no las herramientas para poder realizar un análisis pormenorizado del mismo, como decimos. Y para llevar a cabo su explicación —que no tanto su utilización analítica o exploratoria— recurrió a diversas metáforas, como la del tejido o la teoría de juegos que no resultaron satisfactorias. Entre estas metáforas, tiene especial relevancia para nosotros la analogía entre las figuraciones y el entramado de los pronombres. Esta metáfora en la teoría elisiana conecta, de forma directa, con la semiótica enunciacional, que tiene su origen en la obra de Benveniste.

“Las ventajas que aporta esta serie (*de los pronombres*), residen en su posibilidad de aplicación a todos los grupos humanos y a todas las sociedades. En tanto los hombres se agrupan entre sí, a través de comunicaciones directas o indirectas, los pronombres operan como un juego de coordenadas que identifican a los sujetos en el mapa de sus mutuas dependencias. Destacando sobre todo la variabilidad de los entramados, la sucesión pronominal realza el carácter de los nexos que entrelazan permanentemente a los sujetos. Una cadena por ejemplo, puede iniciarse con un “tú”, que siempre presupone un “yo” que lo identifica, ya sea integrando un “nosotros” o como presunción de un “ellos” formado por una pluralidad de “él”.” (Nocera, P. 2001)

El pronombre es la expresión más elemental del vínculo de sociabilidad del individuo. En términos enunciativos es aquella que nos encardina en el sentido, nos vincula con la lengua, es decir, con el ser social. La red de los pronombres abre un espacio lógico-conceptual en el que se despliega la identidad del ser plural.

Desde la perspectiva semiótica, reflexionar acerca de las arquitecturas enunciativas nos permite considerar el lugar de las mediaciones en la construcción del espacio público, esto es, el lugar de las figuraciones comunes con las que nos identificamos, de las que nos reapropiamos y, en definitiva, de las composiciones individuales y colectivas que habitamos y en relación a las que proyectamos nuestras expectativas vitales (Saiz Echezarreta, V., 2008). Quizá pueda parecer, de nuevo, un conjunto de ideas excesivamente abstractas, sin embargo, estamos acostumbrados a trabajar en el análisis cultural empleando los referentes pronominales: yo, tú, nosotros, ellos, ellas, etc. Y no siempre hay una propuesta teórica y metodológica tras dichos recursos analíticos. Esta idea elisiana se propone como tal.

Un último punto de conexión entre Elias, Bajtin y Williams. Para el primero, la civilización se caracteriza por un proceso paulatino de integración creciente, en el que la comunidad del nosotros cada vez debería ser más amplia hasta alcanzar el conjunto de la humanidad. Esta integración implica un cambio constante en las relaciones entre el yo y el nosotros, así como una ampliación de los límites del nosotros, que no puede ser sólo de orden cognitivo, sino también afectivo. Es decir, la civilización está caracterizada por la puesta en marcha de un 'ethos humanitario'. Dicho 'ethos humanitario' en Elias, corresponde a la emergencia de una estructura de sentimientos en Williams, que de existir tendrá que encontrar la encarnación pertinente en nuevos cronotopos. Figuraciones que aún parecen estar por llegar, puesto que las figuraciones habitables hegemónicas hoy, siguen marcando una profunda distancia entre el nosotr@s y el ell@s. Finalmente, todas estas dimensiones y conceptos sirven como instrumentos para analizar prácticas discursivas. Estas prácticas presuponen una serie de posicionamientos y agenciamientos enunciativos que, en conjunto, son el territorio de las **figuraciones habitables** en nuestro espacio público. Para habitar estas figuraciones en el contexto cultural debemos interpretar y actuar acorde con la **estructura de sentimientos** en la que estamos ubicados y que hemos interiorizado. Un repertorio emocional, acompañado de un conjunto de creencias, valores, ideas, etc. que se organizan en torno a distintas tópicas discursivas, que a su vez, diseñan **cronotopos**, es decir, tramas que facilitan la condensación simbólica desplegada a través de las estrategias discursivas y que nos sirven para poder narrar nuestras experiencias, esto es, dotarlas de sentido.

Bibliografía

- BAJTIN, Mijail (1989)** *Teoría y estética de la novela*. Taurus. Madrid.
- BOLTANSKI, Luc (2000)**: *Lo spettacolo del dolo*. Raffaello Cortina Editore. Milano.
- CASTAÑARES, Wenceslao (1994)**: *De la interpretación a la lectura*, Iberediciones. Madrid.
- CICOUREL, Aaron Victor (1982)** *El método y la medida en sociología*. Editora Nacional. Madrid.
- COLECTIVO IOE (2000)**: *¿Cómo abordar el estudio de las migraciones? Propuesta teórico metodológica*. Conferencia Inaugural IV Congreso de Inmigración Africana, Almería. Pagina web: <http://www.nodo50.org/ioe/> (Consultada Septiembre de 2008)
- ELIAS, Norbert (1993)**: *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Siglo XXI. Madrid.
- ELIAS, Norbert (1987)**: “Cambios en el equilibrio entre el yo y el nosotros”, *La sociedad de los individuos*. Barcelona. Península.
- FOUCAULT, Michel (1999)** *La arqueología del saber*. Siglo XXI. Madrid. (Ed. Org.1970)
- GOFMAN, ERWIN (1991)**: “La ritualización de la femineidad” en *Los momentos y sus hombres*. Barcelona. Paidós. (Ed. Org. 1976)
- GÓMEZ, Paulina; PASCALE, Eleonora y SAIZ ECHEZARRETA, Vanesa. (2004)**: “Campana de Comunicaciones 2003: Pobreza y alteridad al estilo Benetton” en *Cuadernos de Información*, nº15. Facultad de Comunicaciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile
- MAINGUENEAU, Dominique (1991)**: *L'Analyse du Discours. Introduction aux lectures de l'archive*. Hachette. París.
- NOCERA, Pablo (2001)**: “Un yo que es un nosotros. Individuo y sociedad en la obra de Norbert Elias y Max Weber” en *Nómadas – Revista crítica de ciencias jurídicas y sociales*. Nº 13. Universidad Complutense. Madrid.
- NUSSBAUM, Martha (2008)**: *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*. Paidós. Barcelona.
- ORTI, Alfonso (1995)**: “La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social” en DELGADO, Juan Manuel y GUTIÉRREZ, Juan. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Editorial Síntesis. Madrid.
- PEÑAMARIN, Cristina (2000)**: “Perspectivas sobre el campo de batalla” en *Tropelías* nº 11. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- SAIZ ECHEZARRETA, Vanesa (en prensa)** Resolución de la distancia moral a través de la mediación experta de las ONGD en CIC, nº 13. Universidad Complutense. Madrid
- SANCHEZ-LEYVA, María José (2007)** “Voz Traducción” en *Diccionario de Relaciones Interculturales*. Editorial Complutense. Madrid.
- SMITH, Adam (2004)**: *La teoría de los sentimientos morales*. Alianza Editorial. Madrid. (Ed. Org 1759)
- WILLIAMS, Raimond. (1980)**: *Marxismo y literatura*. Península. Barcelona.

Los medios de comunicación como agentes del cinismo (según Peter Sloterdijk)

Isabel G. Gamero Cabrera

En su *Crítica a la Razón Cínica* el filósofo alemán Peter Sloterdijk realiza una profunda revisión crítica de nuestra sociedad, definida como cínica al estar sumergida en la “falsa conciencia ilustrada” (1989,1:34). Mediante esta expresión el autor se refiere a una forma de actuación tal que aun sabiendo que los ideales que fueron extendidos por la ilustración, tales como razón, progreso, verdad o diálogo, no son (ni han sido nunca) posibles, los intenta mantener en el orden establecido.

De este modo se da un grupo de personas que tienen claro que “el tiempo de la ingenuidad ha pasado” (1989,1:33), y aunque en el ámbito público no cuestionen estos ideales, viven al margen, con completa libertad y un cierto sentimiento de superioridad, en lo que Sloterdijk denomina “cinismo”. Mientras tanto, los restantes individuos quedan atados a la persecución de estos ideales, por mucho que no sea posible alcanzarlos, por lo que parte de su realidad permanece escindida, anulada.

Si hacemos una aproximación genealógica, en su origen, el cinismo se basaba en la diferenciación de clases: Un pueblo ignorante sometido a una élite política, detentora de cierto amoralismo, como puede ilustrar por ejemplo la obra de Maquiavelo. Pero en el siglo XX, resulta imposible mantener esta distinción social y el cinismo se caracteriza porque la mayor parte de la población conoce la imposibilidad del alcanzar el ideal y a pesar de ello, se muestra conformista con los hechos, en un “mimetismo autoconsciente” (1989,1:36), propiciado por la abulia de la sociedad de masas, que anula cualquier capacidad de crítica individual.

Ante todo cabe destacar que nunca habrá un dominio completo del cinismo sobre el resto de la población, sino una tensión latente, un desequilibrio entre el polo cínico y su opuesto, que más adelante denominaremos “quínico”. Entre

ellos se establece una especie de dialéctica, denominada por Sloterdijk, “dialéctica de la desinhibición” (1989, 1:150) en la que cada polo trata de eliminar a su contrario.

A lo largo de la obra, el autor se refiere a los grandes ámbitos de la sociedad donde se suceden estas tensiones entre el poder cínico y el resto de la población (1989,2:11). En esas tensas relaciones se entremezclan los conocimientos de la clase dominante, que le permiten acceder a los medios de producción y de control y de ese modo, mantenerse en el poder, en el establecimiento de unas redes muy cercanas a las definidas por Foucault, para quien, más que poder, se da una combinación de fuerzas de diversa índole, que se entrelazan entre ellas para la producción de una realidad que favorece los intereses de los detentores de las fuerzas dominantes y que abarca todos los sectores de la sociedad (Foucault, 2000:34).

Que no se trate sólo de un control económico, político, sino que estas redes se extiendan por todas las manifestaciones de la sociedad, es la principal aportación que diferencia las teorías foucaultianas de las de Marx.

Algo similar es lo propuesto por Sloterdijk, quien destaca seis ámbitos de valores, denominados los seis cinismos cardinales (1989,2:9) donde se enfrentan las posturas cínicas y quínicas.

Estos seis ámbitos son el militar, el político-estatal, el sexual, el de la medicina, el religioso y el del saber, y se interrelacionan entre ellos para la formación de una sociedad compleja dominada por la élite de cada uno de ellos, donde se intentan obviar las contradicciones y tensiones del sistema (1989,2:110) y mantener el *status quo*. Por contrapartida, en el proceso dialéctico antes citado, se produce una cierta reacción o la resistencia al poder, que Sloterdijk denomina “quinismo”, que tendrá mayor o menor fuerza y relevancia social según sean eficaces las políticas del cinismo.

En esta misma tensión, encontramos los tres cinismos secundarios, que se diferencian de los cardinales en que parecen ser independientes, carecen de relaciones con el poder establecido, pero en realidad resultan elementos indispensables para la estabilidad del sistema cínico, aunque para cumplir dicha función, sus relaciones con el poder deben pasar desapercibidas. Sólo en una utopía de un sistema completamente diáfano y libre, donde no interfieran los órganos del poder en la sociedad, sería posible la completa independencia de estos tres ámbitos.

Así pues, los cinismos secundarios son tres, y se corresponden al ámbito de la moral laica (1989,2:110), de los medios de comunicación (1989,2:117) y de la economía (1989,2:127).

En este caso, sin menospreciar a los otros dos, nos interesa sobre todo el segundo tipo de cinismo, ya que Sloterdijk realiza unas interesantes reflexiones sobre el periodismo, definido como “un buen subsuelo para el cinismo” (1989,2:117) y destacando cómo la gran mayoría de las deformaciones que se pueden producir en esta profesión se corresponden en gran medida a una actitud cínica (1989,2:117).

Este hecho no implica, como veremos más adelante, un direccionamiento concreto y voluntario del trabajo de los periodistas hacia el cinismo, sino que más bien se debe a las rutinas informativas, que sin llamar la atención sobre ello, inconscientemente casi, reproducen actitudes y pautas del cinismo y acostumbran al público a que las cosas sean así, sin posibilidad de cambio. También destacaremos, un poco más adelante, el origen de esta tendencia de reproducción del cinismo de los medios de comunicación, arraigada en la ilustración.

Pero antes, pasamos a describir las características del trabajo de los medios de comunicación como propulsores, o más bien, elementos de la rutina que contribuyen al mantenimiento del cinismo, en su papel de “normalizadores” de las grandes escisiones que se producen en nuestra sociedad.

Según Sloterdijk, los medios de comunicación de masas producen una aclimatación artificial a las contradicciones y tensiones vividas en una sociedad dominada por el cinismo (1989,2:346) y proporcionan una imagen del mundo lineal y pasiva donde se anula la capacidad de crítica, sorpresa o extrañeza del público, al llegar a habituarse a los acontecimientos trágicos y violentos, que devienen cotidianos y pierden su fuerza¹.

Esta anulación de la capacidad crítica y esta cotidianeidad de lo dramático, se origina por la unión de dos hechos que constantemente se producen en el ejercicio del periodismo, Sloterdijk denomina a estos dos hechos una doble desinhibición que afecta sobre todo a los medios de comunicación audiovisuales, pero que encuentra su origen en la primera prensa periódica (1989,2:117).

El primer elemento de esta doble desinhibición se produce al fomentarse la información y las imágenes de hechos terribles, como catástrofes naturales, pero sobre todo actos producidos por seres humanos, intencionalmente o no, como pueden ser accidentes de tráfico o atentados terroristas (1989,2:118).

El tratamiento de estas noticias tiende a ser cada vez más sensacionalista, de tal modo que se produce una dramatización de los hechos, que sirve en gran medida de “vitamina moral de nuestra sociedad” (1989,2:118) y al mismo tiempo aumenta la doble moral, dividida entre el espanto que nos producen esas

1. (1989,2:347) Estos párrafos le deben mucho al artículo de Heidegger La época de la imagen del mundo como veremos un poco más adelante

informaciones y el sentimiento de seguridad al ser una realidad lejana, que nada tiene que ver con nosotros.

Nos encontramos ante el primer rasgo de cinismo en este ámbito, basado en una doble insinceridad que en primer lugar dramatiza con medios técnicos y tonos amarillistas los acontecimientos que ocurren en el mundo, sin llegar a interesarse realmente por ellos, y en segundo lugar, se realiza este falso juicio moral, que podríamos trasladar a una frase como: “Qué mal está el mundo, pero qué suerte la nuestra vivir en una sociedad civilizada, mucho mejor que aquellas donde mueren impunemente tantos inocentes” y de este modo, también olvidamos nuestra propia miseria y anulamos nuestra capacidad crítica.

Cabe destacar como último rasgo de esta primera desinhibición, el crecimiento progresivo, exponencial casi, del tono sensacionalista; es decir, se produce una especie de competición entre los distintos medios, para dar el enfoque más cercano, más escabroso o la fotografía más realista de estos acontecimientos, en una espiral que una vez iniciada, parece superar cualquier límite ético y además, no muestran ninguna preocupación por la adecuación entre lo realmente sucedido y lo narrado, ni tampoco respeto alguno por las víctimas, que serán olvidadas a los pocos días de la catástrofe, en la velocidad con que vivimos en el presente.

A riesgo de parecer moralista, cabe afirmar con Sloterdijk, que esta sobreexposición a tal cantidad de información, tratada de un modo tan sensacionalista, anula en gran parte nuestra sensibilidad; y con esta idea, podemos dar un salto para aproximarnos a la segunda desinhibición, recordando la profunda vinculación que se da entre ellas.

Así, el ascenso del amarillismo y de la doble moral descrito *supra* llega a afectar a la conciencia del espectador, o del lector, ya que nadie puede vivir mucho tiempo siendo consciente de este desequilibrio que se establece entre los horribles acontecimientos que suceden en el mundo, convenientemente tratados por los medios de comunicación, y el malestar que nos produce ser testigos de estos hechos y que nuestra vida no varíe por ellos, que todo siga igual de calmado en nuestro ámbito más próximo (1989,2:118).

Sólo un frágil autoengaño o la anulación de la capacidad crítica van a ser posibles ante esta situación, mientras la escalada de narraciones e imágenes de hechos escabrosos se suceden en las pantallas y en las páginas de los periódicos.

Y no se trata sólo de tal proliferación de noticias lejanas y desagradables, todas tratadas del mismo modo por los medios de comunicación, sin importar realmente el qué; sino que lo que es un hecho cada vez más repetido en estos medios, es la igualación de contenidos muy diferentes en un mismo espacio, con un mismo tono.

Cuando en un periódico o telediario se tratan del mismo modo y sin diferenciación noticias sobre accidentes de tráfico, víctimas de guerras y terremotos, personas que han ganado la lotería, violencia de género, celebraciones de fiestas de pueblos, resultados deportivos, noticias del corazón y próximas películas en la cartelera y contenidos publicitarios, entre otros muchos temas, nuestra conciencia crítica llega a anularse, nuestra capacidad de compadecernos también, resulta imposible la catarsis y sólo hay tiempo para una contemplación desinteresada y ajena del espectáculo cotidiano a la hora de comer.

Pero al mismo tiempo, estas informaciones constituyen la única fuente que tenemos a nuestra disposición para informarnos sobre “la realidad”, cuando en realidad estas noticias han sido construidas y elaboradas siguiendo cierta ideología política, o dependiendo de capitales diversos y de pertenencia a grupos de comunicación.

La capacidad de sorpresa y de asombro disminuye ante este flujo constante de informaciones, el receptor tiene que dejar de centrar su atención en esa proliferación de noticias dispares unas tan próximas a otras, a riesgo de llegar a la esquizofrenia; así que, poco a poco, la capacidad crítica de los espectadores se anula, llegamos a habituarnos a este constante sucederse de hechos diversos nada relacionados entre sí (1989,2:119).

Sloterdijk destaca además como consecuencia de esta preponderancia de noticias e imágenes que nos ofrecen los medios de comunicación que lo propiamente real desaparece en esta disposición lineal e indiferenciada de informaciones diversas en un mismo formato (1989,2:348).

Se trata de un modo diferente de ver la realidad (y también de vernos a nosotros mismos), visión totalitaria equivalente a lo que Heidegger denominó “una imagen del mundo”, heredera de la tradición científica de la Edad Moderna, que pretende alcanzar un conocimiento total de la realidad y para ello, trae ante sí todo ente y lo objetiva (1958:35), de tal modo que la representación ya no es una copia o reproducción del ente, sino que deviene el mundo mismo, la realidad, el ente en su totalidad y sin vacíos (1958:39).

Esta totalidad impide pensar que haya nada más allá, diferente de lo que ella muestra en su inmensidad, se trata de una sombra invisible que cae sobre las cosas y no permite ver nada más que lo establecido por ella (1958:49) y por supuesto, tampoco permite juicios de valor sobre la pertinencia, el carácter moral o la adecuación de los hechos presentados.

Este hecho hace de los medios de comunicación uno de los más poderosos agentes del cinismo (1989,2:117), pues, dada su cotidianeidad, su aparente cercanía, nos pueden hacer creer que todo está bien a nuestro alrededor, nos impiden preocuparnos por el mundo o indignarnos por las flagrantes contradiccio-

nes del sistema y la impunidad de muchos crímenes, anulan nuestra capacidad crítica y colaboran a sedimentar el discurso cínico dominante.

Se trata de lo que Sloterdijk denomina “el gran Y” o la yuxtaposición y coordinación de hechos tan diversos, pero presentados tan igualados, y con tanta velocidad, que perdemos nuestra capacidad de réplica y de crítica en esta pseudo-equivalencia de informaciones dispares (1989,2:123).

Esta indiferencia que se produce en el espectador, esta falta de alternativas e incapacidad de crítica ante el veloz flujo de datos al que estamos sometidos, constituye uno de los principales rasgos de la sociedad contemporánea dominada por el cinismo y puede relacionarse con la teoría de Baudrillard, para quien los medios de comunicación han producido “el crimen perfecto”, al haber expulsado la realidad de lo real (2000:15) y haber convertido el mundo en una ilusión radical u objetiva (2000:80), en lo que este autor denomina “éxtasis del simulacro” (2000:69). Y sin embargo, es tal la potencia de los medios de comunicación, de su torrente de imágenes que nos imponen, que la ausencia de lo real queda ocultada por la inmediatez y la falsa transparencia (2002:38).

Siguiendo con la teoría del filósofo francés, los contenidos que nos ofrecen los medios de comunicación son como un espectáculo en una escena vacía, donde no sucede nada, y sin embargo nos satura, llena nuestra mirada (1994:28) e impide nuestra reflexión.

Nos enfrentamos pues a un ámbito donde los acontecimientos no pueden suceder porque son emitidos a tiempo real, mediados por un torrente de imágenes que le quitan sentido a la información, dejando sólo vacío (2002:45). Hemos perdido la distancia que nos permitía reflexionar sobre los acontecimientos y diferenciarlos, ahora, cortados por el mismo rasero (el de la pantalla o el de la página del periódico), todo sucede en un continuo e indistinto presente que impide cualquier juicio de valor posible, cualquier posicionamiento.

En este momento cabe destacar una diferencia entre las teorías de Baudrillard y de Sloterdijk que convierte a la segunda en una aportación mucho más rica en matices, ya que Sloterdijk da un paso más que el pensador francés y no se centra en la crítica radical de la sociedad apocalíptica y ficcionalizante en la que nos hallamos sumidos, sino que relaciona el análisis de esta sociedad con el cinismo, sus desequilibrios, su doble moral y se remonta a los orígenes de esta situación, en la elaboración de una genealogía, y como veremos más adelante, ofrece posibles soluciones a esta crisis.

Pasamos pues, una vez comprendida la radicalidad de la teoría de estos dos autores y sus diferencias, a profundizar en las aportaciones que convierten el análisis de los medios de comunicación de Sloterdijk en una de mayor interés para nosotros y más adecuada a lo que experimentamos cotidianamente.

En primer lugar, Sloterdijk se pregunta por el origen de esta situación en la que estamos: ¿por qué esta fascinación por la verdad, por mostrarlo todo, por llegar a una visión completa y unitaria que anula cualquier otro posible acercamiento a los hechos?, ¿por qué tal obsesión por la inmediatez que llega a producirnos indiferencia?

Responde Sloterdijk que esta obsesión por la verdad sólo puede darse en una sociedad que miente frecuentemente, esto es, una sociedad sumergida en el cinismo (1989,2:118). y como cité al inicio, este concepto ideal e imposible de verdad, tiene su origen en la Ilustración y de su empeño por llegar a un conocimiento pleno y cerrado del mundo.

Esta idea se entiende mejor en lo que Deleuze ha denominado una “imagen clásica (o dogmática) del pensamiento” (2002:201), arraigada también en la Ilustración y consistente en la forma de ver el mundo por la que se llega a creer que hay una perfecta correspondencia entre los hechos y nuestra forma de conocerlos, de tal modo que sólo habrá una versión verdadera y única de cada acontecimiento, siendo otras lecturas falsas o erróneas, lo negativo y oscuro del pensamiento, que ha de eliminarse con investigación y estudio para llegar a un saber completo, unívoco, igual para todos.

Esta forma de ver el mundo puede ser adecuada para planteamientos científicos, pero en el ámbito de las humanidades traerá muchos problemas, como ahora veremos.

Si hacemos una aproximación histórica, dos fueron los medios que se desarrollaron de forma paralela para intentar llegar a este conocimiento pleno y perfecto de la realidad: la enciclopedia y la prensa (1989,2:120), estando la primera orientada al saber de lo ya ocurrido en nuestra historia, en una acumulación de hechos que proporciona la imagen del mundo verdadera del pasado, mientras que la segunda, se dirige más bien al conocimiento del presente, de la actualidad.

Resulta útil citar un par de datos históricos para localizar el origen de estos dos medios de acceso al conocimiento del mundo: en primer lugar, surgieron en Gran Bretaña, siendo el primer diario de todo el mundo el *Daily Courant* en 1702, y la primera enciclopedia tal y como la conocemos nosotros, la realizada por Chambers en 1728 (Pizarroso,1994:215). Posteriormente estas innovaciones se produjeron en Francia, también con fechas próximas: el primer diario francés fue *Le Journal Parisien*, editado por primera vez en 1777 y apenas veinte años antes, en 1751, se publicó el primer volumen de la Enciclopedia Francesa (1994:152).

Así, podemos destacar cómo desde mediados del siglo XVIII, el conocimiento se tomó como un valor muy importante y los hombres se dedicaron a

obtener el mayor número posible de datos y organizarlos, en lo que Foucault denomina taxonomías (1968:77), que representan un nuevo paradigma de la historia de la humanidad: el de la modernidad, que lleva a querer saberlo y organizarlo todo, para así lograr un conocimiento completo y cerrado de la realidad. Muestras de esto, pueden ser desde las clasificaciones de animales de Linneo, a las enciclopedias y diarios (1968:82).

Con el paso del tiempo, comenzó el desarrollo de una técnica, que afectó de forma positiva tanto a diarios como a enciclopedias, que cada vez se perfeccionan más y se hacen más complejos; este hecho contribuye a mejorar la imagen del mundo totalitaria y completamente clasificada surgida en la modernidad.

Cabe destacar, como principal aportación que revolucionó a medios de comunicación y enciclopedias, la invención de técnicas que mejoraban la producción de imágenes, cuya culminación fue la fotografía a inicios del siglo XIX, que supuestamente concedía objetividad y veracidad a las imágenes, lo que no podía suceder en las ilustraciones realizadas a mano.

Esta innovación fue incrementada con el aumento progresivo de la precisión y de la calidad de las imágenes, al mejorarse la definición y la técnica de su tratamiento y la fiabilidad y contrastabilidad de los datos, asimismo el desarrollo de las nuevas tecnologías supone una superación de las barreras de la distancia y del tiempo.

Sin embargo, a principios del siglo XX se empieza a comprobar que no es todo desarrollo y progreso continuado, que la técnica no va a traer todas las soluciones a las limitaciones humanas.

Podemos destacar, de la mano de Sloterdijk, el primer bache en el progreso, ya que a raíz de la crisis de representación, no sólo comienza la desconfianza hacia el arte, cada vez más abstracto y distante de la realidad; tampoco la ciencia tendrá todas las respuestas, y lo que es más interesante para nosotros, las voluminosas enciclopedias comienzan a perder validez como transmisoras de la realidad, ya que la vida, cada vez más acelerada y el desarrollo de las nuevas tecnologías, las convierte en grandes compilaciones de datos del pasado, que de nada sirven para conocer lo que sucede en el mundo.

Como contrapeso, cada vez tienen más importancia y credibilidad los medios de comunicación, sobre todo los audiovisuales, que en alianza con las nuevas tecnologías, parecen proporcionarnos una imagen del mundo verdadera y casi a tiempo real (1989,2:123).

Sloterdijk se refiere a este hecho como “el empirismo ilimitado de los medios de comunicación” (1989,2:119), que ofrecen una enorme simultaneidad de acontecimientos tan dispares que se tensan en nuestra conciencia informada, que queda anulada ante este impresionante despliegue de informaciones.

No implica esta teoría una interpretación orwelliana en la que los periodistas sean agentes que conscientemente tergiversen e igualen los hechos, de tal modo que manipulen y anulen nuestras conciencias. Sloterdijk destaca cómo el quehacer periodístico queda dominado por las rutinas informativas, siendo sus trabajadores los primeros en dejar de inquietarse por lo que sucede en el mundo, en ver cotidiano lo horrible y en tratarlo del mismo modo que lo anecdótico, indiferencia que se transmite a las audiencias. No se trata de una situación de censura, de ocultación de la realidad, sino de un producto de una sociedad que ha perdido su capacidad de sorprenderse por lo que nos sucede (1989,2:125).

De este modo, la situación de los medios de comunicación en la actualidad puede resumirse como el enfrentamiento de una doble indiferencia (1989,2:125): la equivalencia objetiva de noticias de un cariz muy distinto, pero narradas del mismo modo, y la indiferencia subjetiva de trabajadores de los medios de comunicación y del público en general, ya que todos llegamos a habituarnos a que los hechos más terribles sucedan y no dejen huella, perdemos nuestra capacidad de sorpresa y de extrañeza ante las noticias que ofrecen los medios de comunicación.

Una vez dibujado este paisaje de indiferencia ante los contenidos de los medios de comunicación, al mismo tiempo que el desarrollo la tecnología aumenta la calidad de las imágenes y la velocidad de transmisión, sin que esto signifique una mejor información, pasamos a analizar las posibles soluciones que ofrece Sloterdijk a esta crisis.

En primer lugar, y desde un punto de vista general, aplicable no sólo a los medios de comunicación, sino a toda la sociedad, este autor destaca que en cualquier ámbito donde el cinismo comienza a normalizarse y crear indiferencia entre la población, siempre se alzan, como una respuesta rebelde y reivindicativa, voces que protestan contra el discurso normalizador establecido por los cinismos y favorecido por los medios de comunicación.

Se trata de una reivindicación de la autenticidad y de la integridad, de una actitud crítica, sensible y cercana a la vida (1989,1:176). Sloterdijk denomina a esta actitud “quinismo” en oposición al cinismo y cita como paradigma a Diógenes, primero en alterar el orden en la Grecia clásica, por medio de la provocación y el ridículo, quien no temía mostrar la verdad, por muy desagradable que ésta fuera.

Las expresiones del quinismo son amplias y variadas, alcanzan cualquier actividad que pretenda subvertir el cinismo; pero en un intento de clasificación, cabe destacar dos variantes que se complementan: la primera consiste en sacar a la luz la realidad obviada con dureza, crítica y sin tabúes; de tal modo que la verdad ya no dependa del conocimiento o de la autoridad, sino de una actitud

lo suficientemente agresiva, libre, e incluso desvergonzada para manifestarla (1989,1:149). Y por otro lado, se da un quinismo basado en un sentido del humor más ácido que cómico, ironía que llega al sarcasmo y pone al descubierto el absurdo de la doble moral. Se trata de desmontar las rutinas con una “risa filosóficamente cargada de verdad” (1989,1:154).

Pero más concretamente, en el ámbito de los medios de comunicación, esta tarea crítica puede localizarse en una actitud sincera y coherente que se enfrenta a la imagen del mundo dominante y totalitaria que ofrecen los medios de comunicación.

Sloterdijk destaca una diferencia fundamental entre cinismos y quinismos: Mientras el primero trata de obligar o acostumar a toda la población a pensar y actuar de una forma distinta a como piensan, en el quinismo cada individuo trata de vivir del mismo modo como piensa, en un equilibrio entre creencias y acciones (1989,1:148). Esta idea puede servirnos para articular la argumentación que sigue.

En primer lugar, debemos ser conscientes de que no resulta posible una situación *naijf*, en la que recuperemos en equilibrio entre un sujeto que puede llegar a conocer un mundo de forma objetiva, sin intermediaciones (1989,2:346), ya que esto no ha existido nunca, siempre habrá una mediación y las formas de narrar la realidad son múltiples; debemos superar el paradigma representativo, la imagen clásica del pensamiento citada anteriormente.

Una vez que tengamos claro que el mundo no es objetivo, ni unívoco, como pretende la imagen clásica del pensamiento, sino que constituye lo que Sloterdijk denomina “multiverso” y que el individuo se encuentra escindido, pluralmente dividido, como consecuencia de los dobleces de la sociedad cínica (1989,2:346), lo único que nos queda hacer es ser conscientes de esta situación cínica, de los elementos que la componen, y no tolerarlo.

Como afirma Sloterdijk, conocer las pseudoequivalencias y la indiferencia con que los medios de comunicación tratan y transmiten la realidad es el primer paso para subvertirlo (1989,2:126). Ante esta situación debemos ser realistas, no hay vuelta atrás a una especie de sociedad libre de cinismo (esto supondría una utopía), debemos ser conscientes de que la única salida se encuentra en una actitud inconformista, de protesta con el sistema, en la medida de lo posible.

Se precisa pues una actitud implicada con lo que uno cree, pero abierta a otras posturas y tolerante, no como el cinismo que sólo permite una versión de los hechos, la suya. Debemos actuar con coherencia entre actitudes y creencias, en la medida de lo posible, ya que la coherencia total y completa no es más que otro de los imposibles ideales ilustrados.

Resulta necesaria una revulsión y renovación de los discursos y estilos acartonados y constantemente copiados y repetidos por los medios de comunica-

ción. Cuál será esta nueva forma de enfrentarse a la realidad, no lo sé, pero es preciso un cambio. Quizá los informativos de *TVE2* o algunas páginas de Internet que dan información alternativa, como *Indimedia*, pueden ser una muestra de que la información puede darse de otro modo.

También es muy necesario conocer las pseudoequivalencias establecidas por los medios de comunicación y superarlas, con un trabajo periodístico en profundidad, especializado en temas concretos, lo que hoy se denomina periodismo de precisión, que no cae en la facilidad de tratar todas las noticias del mismo modo, y por supuesto, evitar el sensacionalismo a toda costa, aún sabiendo que la objetividad total no es posible.

Para acabar, voy a sugerir unos interrogantes, recordando que nunca habrá una única solución, que siempre es mejor una actitud dubitativa y cuestionadora antes que el dogmatismo de la tesis y de la afirmación no cuestionada, propia de una conducta cínica. Debemos saber que la ausencia de respuesta también es una respuesta.

¿Podríamos pensar, con la ayuda de Sloterdijk, en un nuevo tipo de discurso y técnicas periodísticas que adoptaran esta actitud quínica, que mostraran la realidad sin dobleces ni interpretaciones interesadas y que fueran mordaces con el orden establecido? ¿Quizá un nuevo estilo de periodismo que investigue en profundidad y con precisión, preocupado por lo que narra? ¿Resultan las nuevas tecnologías e Internet propicios para esta tarea? ¿Podemos pensar en un nuevo tipo de formato que trate la realidad con ironía o sarcasmo y levante tabúes? ¿Pueden las facultades de Ciencias de la Información formar a una nueva generación de profesionales concienciados, motivados, implicados que no se dejen arrastrar por la desidia?

Quizá todo esto no sea más que una utopía y no haya salida a esta situación donde los contenidos periodísticos dependen más de las rutinas, las grandes empresas de comunicación y de la publicidad que de la calidad informativa; pero, comenzar a reflexionar sobre el papel que tienen los medios en la comprensión de nuestra realidad puede ser un buen comienzo para intentar llegar a un nuevo tipo de discurso informativo que subvierta lo cotidiano y nos permita conocernos mejor a nosotros mismos y a nuestro mundo.

Bibliografía

- BAUDRILLARD, Jean (2000)** *El crimen perfecto*. Barcelona. Anagrama
- BAUDRILLARD, Jean (2002)** *La ilusión vital*. Madrid. Siglo XXI
- BAUDRILLARD, Jean (1994)** *El otro por sí mismo*. Barcelona. Anagrama
- DELEUZE, Gilles (2002)** *Diferencia y repetición*. Buenos Aires. Amorrortu
- FOUCAULT, Michel (1968)** *Las palabras y las cosas*. Madrid. Siglo XXI
- FOUCAULT, Michel (2000)** *Vigilar y castigar*. Madrid. Siglo XXI
- HEIDEGGER, Martin (1958)** *La época de la imagen del mundo*. Santiago de Chile. Anales de la Universidad de Chile.
- PIZARROSO QUINTERO, Alejandro (1994)** *Historia de la prensa*. Madrid. Fundación Ramón Areces.
- RAMPEREZ, F. y VIDARTE, F.** *Filosofías del siglo XX*. Madrid. Síntesis.
- SLOTERDIJK, Peter (1989)** *Crítica de la Razón Cínica*. Madrid. Taurus

Las metáforas del ciberespacio: sumergirse, navegar, surfear.

Israel V. MÁRQUEZ

No es posible pensar sin metáforas
SUSAN SONTAG

Introducción

Como es sabido, la palabra “ciberespacio” fue acuñada por el escritor canadiense William Gibson en “*Neuromante*” (1984), la novela fundacional del movimiento cyberpunk. Allí, Gibson daba la siguiente definición del término:

“El ciberespacio. Una alucinación consensual experimentada diariamente por billones de legítimos operadores, en todas las naciones, por niños a quienes se enseña altos conceptos matemáticos... Una representación gráfica de la información abstraída de los bancos de todos los ordenadores del sistema humano. Líneas de luz clasificadas en el no-espacio de la mente, conglomerados y constelaciones de información. Como las luces de una ciudad que se aleja...” (Gibson, 2007: 71)

Como ha puesto de manifiesto Marie-Laure Ryan (2004b), esta definición vincula dos temas: por un lado, la idea de una vasta red informática que abarcaría todo el mundo y funcionaría como un lugar de encuentro virtual para miles de millones de usuarios que se encuentran separados por el espacio físico; y por otro, la idea de estar “inmerso” en una representación gráfica proyectada por datos informáticos. Una idea prefigura Internet, la otra la tecnología de la Realidad Virtual (RV).

El ciberespacio como Realidad Virtual

La idea de ciberespacio fue apropiada por los investigadores de la naciente tecnología de la RV para definir el espacio tridimensional generado por ordenador que acoge al usuario en su interior. Al parecer, los científicos de la NASA, quedándose prendados por la idea de ciberespacio que habían leído en la novela de Gibson, decidieron realizarla. Así lo cuenta Howard Rheingold (1994) en el relato de su primera experiencia con un sistema de RV, que tuvo lugar en el año 1988 en el Ames Research Center de la NASA en Mountain View, California:

Un cubo espectral de luz flotaba enfrente de mí. Alargué la mano y lo así. Un guante con un reticulado de sensores sincronizaba mis gestos físicos en el cuarto en el que mi cuerpo estaba ubicado, con los movimientos de un guante grotesco que flotaba en el mundo creado por la computadora. “Ciberespacio”, lo oí llamar. Es un lugar, es cierto. Qué clase de lugar es, ésa es la gran pregunta (Rheingold, 1994: 20).

Ese mismo año, los creadores del programa informático Autodesk escogieron el término “ciberespacio” como nombre para su división de investigación. Su presidente, John Walker, señaló que la idea de entrar en el mundo de la computadora tiene sus orígenes en la ciencia ficción, reconociendo las influencias de William Gibson y Frederick Pohl (cuyo libro, *Beyond the Blue Event Horizon*, había inspirado en el pasado el nombre de Autodesk). Walker adujo que, con el término ciberespacio, no solo evitaba el oximoron de expresiones como “realidad virtual” o “realidad artificial”, sino que también confería identidad a los productos de la industria de la realidad virtual que su empresa comercializaba (Rheingold, 1994: 194).

El ciberespacio entendido como RV, es decir, como un espacio tridimensional envolvente y acogedor en el que “sumergirse” y desplazarse, fue la acepción dominante del término durante finales de los años 80 y principios de los 90. Como señala Ryan (2004b), esta conexión entre ciberespacio y RV se dejó notar especialmente en la primera Conferencia sobre el Ciberespacio, celebrada en 1990 en la Universidad de Austin, Texas, y cuyas actas dieron lugar a uno de los más destacados libros sobre la materia, el titulado “*El ciberespacio: los primeros pasos*”. La mayoría de los autores que participaron en dicha conferencia entendían el ciberespacio como RV, llegando en ocasiones a tratarlos como sinónimos, como se observa en la siguiente frase de Alan Wexelblat: “Los *ciberespacios*, o *realidades virtuales*, nos brindan varias herramientas poderosas...” (1993: 235; la cur-

siva es mía). Así lo entendió también Rheingold a la hora de justificar su interés por esta nueva tecnología y el modo en que podría generar un nuevo mundo en el que la propia realidad llegase a ser una mercancía fabricada y susceptible de ser medida: “Aunque esto suena a ciencia ficción, y la palabra ‘*ciberespacio*’ se originó de hecho en una novela de ciencia ficción, la *realidad virtual* ya es una ciencia, una tecnología y un negocio sostenido por fondos significativos...” (1994: 21-22; la cursiva es mía).

El ciberespacio como funcionamiento en red

En los últimos años, el énfasis de los observadores y participantes del ciberespacio se ha trasladado de la RV al funcionamiento en red, el otro polo del concepto gibsoniano. Este desplazamiento se ha debido a que, mientras que la tecnología de la RV no ha logrado desarrollar las aplicaciones que prometía, el desarrollo de las telecomunicaciones mediante redes informáticas ha dado lugar al surgimiento de Internet, cuyo impacto en nuestra vida cotidiana ha sido mucho mayor que los mundos simulados de la RV. Esto explica el hecho de que los medios de comunicación hayan convertido el término “ciberespacio” en una especie de sobrenombre, apodo, metáfora, e incluso sinónimo, de Internet. En la prensa, por ejemplo, el término “ciberespacio” suele utilizarse normalmente en las noticias referidas a Internet. Se suele llamar a los abonados a la red “usuarios del ciberespacio” y el tiempo que se pasa conectado es tiempo que se invierte en “navegar” por el ciberespacio (Ryan, 2004b: 84). Todo esto ha influido en el imaginario público y no cabe duda de que Internet se ha convertido en el principal referente del ciberespacio.

Se nos pide que pasemos cada vez más tiempo en el territorio de la información digital, en ese universo sin fronteras donde la gente puede interactuar sin que importe el tiempo y la situación geográfica. En efecto, el ciberespacio de Internet se ha convertido en un *lugar* donde se establecen interrelaciones entre personas, una especie de país imaginario que nunca podrá encontrarse en el mapa y cuyos orígenes se encuentran en la conversación telefónica: “el ciberespacio es donde estás cuando hablas por teléfono”, como decía John Perry Barlow. Es decir, los usuarios del teléfono y de Internet se reúnen en un espacio virtual común donde efectivamente está ocurriendo algo, en *algún sitio*: “no es exactamente el lugar en el que nos encontramos nosotros o el otro interlocutor, sino algún lugar intermedio” (Mirzoeff, 2003: 135). Pero el hecho de que no podamos concretar ese sitio, ese espacio inasignable (¿dónde tiene lugar la conversación telefónica?, ¿dónde tiene lugar la interacción en Internet?), no nos impide reconocer que efectivamente tiene lugar, que existe: no ser de ningún

“ahí”, como señala Pierre Lévy (1999), no impide existir. Cuando utilizamos Internet para hablar con alguien situado, por ejemplo, en Londres, es difícil definir que es “aquí” y que es “ahora”, y sin embargo continuamos situados en un eje espacio-temporal y no hemos dejado de existir sólo por usar el ordenador. Aunque no podamos definir ese “aquí” y “ahora”, la comunicación y las relaciones tienen lugar en el espacio y en el tiempo y, por lo tanto, existen y son reales. Así pues, el ciberespacio (en su sentido de funcionamiento en red) es ese lugar o espacio inasignable que hace posible nuestra “navegación” e interacción cotidiana con los otros.

Las metáforas del ciberespacio

A lo largo de este escrito, hemos venido destacando tipográficamente (mediante comillas) una serie de términos que normalmente se asocian al ciberespacio. Estos términos, tales como “inmersión”, “sumergirse” o “navegar” proceden todos ellos del vocabulario marino y suelen emplearse como metáforas para explicar la experiencia del usuario en el ciberespacio, tanto en el sentido de RV como en el de funcionamiento en red. Como señala Abril (1997: 126), se trata de metáforas accionales (y no contemplativas), que describen la experiencia interactiva y multisensorial del usuario en este tipo de entornos. El uso de estas metáforas pone de manifiesto que las tecnologías informáticas constituyen un nuevo lenguaje y los seres humanos habitamos en él. En Internet, por ejemplo, la experiencia del usuario no es la de relacionarse con una máquina o programa sino la de “navegar” en un ciberespacio habitado por textos, imágenes, gráficos, sonidos, etc. en el cual el hombre tiene experiencias, actúa y vive.

Pensar la tecnología como lenguaje nos aleja de una concepción meramente instrumentalista de la misma y nos permite entenderla como creadora de mundos, de *mundos posibles* (véase Comba y Toledo, 2003). El lenguaje como forma simbólica tiene una función determinadora y discriminadora en la construcción de nuestro mundo, ya que se concibe como una serie de distinciones que nos permiten vivir y actuar juntos en un mundo compartido. Asimismo, el lenguaje, como señala Cassirer (1973), convierte el caos en forma, es decir, articula la realidad caótica en un mundo de relaciones. Lo mismo ocurre en el caso de la tecnología, que gracias al lenguaje pasa de ser una realidad caótica a algo común y compartido por todos.

Pensar la tecnología como lenguaje nos conduce necesariamente a la metáfora, porque el lenguaje es esencialmente metafórico. Cuando nos esforzamos por comprender un nuevo concepto, podemos entenderlo intuitivamente mediante su relación con algo que nos es más fácil visualizar: “*La esencia de la metáfora es*

entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra” (Lakoff y Johnson, 2007: 41; cursivas en el original). Esto ayuda a reducir la incertidumbre y la confusión. En las tecnologías informáticas, al igual que en el lenguaje oral o escrito, el recurso de la metáfora nos permite ordenar el sentido frente a algo que nos resulta nuevo, es decir, es un modo de construir la realidad y organizar nuestra experiencia con respecto a ese fenómeno nuevo. Así ha ocurrido desde el principio, con el recurso a la metáfora de la “inmersión” en la RV y a la de la “navegación” en Internet. El uso extendido de estas metáforas, y de su campo semántico correspondiente, ha hecho que la experiencia de los usuarios con dichas tecnologías sea entendida en términos de otro tipo de experiencia: la de moverse en un espacio acuático.

La metáfora de la inmersión

La palabra “inmersión” remite al vocabulario marino, y más concretamente a la experiencia del buceo, es decir, el acto por medio del cual el hombre penetra en el mar, un lago, río o cualquier lugar con aguas, con el fin de desarrollar una actividad deportiva, comercial o de investigación científica o militar. El Diccionario de la Real Academia define el término en su primera acepción como la “acción de introducir o introducirse algo en un fluido”. El término fue rápidamente empleado por los especialistas de la RV para hacer referencia al mundo virtual del ciberespacio, concebido como un mar u océano digital en el que el usuario es capaz de “zambullirse” hasta quedar completamente inmerso en él. Meredith Bricken, investigadora de Autodesk a finales de los años ochenta, nos lo explica de una forma muy gráfica:

El observar gráficos tridimensionales en una pantalla es como mirar el océano desde un bote con fondo de vidrio. Observamos un entorno animado a través de una ventana plana; experimentamos el estar en el bote. Observar un mundo virtual por medio de una pantalla estereográfica es como nadar bajo el agua con tubo de respiración. Nos encontramos en el límite de un entorno tridimensional, podemos apreciar la profundidad del océano desde su borde; experimentamos el estar entre algo en la superficie del mar.

Utilizar un HMD estereoscópico (casco de realidad virtual) es como utilizar escafandras y hundirse en el océano. Al sumergirnos nosotros mismos en el entorno, movernos por los arrecifes, escuchar el canto de las ballenas, recoger conchas para examinarlas y conversar con los otros

buzos, invocamos nuestra comprensión más plena del alcance del mundo submarino. Estamos Allí (Bricken, 1993: 330).

Aunque Bricken hace una graduación de los niveles de inmersión a partir de la tecnología empleada, lo cual, como bien han señalado Burdea y Coiffet (1996), no es una buena manera de abordar el problema¹, sus palabras son importantes por la relación que establece entre la experiencia inmersiva y la del buceo. Bricken emplea toda una serie de palabras pertenecientes al campo semántico del buceo (“hundirse”, “sumergirnos”, “mundo submarino”) para explicar la sensación de inmersión experimentada con un casco de RV. Es decir, al intentar explicar un tipo de experiencia nueva como es la inmersión en RV utiliza expresiones provenientes de otro campo (el del buceo) para hacer más accesible su comprensión: “Cuando utilizamos una metáfora para describir un lugar o un proceso no familiar, pensamos, ‘sería aproximadamente así’” (Bricken, 1993: 334). Esto explica el hecho de que nuestro sistema conceptual normal esté estructurado metafóricamente, es decir, que la mayoría de los conceptos se entienden parcialmente en términos de otros conceptos (véase Lakoff y Johnson, 2007). Lo podemos observar también en la siguiente definición de inmersión dada por Janet Murray (1999), quien vuelve a vincular el término con la experiencia de sumergirse en un medio acuático:

La experiencia de trasladarse a un lugar ficticio muy elaborado es un placer en sí misma, independientemente del contenido de la fantasía. Esta experiencia es la que denominaremos “inmersión”. Es éste un término metafórico derivado de la percepción física de estar sumergido en el agua. En una experiencia de inmersión psicológica buscamos lo mismo que cuando nos zambullimos en el océano o en una piscina: la sensación de estar rodeados por una realidad completamente diferente, tan diferente como el agua lo es del aire, algo que requiere toda nuestra atención y concentra nuestros sentidos (Murray, 1999: 111).

La definición de Murray nos parece mucho más acertada que la anterior por cuanto habla de un tipo de inmersión más centrada en aspectos psicológicos (y por lo tanto más independiente de las herramientas utilizadas), y no de una

1. "En general, el gran público tiende a asociar las simulaciones de la realidad virtual con sistemas de visualización montados en la cabeza del usuario y con guantes de retorno sensorial, simplemente porque éstas fueron las primeras herramientas empleadas en dichas simulaciones. A nuestro parecer, esto tampoco constituye una buena definición. La realidad virtual no impone el empleo de cascos [...] describir la realidad virtual solamente con las herramientas que ésta origina, tampoco es una buena definición" (Burdea y Coiffet, 1996: 22-23)

inmersión puramente tecnológica o perceptiva, como la propugnada por los entusiastas de la RV como la propia Bricken, Jaron Lanier o Nicholas Negroponte. De hecho, Murray no hace mención alguna a ningún aparato tecnológico, lo que nos permite entender la experiencia inmersiva al margen del tipo de sistema (inmersivo o no inmersivo)² empleado, tal y como pretenden los citados Burdea y Coiffet.

No obstante, los términos empleados para explicar la experiencia siguen siendo los mismos, los propios del buceo y del medio acuático (“sumergido”, “zambullimos”). Lakoff y Johnson (2007) señalan que entender nuestras experiencias en términos de objetos y sustancias nos permite elegir partes de nuestra experiencia y tratarlas como entidades discretas o sustancias de un tipo uniforme. Así, podemos ver las sustancias como recipientes: “Tomemos una tina de agua por ejemplo. Cuando uno se introduce en la tina, se introduce en el agua. Tanto la tina como el agua se consideran recipientes, pero de diferente tipo. La tina es un OBJETO RECIPIENTE, mientras que el agua es una SUSTANCIA RECIPIENTE” (Lakoff y Johnson, 2007: 68). En este sentido, los autores hablan de *metáforas de recipiente* para referirse al hecho de que proyectamos nuestra propia orientación dentro-fuera sobre otros objetos y sustancias. Los seres humanos somos seres físicos, limitados y separados del resto del mundo por la superficie de nuestra piel, y experimentamos el resto del mundo como algo que está fuera de nosotros. Cada uno de nosotros es un recipiente con una superficie limitada y una orientación dentro-fuera. Pero también podemos considerar a los objetos y sustancias como recipientes con un interior y un exterior. Así, por ejemplo, en el caso del agua, podemos *salir de ella* y *entrar en ella*, es decir, “sumergirnos”, “zambullirnos” en su recipiente o salir de él. Cuando uno se introduce en una piscina, se introduce también en el agua. La piscina es un objeto recipiente, mientras que el agua es una sustancia recipiente. También podemos extender esta orientación a nuestro ambiente natural, como en el caso del mar, y vernos *dentro* del mar o *fuera del* mar, lo cual implica vernos *dentro* del agua o *fuera del* agua.

Este tipo de metáfora de recipiente basada en el agua es la que se ha venido aplicando a la hora de explicar el efecto de inmersión en la RV. De la misma forma que en la experiencia del buceo o de la natación podemos *entrar* o *salir* del agua, en la experiencia inmersiva podemos *entrar* o *salir* del mundo virtual simu-

2. Se denominan sistemas inmersivos a aquellos que se apoyan en el uso de aparatos de visualización (casco, lentes, etc.) y de dispositivos que permiten controlar y modificar la posición y rotación de diferentes partes del cuerpo humano. Estos sistemas impiden la visión del mundo circundante mediante la eliminación perceptiva de la pantalla de ordenador, al tiempo que presentan las imágenes correspondientes al mundo virtual. Por el contrario, los sistemas no inmersivos (o de sobremesa) son aquellos en los que las imágenes son presentadas a través de una pantalla de ordenador, por lo que el usuario nunca pierde la visión del mundo circundante

lado. Por eso, en las descripciones de este tipo de experiencias abundan expresiones como “entrar en”, “dentro de” o “en el interior de”, referentes a la sensación de inmersión en el mundo virtual, las cuales se acompañan de metáforas marítimas como “zambullirse en”, “sumergirse en”, o “adentrarse en”. La cuestión fundamental es que entramos o salimos de algo, de un tipo de recipiente, que puede ser una sustancia natural como el agua, o un objeto artificial como el mundo simulado de la RV.

La metáfora de la navegación: ¿navegar o surfear?

Si la percepción del ciberespacio de la RV se concibe como una inmersión en sus profundidades, la relación con Internet es vista como una navegación sobre su superficie. La metáfora de la navegación ha tenido mucho más éxito que la de la inmersión debido a que el impacto de Internet en nuestras vidas ha sido mucho mayor que el de la tecnología de la RV. Asimismo, la vinculación del término con buena parte de las características del pensamiento posmoderno (ines- tabilidad, fluidez, discontinuidad, libertad del lector, carácter efímero, etc.) ha ayudado a que hoy en día la palabra “navegar” sea una de las más utilizadas en nuestra vida cotidiana. Por el contrario, mucha gente aún se pregunta qué significa la palabra “inmersión”, y qué sentido tiene cuando la vinculamos con las tecnologías digitales. Y es que la RV y la idea de inmersión a ella asociada no han salido bien paradas con el pensamiento posmoderno, que ha visto más bien en el hipertexto y su ideal de interactividad una extensión de sus teorías. En efecto, por el ciberespacio de Internet se “navega”, no se camina, para expresar con este verbo la fluidez del entorno. Su espacio no existe para ser habitado y explorado, como el mundo artificial de la RV, sino para ser recorrido de forma discontinua, mediante saltos. Frente al ideal de profundidad subyacente en la experiencia de inmersión, cuyo usuario se sumerge en las aguas digitales cual buzo, la navegación remite a la superficie, a quien se contenta con observar estas aguas desde fuera, sin introducirse en su interior.

Hay quienes piensan que la metáfora de la navegación para referirse al uso de Internet no es la más adecuada. Ryan (2004a), por ejemplo, señala que la metáfora de la navegación da una falsa impresión de continuidad. Más que surcar las aguas, el usuario de Internet es teletransportado a destinos más o menos azarosos con sólo hacer clic en los hiperenlaces. Al contrario que los sistemas de RV, el ciberespacio de Internet no proyecta un territorio continuo, sino una vasta red informática formada por enlaces y nudos, rutas y destinos, entre los que no hay nada, y en la que los usuarios tienen muchas veces la sensación de hallarse perdidos ya que no poseen rutas prefijadas ni destinos muy precisos a los que lle-

gar. Los destinos o sitios pueden ser centros de interés, pero las rutas que los conectan no lo son. El viaje entre sitio y sitio no es un desplazamiento a través de un paisaje que se va desplegando y descubriendo poco a poco, sino un salto instantáneo que niega el cuerpo. Es decir, se trata de la “primacía de la llegada sobre la salida, sobre todas las salidas y por tanto sobre todos los trayectos” (Virilio, 1990: 41), lo cual implica una negación del desplazamiento, puesto que en Internet el tiempo de viaje es tiempo perdido: no hay nada que ver entre los nodos. Por el contrario, en el espacio proyectado por los sistemas de RV (tanto en los inmersivos como en los no inmersivos), el placer consiste muchas veces en el viaje en sí mismo, en la emoción de desplazarnos y explorar el entorno, disfrutando con la sensación del movimiento corporal que resulta de la perspectiva cambiante del entorno, la variación de tamaño de los objetos o la persecución del horizonte (Ryan, 2004a:100).

Por todo ello, autores como Ryan, Barlow o Rushkoff niegan la metáfora de la navegación como la más adecuada para referirse al empleo de Internet y plantean su sustitución por la metáfora del “surf”. Como es sabido, el surf es un deporte náutico que consiste en desplazarse sobre las olas del mar de pie sobre una tabla. En este sentido, el usuario de Internet no navega sobre la información sino que hace surf en ella. El término ya no ofrece esa falsa impresión de continuidad que tenía la metáfora de la navegación, y se vincula más a un viaje en el que el usuario no surca las aguas sino que hace frente a olas azarosas que le transportan de uno a otro lado, como los hipervínculos de Internet. El ciberespacio se entiende entonces como un entorno dinámico, una superficie resbaladiza, una fuerza que alcanzar para poder ser transportado a cualquier otra parte, como en el surf. Asimismo, la metáfora del surf remite a una relación con el saber basada en la confusión y la incertidumbre propia de los nuevos tiempos, como dejan ver las siguientes declaraciones de John Perry Barlow:

En el plano más elemental, existe un terror simple a sentirse como un inmigrante en un lugar donde han nacido tus hijos, donde siempre estás detrás de la bola ocho porque la tecnología se desarrolla más rápido de lo que tú la aprendes. Es lo que yo llamo la curva de aprendizaje de Sísifo. Los únicos que van a sentirse cómodos con ello son las personas a las que no les molesta la confusión y la ambigüedad. Considero que las situaciones confusas son una oportunidad, aunque no todo el mundo piense así.

La mía no es la respuesta neurótica estándar. Nuestra cultura se basa en la capacidad de la gente para controlarlo todo. En cuanto adoptas la confusión como modo de vida, asumes que en realidad no lo controlas

todo. En el mejor de los casos, te limitas a hacer surf (citado en Rushkoff, 2000: 17).

Sin embargo, para autores como Lévy (2007), la diferencia entre la navegación y el surf es un mal menor, pues ambas metáforas sirven igualmente para expresar nuestra actual relación con el saber. Tanto una como otra implican “una capacidad de afrontar las olas, los remolinos, las corrientes y los vientos contrarios en una extensión plana, sin fronteras y siempre cambiante” en el que “cada reserva de memoria, cada grupo, cada individuo, cada objeto, pueden convertirse en emisor e hinchar la ola”. Así, yaelijamos “navegar” sobre la información o “hacer surf” en el flujo de datos, lo realmente importante es entender que “las viejas metáforas de la pirámide (escalar la pirámide del saber), de la escalera o del *cursus* (ya todo trazado) huelen hoy a jerarquías inmóviles de otros tiempos”. Debemos acostumbrarnos a la profusión y al desorden que trae consigo este segundo diluvio, *el diluvio de informaciones*, según la expresión de Roy Ascott, ya que salvo catástrofe cultural, “ninguna vuelta al orden, ninguna autoridad central nos retornará a la tierra firme y a los paisajes estables y bien balizados de antes de la inundación” (Lévy, 2007: 133-134).

La evolución de las metáforas

Unas metáforas (la pirámide, la escalera) dan paso a otras (la navegación, el surf), generando así una suerte de evolución en la que las metáforas, las palabras, se metamorfosean y se metabolizan entre sí. Esta evolución revela la temporalidad de las metáforas, el hecho de que poseen una vida propia, y, por tanto, una mortalidad. Como el ciclo de la vida, las metáforas parecen seguir un proceso natural -cultural- en el que nacen, crecen, se reproducen y mueren (o renacen, bajo otras formas, bajo otras palabras). En este proceso, como ha señalado Jean Baudrillard (2002: 10), se da un juego casi poético de muerte y renacimiento, en el que “las metaforizaciones sucesivas hacen que una idea crezca y se convierta en algo más que ella misma, en una ‘forma de pensamiento’, pues el lenguaje piensa, nos piensa y piensa por nosotros tanto, por lo menos, como nosotros pensamos a través de él”. Esto es, ni más ni menos, lo que ha ocurrido con la idea del espacio acuático aplicada a las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, cuyas sucesivas metaforizaciones (navegación, inmersión, surf, red, flujo, etc.) han generado una nueva forma de pensamiento basado en el vocabulario marino que, hoy por hoy, domina por completo nuestro lenguaje y experiencia en relación con las tecnologías informáticas de nuestra sociedad red, líquida o de flujos.

Bibliografía

- ABRIL, Gonzalo (1997):** *Teoría general de la información. Datos, relatos y ritos*. Madrid. Cátedra.
- BAUDRILLARD, Jean (2002):** *Contraseñas*. Barcelona. Anagrama.
- BRICKEN, Meredith (2003):** “Mundos virtuales: sin interfase para el diseño”, en Benedikt, M. (editor), 1993, *Ciberespacio. Los primeros pasos*. México. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Equipo Sirius Mexicana.
- BURDEA, Grigore y COIFFET, Philippe (1996):** *Tecnologías de la realidad virtual*. Barcelona. Paidós.
- CASSIRER, Ernst (1973):** *Mito y lenguaje*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- COMBA, Silvana y TOLEDO, Edgardo (2003):** “Tecnologías digitales: los mundos posibles...”, en *deSignis*, 2003, n° 5: pp. 117-125.
- GIBSON, William (2007):** *Neuromante*. Barcelona. Minotauro.
- LAKOFF, George y JOHNSON, Mark (2007):** *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid. Cátedra.
- LÉVY, Pierre (1999):** *¿Qué es lo virtual?* Barcelona. Paidós.
- _____ (2007): *Cibercultura. La cultura digital de la sociedad digital*. Barcelona. Anthropos.
- MIRZOEFF, Nicholas (2003):** *Una introducción a la cultura visual*. Barcelona. Paidós.
- MURRAY, Janet H. (1999):** *Hamlet en la holocubierta. El futuro de la narrativa en el ciberespacio*. Barcelona. Paidós.
- RHEINGOLD, Howard (1994):** *Realidad virtual*. Barcelona. Gedisa.
- RUSHKOFF, Douglas (2000):** *Ciberia. La vida en las trincheras del ciberespacio*. Barcelona. Mondadori.
- RYAN, Marie-Laure (2004a):** *La narración como realidad virtual. La inmersión y la interactividad en la literatura y en los medios electrónicos*. Barcelona. Paidós.
- _____ (2004b): “El ciberespacio, la virtualidad y el texto”, en Sánchez-Mesa, D. (comp.), 2004, *Literatura y cibercultura*. Madrid. Arco-Libros.
- VIRILIO, Paul (1990):** “El último vehículo”, en VV.AA, 1990, *Videoculturas de fin de siglo*. Madrid. Cátedra.
- WEXELBLAT, Alan (1993):** “Para darle significado al lugar: espacios semánticos”, en Benedikt, M. (editor), 1993, *Ciberespacio. Los primeros pasos*. México. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Equipo Sirius Mexicana.

El sitio web como lugar de construcción del imaginario de la cooperación internacional al desarrollo

Marina Mantini

1. Introducción

En este artículo nos ocuparemos de la metodología de investigación y análisis que hemos decidido adoptar en el estudio de los discursos relativos a la cooperación internacional al desarrollo. Lo que nos interesa no es tanto el uso de los instrumentos y de las intervenciones de matriz comunicativa en el ámbito de la ayuda humanitaria y en las relaciones internacionales en general¹, cuanto llevar a cabo un análisis sobre los discursos y las prácticas comunicativas de las instituciones públicas gubernamentales. Partiendo de la premisa teórica de la reflexividad y performatividad de los textos y de los discursos, que se definen como formas de construcción del sentido y de la significación y por ende como prácticas sociales. Desarrollaremos nuestra propuesta centrándonos en los nuevos medios de comunicación, especialmente en las páginas web, que nos parecen un territorio a través del que se está configurando una parte del espacio público relevante en la cultura contemporánea.

Considerado desde el punto de vista cultural, la Web es percibida como un universo contemporáneo de representación, práctica, producción e intercambio. Pero Internet además sirve como modelo epistemológico para enfrentarse a esta esfera tan relevante en nuestra cultura. Para ejemplificar esta función epistemológica, nos ha parecido pertinente y sugerente el concepto de rizoma de Deleuze

1. Este enfoque es conocido como "comunicación para el desarrollo" (communication for development) y constituye una disciplina ya desarrollada y enmarcada en el ámbito de los estudios sobre la cooperación internacional. Véase los estudios de Jan Servaes para una reflexión completa sobre este tema

y Guattari, modelo descriptivo de la estructura social y cultural contemporánea. En este trabajo adoptada en su doble función de metáfora de las formas de comunicación actuales y de prototipo estructural de la Red y de los hipertextos. Los sitios Web nos resultan un objeto de análisis interesante por el cruce de discursos sociales que encontramos en este tipo de soportes, por las representaciones culturales (nuevas y tradicionales) que alojan, y al final porque, como todo tipo de producto cultural, se inscriben en ellos relaciones de poder y difusión de las ideologías circulantes. Ilustraremos en el texto las que nos parecen las características más relevantes de los nuevos medios de comunicación de masas y de los nuevos formatos textuales, dedicando especial atención al hipertexto y las interfaces.

Entre los géneros de sitios web que participan en las prácticas de la comunicación para el desarrollo (organismos internacionales, Ongd, consultoras, fundaciones privadas, movimientos sociales), hemos decidido centrarnos en los de las Instituciones públicas, como autoras de discursos de legitimación política que ejercen la gestión del poder según la voluntad de los ciudadanos que los han elegido democráticamente. Como instituciones públicas, deben presentar a la colectividad sus líneas políticas y las acciones cumplidas en este ámbito, informando según los criterios de transparencia y accesibilidad de la administración pública, y al mismo tiempo mantener un grado de satisfacción de los ciudadanos, coherente con los valores y las acciones declarados en sus programas políticos y en sus principios ideológicos. Además, desde un punto de vista simbólico, participan activamente en la construcción de un imaginario colectivo, imprimiendo las huellas de los valores éticos y de los hábitos culturales y sociales de la comunidad.

El objetivo de nuestra propuesta es recorrer el camino de la generación del sentido y de la significación de los actos comunicativos hasta llegar a las ideologías y a los valores profundos. Para recorrer este camino hacia atrás, estimamos que las herramientas de la semiótica relativas a la corriente estructuralista y greimasiana pueden proporcionarnos una metodología adecuada para el estudio de los discursos públicos que proponemos, aunque en este artículo no las profundizaremos, las tendremos siempre como referencia fundamental metodológica a lo largo del texto.

2. Textos, discursos y prácticas sociales

Antes de abordar el objeto central del estudio, la Web, consideramos fundamental una breve reflexión sobre el concepto de discurso. Queremos subrayar de esta forma nuestro punto de partida teórico y nuestro horizonte metodoló-

gico, a través de la definición de acción discursiva y de práctica social del lenguaje, de cualquier tipo de lenguaje, como forma, contenido y uso-consumo que trascienden la actividad individual.

En este sentido, el discurso es un acto expresivo realizado por medios verbales o no verbales, que supera entonces su ejecución lingüística, integrando registros semióticos heterogéneos². Es un texto, considerado en sus múltiples expresiones y funciones, pero sobre todo nos interesa como acción, que remite al orden de la interacción entre los sujetos involucrados.

Por un lado, esto significa considerar el discurso en su performatividad, como actuación en el mundo, a través del cual los sujetos pueden intervenir sobre la realidad, sobre otros sujetos y las modalidades de representación³.

Por otro lado, implica una relación bidireccional entre acciones discursivas y estructura social, en el sentido que los discursos se forman y varían según la situación y el contexto social y massmediático de producción y difusión, según dónde se generen y por quién (clase social, institución, educación, hábitos etc.). Al mismo tiempo, son los discursos que constituyen la sociedad, siguiendo en este sentido la teoría de Foucault sobre la formación discursiva de los objetos, sujetos y conceptos (*Las palabras y las cosas, Arqueología del saber*).

Como subraya Fairclough⁴, la acción discursiva se transforma en una modalidad de práctica política e ideológica:

El discurso como práctica social establece, mantiene y transforma las relaciones de poder y las entidades colectivas (clases, comunidades, grupos). El discurso como práctica ideológica constituye, naturaliza, mantiene y transforma los significados del mundo a partir de las diferentes posiciones en las relaciones de poder. La práctica política e ideológica no son independientes la una de la otra, porque la ideología es constituida por los significados generados en las relaciones de poder como dimensión del ejercicio y en la lucha para el mismo. El discurso como práctica política no es solo una lucha de poder, sino un marco que lo delimita: la práctica discursiva recurre a convenciones que naturalizan las relaciones de poder, las particulares ideologías y las convicciones.

El discurso se construye entonces como práctica no solo de la representación del mundo, sino también de la construcción y de la constitución del mismo mundo en significado, en el proceso de significación.

2. Extraemos nuestra noción de discurso haciendo referencia principalmente a Gonzalo Abril, "La acción discursiva", in Lozano, J., Peña-Marín, C., Abril, G. (1982), *Análisis del discurso*, Madrid, Catedra.

3. Para la relación entre discurso y practicas sociales nos referimos a Fairclough, N. (1992), *Discourse and Social Change*

4. Fairclough, N. (1992: 94), traducción nuestra

Eligiendo como objeto de investigación el campo de los discursos, nos proponemos situar este trabajo dentro de los estudios de la semiótica actual, donde el análisis por lo que el discurso expresa y manifiesta (de forma abierta o latente) ha dejado paso a lo que hace a través de la expresión y la manifestación. De acuerdo a esta interpretación del discurso, el proceso de recepción es una actividad interpretativa a todos los efectos, que se diferencia según parámetros sociales, individuales y culturales, y sobre todo, en la posibilidad de resistencia y cambio.

Esta función activa del receptor y la centralidad del proceso de recepción, decodificación e interpretación por parte del destinatario de la comunicación, ha cambiado radicalmente las investigaciones en el campo de la comunicación, gracias a la contribución de autores y obras que han rescatado el enunciatario como actor principal en el intercambio de actos comunicativos⁵. Como señala Foucault⁶, a través de los discursos no solo se traducen, sino que se negocian los roles y los sistemas de poder.

Adoptar este enfoque, en nuestra opinión, conlleva resaltar nuestro objeto de análisis, la comunicación de la cooperación internacional, y justificar nuestra proposición de una metodología que une el análisis textual a la investigación social, superando un enfoque estrictamente estructuralista que nos resulta limitado, especialmente para los nuevos medios de comunicación de masas. Estos superan (o tendrían la potencialidad de hacerlo) las barreras de las estructuras jerárquicas de significación y convirtiéndose así en instrumentos realmente innovadores.

La comunicación de las instituciones públicas sobre sus actividades en el ámbito humanitario, adquiere una doble función (y una doble utilidad también): por una parte, a través del análisis nos enfrentamos a una representación dialéctica de la realidad, de las relaciones entre sujetos, de la lucha por la construcción de la misma realidad y su interpretación, por los valores y las ideologías. Por otra parte, podemos establecer las relaciones existentes entre los textos y los procesos que los han producido, identificando las dinámicas, las líneas guías y los problemas. Atendiendo a estas funciones, podemos evaluar el impacto de la acción discursiva sobre los parámetros interpretativos de la colectividad, sobre la formación de las creencias y la imagen de la cooperación. Y además al mismo tiempo formular hipótesis de reapropiación del discurso sobre el desarrollo por

5. Véase obras como la de Hall, S., "Encoding/decoding in Television Discourse", in Hall, S., Hobson, D., Lowe, A., Willis, P. (1980) *Culture, media, language*, Londres, Hutchinson, o Grandi, R. (1994), *I mass media fra tra testo e contesto*, Lupetti

6. Foucault, M. (1969) *L'archéologie du savoir*, Parigi, Gallimard

parte de los destinatarios y sobre las potencialidades de transformación de la estructura de relación entre los sujetos-países (cooperantes y destinatarios de las ayudas).

En resumen, investigamos la doble modalidad de acción de la cooperación internacional: como discurso (comunicativo en sí) y como práctica política e ideológica.

No nos compete, en este trabajo que pretende quedar en un ámbito semiótico, considerar los sujetos desde un punto de vista de las intenciones y de las características individuales, los consideraremos en sus funciones comunicativas, en el territorio de acción que conforma el sistema político público. Determinados a partir de sus roles (actantes y actores, definidos según la metodología semiótica) en relación a sus acciones, así que no constituyen sólo un punto de partida cuanto también de llegada. Nuestro interés permanece centrado en el análisis de la significación, de la producción del sentido, como proceso que se realiza a partir de los textos, donde emergen e interactúan los sujetos⁷.

Esto no significa cerrarse a las aportes a las teorías del discurso por parte de otras disciplinas, aunque defendemos la pertinencia de una perspectiva textual. A través del estudio de la relación entre acciones discursivas, prácticas culturales y el proceso político público como génesis y producción de significado sobre los temas de cooperación al desarrollo, nos encontramos con las mediaciones y las mediatizaciones (y remediatización, como veremos después) que forman parte del universo simbólico y ético sobre las que reposan tanto las políticas de ayuda internacional como las prácticas discursivas elegidas para representar estas mismas políticas.

3. La comunicación de la cooperación internacional al desarrollo entre lo público y lo político

Antes de continuar, focalizaremos más nuestro objeto, abordando la definición de comunicación pública.

Como afirma Roberto Grandi⁸, todavía los estudiosos están en desacuerdo sobre la definición de comunicación pública, y el significado que hay que atribuir a este término. El autor se inclina por definir como tal: “*el conjunto de los procesos de comunicación caracterizados por los objetos, de interés público, en vez que por los sujetos*”.

7. Véase Lozano, J., Peña-Marín, C., Abril, G. (1982: 248)

8. Grandi, R. (2001), *La comunicazione pubblica. Teorie, casi, profili normativi*, Roma, Carocci Editore

A partir de esta definición, se puede afirmar que los sujetos de la comunicación pública pueden ser tanto las instituciones públicas como las privadas, porque se trata de una contraposición entre dos extremos de un continuum, en el que varias instituciones y organizaciones presentan las características de ambos. Por ejemplo, los partidos políticos, así como muchas asociaciones de la sociedad civil, producen prácticas discursivas sobre temas de interés general, aunque evidentemente lo que distingue su consideración “pública” son las intenciones, y la obligatoriedad o la voluntariedad de ciertos criterios discursivos.

Esta situación de indefinición se confirma con mayor fuerza aún para los temas que afrontamos (cooperación, ayuda, solidaridad), puesto que, como evidenciaremos más adelante, las instituciones públicas han dejado el campo abierto a las intervenciones de otros actores y el espacio público en relación al área ha sido ocupado por organizaciones privadas, como las Ongd y otros movimientos de la sociedad civil. La cooperación, especialmente cuando se habla de ámbito internacional, no deja de ser de interés general, puesto que por un lado, la política internacional es de competencia estrictamente nacional e institucional, y por otro lado, porque incluyen las relaciones internacionales, con contrapartes estatales y a su vez institucionales, aún cuando se trate de cooperación descentralizada, que, en la práctica, relaciona gobiernos locales de un país y otro. Y, finalmente, las intenciones y justificaciones oficiales que se aducen por la cooperación internacional son la solidaridad con los países y los pueblos menos favorecidos, menos “desarrollados”, en nombre de unos ideales de bien público, común, de sentimientos de humanidad, que superan los confines nacionales pero reafirmando y reforzando el papel de los estados-naciones⁹.

Ahondando en los ámbitos de la comunicación pública, Grandi distingue: comunicación de la institución pública, comunicación de solidaridad social y comunicación política. Como hemos comentado antes, el autor define el concepto de público a partir de sus objetos, y a partir de allí su clasificación por sujetos es: comunicación pública de los movimientos sociales y de las instituciones. La subdivisión adoptada, a partir de los sujetos, se suspende para volver a los temas, cuando se define la comunicación política. En el caso de la comunicación política no es válida esta división de temas y sujetos. Grandi puntualiza:

9. David Held en *Un pacto global*, Taurus, 2005, trata el tema de la globalización política y de la perspectiva de gobierno mundial, al interior de la cual los estados-naciones siguen desarrollando un papel fundamental en la política internacional, lejos de desaparecer y de perder importancia, como nos demuestran también la multiplicidad y las reivindicaciones de nacionalismos viejos y nuevos a la que asistimos actualmente

Aquella forma de comunicación que tiene por objeto temas de interés general pero también de carácter explícitamente controvertido y difundidos, principalmente, por instituciones privadas particulares como los partidos políticos, y por otras instituciones, tanto privadas como públicas. Esta definición, que encuentra el acuerdo entre la mayoría de los estudiosos, identifica a los ciudadanos no tanto como ciudadanos=usuarios, sino como electores¹⁰”.

No entraremos en el debate sobre la definición de comunicación pública y en el más amplio sobre los confines público-privado, sin embargo nos parece significativo cómo, cuando se pasa a considerar esta esfera de acción en relación a lo político, resulta difícil aplicar las mismas categorías y distinciones, y que los confines sean precisos en la política.

Y esto nos parece especialmente evidente cuando, como en nuestro caso, estamos tratando temas de interés general (como la cooperación al desarrollo), que por su evolución histórica se encuentra a mitad entre la comunicación de solidaridad y de las relaciones internacionales institucionales, que se desarrollan en un ámbito público como es Internet a través de los sitios Web, instrumentos de comunicación de masas, y además proviene de instituciones públicas (regiones, estados, agencias nacionales e internacionales).

A este propósito, Grandi nos ofrece una solución al subrayar que

los medios de comunicación de masas son una institución que ha elaborado su propia lógica de interpretación de los sucesos del mundo, que se pone en competición, en el proceso de construcción social de la realidad, con las lógicas de otras instituciones, especialmente con las del sistema político, y, en su interior, con la de los partidos¹¹.

Internet se configura como un espacio donde las categorías entre público, privado, político y social se entrecruzan y contaminan entre ellas. No podemos olvidar que, al tratar de comunicación a través de Internet, seguimos en los canales mass mediáticos, en los que los mismos sujetos de la comunicación (las instituciones y los ciudadanos) se encuentran e interactúan. A través de las nuevas tecnologías y los textos producidos, estos sujetos construyen su propio espacio en la red, se relacionan entre ellos y con los objetos culturales, que a su vez cumplen una función performativa en cuanto discursos y procesos.

10. Grandi, 2001, pag. 63, traducción nuestra

11. Grandi, ibidem, traducción nuestra

3.1. La cooperación internacional al desarrollo como discurso

Para describir el contexto de la cooperación internacional al desarrollo, se debe especificar su naturaleza como discurso y construcción simbólica de la realidad, a la que afecta:

El desarrollo ha sido el mecanismo primario a través del cual el Tercer Mundo ha sido imaginado y se ha imaginado a sí mismo, emarginando o excluyendo otros modos de ver y actuar. [...] Es inútil decir que las poblaciones de Asia, África o América Latina no se hayan visto siempre en términos de desarrollo. Esta visión unificatoria remonta a la Segunda Posguerra, cuando los aparatos de la producción del saber y de la intervención internacional (Banco Mundial, Naciones Unidas y las agencias bilaterales de desarrollo) se han globalizado y establecieron una nueva economía política de la verdad.¹²

El panorama de acción de los sujetos involucrados en este ámbito, en los últimos años, ha aumentado considerablemente por cantidad (hablamos de 10 millones de asociaciones involucradas, contando sólo las asociaciones sin ánimo de lucro) y variedad (sujetos públicos, privados, mixtos, internacionales, nacionales y locales). Y, lo que más nos concierne, ha habido un desplazamiento y una delegación de las instituciones públicas hacia las privadas.

En los últimos 25 años, los mecanismos de la ayuda internacional han contribuido a debilitar las soberanías estatales y a deslegitimar los poderes públicos y la misma noción de políticas públicas. Han ocupado progresivamente posiciones y roles dejados vacíos por las instituciones de gobierno. [...] Sustituyéndose a estas se produce una gestión privada del humanitario.¹³

En ámbito antropológico, la mayoría de los estudios y de los teóricos del desarrollo consideran que este desplazamiento se traduce en una:

“nueva tecnopolítica del humanitario, que cambia profundamente las estrategias de quien interviene, produciendo una red de informaciones y de acciones que, en nombre de la intromisión y de la necesidad moral, eluden las burocracias paralizantes y el control, reduciendo las estrategias de autonomía de la sociedad local”.¹⁴

12. Escobar, A. (2005), "Immaginando un'era di postsviluppo", in Malighetti, R., (a cura di), *Oltre lo sviluppo*, Roma, Meltemi, pag. 189

13. Escobar, A., *ibidem*, pag. 189

14. Malighetti, op. cit., pag. 12

Este movimiento de prácticas y discursos actuados por sujetos privados, conlleva un reajuste en el interior de la esfera pública de la cooperación al desarrollo. Por una parte, recuperando la clasificación de Grandi, se pasa de los sujetos públicos a sujetos privados, y por otra parte, este cambio presupone un cambio también en la valorización del objeto, que desde prácticas e ideologías políticas pasa a ser colonizado por el universo de lo privado, de la ética, de los sentimientos. Se produce una moralización que significa que lo político se expresa en un registro moral, del bien contra el mal, del triunfo del humanitarismo, de la solidaridad, de la caridad, frente a unas categorías políticas de otro carácter, como los conceptos de líneas de desarrollo, de bien público, de derecho internacional y bienestar internacional.

Nos interesa entonces averiguar cómo este estado de cosas, indicadas por la mayoría de los teóricos del desarrollo, se refleja sobre la comunicación de las instituciones públicas acerca de la cooperación internacional, analizando los temas tratados, las narraciones utilizadas y los sujetos comunicativos involucrados.

Desde estas perspectivas formularemos hipótesis sobre el imaginario y las estrategias enunciativas difundidos en el espacio público sobre la cooperación internacional, y en general sobre la política y la definición contemporánea de lo público.

4. El concepto de rizoma aplicado a internet y a los hipertextos

La comunicación en Internet y los sitios Web en particular, nos parecen un punto de partida interesante para el estudio de las prácticas comunicativas contemporáneas, no solo porque en el último decenio se han ido multiplicando en el espacio público de la red de redes, Internet (y sus evoluciones Web.2, Web.3 y las que vendrán) y multiplicado el número de usuarios y de géneros textuales (portales, sitios web, home page, blog, wikis...), sino porque sus características formales y narrativas nos parecen especialmente interesantes para los estudios de las comunicaciones de masas. Como muestra Lev Manovich¹⁵:

[El presente libro] trata de situar los nuevos medios en relación con muchas áreas de la cultura, pasadas y presentes: otras tradiciones artísticas y mediáticas, sus lenguajes visuales y estrategias para organizar la información y estructurar la experiencia del espectador; la tecnología informática: las propiedades materiales del ordenador y las

15. Manovich, L. (2005), El lenguaje de los nuevos medios de comunicación, Barcelona, Paidós, pág. 57

maneras en que se emplean en la sociedad moderna; la estructura de su interfaz y las principales aplicaciones de software; la cultura visual contemporánea: la organización interna, la iconografía e iconología y la experiencia del espectador de los diversos escenarios visuales de nuestra cultura, como son la publicidad y la moda, los supermercados y los objetos de las bellas artes, los programas de televisión y los banners o pancartas publicitarias, las oficinas y los club techno; la cultura de la información contemporánea.

Son útiles porque, a partir de la función de representación, expuesta por Manovich, los sitios Web presentan lo que consideramos un valor añadido, una nueva forma de consumo basada en la interacción. Como sigue Manovich:

Internet es especialmente propicio para permitir nuevos tipos de producción en colaboración, distribución democrática y experiencia participativa.¹⁶

Más allá de la ontología propia del sitio web, su ser al mismo tiempo objeto cultural, representación y lenguaje, destacamos otros rasgos de los nuevos medios de comunicación de masas (y validos para el subgénero constituido por los sitios Web y los hipertextos), definidos por su estructura y su soporte informático y tecnológico, relevantes para explicar nuestra perspectiva teórica y metodológica:

-la *modularidad*: al estar constituidos por unidades discretas, propias de sus códigos de programación alfanuméricos, pueden ser compuestos y descompuestos, manteniendo sus identidades por separado. Manovich señala que la misma Red es modular, en el sentido de que es un conjunto de páginas web, de textos que son elementos individuales, que a su vez están compuestos por unidades discretas más pequeñas e igualmente autónomas etc. Esta especificidad permite que los sitios web sean susceptibles de un análisis semiótico¹⁷.

-la *variabilidad* del sitio Web: este puede cambiar y presentarse bajo distintas versiones, potencialmente infinitas, según su uso, sus destinatarios, sus creadores. De nuevo, con Manovich, notamos que los nuevos medios, en este sentido, responden a una lógica postindustrial, en cuanto se adaptan supuestamente a los

16. Manovich, L., *ibidem*, pag. 60

17. Como sugiere G. Cosenza en *Semiotica dei nuovi media*, Roma, Editori Laterza, 2004, desde un punto de vista semiótico se considera como texto cualquier porción de realidad que se pueda descomponer, utilizando criterios objetivos, en unidades discretas, según niveles jerárquicos de análisis, del más concreto y superficial al más abstracto y profundo. Definen además el texto semiótico el ser dotado de significado para alguien y el poder ser delimitado

deseos y a las necesidades de los usuarios, y en tiempo de actuación real, es decir, prácticamente inmediato.

-la *exteriorización* de las operaciones mentales, o sea, la *falsa interactividad*. De nuevo, según Manovich, los medios informáticos que se denominan interactivos¹⁸ lo que realmente hacen es exteriorizar y objetivar operaciones de la mente. En una página web, podemos pinchar sobre una palabra para ir a otra, y lo mismo con las imágenes y las direcciones de lectura y de “navegación”, establecidas a priori. Podemos combinarlas, pero nunca, por ejemplo, entrelazar dos páginas y dos conceptos si estos no lo están previamente. En este sentido, estos medios nos piden que nos identifiquemos con la estructura mental de otra o de otras personas: en primer lugar o a priori con la trayectoria mental del diseñador del sitio web, que responden a la demanda y a las peticiones de los comitentes, y de allí a sus ideas, valores, pensamientos, teorías. Y este es el nivel profundo que nos interesa identificar, a través del análisis semiótico.

Los recorridos de lectura son los que nos indican, como decía Eco, la necesaria colaboración del lector. De la misma forma, las páginas web inscriben en ellas esta máxima de la libertad de navegación, que si bien es cierta, no deja de presentar aspectos que nos limitan a la hora de realizar los recorridos de lectura o navegación.

La modularidad, la variabilidad y la exteriorización mencionadas, así como la construcción de los recorridos o límites de la interactividad, nos permiten acercarnos a los sitios web como un espacio que podría quedar definido a partir del modelo rizomático deleuziano. Dicho modelo aborda un área, no mencionado por Manovich, con el área que concierne a la política y la comunicación pública. Precisamos de una reflexión política que complemente el análisis semiótico para alcanzar nuestro objetivo: llegar al nivel de difusión de las ideologías, para formular unas hipótesis de trabajo sobre el discurso hegemónico entorno a la cooperación internacional.

Y para ello recurriremos a la noción de rizoma, que procede del modelo del discurso de Gilles Deleuze y Félix Guattari en contra de la hegemonía dominante. El rizoma, en la teoría elaborada por los dos filósofos franceses, es un modelo descriptivo y epistemológico en el que la organización de los elementos no sigue líneas de subordinación jerárquica —de acuerdo al modelo del árbol de Porfirio—, sino que cualquier elemento puede afectar o incidir en cualquier otro:

18. También para mirar una escultura o para leer un libro se necesita cierto grado de participación, con movimientos del cuerpo o para colmar las elipses en la narración literaria, y por eso no es correcto hablar de interactividad como específica de los nuevos medios de comunicación

El rizoma conecta cualquier punto con otro punto cualquiera, cada uno de sus rasgos no remite necesariamente a rasgos de la misma naturaleza; el rizoma pone en juego regímenes de signos muy distintos e incluso estados de no-signos.

[...] Contrariamente al grafismo, al dibujo o a la fotografía, contrariamente a los calcos, el rizoma está relacionado con un mapa que debe ser producido, construido, siempre desmontable, conectable, alterable, modificable, con múltiples entradas y salidas, con sus líneas de fuga.

Atenderemos a algunas características descritas por Deleuze y Guattari en el texto citado para nuestra investigación. Por una parte, presenta ciertas similitudes con su estructura (el concepto de mapa), con su funcionamiento (su disponibilidad y capacidad de ser conectado en todas sus dimensiones, desmontable, alterable y susceptible de recibir constantemente modificaciones, posibles gracias a la modularidad y a la variabilidad que hemos mencionado antes) y como agente de conexión entre la lengua, con los agenciamientos colectivos de enunciación y con las organizaciones de poder (medio de conexión social).

Si consideramos la idea según la cual “*un rizoma no responde a ningún modelo estructural o generativo. Es ajeno a toda idea de eje genético, como también de estructura profunda*”¹⁹, esta parece contrastar con el sistema de significación semiótico-estructuralista que constituye la base de nuestras herramientas de análisis. Pero en realidad, como explican los autores más adelante, también en un esquema a-estructural, libertaria y anárquica como es el rizoma:

Siempre existe el riesgo de que reaparezcan en ellas organizaciones que re-estratifican el conjunto, formaciones que devuelven el poder a un signifiante, atribuciones que reconstituyen un sujeto: todo lo que se quiera, desde resurgimientos edípicos hasta concreciones fascistas. Los grupos y los individuos contienen microfascismos que siempre están dispuestos a cristalizar. Siempre habría que re-situar los puntos muertos sobre el mapa, y abrirlos así a posibles líneas de fuga. Y lo mismo habría que hacer con un mapa de grupo: mostrar en que punto del rizoma se forman fenómenos de masificación, de burocracia, de ‘leadership’, de ‘fascistización’, etc., qué líneas subsisten a pesar de todo, aunque sea subterráneamente, y continúan oscuramente haciendo rizoma.

En este sentido, propiamente por sus características “rizomáticas” (apertura, conexiones inusuales, múltiples estratificaciones), no existen modelos exentos de contaminaciones con organizaciones del sentido que reproduzcan conceptos

19. Deleuze, G., Guattari, F., *ibidem*

y palabras dominantes, reproducción del mundo presente, pasado o futuro, o sea, reproducciones que tienen como modelo no el rizoma sino la estructura generativa, el calco, el libro como prototipo cultural que reproduce el lenguaje dominante, grupos e individuos que contienen estructuras de poder jerárquicas y *ilibertarias*, que siempre están dispuestos a cristalizar.

Creemos que en este punto reside la idea más iluminante del rizoma, para nuestro estudio, por un lado es un modelo formal y por otro refleja la síntesis de la lucha entre discursos hegemónicos y contra-hegemónicos. Nuestra propuesta es conciliar uno de los ejes horizontales del rizoma, sus multiplicidades, su extensión como mapa, sus líneas de fuga, con uno vertical, a la búsqueda de los bultos “no rizomáticos” donde se reproduce la ideología inscrita en la significación del texto-sitio web en examen.

Este proyecto es también, con presunción, un tentativo de abrir la semiótica del texto de origen greimasiano estructuralista al mundo, al contexto, a los valores culturales y éticos. “*Empezando de la superficie, llegando al medio (el rizoma) hasta la profundidad y volver de nuevo a la superficie*”, como escriben los autores citados.

Como estructura formal, el rizoma sería el modelo ideal según el cual la comunicación en el espacio público de Internet y a través de los textos que circulan en él deberían desarrollarse para conseguir una forma de comunicación verdaderamente interactiva, de intercambio y de información y, por tanto, más democrática.

De momento, y sobretodo por lo que concierne los sitios web de las instituciones públicas, esta falsa interactividad se refleja en el fenómeno de “remediatización”²⁰, de medios de comunicación que se refieren y apoyan a su vez a otros medios, tanto en la forma (interfaz) como en la práctica de los usuarios (con las diferencias de los avances tecnológicos, la experiencia de consumo y las variables espacio-temporales).

Los discursos, las estructuras y las prácticas sociales y de poder de los medios remediatizados se reproducen, entonces, también en Internet y en sus hipertextos, que no consiguen superar el modelo jerárquico del poder establecido y acaban constituyéndose como la enésima plataforma de reiteración de los hábitos ideológicos y éticos del establishment. Obviamente como en toda generalización, existen excepciones y buenas prácticas, experimentos innovadores, pero en

20. Como observan Bolter y Grusin, todos los nuevos medios no nacen y crecen de la nada, sino en un contexto ya mediatizado, por lo tanto deben apoyarse en ello y en sus reglas de funcionamiento y mecanismos, aún recombiniéndolas y deestructurándolas. Cada nuevo medio se coloca en los precedentes sin anularlo o cancelarlo, pero lo releva con nuevo uso. Este proceso es llamado por los autores citados *remediation* (citados en Cosenza, 2007)

la mayoría de los casos que tratamos, las instituciones públicas y su uso de Internet, este conformismo se mantiene.

Hemos subrayado arriba que la interactividad asociada automáticamente a los nuevos medios de comunicación de masas es ilusoria, porque nos debemos mover siempre dentro de unos esquemas, tanto informáticos como estructurales y semánticos, predefinidos por los diseñadores en primera instancia pero, sobre todo, por los sujetos que comisionan estos tipos de textos, el conjunto de sus remitentes ideales y reales. Pese a que Internet presupone una libertad aparente, tanto de los remitentes como de los usuarios, las posibilidades de cómo utilizar el sitio web, de crear su propia lectura y su propia construcción del significado en realidad, como decimos, están limitadas, sometidas a fronteras diversas.

Sin embargo, estas limitaciones no son inamovibles. El rizoma (y de paso, la comunicación de Internet), nos ayudan a ver como su modelo exalta las potencialidades formales de la lucha, la oposición discursiva, porque “*un rizoma no cesaría de conectar eslabones semióticos, organizaciones de poder, circunstancias relacionadas con las artes, las ciencias, las luchas sociales*”.

Así que para nuestro marco metodológico, el rizoma se convierte en un punto de partida teórico que nos permite enlazar las teorías y las herramientas de la semiótica narrativa con el discurso social que se desarrolla en un espacio público virtual, desde un punto de vista formal y desde un punto de vista epistemológico.

Uno de los fines comunicativos de los sujetos públicos consiste justo en mantener su posición privilegiada, legitimarse y difundir los valores que han expresado en la arena pública y que le posicionan en un marco de relaciones de poder que no tienen interés en discutir o cambiar. Toda institución pública es, en sí, conservadora (principalmente de sí misma).

Esto no significa, como nos enseña el rizoma, que no sean posibles resistencias y cambios, a partir de las potenciales características innovadoras de las potencialidades comunicativas contemporáneas.

Volviendo a la idea del mapa, fundamental en la teoría de Deleuze y Guattari, nos parece precisamente una visualización perfecta para el mundo posible de Internet, sobre todo por la idea de construcción (*el mapa no reproduce un inconsciente sobre sí mismo, lo construye*) y de la multiplicidad de entradas y, consecuentemente, de salidas que hay o puede haber en él.

Al mismo tiempo, y como recordábamos antes, el rizoma no es solo un modelo ideal, formal, como lo hemos definido, sino también epistemológico, que en sí nos ayuda a conocer el funcionamiento tanto del conocimiento como de la construcción del mundo, aspecto que aquí no podemos profundizar.

A nuestro parecer, el modelo utilizado por Deleuze y Guattari es ilustrador a la vez que está dotado de un sentido revolucionario (por lo menos a un nivel teórico), porque propone una estructura del pensamiento y del conocimiento que puede cambiar de forma radical las relaciones sociales, las estructuras del poder, las jerarquías, las hegemonías.

5. Conclusiones

A lo largo de esta exposición, hemos tocado varias líneas temáticas, en un tentativo de establecer un marco metodológico de estudio que pudiese reunir las en un única investigación, como es la que proponemos en el caso del análisis de los sitios Web dedicados a la cooperación internacional al desarrollo.

Nuestro punto de partida está en Foucault, y a partir de allí hemos señalado: la teoría del discurso, su especificidad performativa y reflexiva, la conexión con las prácticas sociales y las ideologías, apropiándonos de los principios según los cuales las palabras (en cualquier idioma o código, lingüístico, visual o sonoro) son importantes para la construcción de la realidad, y, porque creemos que, citando una vez más a Foucault, *“los discursos no sólo traducen los conflictos o los sistemas de dominación, sino que son también aquello por lo que, y por medio de lo cual, se lucha”*. Partiendo de estas potencialidades discursivas, hemos conectado con nuevos medios de comunicación de masas, como son los sitios Web y en general las posibilidades de procesos comunicativos proporcionadas por Internet, considerado como una arena virtual que se ha convertido en un espacio imprescindible para todo debate o sujeto, público o privado, y uno de los sitios donde se discuten y se debaten todos los asuntos abordados en los medios tradicionales, que a su vez tienen su propia representación (o remediatización) en un formato electrónico, utilizando el hipertexto y la interfaz con el usuario.

Hemos descrito cuales son las características principales, para nuestro propósito investigativo, que definen los textos que circulan en Internet, planteando una correspondencia entre nuevos formatos y potencialidades de los discursos contenidos en ellos, y al mismo tiempo subrayado como a las potencialidades de la red y de las formas no corresponde una real innovación de las estructuras narrativas y de las relaciones subyacente a ellas. Nos encontramos entonces con una situación en la cual por una parte tenemos herramientas potencialmente innovadoras y constructoras de una nueva realidad social e ideológica, donde hay espacios y posibilidades de construir una nueva forma de discurso político, como es el caso de la cooperación internacional, y por otra parte, con en el hecho de que, especialmente en el caso de los discursos de las instituciones públicas, se desaprovecha esta posibilidad reiterando modelos y hábitos tradicio-

nales, que reproducen el pensamiento hegemónico de los poseedores del poder, en este caso los que administran el estado por elección democrática de los ciudadanos.

Nos ha parecido interesante considerar el caso de las instituciones públicas para evidenciar las contradicciones a las cuales están expuestos los medios de comunicación y los nuevos formatos de textos. Son ejemplares porque, por un lado, son el agente social más conservador, y por otro lado, se confrontan con lo que, teóricamente, es uno de los instrumentos de cambio y transformación más progresista, Internet. Evidenciamos que, en realidad, también a partir de las formas y de las características tecnológicas, tal y como están planteadas, no se trata de nada innovador en la sustancia, sino en la apariencia y en el imaginario común, pero al mismo tiempo creemos que sí ofrecen unas *líneas de fuga* y unas posibilidades de transformación y cambio.

Estas contradicciones pero al mismo tiempo estas posibilidades de construir un discurso alternativo, han sido iluminadas gracias al concepto de rizoma de Deleuze y Guattari, útil para metaforizar la estructura formal de Internet cuanto para teorizar las potencialidades del modelo de discurso contemporáneo, un discurso cuyo potencial consiste en dejar espacio a las minorías, a la contrahegemonías y a valores alternativos a los postulados de los que detentan el poder. El rizoma nos sirve, por lo tanto, como modelo epistemológico para estimular un debate sobre los nuevos medios de comunicación y el uso que del mismo hacen las instituciones publicas, y para cuestionar ciertas creencias difundidas, y evidenciar las contradicciones de nuestras culturas contemporáneas, que se rodean y se llenan de objetos culturales tecnológicamente avanzados, sin caer en las contradicciones que estos conllevan y muchas veces en las trampas que esconden.

Bibliografía

- Abril, G. (1997)**, *Teoría general de la información*, Madrid, Cátedra.
- Cosenza, G. (2004)**, *Semiotica dei nuovi media*, Roma, Editori Laterza.
- Deleuze, G., Guattari, F. (2003)**, *Mille piani. Capitalismo e schizofrenia*, Roma, Castelvecchi.
- Escobar, A. (2005)**, “Immaginando un’era di postsviluppo”, in Malighetti, R., (a cura di), *Oltre lo sviluppo*, Roma, Meltemi.
- Fairclough, N. (1992)**, *Discourse and Social Change*, Cambridge, Polity Press.
- Foucault, M. (1969)**, *L’arceologie du savoir*, Parigi, Gallimard.
- Grandi, R. (1994)**, *I mass media fra tra testo e contesto*, Roma, Lupetti.
- Grandi, R. (2001)**, *La comunicazione pubblica. Teorie, casi, profili normativi*, Roma, Carocci Editore.
- Hall, S., Hobson, D., Lowe, A., Willis, P.(1980), *Culture, media, language*, Londres, Hutchinson.
- Held, D. (2005)**, *Un pacto global*, Madrid, Taurus.
- Lozano, J., Peña-Marín, C., Abril, G. (1982)**, *Análisis del discurso*, Madrid, Catedra.
- Manovich, L. (2005)**, *El lenguaje de los nuevos medios de comunicación*, Barcellona, Paidós.

La sensocracia tecnológica: lógica técnica corporeizada

Adriana Cely Alvarez¹

Llevamos a cabo varias vidas y experimentamos con tanta fuerza el sentimiento de que ese sí mismo es lo contrario de nuestra identidad que huimos de ésta mediante una droga o sufriendo simplemente los apremios de la vida cotidiana.

Alain Touraine, Crítica de la Modernidad, 1993

El hombre es una creación de deseo, no una creación de necesidad

Gastón Bachelard 1987:16

Un mundo universalizado...todo un problema

El mundo se nos muestra en constante representación de ideas canonizadas como universales; idearios que movilizan a las sociedades a tomar acciones por un futuro similar o próximo a los cánones pregonados y mostrados como absolutos, a partir de estas pautas de acción se promulgan leyes, se declaran guerras, se somete a las poblaciones a cruzadas culturales y políticas que marcan hoy día comportamientos cada vez más homogenizados y menos tolerantes a las diferencias.

Sin embargo los grandes discursos de gobernantes, medios de comunicación y de la educación formal de los países están cargados de ideales de diversidad, tolerancia y globalidad, vemos como circulan muchas imágenes del mundo, de

1. Estudiante de Doctorado de la Universidad Complutense de Madrid, programa doctoral "Planteamientos teóricos, estructurales y éticos de la comunicación de masas". Profesora becada de la Universidad del Zulia, Venezuela. E-mail: adrianacely@yahoo.es

cómo debe ser y hacia dónde ir, cómo debe ser el sujeto y cómo comportarse con el *otro*. Estos macro discursos constituyen a partir de nuestros imaginarios sociales, la forma en que nos vemos y vemos al otro.

El *yo* y el *otro* son elementos fundamentales en la construcción de las identidades y que parten de una visión fragmentada del yo, que pasa no sólo por cuerpo–alma, sino por vernos en permanente división: entre lo que es el *otro* que no somos y el *yo* que quiere ser, o es, es decir, un proceso de complementariedad que da paso a una *alteridad negativa*, a una relación con el *otro* a partir de la *negación de lo que se es*. El *otro* representa entonces lo considerado como negativo, oscuro o malo (Montero, 2000), pero ese *otro* también está en nosotros y nos constituye, lo que termina negándonos.

En ese proceso de constitución intersubjetiva del sujeto moderno sobresalen los macro discursos homogenizados -cargados de ideales de diversidad, tolerancia y globalidad- sobresale la idea de constituir una nueva sociedad cuya base fundamental se centra en el mito tecnológico, en el desarrollo de la tecnología, en la apropiación y uso del recurso técnico que se coloca como elemento constituyente del sujeto, como una doble piel que nos magnifica, que nos hará mejores, esto a partir del valor del conocimiento especializado que dotará de sentido a las acciones del individuo, que lo dotará de libertad y herramientas para afrontar el mundo.

De tal forma que la tecnología se ubica inmersa en una fase fundamental de la construcción del sujeto en su ámbito y en su ser, que magnifica sus sensaciones, que actúa como mediadora entre él y el mundo, extendiendo sus sentidos, su cuerpo, sometiendo al sujeto a una ideología de lo sensible de una *sensocracia tecnológica*, es decir que obedece a una matriz sensorial de la lógica técnica.

Es en el *cuerpo que se encarna el ser-en-el-mundo*, sin el no existiría como espacio concreto en el que se manifiesta este imaginario instituido y en el que se logra la *sensocracia tecnológica*. Es el cuerpo aquel que está expuesto y afectado por el tiempo, a través del cual nos ponemos en contacto con el otro, pero también el cuerpo entendido como objeto modelador de las fuerzas sociales, por lo que existe un cuerpo social y un cuerpo físico, que están en constante relación. El cuerpo entendido no sólo como lugar limitado en el cual llegamos a experimentar el mundo, sino que a través del cual llegamos a ser vistos en él (Merleau-Ponty, 2000), es decir el *yo* está ubicado en el cuerpo y se configura en este espacio.

Hasta ahora lo que he señalado es que hay un sujeto corporal, que actúa en un tiempo y espacio e interactúa con otros. Establece relaciones y situaciones que lo dibujan, a partir de su manera de mirar, de mirarse y de sentirse, proceso por el que transcurre una forma de pensar y de *ser* que se relaciona con el logos

de la modernidad. Para poder comprender está hipótesis que se centra en la idea de un sujeto que se construye en su corporalidad en lo sensorio y en la técnica hay que definir cuatro categorías que consideramos fundamentales : el sujeto en relación (alteridad), el cuerpo unívoco del ser y lo tecnológico como residuo moderno, esto dentro del marco de una crítica a la perspectiva moderna y planteando la necesidad de elaborarnos dentro de una visión que busca lo que no enuncian los discursos naturalizados, lo no visible, la diferencia no manifiesta, es decir el reivindicar *pensar de otro modo, sentir de otro modo, discurrir de otro modo*. Pero no sustituyendo las ideas previas, sino rompiendo las ataduras que nos muestran la realidad como algo único y a partir de los nexos, de la relación como espacio de construcción y entendimiento.

Del sujeto moderno y la configuración intersubjetiva

¿Ahora bien quién es ese sujeto que se construye y cómo se construye?

Desde una perspectiva ontológica se ha entendido el sujeto como moderno en su valor individual, separado del otro, reflexivo y al mismo tiempo objeto de reflexión, objeto-sujeto, entendido en su carácter individual y en sí mismo, que tiene un doble carácter: es sujeto que conoce y es objeto a conocer. Dicha individualidad reside no sólo en la mente que genera ideas propias, sino también en el cuerpo, propiedad de alguien y atribuido a un individuo. Este sujeto es entonces en relación con otros sujetos un ser social, es decir, un *miembro-individuo* de la sociedad y un participante en el proceso colectivo de construcción de esa sociedad. Sujeto que se contradice y que por mucho tiempo se ha pensado desde la crítica de la modernidad en la razón instrumental, cuando en realidad se oculta la emergencia de su subjetividad que puja por ser en relación con otros.

De tal forma que existe un diálogo cartesiano en la manera de ver el sujeto racional y subjetivo –como objetivo frente a punto de vista individual- al mismo tiempo, contradictorio pero es con esta concepción, esta manera de ver al hombre de hoy, dividido entre su racionalidad y su atención a la libertad -a ser individuo- lo que se ha vuelto una trampa permanente que remite a la *inconformidad entre lo que somos y vemos, lo que se espera y exige se sea*. Es decir, que el hombre parece que sólo puede definirse en el vínculo y la tensión entre la *razón y la subjetivación* (Touraine, 1993).

El ser persona se configura en esta contradicción de una ontología de lo individual, de tal forma que *el uno y el otro* son partes de una totalidad del sujeto. La dialéctica entre estos constituyentes conforman la intersubjetividad como también las relaciones sociales, que se entienden como contactos universales e imparciales de todos los seres. ¿Pero realmente las relaciones con el Otro dife-

rente confieren una acción universal?, ¿Ese otro mirado en una relación intersubjetiva que contradice lo que somos y lo que vemos, resulta de un axioma imparcial?

En la práctica el sujeto en su individualidad acepta al *otro* externo cuando se adapta a las exigencias de ese *yo*, cuando se pliega a sus cánones (Montero, 2000) o cuando obedece a imaginarios instituidos, revestidos de universalidad.

Esto en la constitución intersubjetiva ha conducido a una hendidura permanente del sujeto moderno, es decir, las imágenes universales de los cuerpos propuestos, de los sujetos en sociedad confieren un *otro* radicalmente escindido, fracturado en su constitución anatómica y en su ser, ya que ese *otro* que lo conforma representa un *no ser*, algo que no somos, que debemos destruir en el interior de nuestra subjetividad para alcanzar la transformación moderna del sujeto según las pautas instituidas, universales de los discursos exteriores que nos constituyen al mismo tiempo.

Del cuerpo y el sujeto moderno

En esta ontología de la individualidad, del sujeto fracturado, se eleva desde Descartes el pensamiento, la razón y se denigra el cuerpo, esta filosofía es eco del acto anatómico que distingue al hombre entre alma y cuerpo y le otorga al primero el único privilegio del valor (Le Bretón, 1990). Esta separación que se ordena entre el pensamiento (como esencia) y su cuerpo es el indicio del individuo que prima sobre el grupo y que demarca frontera con lo exterior o con el otro afuera, el otro subjetivo, lo diferencia de otros hombres por lo que el cuerpo se convierte en un resto, en algo objetivado, cosificado que sirve para diferenciarse.

Es interesante contar como el cuerpo en un mundo marcado por la trascendencia cristiana era entendido como una unidad que no podía ser desmembrado, porque si no era violado en su integridad, el cuerpo no podía ser corrompido. “Durante toda la Edad Media se prohíben las disecciones, se las considera, incluso impensables. La incisión del utensilio en el cuerpo consistiría en una violación del ser humano, fruto de la creación divina. También sería atentar contra la piel y la carne del mundo” (Le Breton, 1990).

Con los anatomistas, explica Le Breton (1990), especialmente a partir de la obra de Vesalio en 1543 *De Corporis Humani fabrica*, nace una diferenciación implícita dentro de la episteme occidental entre el hombre y su cuerpo, la separación y diferenciación entre el hombre y su cosmos, que era un valor medieval: se rompe la idea del hombre como condensación y unión con el universo. Aun cuando Vesalio no fue el primero en diseccionar cuerpos, si se le atribuye el ini-

cio de convertir al hombre en una parcela del universo, lo que posibilita el pensamiento moderno del cuerpo: espacio limitado, individualizado ya que es desarraigado del universo, del cosmos.

Se inicia la aventura de conocer el cuerpo en su anatomía, el camino de la racionalización del cuerpo, que en muchos casos fue espectáculo social al mostrar en grandes auditorios las disecciones o coleccionando cadáveres humanos como curiosidad, es el inicio de un proceso de objetivación del cuerpo, como se pudo ver el cuerpo desprendido de la persona y su estudio como fin en sí mismo. Esto llevo que ya en los siglos XVI y XVII se reivindica el saber biomédico y se convierte la parcela de dominación de especialistas.

Esta objetivación del cuerpo se consolida con la propuesta mecanicista de Descartes en el que la totalidad del hombre era considerado como una máquina, el elemento más significativo es la propuesta del cuerpo plano carente de simbolización y que la filosofía mecanicista lleva a la reducción máxima del hombre máquina, cuyo sentido reside justamente en ser una máquina de engranajes singulares.

En esta concepción el organismo no sólo está separado del hombre sino que además se ve privado de su originalidad, de la riqueza de sus respuestas posibles, por lo que el cuerpo entonces es un andamiaje bien estructurado, lo que facilita su control y manejo. De tal forma que la Razón persigue el despojo del cuerpo al reducirlo a un autómata.

Esta metáfora de la mecánica del cuerpo es bien analizada por Foucault (1980), quien entiende que la racionalización del cuerpo como máquina es la forma de control de las fuerzas de trabajo que debe proporcionar el sujeto en las instituciones, es decir, que el sometimiento de los cuerpos a unas formas para la eficacia de las acciones emprendidas busca la docilidad de los sujetos. Lo que se llama disciplina no es otra cosa que la formula general de dominación.

Así el cuerpo está directamente inmerso en el campo político, donde las relaciones de poder que operan sobre él, le obligan a efectuar unas ceremonias, y le exigen unos signos. Foucault (1980) cuando habla de los “cuerpos dóciles”, señala que es dócil un cuerpo “que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado”.

La “disciplina” según el planteamiento de Foucault (1980) funciona como el arte de hacer obediente al cuerpo humano, esto se logra en las instituciones militares, médicas, escolares e industriales, y es donde se construye lo que el autor denomina la “microfísica del poder”. El objetivo de estas *disciplinas* es incrementar la utilidad del cuerpo y aumentar su fuerza. Así el carácter técnico-científico o legitimidad en relación con el poder médico y la medicalización actúa sobre el cuerpo y la forma que debe ser.

Sin embargo, lo más importante de todo este proceso es que este *poder* no sólo está en los propios agentes de socialización (familia, escuela, medios de comunicación), sino en todas partes y en ninguna a la vez, de tal forma que la ausencia de una estructura formal o institucional crea la impresión de que las formas de presentarse el cuerpo es voluntaria y natural.

Justamente estas formas de presentar el cuerpo como algo dado, algo que debe ser, obedece en su origen a la forma como el hombre se ha entendido en la modernidad, pero hoy día ¿cómo es nuestro cuerpo, cómo nos constituimos y qué lugar ocupa el cuerpo?, y es cuando debemos aproximarnos al lo que propone el *otro* y que en el procesos intersubjetivo constituye o configura a su vez nuestra persona, una forma de poder acercarnos es por medio de las imágenes, de la mirada y la visualización de nuestros cuerpos en la cotidianidad de las sociedades.

De visiones, miradas e imaginarios corporales.

De nuestros sentidos el de la vista es uno de los que ha cobrado mayor relevancia en la modernidad. Desde la invención del rostro dejando de lado la boca (órgano de la afección, del canto, de la bebida, la comida y el habla, elementos presentes invariablemente en las fiestas populares carnales medievales) se privilegia el rostro: los ojos, sentido de la vista cercana a la valoración del mundo, a la observación y comprobación del mismo.

Fernando Zamora (2007:135) explica que con los cambios culturales producto del Renacimiento, el pensamiento occidental se fue centrando en la visualidad y en el ojo como herramienta central del conocimiento y de la transformación del mundo. “*La razón pasó a ser una razón visualizante; la verdad pasó a ser algo verificable mediante conceptos relacionados con la vista. Ahora se trataba de una visión racional, no de una visión con carácter místico. Además, lo visible racional se desligó de lo táctil y sonoro, en suma del conjunto de lo sensible*”. Era una visión realizada por un ojo más intelectual que corporal.

La configuración de la visión que se convirtió en *observación* y en un observador que pretendía mantenerse alejado del objeto y de su subjetividad, invariablemente a través de la visión terminó convirtiendo el ejercicio de ver en una *experiencia visual*, que corresponde al acto perceptivo y por ende al encuentro constructivo con un objeto. De tal forma que se entiende que la visión es un acto intencional, “pues ver significa necesariamente “ver algo” (Abril, 2007), o dar a ver algo.

Gonzalo Abril (2007) explica que la experiencia visual plantean diferentes condiciones espacio temporales (caminar y ver la arquitectura de un museo y las

obras expuestas), puede remitir a experiencias multisensoriales (introducirse en la realidad virtual), así como también comprende una *visualización socializada*, en este sentido la relación visual entre el sujeto y el mundo aparece mediada por el conjunto de discursos y redes de significantes de intereses, deseos y relaciones sociales del observador.

Esto último es lo que me interesa resaltar ya que hace referencia al carácter social de la visión, y cómo existen formas significantes establecidas socialmente que configuran qué cosas son visualizadas y cuáles no son mostradas, cuáles no están al alcance de nuestra vista, porque bien son censuradas o simplemente son negadas, o por el contrario qué es magnificado a nuestros ojos. En este sentido existe un cuerpo que goza de una experiencia visual enmarcada por procesos de socialización.

Es así que conocer el mundo a través de la vista implica conocerlo de alguna forma, implica que existe una intención, una mirada de imágenes sensibles. La mirada, explica Abril (2007) es entendida como visión modalizada, es decir involucra un querer ver, o un no querer saber/poder a través de la visión y es también un hecho cultural. “Aun con mayor evidencia que en el caso del ver, el ejercicio de mirar se ejerce desde conocimientos, presupuestos, esquemas previos: no sólo involucra condiciones perceptivas y sensomotrices... también condiciones técnicas y estructuras simbólicas determinadas” (2007:43). A esto Fernando Zamora (2007) agrega que la mirada como intención también implica una interpretación y no es posible mirar sin interpretar, y esto la ubica en la esfera de la representación.

Así en cada contexto sociocultural agrega Abril (2007), la mirada recibe determinaciones particulares. Considera que en la sociedad posmoderna se acentúa una profunda *pretextualización* de la mirada ya que se miran objetos que han sido largamente acondicionados por códigos y gramáticas, y que han sido técnicamente elaborados para atraer, dirigir o conservar la mirada sobre sí. Así mismo nuestra mirada sale al encuentro de sus objetos igualmente sobre determinados de esquemas, expectativas y modos de ver, provista de una larga experiencia visual mediatizada.

De la experiencia visual mediatizada la publicidad representa un importante espacio para el ejercicio de la visualidad y de la *mirada domesticada*, o como dice Abril: una *mirada pretextualizada*. De la visualidad, la publicidad participa del espacio público que determina una política de lo visible y lo invisible como política, como espacio de reconocimiento del *otro* que se manifiesta de una manera y que deja huellas de comportamientos, actitudes, de discursos con intencionalidad.

De la relación entre la visualidad y la mirada es importante comprender que se trata de un ejercicio sociocultural y que está en relación, es decir que “la visión humana suele llevar implícita la mirada y por tanto implica la intervención de lo imaginario; asimismo, interesa mostrar cómo ésta es una forma legítima y auténtica de pensar” (Zamora, 2007 :237) En otros términos estamos afirmando que el *ver* humano es casi siempre un mirar, que el mirar es una forma de imaginar y que el imaginar es un modo de pensar.

Ahora bien para este trabajo me interesa centrarme en el aspecto de la visualidad y la mirada como actividades intencionadas que intervienen en la interpretación del mundo, entendido este último como conglomerado de subjetividades, producto cultural, no natural sino intencionado y que se configura en la relación intersubjetiva de un conjunto de concepciones del mundo que refiere a imágenes del mismo.

De tal forma que las imágenes visuales que se manifiestan en las prácticas sociodiscursivas de la publicidad configuran una mirada y una visualidad que de igual forma se han intersubjetivamente elaborado, entendiendo que toda representación resulta mediada de una u otra forma por imágenes. Dentro de estas imágenes dónde queda el cuerpo hoy, ¿qué régimen de imágenes corporales se resaltan? ¿Cuál es el cuerpo expuesto o borrado y sus visualizaciones?, ¿aun tenemos un sujeto escindido en su corporalidad objetivada y la mente? solo asomaremos algunos aspectos resaltantes.

Imagen del cuerpo: una aproximación a la *sensocracia tecnológica*

La imagen del cuerpo es la representación que el sujeto hace del cuerpo, la manera en que se le aparece más o menos conscientemente a través del contexto social y cultural de su historia. En la constitución de la imagen de sí mismo, de ese cuerpo objetivado externo a la persona, el *otro* juega un rol fundamental en la concepción y mirada del mismo, tanto si es visto como si deja de serlo.

El sentido de lo visual cobra una gran importancia, vemos por ejemplo cantidad de imágenes que penetran el cuerpo –fragmentado- por medio de instrumentos sofisticados y muestran tejidos y células que van más allá de la estructura anatómica, remiten a una mirada cognitiva, una mirada que quiere saber y penetrar el interior invisible del cuerpo para depositar allí imágenes precisas, como reflexiona Le Breton (1990) así le otorgan a este sujeto una ubicación en el cosmos y en la ecología de la comunidad humana, este saber aplicado al cuerpo es cultural y busca otorgar sentido al espesor de su carne, saber de qué está hecho, vincular su sufrimiento y enfermedades a causas precisas y según la visión del mundo y la sociedad; le permite, finalmente conocer su posición frente a la naturaleza y al resto de los hombres a través de un sistema de valores.

En este sentido se trata de imágenes del cuerpo racionalizadas, que calman nuestra necesidad de saber a través de representaciones que puede haber en lo invisible. Aquí los recursos tecnológicos juegan un factor fundamental, se trata de la construcción técnica del cuerpo, las representaciones pasan por una estética de la mecánica sofisticada del ordenador, de los bits, es a través de la idea de técnica como expresión suprema del conocimiento exacto y preciso, resultado de una observación objetiva, del ojo que ha sido capaz de ver con precisión nuestro cuerpo. También esto remite a un cuerpo que es construido, o que puede ser reconstruido a nuestro antojo, como objeto separado del ser, podemos rearmarlo construyendo la identidad a nuestro antojo.

La relación de conciencia del sujeto con respecto al cuerpo se ha modificado sustancialmente, el imaginario contemporáneo subordina el cuerpo a la voluntad. Hay una centralidad en el sujeto que maximiza su corporalidad como espacio concreto por medio del cual trata de ganar peso, arraigo, dar sentido a su existencia. Le Breton (1990:157) lo expresa así “Es la pérdida de la carne del mundo la que empuja al sujeto a preocuparse por su cuerpo y darle carne a su existencia”.

Así la imagen que hoy tenemos de nuestro cuerpo obedece por un lado al dualismo moderno de alma-cuerpo, pero cuyo papel es la distinción en el mundo, ya no se trata de un cuerpo únicamente objetivado sino es un cuerpo casi sujeto, con identidad, que ha de ser cuidado porque este es espacio de gozo, pero al mismo tiempo la dualidad se manifiesta en la contradicción de tener un cuerpo reconocido en limitaciones que es despreciado y destituido por la tecnociencia y al mismo tiempo mimado por la sociedad de consumo.

Del cuerpo objeto al cuerpo sujeto, idea que reside en Le Breton (1990) y que desarrolla ante la premisa de un cuerpo que se corresponde al imaginario del clon, que se realiza cuando se le otorga al cuerpo el título de *alter ego*: persona completa al mismo tiempo que es espejo no del *otro* sino de *sí mismo*, de sus posibilidades de construir y manipular su cuerpo para construirlo a la perfección de la información genética.

Este cuerpo sujeto, con identidad y sentidos, corresponde a los discursos que pasan por el cuidado del cuerpo como si se tratara de un socio que hay que conciliar en los valores, para que su productividad y rendimiento sean eficientes. Aun cuando sigue estando presente el paradigma del cuerpo-máquina, cuyas piezas hay que cuidar y puede desmembrarse, ya este modelo no es tan evidente está en un segundo plano, ahora se ha sensibilizado el cuerpo, se humanizado la máquina corporal.

Parece que el sujeto cuanto más individuo, más solo, cuando su éxito depende de su desempeño, el cuerpo se convierte en espacio fundamental para la bata-

lla, así al sensibilizar la materia, al hacerla más habitable, al potenciarlo en las sensaciones y la seducción cuyas experiencias hay que multiplicar, al agregarle un suplemento de alma, favorece la instauración en el individuo de un soporte para la relación con el *otro*. Cambiar el cuerpo para cambiar la vida. Hoy el cuerpo no es signo de caída, por el contrario, se convierte en tabla de salvación de nuestra subjetividad.

En los discursos de imágenes del cuerpo sensibilizado, también reside el del cuerpo potenciado, perfeccionado, cuerpos esculturales, cuerpo en el que hay que mantener el capital de salud para hacer prosperar el capital corporal bajo la forma simbólica de la seducción. Hay que merecer la juventud, el buen estado, el look, la apariencia. Hay además que luchar contra el tiempo que deja huellas en la piel, el cansancio los kilos de más, hay que ocuparse, no dejarse estar. Es así como la estetización de la vida social está basada en una puesta en escena refinada del cuerpo, en una elegancia de los signos físicos, que no hacen sino manifestar una angustia por el paso del tiempo. Se trata de un cuerpo prevenido y domesticado para convertirlo en un compañero agradable en la ruta de la vida.

En un análisis de Bryan Turner (1994:26) sobre los avances recientes en la teoría del cuerpo agrega que el aumento de la importancia de la industria de servicios que ha estado asociada al declive de la clase trabajadora tradicional y a los cambios en el estilo de vida, han propiciado el alto consumo y el ocio, permitiendo la existencia de un sujeto en disfrute del tiempo y de los placeres, un sujeto con espacio para el hedonismo. “La reducción de la semana laboral, el retiro obligatorio y un mayor énfasis en el valor positivo del deporte y el ocio han supuesto que la sabiduría tradicional relativa a la ética del trabajo y el heroísmo de la fatiga se ha ido convirtiendo en algo irrelevante”.

En este sentido Daniel Bell (1982) sostuvo que había una importante relación entre los valores ascéticos en declive, del lugar de trabajo y la creciente importancia de la sensibilidad y el hedonismo originados por el ocio.

También Baudrillard (1974) considera que la lógica social de consumo es una lógica de consumo de signos, donde el cuerpo aparece dentro del abanico de los objetos de consumo, y bajo el signo de la liberación sexual, el cuerpo comienza a ser objeto de numerosas inversiones narcisistas, físicas y eróticas. Lo importante que señala este pensador con lo anterior es que las estructuras actuales de producción y consumo proporcionan al individuo una doble presentación de su cuerpo: como una forma de capital y como fetiche, es decir el cuerpo del sujeto moderno se exhibe como una forma de inversión y signo a la vez. Al igual que para Le Breton, Baudrillard considera que el cuerpo se ha convertido en un signo de prestigio y de referencia.

Al entender la valoración que se le ha dado al cuerpo como espacio de referencia y prestigio vemos que lo más importante de este proceso es que el cuerpo parece haber sustituido al alma como objeto de salvación. La publicidad se encarga continuamente de recordarnos que tenemos un solo cuerpo y que hay que salvarlo y cuidarlo.

Sin embargo he de agregar algo más, vemos que en este cuerpo reside también el imaginario de la tecnología que traspasa su configuración sensible. La tecnología entendida como lógica, que deviene de la acción de la razón sobre el mundo y sobre el sujeto mismo. No se trata tanto de la producción de utensilios o máquinas como de la creación, siempre más refinada, de procesos inventivos y de códigos, en el que el *modo de información* es primario frente al *modo de producción*, cuya sustancia reside en signos que no representan cosas sino instrucciones y procedimientos, es decir es algorítmica. Así en la tecnología viene a coincidir la razón, al pensamiento, al logos, el conocimiento ideal, necesario y universal y la *techne*, que lleva necesariamente a una transformación del sujeto y su cuerpo en circunstancias, prolongaciones y extensiones.

De tal forma podemos ver constantemente imágenes de cuerpos que debe obedecer pautas de acción para lograr la apariencia deseada, demarca entonces una lógica de algoritmos de comportamiento sobre el cuerpo, además de crear ambientes tecnológicos que nos argumentan la eficacia a través de la visión de lo invisible.

Es así como en las imágenes del cuerpo publicitado tal y como señaló Foucault (1975(2003)) en Vigilar y Castigar, se ve como el ejercicio del poder ha ido practicando una tecnología que ha transformando los cuerpos, imprimiendo una multiplicidad de marcas y signos, confiriendo unos significados, una domesticación del instinto, una expulsión del orden simbólico de ciertos aspectos de la sexualidad, la enfermedad y la muerte.

Vemos como en las imágenes publicitarias se enuncia valores corporales que exponen lo íntimo sin aparente censura (situaciones en exposición de higiene o temas relativos a la sexualidad) pero en el que borra lo que emana de lo orgánico, los olores, secreciones, la edad y el paso del tiempo, el cansancio, están simplemente proscriptos. El cuerpo publicitado es limpio, liso, neto, joven, seductor, sano, modelado, deportivo, no es en definitiva en el cada uno carga en la vida cotidiana.

Se trata de cuerpos sumidos en una *sensocracia tecnológica* ya que son cuerpos utópicos, idealizados, tecnologizados en sus sentidos, el cuerpo como simulacro de sí, dominado por la necesidad de ser, de sentir en su puesta en escena como sujeto y cuyos sentidos están condicionados y traspasados por la tecnología, como lógica de acción, invención permanente del sujeto que se piensa y recons-

truye, retroalimenta, autorreproduce para mejorar y corregirse, un cuerpo en autoactividad. Es cuerpo en simulacro no sólo porque es producto de procesos mediáticos, de pantallas y la tecnología los convierta en simulaciones de lo real, sino porque el cuerpo real ha de acudir a esa imagen, a esa simulación corporal para manifestarse.

En un ejercicio de observación de las imágenes publicitarias en el que la presencia de lo corporal es foco central podemos visualizar algunas isotopías:

Se advierte una suerte de relato que define un antes y un después a partir de la exposición de motivos propios de la ciencia y la técnica. Así la lógica de la aplicación garantiza el modelaje o la transformación a un cuerpo perfecto y limpio. Existe una suerte de contradicción entre la existencia de un sujeto en un ambiente natural, en armonía que busca construir una ecología humana frente al sujeto que existe gracias a la ciencia y la tecnología que confiere un discurso presentado con rigor que da legitimidad.

Se emplea un discurso especializado, con presencia de una argumentación empírica –estudios, encuestas, testimonios), así como muestra datos materiales probatorios (cifras y datos porcentuales) además de simular personajes que remiten a voces autorizadas. Se trata de una estructura textual basada en gran parte en la argumentación racional para el convencimiento.

Se insta una visibilidad donde el detalle y lo micro adquiere relevancia, de tal forma que hay un cambio de esferas: lo íntimo se hace público.

El control y la protección del cuerpo es prioritario, se protege de agentes externos (la naturaleza, el entorno, lo exterior) y es a través de la ciencia y la tecnología que esto es posible.

La tecnología, la ciencia y la técnica penetran el cuerpo y lo modelan desde el interior de tal forma que también genera un cambio en la forma de percibir. Es así el cuerpo adquiere poder para disfrutar, para el placer y la exaltación de los sentidos. Es a través de las sensaciones magnificadas y mejoradas por la intervención tecnológica que controlamos y disfrutamos de la vida.

Del cuerpo electrónico al Cyborg

La construcción de este cuerpo dominado por los sentidos y regido por la tecnología está alimentado por un ambiente, que como bien expresa Javier Echeverría (2003), se circunscribe al *tercer entorno*, que sería el espacio electrónico que se opone al primer entorno de la naturaleza (*Physis*) y al segundo de la ciudad (*Polis*).

En este *tercer entorno* se configura un *cuerpo electrónico*. Se trata de un cuerpo que requiere de un conjunto de prótesis, un *tecnocuerpo* sin identidad física y biológi-

ca, sino con un componente mental manifiesto en la presencia de la información que se intercambia, bien a través de imágenes, textos, emoticones: lo que denominamos *tele-percepciones* e *info-percepciones*. Es la idea de un *cuerpo-interfaz* manifiesta en los chats, mensajes de texto, en las redes sociales o comunidades virtuales de Internet y crea todo un entorno cargado de posibilidades de relación que parece no dejar de extenderse. Estos ambientes llevan a imaginarnos en un mundo infinito en las posibilidades de contacto que se virtualiza e incita a pensarse el sujeto dentro de un cuerpo que estorba o bien un cuerpo físico que debe potenciarse para poder participar en los espacios virtualizados.

Como expresa Echeverría (2003:29) “el cuerpo extenso sigue existiendo en los campos y en las ciudades pero superpuesto a él ha empezado a existir una nueva modalidad de cuerpo, el cuerpo electrónico, que no sólo es soportado por el cuerpo físico, sino también por las redes telemáticas y por un conjunto de artefactos tecnológicos”

Nuestro desarrollo en materia de ambientes donde la tecnología juega un papel fundamental para el contacto y para la realización como sujetos configuran también los ambientes reales donde el sujeto se proyecta, en imágenes que soportan cuerpos traspasados por la tecnología y configurados en sus sentidos por los algoritmos, por informaciones y esquemas de comportamiento.

Tal vez porque reside en el fondo del imaginario posmoderno la pretensión de ser un *cyborg*: hombre corregido en sus defectos y carencias y a la vez potenciado en sus facultades, mediante el empleo y la implantación de tecnología en su cuerpo. (Duque, 2003)

A manera de conclusión

La constitución de una corporalidad sensorial dominada por la lógica técnica, es decir por la presencia de una *sensocracia tecnológica*, está fundada en:

Un sujeto que permanece escindido. Es así que las imágenes universales de los cuerpos propuestos, de los sujetos en sociedad confieren un *otro* radicalmente fracturado en su constitución anatómica y en su ser, ya que ese *otro* que lo conforma representa un *no ser*, algo que no somos, que debemos destruir en el interior de nuestra subjetividad para alcanzar la transformación moderna del sujeto según las pautas instituidas, universales de los discursos exteriores que nos constituyen al mismo tiempo.

2. El término fue propuesto por los doctores Clynes, Manfred y Kline Nathan. *Cyborgs and space*. En *The Cyborg Handbook*. Nueva York Y Londres: Routledge, 1995. La idea salió de un proyecto para la Fuerza Aérea de los Estados Unidos que buscaba potenciar los órganos vitales del hombre y alterar sus constantes psicofísicas para robustecer al organismo en condiciones precarias

El sujeto objetivado a través del cuerpo ha cobrado presencia con alter ego, como simulacro de sí mismo, como cuerpo-sujeto con identidad, valores y forma. Nuestro clon causa grandes conflictos al cuestionar permanentemente nuestra identidad.

Este cuerpo-sujeto tiene formas de ser y relacionarse en el mundo y se presenta exaltado en los sentidos por medio de la tecnología como lógica de control.

Referencias

- ABRIL, Gonzalo. (2007).** *Análisis crítico de textos visuales. Mirar lo que nos mira.* Madrid: Editorial Síntesis.
- BACHERLARD, Gastón. (1966).** *El psicoanálisis del fuego.* Madrid: Alianza Editorial.
- BAUDRILLARD, Jean. (1974).** *La Sociedad de Consumo.* Barcelona: Plaza y Janés.
- BELL, Daniel. (1982).** *Las contradicciones culturales del capitalismo .* Madrid: Alianza Editorial.
- DUQUE, Felix. (2003).** De CYBORGS, superhombres y otras exageraciones. En D. Hernández Sanchez, *Arte, Cuerpo, Tecnología* (págs. 167-187). Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca.
- ECHEVERRÍA, Javier. (2003).** Cuerpo electrónico e Identidad. En D. Hernández Sánchez, *Arte, cuerpo, tecnología* (págs. 13-29). Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca.
- FOUCAULT, Michel. (1980).** *Microfísica del poder.* Madrid: La Piqueta.
- FOUCAULT, Michel. (1975 (2003)).** *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión.* Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- LE BRETON, David. (1990).** *Antropología del cuerpo y modernidad.* Buenos Aires: Nueva Visión.
- MERLEAU-PONTY, Maurice. (2000).** *Fenomenología de la percepción.* Barcelona: Península.
- MONTERO, Maritza. (2000).** El sujeto, el otro, la identidad. *Akademos , Vol.2*, 11-30.
- TOURAINÉ, Alain. (1993).** *Crítica de la modernidad.* Madrid: Temas de Hoy.
- TURNER, Bryan. (1994).** Los avances recientes en la teoría del cuerpo. *REIS ,* 11-39.
- ZAMORA, Fernando. (2007).** *Filosofía de la Imagen. Lenguaje, imagen y representación.* México: ENAP (Escuela nacional de Artes Plásticas).

La construcción del futuro en el discurso presidencial de Ricardo Lagos (Chile – 2000): una aproximación metodológica¹

Paulina Gómez Lorenzini

La convocatoria a este primer encuentro internacional de investigadores en información y comunicación contenía en su propuesta un sesgo que por su utilidad, potencialidad y atractivo era imposible rehuir: la presentación (con fines sin duda de confrontación y discusión) de los recorridos y desarrollos metodológicos a que nos habían conducido nuestros propios trabajos.

Quienes nos adscribimos a la perspectiva semiótica, concebida ésta como campo de estudio e instrumento para la investigación en ciencias sociales, entendemos que el ejercicio de nuestra práctica analítica, de lectura especializada y traducción o “recreación argumentativo-narrativa”, como escribe Abril², implica moverse en el dominio de lo inter o transdisciplinar. Por tanto, entrar en diálogo con una serie de propuestas teóricas, conceptuales y metodológicas que emanan de las distintas disciplinas, escuelas y enfoques que se encuentran vinculados a la exploración del lenguaje³ y también a la constitución y organización de la vida social.

El interés académico que suscita la problemática del sentido se inscribe en la preocupación por los procesos y las operaciones que intervienen en la construc-

1. Ricardo Lagos Escobar (PS-PPD) fue presidente de Chile entre los años 2000-2006 en representación de la Concertación de Partidos por la Democracia, coalición de centro-izquierda conformada por los partidos Demócrata Cristiano (PDC), Radical Social Demócrata (PRSD), Socialista (PS) y Partido por la Democracia (PPD)

2. Ver ABRIL, Gonzalo: "Análisis semiótico del discurso", en GUTIÉRREZ, Juan Manuel y DELGADO, Juan (eds) (1994): Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales. Madrid: Síntesis, pp. 427-463

3. Entre éstas cabe mencionar a la lingüística, la psicolingüística, la etnometodología, la antropología lingüística, la etnografía de las comunicaciones, la sociolingüística, la filosofía del lenguaje, la pragmática, la hermenéutica y la retórica

ción, legitimación, negociación y transformación de nuestras concepciones de la realidad. Dicho de otro modo, del orden y las convenciones simbólicas y sociales que la sostienen, orientando nuestra conformación como sujetos y nuestra capacidad de acción individual y colectiva⁴. Se trata de procesos y operaciones que adquieren materialidad (y potencialidad de traducción) a través de prácticas discursivas y de textos de carácter heterogéneo, que circulan y se interrelacionan de modos diversos, modelándose y modelando al mismo tiempo lo social.

En este espacio interdiscursivo, las diversas corrientes asociadas al estudio de la significación, de su funcionamiento y eficacia en el plano de lo sociocultural, se encuentran e interactúan sin llegar a formar, sin embargo, una teoría sistemática única⁵. La multiplicidad de los enfoques se manifiesta incluso en la polisemia que rodea la propia definición de discurso⁶, uno de los conceptos articuladores de esta disciplina. Ello obliga a todo investigador a realizar opciones y a buscar herramientas que le permitan describir y explicar los recursos y procedimientos que organizan un texto y que posibilitan su eficacia dentro de un determinado espacio y tiempo social.

De ahí que las elecciones que cada investigador efectúa respondan tanto a la naturaleza y características que exhiben los discursos que constituyen su propósito, como a los enfoques teóricos y al énfasis que éste asume desde sus particulares inquietudes, intereses y posicionamientos, estos últimos no siempre lo suficientemente distanciados respecto de los hechos y fenómenos que analiza.

En una actitud cooperativa con las intenciones de los organizadores, más que explayarme en esta exposición en describir los resultados de los análisis (en algunos pasajes lo haré brevemente, a modo de reseña; en otros me detendré un poco más, de manera ilustrativa) centraré la atención en las preguntas y en los procesos de búsqueda seguidos —y aún no del todo cerrados— para ‘traducir’ ciertos aspectos de los imaginarios y órdenes simbólicos que proponen los Mensajes a la Nación del ex presidente chileno Ricardo Lagos.

Más específicamente, la comunicación se orienta a dar cuenta y fundamentar los recorridos transitados para organizar una parte del trazado de la investiga-

4. Sobre esta materia, Castoriadis sostiene que "Todo lo que se presenta a nosotros, en un mundo social-histórico, está indisolublemente tejido a lo simbólico. No es que se agote en ello. Los actos reales, individuales o colectivos -el trabajo, el consumo, la guerra, el amor, el parto-, los innumerables productos materiales sin los cuales ninguna sociedad podría vivir un instante, no son (ni siempre ni directamente) símbolos. Pero unos y otros son imposibles fuera de una red simbólica". CASTORIADIS, Cornelius (2003): *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. I. Buenos Aires: Tusquets, p. 201. Ver también BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas (1978): *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu

5. "En rigor, pues, no existe un método semiótico único, sino múltiples modos de realizar los estudios de los hechos que interesan". ZECCHETTO, Victorino (2006): *La danza de los signos. Nociones de semiótica general*. Buenos Aires: La Crujía, p. 21. Ver también ABRIL, op. cit.

6. CHARAUDEAU, Patrick y MAINGUENEAU, Dominique (2005): *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires; Madrid: Amorrortu, pp. 179-184

ción y para delimitar ciertos caminos y métodos con los cuales ofrecer, desde una perspectiva teórica y desde el punto de vista determinado por mi interés, formas de lectura sobre aquello que fue constituido como mi objeto de estudio: las imágenes y los posicionamientos políticos y sociales que dichos discursos plantean al abordar la cuestión de la inserción de Chile en el orden global.

Como veremos, esta propuesta discursiva se inserta dentro del proyecto político del ex presidente Lagos, quien concibe los mensajes no sólo como un lugar para la manifestación de una promesa política en el marco de su mandato, sino como un espacio para prefigurar y direccionar el pasaje de una época a otra y para anticipar una visión de futuro de la 'nación chilena', cuyos horizontes y metas extiende hacia el 2010, año simbólico del bicentenario de la Independencia de Chile.

“Estamos aquí en un nuevo milenio. En menos de una década cumpliremos 200 años como nación libre, como nación soberana. Propongo una gran tarea común para esa fecha: llevar a Chile al máximo de sus posibilidades para tener en el 2010 un país plenamente desarrollado e integrado” (Mensaje a la Nación, 2000: 2).

“Por eso aquí hoy lo digo sin estridencias, pero con firmeza: el nuestro será el Gobierno de las Reformas para llevar a Chile a ser un país desarrollado el 2010” (Mensaje 2000: 3).

La definición del problema

No viene mal partir recordando que todo trabajo de investigación implica desde sus inicios una imposición de límites⁷. Esto es, efectuar recortes para delimitar como objeto de estudio un fenómeno o una realidad en esencia plural, cuya potencia y valor como acontecimiento es casi siempre superior a las perspectivas que encierra cualquier proyecto singular.

Esta delimitación e inscripción que se acomete por necesidad y funcionalidad en toda tarea de análisis -de naturaleza invariablemente constreñidora-, no resulta nunca, sin embargo, completamente inocua respecto de los materiales significantes sobre los que se trabaja. Nuestra práctica investigativa nos hace ser consciente de que la mirada que se ejerce sobre los textos -estudiosa, atenta, reflexiva, pero obligatoriamente circunscrita y agudizada- nos conduce de manera inexorable a construir una conformación la mayor parte de las veces proble-

7. Lacan afirma que "La condición de una lectura es evidentemente imponerse límites". LACAN, Jacques (1981): AÚN (1972-1973). Seminario XX, Barcelona: Paidós, p. 81. Popper sostiene en igual sentido que la labor científica supone "un punto de vista de selección". POPPER, Karl (1961): La miseria del historicismo. Madrid: Taurus, p. 165

mática, que termina por afectar en distintos grados al propio corpus de estudio. Por lo mismo, nuestras palabras sobre ellos no son (no pueden ser) palabras enteramente concluyentes. Mucho menos tener pretensiones de absolutas o definitivas.

Quizá por estas y otras restricciones que se ciernen sobre el trabajo investigativo, delimitar y explicitar tanto el objeto de estudio como la posición que se adopta para su observación y análisis debieran ser, y en nuestro caso lo son, tareas prioritarias, además de funcionales. Afinar unas interrogantes que justifiquen y vuelvan legítima y sugestiva la exploración, bien en virtud de su trascendencia, originalidad, atractivo o contribución, nos parece una forma eficaz de emprender esta labor, aun sabiendo que en el encuentro directo con los pertinaces textos toda definición *a priori* será puesta a prueba.

Como señaláramos previamente, la investigación que estamos llevando a cabo y que sirve de base a esta comunicación, se ocupa de la propuesta de proyecto o de visión de país que los discursos presidenciales de Ricardo Lagos articulan. Para ello se analizan los seis mensajes a la nación (2000-2005) que el ex jefe de Estado chileno pronunció durante su mandato⁸.

Estos discursos exhiben una serie de isotopías y referencias recíprocas tanto a nivel de las estrategias discursivas que se despliegan como de la estructura organizativa y de los contenidos a los cuales hacen referencia. La presencia de estas regularidades y complementariedades nos permiten considerar los textos como una serie, y, en función a ello, realizar dentro de nuestro trabajo una lectura y observación conjunta. No obstante, las citas que exponremos en esta ocasión corresponderán todas al discurso del año 2000, mensaje que inaugura la cadena e introduce los marcos de referencia dentro los cuales se articulan las siguientes alocuciones.

El corpus del trabajo ampliado fue escogido en virtud del reconocimiento con que cuentan estos acontecimientos⁹ y mensajes como escenarios y espacios sociales privilegiados para que el presidente, por una parte, instituya su figura y exponga y sancione su ideario y realizaciones políticas. Esto, con el propósito de fortalecer su capital simbólico a través de la conquista de la adhesión y de la legitimidad pública hacia su persona y hacia las líneas de acción que plantea materializar o que ya ha materializado durante su gobierno¹⁰. Y, por la otra, para que

8. Los Mensajes a la Nación se profieren en Chile el día 21 de mayo, en tanto la fecha de asunción de los presidentes es el 11 de marzo. De ahí que el último discurso corresponda al año 2005

9. No nos podemos olvidar de la dimensión de suceso que alcanza la ceremonia en que estos discursos son proclamados, aspecto sobre el cual no entraremos en esta oportunidad

10. Fernández Pedemonte acota al respecto que "Estos discursos se comportan como telón de fondo que sirve como contraste de otras situaciones de comunicación política posteriores, protagonizadas por (los) mismos presidentes". ELIZALDE, Luciano, FERNÁNDEZ PEDEMONTTE, Damián, RIORDERA, Mario (2006): La construcción del consenso. Gestión de la Comunicación gubernamental. Buenos Aires: La Crujía, p. 262

ejerza performativamente –a través de su habla– el poder formal que ha conquistado y la autoridad de que está plenamente investido en la ocasión, en tanto él mismo constituye en esta oportunidad una encarnación y un símbolo visible de la nación.¹¹

En este sentido –y un poco a modo de acotación-, es útil recordar lo que escribe Bourdieu, en cuanto a que el poder de las palabras está en las condiciones sociales de su utilización. Su poder no es intrínseco, así como no lo es la capacidad de ilocución de las expresiones. Su poder es sólo aquel delegado del portavoz, y sus palabras “–indisociablemente la materia de su discurso y su manera de hablar- sólo pueden ser como máximo un testimonio, y un testimonio entre otros, de la *garantía de delegación* del que es portavoz está investido”¹².

Volviendo sobre los textos, podemos precisar que el objeto de interés en los discursos radica principalmente en las representaciones que el mandatario ofrece de la nación chilena y sobre la manera como este imaginario se proyecta en un relato que organiza y enuncia un posicionamiento específico de Chile – optimista, de grandeza, urgencia y clara integración- dentro de un sistema global que se afirma como realidad floreciente:

“Vivimos un nuevo siglo que parece un nuevo amanecer. Por todas partes emergen nuevas energías, nuevas maneras de trabajar, de comunicarse, de vivir, de hacer negocios. Chile debe ocupar un lugar preeminente en este mundo global que surge ante nuestros ojos” (Mensaje a la nación, 2000: 1).

“Estamos entonces entusiasmados con las posibilidades que abren estas transformaciones, especialmente para un país como el nuestro, distante de los centros de desarrollo mundial, pero dueño de una base de creatividad, inteligencia, confianza, orden económico y equilibrio institucional que puede convertirnos en una nación estrella del nuevo milenio” (Mensaje a la nación, 2000: 3).

La utilidad que se percibe en torno a estos análisis está no en la mera observación de los discursos políticos como entidades aisladas, sino que en su dimensión paradigmática dentro de la coyuntura socio-política y cultural de Chile en

11. GERSTLÉ, Jacques (2005): La comunicación política. Santiago de Chile: LOM, p. 157-166. Ver también DEBRAY, Régis (1995): El estado seductor. Buenos Aires: Manantial

12. BOURDIEU, Pierre (2001): ¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos. Madrid: Akal, p. 67

el cambio de siglo. Más aún, a través del estudio de los mensajes de Lagos se pretende abordar la intersección de tres procesos y problemas más generales con respecto al contexto chileno –y no tan local también– de comienzos del siglo XXI:

Primero, el de la **construcción del Estado-nación** y de las narrativas en competencia para su (re)configuración dentro del contexto de la nueva época (poniendo especial énfasis en el rol que en el discurso se asigna a la comunidad del “nosotros” y a los ciudadanos en la conformación y materialización del proyecto de futuro, y en relación al orden global emergente).

En segundo lugar, el **de los imaginarios** (mapas cognitivos, valóricos, afectivos) que son (re)creados e instalados en los mensajes como modos de razonamiento y formas legítimas(das) de percibir, reflexionar y apropiarse de los **procesos modernizadores** en marcha, y de volver inteligibles los cambios que ellos traen aparejados (aspecto que consideramos de alta relevancia en función de su papel en el complejo y deficitario proceso de individuación que afectaba la trama social chilena, según describían diversos estudios sociológicos)¹³.

Brevemente cabe aquí explicar que en contraposición con el reconocimiento incluso internacional de que gozaba el país en cuanto ser un "modelo de estabilidad política y de solvencia económica" (Human Rights Watch (1998): Los límites de la tolerancia. Libertad de expresión y debate público en Chile. Santiago de Chile, Lom), el informe del PNUD sobre Desarrollo Humano dio cuenta en 1996 de un difuso malestar que comenzaba a aquejar a la población. A juicio de los investigadores del organismo, los cambios experimentados por la sociedad chilena durante los últimos años habían afectado "especialmente la vida cotidiana de la gente y su sociabilidad, con sus tejidos familiares y comunitarios, sus valores e identidades" (PNUD (1998): Informe sobre Desarrollo Humano en Chile. Santiago de Chile: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 15). Los factores que estaban a la base de este malestar y de las percepciones de los chilenos respecto de los cambios y de su lugar al interior de este proceso, fueron indagados por el organismo. En esencia, en el nuevo informe (PNUD, op. cit.) se daba cuenta de la existencia de una población que exhibía grados relativamente importantes de inseguridad tanto respecto de los demás como del futuro. Sus principales temores eran el miedo al otro, visto como potencial agresor, lo que se argumentaba que era señal de grados relativamente significativos de fragilidad en los lazos sociales y en el sentido de comunidad; el miedo a la exclusión económica y social; y el miedo al sinsentido, de cara a un entorno respecto del cual se parecía desconocer las claves de decodificación. Así, y de manera paradójica, la que era considerada la década dorada del crecimiento y del progreso daba signos de malestar. La hipótesis explicativa de los investigadores del PNUD, ampliada luego por diversos académicos e intelectuales -no sin ciertas oposiciones-, era que la trama social chilena requería ser analizada y reforzada desde una dimensión cualitativa. A su juicio, la relación entre modernización y subjetividad se encontraba tensionada por la magnitud y velocidad de los cambios que traían asociados tanto el nuevo desarrollo como las fuerzas globales que penetraban y alteraban los diversos ámbitos de la vida individual y colectiva. Estos eran los efectos de lo que Lechner denominaba una modernización sin modernidad, es decir, de una sociedad que presentaba déficit en su reflexión respecto de las consecuencias sociales y culturales del desarrollo y en el acompañamiento a sus habitantes en el proceso de individuación (LECHNER, Norbert: "Nuestros Miedos", en Perfiles Latinoamericanos 13, diciembre 1998, pp. 179-198)

Y, en tercer término, el del debate de fines/comienzos de siglo sobre la **configuración del sistema global**, marcado desde lo político y social por la necesidad, explicitada desde diversos sectores, de reestructurar sus itinerarios y de dar un nuevo direccionamiento a los procesos que lo perfilaban.

El trabajo de puesta en relación de los mensajes presidenciales con estas tres problemáticas desde una orientación semiótica hizo que emergiera la pregunta por los instrumentos pertinentes para dar cuenta de sus propiedades y modos de funcionamiento. Es decir, sobre las formas de indagar cómo se articulaba e inscribía el sentido propuesto por los discursos de Lagos, y respecto de cómo y desde dónde éstos podían ser leídos y traducidos.

Asimismo planteaba el desafío de interpretar el funcionamiento de ciertos discursos políticos contemporáneos dentro del espacio social chileno (político, económico, social y cultural), prestando atención a cómo todas estas dimensiones interactuaban entre sí a la hora de referirse al eje transversal que constituye el sistema global, en cuanto lugar de enunciación y de posicionamiento posible.

Dada la imposibilidad de abordar en esta comunicación los diferentes horizontes desde los cuales nos hemos acercado a estas temáticas, nos detendremos aquí en la justificación y exposición de sólo dos instrumentos que nos han servido de hilos conductores para avanzar en el trabajo de análisis de los discursos: el de las representaciones sociales y el de la gramática narrativa greimesiana.

La fuerza del ‘empalabramiento’

Nuestras aproximaciones teóricas nos llevan a sostener que el ordenamiento del mundo y la estabilización de su estructura social tienen lugar dentro de una trama simbólica generada a través de nuestro ‘empalabramiento’ y ‘discourseamiento’, y mediante el diálogo que los hechos de sentido entablan con los hechos sociales¹⁴, lo que permite en su eficacia que la realidad aparezca en condiciones de ser experimentada como auto-evidente o naturalizada.

Estas premisas que están en la base de nuestros análisis, contaron con dos herramientas metodológicas complementarias a través de las cuales buscamos acceder a los mecanismos de producción del sentido: el análisis semiótico inter-

14. MANNETTI, Giovanni: "Los modelos comunicativos y la relación texto-lector en la semiótica interpretativa", en GRANDI, Roberto (1995): *Texto y contexto en los medios de comunicación*. Barcelona: Bosch, p. 74. Reconocemos, sin embargo, y como señala Fairclough, que la semiosis forma parte "irreductible de los procesos sociales materiales". O, dicho de modo modos, todos ellos son parcialmente semióticos. FAIRCLOUGH, Norman: "Representaciones del cambio en el discurso neoliberal", en *Cuadernos de Relaciones Laborales* N° 16, 2000, pp. 13-35

pretativo de las representaciones sociales y los programas narrativos definidos por la perspectiva semiótica-estructuralista (greimasianos).

La generación de representaciones en torno a los fenómenos sociales es reconocida como uno de los dispositivos más relevantes en la conformación del pensamiento colectivo. Su eficacia radica en la influencia que ellas ejercen sobre los esquemas clasificatorios y evaluativos de los sujetos, y desde allí sobre sus decisiones y comportamientos a nivel individual y colectivo.

Desde que Moscovici expusiera el concepto en 1961¹⁵, la indagación académica se ha ocupado de los mecanismos que posibilitan su configuración y de cómo las apuestas y propuestas sociales que ellas hacen circular tienen la capacidad de ser a la vez constitutivas y constituyentes de los modelos que gobiernan la vida en sociedad.

La capacidad de construir algo como un algo objetivado y de sentido común¹⁶, es decir, de focalizarlo e instaurarlo en el modo consensuado y prototípico de ver/leer la realidad y como código de intercambio social, implica dotar de identidad, significado y valor a hechos, actores, circunstancias, acciones y procesos que intervienen en su definición¹⁷.

En este sentido, las elecciones en el campo de las nominaciones y de los predicados, de los recorridos argumentativos, del orden y subordinación que se establece entre las cláusulas, y de las figuras retóricas con que se puebla el universo que se expone, constituyen un mecanismo privilegiado para intervenir el mundo social mediante su manipulación simbólica¹⁸.

15. Para Moscovici, las representaciones sociales corresponden a "(...) una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos... La representación es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación". MOSCOVICI, Serge (1979): *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul, pp.17-18. Al respecto ver también en el libro del mismo autor, *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*, Barcelona-Buenos Aires-México: Paidós, 1984, el apartado de Jodelet, "La representación social: fenómenos, conceptos y teoría"

16. Ver al respecto POTTER, Jonathan (1998): *La representación de la realidad*. Barcelona: Paidós

17. Por ejemplo, Maingueneau escribe que "Un discurso adquiere su especificidad en la estructuración de su encadenamiento, de su "textura", como en su léxico". MAINGUENEAU, Dominique (1980): *Introducción a los métodos de análisis del discurso. Problemas y Perspectivas*, Hachette, p.

170. Más específicamente, Casalmiglia afirma que la elección en el uso de la lengua depende tanto de la situación como de los propósitos de quien la realiza y de las características de los destinatarios, sujetos estos siempre a revisión, negociación y cambio. CASALMIGLIA, Helena (1999): *Las cosas del decir. Manual de análisis de discurso*. Barcelona: Ariel

18. Referencias sobre estos aspectos es posible encontrar tanto en Bourdieu y Potter, op. cit., como en VASILACHIS, Irene: "Condiciones de trabajo y representaciones sociales. El discurso político, el discurso judicial y la prensa escrita a la luz del análisis sociológico-lingüístico del discurso", 2007.

Consultado en www.dissoc.org, el 20 de mayo de 2008

Los significados sociales que arrastran las designaciones y el uso (consumo) que los sujetos hacen de las representaciones que son manifestadas en el espacio público en términos de su propia actividad reflexiva –de atribución de sentido de la experiencia y de adquisición de capacidad de agencia–, nos situaron en la perspectiva de las implicancias ideológicas que tienen las formas de designar (semiotizar) las situaciones y hechos del mundo.

Las prevenciones de Bajtin –provenientes del vecino campo de la teoría literaria- en torno a cualquier presumible asepsia o neutralidad de los objetos y de sus designaciones, adquieren en el campo de la política una resonancia aún mayor. Según explica el autor¹⁹, las densidades, tonalidades y estratificaciones que las palabras alcanzan en su encuentro concreto con el mundo, en su puesta en relación o discusión con determinadas configuraciones, llevan a que los vocablos irrumpen en los espacios discursivos cargados de perspectivas sociales que las atraviesan y saturan ideológicamente, al tiempo que cruzan e inundan de valoraciones los objetos a los cuales reenvían²⁰.

Los conflictos y las luchas que rodean la construcción de la vida social pueblan los campos semánticos, perviviendo al interior de los conceptos que la definen, afirman, renuevan o cualifican, y con los cuales (dentro de los cuales a la vez) dialogan y resuenan tanto las afirmaciones que las legitiman como las distintas contestaciones que buscan su desplazamiento. Esta es una de las expresiones del “plurilinguismo y poliformismo” que acompaña la vida del lenguaje, y que forma parte del trasfondo dentro del cual los enunciados son comprendidos e interpretados²¹.

Angenot²² expone, en esta línea, que para alcanzar inteligibilidad la producción discursiva debe necesariamente situarse en referencia a los universos y las lógicas simbólicas imperantes. Incluso si su fin es subvertirlos, pues la novedad se interpreta siempre bajo marcos preconstruidos. Para ser valoradas, agrega por su parte Van Dijk²³, los textos deben apelar a su vez a principios y órdenes morales que fundamentan y legitiman determinados cursos de acción.

19. BAJTIN, Mijail (1989): *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus

20. Fabbri señala, parafraseando a Foucault, que la "única realidad (...) no está en las palabras ni en las cosas, sino en los objetos. Los objetos son el resultado de ese encuentro entre palabras y cosas que hacen que la materia del mundo, gracias a la forma organizativa conceptual en la que es colocada, sea una sustancia que se encuentra en cierta forma" (...) Esta es una hipótesis esencial: pensar que existen objetos, no cosas, y que las cosas, en tanto que formadas, dichas, expresadas, puestas en escena, representadas, son objetos, conjuntos orgánicos de formas y sustancias". FABBRI, Paolo (1999): *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa, p. 40-41

21. BAJTIN, op. cit., 94

22. ANGENOT, Marc: *Angenot (1998): "Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias"*. Universidad Nacional de Córdoba, 1998

23. DIJK, Teun (1999): *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa

Los términos que el hablante selecciona constituyen así signos indisolubles de los universos que actualizan y vivifican con su aparición. Todo decir se convierte de este modo en un “interdecir”: en una ocurrencia que es diálogo y reconocimiento de unos textos respecto de otros²⁴, y también de aquello que es necesario callar para evitar los deslizamientos que amenazan a la palabra pronunciada. En virtud de ello, encontramos en los textos la manifestación de una multiplicidad de voces con las que el discurso establece relaciones disímiles, bien de asociación, bien de distancia, incluso de ironía o de decidida polémica.

Las múltiples experiencias existentes en este campo de análisis, tanto de orden puramente lingüístico como desde perspectivas sociolingüísticas y desde la semiótica interpretativa, llevados a cabo en los ámbitos de los discursos políticos y mediáticos²⁵ constituyen un espacio seguro y profuso desde donde extraer modelos para trabajar sobre las estrategias de categorización y en torno a las nociones de sentido común que se activan para representar y naturalizar determinadas lecturas de la sociedad.

Estos modelos guiaron la elaboración de esquemas operativos con los que dar cuenta de la visión de mundo que era prefigurada en/por los textos, y de las matrices que la articulaban a nivel semántico, sintáctico y también pragmático. Gracias a estos esquemas explicativos fuimos (re)elaborando los horizontes de sentido y de expectativas bajo los cuales los discursos analizados podían llegar a ser un todo coherente e inteligible para los destinatarios.

La utilización de esta metodología en particular fue, desde esta perspectiva, funcional para verificar la significación y la relevancia que alcanzaban en los discursos las entidades y las situaciones sociales enunciadas, y para comprender de qué manera éstas entraban en relación con el juego de imaginarios y de recreaciones que los textos organizaban. A través de este acercamiento nos fue posible reconocer, mucho antes que analizar, la existencia de las estrategias discursivas y recorridos que estructuraban el material significativo.

24. En el plano intertextual, la historicidad y contemporaneidad de los textos sale al encuentro de la producción e interpretación, nutriendo a los discursos de fragmentos y reminiscencias que están acumuladas en la memoria colectiva y sirven como convenciones y trasfondos implícitos o explícitos para la realización de nuevas configuraciones o la reactivación de visiones ya prefiguradas. Verón afirma, en este sentido, que "todo discurso producido constituye un fenómeno de reconocimiento de los discursos que forman parte de sus condiciones de producción". VERÓN, Eliseo (2004): *Fragmentos de un tejido*. Barcelona: Gedisa

25. En esta línea sirven como referencia práctica trabajos como los publicados por Irene Vasilachis, y Cristina Peñamarín, por solo mencionar algunos. Ver al respecto, VASILACHIS, Irene (2003): *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona: Gedisa. PEÑA-MARÍN, Cristina: "El análisis del discurso en una nueva clave. Discursos e imágenes sobre la inmigración en El País". *Revista CIC* N° 3, Departamento de Periodismo III, Universidad Complutense de Madrid, pp. 145-166

En lo concreto, esta mirada nos permitió acceder a la racionalidad que articulaba la interpretación sobre la realidad que Lagos proponía como modo de entender, reconocer e interpretar lo que él identificaba como “el tiempo presente”. También para percibir la forma como el enunciador jerarquizaba ciertos fenómenos, promoviendo la creación o, al menos, la activación de entidades que se constituían textualmente como “amenazas y oportunidades” que atravesaban y determinaban la especificidad de ese momento biográfico, y que permitían su proyección hacia un ‘tiempo futuro’.

A modo de ejemplo

Como forma muy precaria de explicar parte de las posibilidades de que nos dotó este instrumental, presentaremos a continuación –y solo a modo ilustrativo– extractos del análisis inicial que realizamos de los mensajes presidenciales del año 2000.

En él observamos, en primer lugar, la utilización del adjetivo “nuevo” como palabra predominante para cualificar los fenómenos, sucesos y objetos que el discurso instauro (17 veces en las cinco páginas y media que sirven de apartado introductorio del texto, que en total alcanza a 32). Este calificativo es usado principalmente para definir el tiempo biográfico en que a Lagos le ha correspondido asumir el gobierno de la nación y ejercer su mandato. Se trata de una calidad que se actualiza a partir del marco coyuntural que proporciona el cambio de siglo, marco que por familiaridad vuelve objeto de sentido común la tipificación empleada, y refuerza su eficacia operativa.

“Vivimos un nuevo siglo que parece un verdadero amanecer”
(Mensaje 2000: 1)²⁶.

“Nos ha correspondido encabezar el primer gobierno del siglo XXI. Esto nos obliga a mirar con detención el nuevo mundo en que vivimos” (Mensaje 2000: 6).

“Estoy seguro que, juntos, podremos sacar adelante las reformas que debemos emprender para entrar la fuerza indispensable a este nuevo siglo (...)” (Mensaje 2000: 31).

“Cuando hablo de unas políticas en estas áreas para el siglo XXI, tiene que ver con el cambio fundamental que ha tenido la economía y la inserción de Chile en el mundo” (Mensaje 2000: 30).”

26. A no ser mención en contrario, todos los subrayados que aparecen en los mensajes presidenciales son nuestros

Si bien el empleo de este concepto no es original en el campo político²⁷, su uso suele estar asociado a procesos de ruptura entre dos periodos presidenciales, liderados por distintas coaliciones. De este modo, la designación como “nuevo” del periodo que la nación vive bajo el gobierno que asume, conlleva en sí misma la noción de cambio, sentido que es posible actualizar como recurso estratégico para introducir luego una predicación que establezca una diferenciación y un distanciamiento de la actualidad respecto de un pasado que puede ser así descalificado públicamente.

Dado que en este caso tal quiebre no está presente²⁸, y que el pasado inmediato es referido en términos de continuidad y legado, y constituido por sus logros en fuente de legitimidad de la propuesta que Lagos representa²⁹, el inicio de siglo opera aquí como motivo y fundamento de las transformaciones que se a(e)nuncian a continuación (cabe mencionar que una forma de referir el cambio es precisamente a través del uso del adjetivo ‘nuevo’, término cuyo significado contiene inferencialmente este sentido).

“Por eso hoy aquí, en el inicio de este nuevo siglo, quisiera invitarlos a iniciar una nueva época” (Mensaje 2000: 2).

El cambio al cual el discurso hace referencia alcanza concreción textual a través de anteposiciones reiteradas y redundantes de la expresión “nuevo”, que recaen básicamente en la época (“nueva época”), pero que también se extienden a la definición de los estados de ánimo de la sociedad (“nuevo espíritu”, “nuevas energías”) y sobre las acciones que ésta emprende (“nuevas maneras de trabajar”).

“Un nuevo espíritu recorre Chile”(Mensaje 2000: 1).

“Quiero invitar a todos mis compatriotas ser protagonistas de esta época, de esta nueva época (...)” (Mensaje 2000: 1).

“Estamos en el umbral de una época distinta (...)” (Lagos, Mensaje 2000: 7).

27. ELIZALDE et al, op. cit., p. 270

28. La Concertación de Partidos por la Democracia ha gobernado ininterrumpidamente desde el año 1990, fecha en que el país inició su proceso de transición democrática tras 17 años de gobierno militar. Una vez finalizado el mandato de Lagos, la coalición conquistó nuevamente el poder a través de Michelle Bachelet (2006-2010)

29. "Los gobiernos de la Concertación hemos encabezado una de las décadas de mayores transformaciones en la historia de Chile" (Mensaje 2000: 2). "El cambio social, la ampliación democrática, la reforma económica, la superación de la discriminación, han sido los fines permanentes de las corrientes políticas que respaldan mi gobierno" (Mensaje 2000: 2)

La presentación de la “nueva época” como una ruptura de la normalidad que encuentra explicación en factores externos a la propia voluntad del gobierno y también superiores a ella, posibilita efectuar una tematización del cambio en términos de realidad fáctica, ineludible para el país y para la administración que debe conducirlo durante los próximos años. Esta visión se ve refrendada en los mensajes a través de la enunciación del proceso como contexto planetario, hecho que por normalización es útil para restar fuerza a sentimientos negativos como la incertidumbre y el desasosiego, que suelen caracterizar este tipo de escenario³⁰.

“Sin embargo, este cambio que ha tenido lugar en Chile no es sólo en Chile. Las tecnologías de la información y el conocimiento están produciendo una verdadera revolución planetaria (...). (Mensaje 2000: 4).

“Esta nueva época requiere una inserción una inserción integral de nuestro país en un planeta cada vez más pequeño e interconectado” (Mensaje 2000: 27).

La identificación y singularización de la época se realiza a través del calificativo “global”: “época global”, “mundo global”, “realidad global”, sintagmas que enfatizan el carácter externo del fenómeno que le da origen. Esta identificación presenta provecho en sí misma, en cuanto provee de un vocablo con el cual los ciudadanos pueden referirse y reflexionar colectivamente sobre el tiempo presente, y en torno a sus propiedades, atributos, alcances y oportunidades, material interpretativo que los mensajes también suministran.

“Es que esta nueva época es sólo equivalente en la historia de la humanidad a los 100 ó 200 años posteriores a cuando Gutenberg descubre la imprenta y permite el avance de los libros para todos y de los periódicos doscientos años después” (Mensaje 2000: 7).

Pero además, esta representación es productiva dentro del texto para sustentar la dirección que toma la mirada y la acción que Lagos propone. Si la época es “global” resulta entonces ineludible la apertura hacia el (lo) exterior y una comprensión de Chile desde el lugar y la posición que el país ocupa (debe o puede ocupar) en relación con este espacio. Es decir, la denominación que se emplea para referirse a la época construye y determina los referentes (tenden-

30. Ver al respecto la nota N° 13

cias, actores, objetos) ante los cuales el país debe situarse y, desde ahí, las competencias que exhibe o debe desarrollar para emprender un actuación que sea eficaz.

“Chile debe ocupar un lugar preeminente en este mundo global que surge ante nuestros ojos” (Mensaje 2000: 1).

“Por eso he propuesto la cultura en el centro de las tareas de mi gobierno, porque creo que tan importante como el avance material en un mundo que se globaliza es entender que la cultura es la que nos afina a las tradiciones permanentes de Chile. (Mensaje 2000: 16).

“Chile no tendrá éxito ni en el mundo global ni en la sociedad del conocimiento si no desarrolla su identidad, su creatividad y su sentido de equipo a través de la cultura y el deporte” (Mensaje 2000: 25).

“Todos somos capaces de incorporarnos a esta realidad global ampliando nuestras políticas hacia América, hacia el Asia Pacífico y Europa avanzando en acuerdos de libre comercio y en ciertos ideales comunes” (Mensaje 2000: 29).

“Los chilenos somos el 0.3 por ciento de la población mundial. Somos un pequeño país, pero este pequeño país está profundamente implicado con lo que ocurre en la aldea global” (Mensaje 2000, 27).

Esto funcionamiento argumentativo de la designación opera en la medida en que la noción instalada como objeto en las páginas iniciales del discurso, adquiere una identidad que el propio discurso objetiviza y legitima, lo que le permite operar luego como sujeto y presupuesto (es decir, al margen de cualquier discusión) de una serie de proposiciones subsiguientes. Desde ahí, esta comienza a funcionar como marco y lógica que sostiene y delimita las enunciaciones subsiguientes posibles.

De acuerdo con lo reseñado hasta ahora podemos observar como la instalación del concepto “nuevo” y de las posteriores frases nominales “nueva época” y “época global” introducen un marco referencial para la definición del espacio-tiempo de comienzos de siglo, definición que posibilita la incorporación y tematización de la noción de cambio, a partir la cual se abren más adelante nuevas nominaciones y proposiciones pertinentes, así como determinados recorridos argumentativos (aspectos estos últimos aquí apenas esbozados).

Aun cuando no es mi idea extenderme excesivamente en este apartado, por lo que dejaré hasta aquí la ilustración del tipo de análisis que estos instrumentos permiten, quisiera destinar algunas líneas para exponer otras reflexiones y relaciones que se volvieron pertinentes a partir de la lectura emprendida de los textos, y que reforzaron la propiedad de hilo conductor que habíamos asignado inicialmente a estos enfoques metodológicos.

Sólo a modo de ejemplo –como lo hemos hecho hasta ahora– podemos señalar que el estudio de la caracterización del presente como “una nueva época”, nos hizo observar el **uso argumentativo** que adquirirían estas nociones dentro del discurso, puesto que esta denominación, aparentemente tan simple, llevaba inscrito en su sentido la dimensión temporal tanto en lo que respecta al pasado como al presente.

Una categorización tan común como la idea de una ‘nueva época’ permitía, en este caso, que los mensajes no sólo valoraran y enjuiciaran el (los) pasado(s) que los discursos instituían a través de lo que se enunciaba sobre ellos. El uso de esta definición hacía factible también proyectar hacia el futuro el resto de los argumentos expuestos, sin necesidad de tener que recurrir a otro tipo de justificaciones o razones para validar este ejercicio de temporalidad.

En este sentido, la “nueva época” conducía a un nuevo horizonte de expectativas, cuya realización tenía lugar en un futuro que el propio discurso instituía en términos de metas y plazos, y cuya materialización se construía como posibilidad a partir de acciones específicas que el discurso enuncia como tareas imperiosas que el país debe emprender dentro del marco del tiempo presente. Es decir, durante el mandato de Ricardo Lagos.

Este juego estratégico de tiempos y espacios, actores, temáticas y acciones que los mensajes articulan nos ha llevado también a explorar el concepto de **cro-notopo** propuesto por Bajtin³¹, como instrumento válido para dar cuenta del carácter épico y refundacional del cual el ex presidente dota discursivamente a su propuesta política. Este carácter nos ha llevado, asimismo, a comenzar a explorar la idea de **mito**, concepto a través del cual sería posible abordar el proceso de estabilización al que apunta la propuesta³².

Como es posible apreciar, en este caso las metodologías escogidas como punto de inicio han servido para la realización de una lectura que ha resultado productiva, pero en caso alguno como recursos únicos para abordar los diversos niveles de complejidad que alcanza esta construcción.

31. Bajtin, op. cit.

32. La introducción de esta sugerencia, así como de muchas otras que condujeron sin duda a una mejor orientación y mayor claridad en la exposición de las ideas centrales de este trabajo, se las debo -una vez más- a Vanesa Saiz

La conexión greimasiana

La comprensión del fenómeno comunicativo desde una aproximación más social que filológica nos hace imposible obviar que los discursos son reveladores de la cultura y de la sociedad en la que éstos se inscriben, elementos **que condicionan** tanto el significado como las gramáticas de producción e interpretación de los textos.

Por lo mismo, traducir las discusiones de fines de siglo en torno al sistema global y respecto de los procesos modernizadores emprendidos por Chile durante los últimos 25 años, formaba parte del proceso de análisis de los propios discursos. Como hemos dicho, en referencia a ellos era que la perspectiva de Lagos alcanzaba determinadas reverberaciones. Es decir, en la relación de diálogo, validación, polémica o invisibilización que los mensajes indefectiblemente instauraban respecto de las principales corrientes de pensamiento –hegemónicas y contra-hegemónicas- que circulaban en la época.

La propuesta greimasiana que, como lo indicáramos en nuestra investigación *Mujeres inmigrantes en España*³³, da cuenta de la relevancia de la narratividad en la construcción del sentido, nos resultó productiva para organizar un material de no poca amplitud. Aquél conformado por los mensajes presidenciales y los discursos que, preferentemente, desde los dominios de la ciencia política, la economía y la sociología debatían las lógicas del sistema global y postulaban descripciones y análisis sobre sus consecuencias y respecto de la conveniencia de imprimirle determinadas trayectorias a partir de las formas específicas de inserción de los Estados en sus dinámicas.

El contraste entre los debates propiamente políticos, como los de Lagos, y otras propuestas más generales, popularizadas en otros ámbitos de discurso, nos permitió comprender hasta qué punto se estaba jugando en el espacio socio-cultural y político chileno un proceso de cambio, en el que la construcción simbólica no sólo de Chile como entidad global nacional, sino de las redes conformadas entre esta idea de nación y los espacios de ciudadanía, tendrían un papel central en la articulación y configuración del espacio público del país.

El recurso a esta gramática resultó funcional para distinguir, desde la organización narrativa de superficie (ordenamiento sintáctico), los principales tipos de relatos (recorridos, lógicas estructuradoras) que se conformaban y confrontaban según los diferentes posicionamientos enunciativos que asumían los autores.

33. BERNARDEZ, Asunción et al. (2007): *Mujeres inmigrantes en España*. Representaciones en la información y percepción social. Madrid: Fragua

Este reconocimiento se llevó a cabo a no sólo partir de la identificación de los elementos centrales que poblaban cada tipo, sino que prioritariamente desde las posiciones que se le asignaban a cada uno los actores. Siguiendo el modelo actancial greimasiano³⁴, trabajamos sobre la base de las seis figuras que define el esquema: Sujeto – Objeto – Destinador – Destinatario – Coadyuvante – Oponente.

Dado que el ‘cambio’ suele cumplir un rol central en las propuestas políticas (y lo es también tanto en los mensajes presidenciales como en las discusiones sobre el sistema global), esta representación nos ha permitido ocuparnos más detalladamente de las transformaciones. Con él hemos avanzado en la observación y descripción de la sucesión de estados y de acciones que los discursos enuncian, y en la indagación, con mayor capacidad analítica, de las motivaciones (justificaciones) que se esgrimen para volver una actuación necesaria, (im)posible o contingente (la aprobación de un tratado de libre comercio, la incorporación del país en la llamada revolución tecnológica o el sentido de una votación en el Consejo de Seguridad de la ONU, como aconteció previo a la invasión de Irak).

También nos ha sido un instrumento productivo para auscultar el modo en que se llega a dotar textualmente de un determinado valor simbólico a un objeto específico (la modernización del país, por ejemplo), o a sancionar los resultados de las performance de las que dan cuenta los sucesivos mensajes que Lagos pronuncia durante sus seis años de mandato.

Por último, el modelo también nos fue de utilidad para profundizar en las visiones que se difundían sobre la sociedad chilena y sobre los ciudadanos. Es decir, para apreciar cómo los sujetos o actores discursivos eran cualificados en los distintos momentos y a partir de su específica relación con uno o más objetos de valor. En esta línea, se mostró especialmente relevante la relación entre ciudadanía, proyecto país y sistema global.

Utilizando parte de la información entregada durante el apartado interior, procederemos a efectuar un micro análisis, que ilustre al menos someramente algunos de los elementos a lo que nos hemos estado refiriendo en estas líneas.

Por ejemplo, en el caso de la “nueva época”, observamos que una vez que se la dotado discursivamente de un nombre y de ciertas cualidades, es decir, de identidad, se le atribuye en el relato el rol de destinador. Desde esta ubicación, la “nueva época” (y por contigüidad o metonimia la “nueva economía”, por ejemplo) pasa a desempeñar una función eminentemente prescriptiva (del

34. GRUPO ENTREVERNES (1982): Análisis semiótico de los textos. Madrid: Ediciones Cristiandad

orden del deber) respecto de las tareas que el país (la comunidad nacional, entendida como sujeto-agente, realizador de acciones) debe asumir con urgencia y como exigencia. Asimismo, “la nueva época” actúa como destinador del gobierno como institución, quien en respuesta a sus interpelaciones (obligado por ellas) aparece (en su rol de sujeto agente también) proponiendo a continuación determinados itinerarios.

Es interesante observar que dentro de la estructura del relato y a partir de la cualificación que se hace de los elementos que participan en él, la “nueva época” aparece revestida del poder y la capacidad de influir/determinar las actuaciones de ambos sujetos. También del poder de impedir no actuar: es destinador tanto de un “deber hacer” como de un “no deber -no-hacer” (imposibilidad de no hacer).

De cara a esta enunciación, los cambios –traducidos luego en acciones concretas- adquieren en los discursos el carácter de obligación. De lo contrario, el país se verá irremediamente afectado en sus esfuerzos modernizadores, es decir, en su proyecto de futuro. Cabe recordar aquí que alcanzar el pleno desarrollo constituye el centro de la promesa política de Lagos. En clave del modelo, corresponde al objeto de valor detrás del cual y en virtud del cual el ex presidente articula en los mensajes la comunidad del “nosotros”.

“La nueva época exige la integración de Chile en la revolución de Internet” (Mensaje 2000, 3).

“Esta nueva época exige incorporar a los grupos más débiles y desprotegidos” (Mensaje 2000, 3).

“Esta nueva época requiere una inserción integral de nuestro país en un planeta cada vez más pequeño e interconectado” (Mensaje 2000: 27).

“La nueva economía exige capital de riesgo”. (Mensaje 2000, 6).

“Si ahora Chile no emprende, ahora y no mañana, una nueva ola de reformas que lo pongan a la altura de los cambios que mueven al mundo actual, corre el riesgo, como sociedad, de quedarse atrás” (Mensaje 2000: 4).

“Si hoy nos dejamos llevar por el miedo a la incertidumbre, nuestras capacidades competitivas se verán irremediamente debilitadas, y el resultado será más pobreza, mayores desigualdades y una peor convivencia. Hay que derrotar ese conservadurismo que tantas veces anida entre nosotros, haciéndonos resistir o desconfiar de lo nuevo” (Mensaje 2000: 5).

“Si queremos equiparar nuestro desarrollo económico con

nuestro desarrollo humano, debemos enfrentar con madurez las reformas a la Constitución. A comienzos del tercer milenio, ya no se trata de una cuestión de poder, sino de sentido común y modernidad. Necesitamos un orden constitucional que nos interprete plenamente a todos” (Mensaje 2000, 16).

Al cierre

Al finalizar esta comunicación, más que dejar asentada alguna conclusión respecto del trabajo investigativo emprendido, quisiera sólo resaltar la necesidad de contar con espacios académicos dentro de los cuales pueda producirse una exposición y un debate efectivo y más permanente en torno a las aproximaciones conceptuales y metodológicas con las cuales estamos abordando nuestros objetos de estudio.

No entraré aquí a explicar los motivos –por sobra conocidos- que nos hacen reclamar por estos espacios. Al revés, sólo destinaré estas líneas a destacar a los organizadores del encuentro por el sesgo con el cual dotaron esta reunión, que nos ha permitido compartir algunas certezas a cambio de preguntas y posibilidades altamente fructíferas.

Bibliografía

- ABRIL, Gonzalo:** “Análisis semiótico del discurso”, en GUTIÉRREZ, Juan Manuel y DELGADO, Juan (eds) (1994): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.
- ANGENOT, Marc:** *Angenot: Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Universidad Nacional de Córdoba, 1998.
- BAJTIN, Mijaíl (1989):** *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas (1978):** *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- BERNARDEZ, Asunción et al. (2007):** *Mujeres inmigrantes en España. Representaciones en la información y percepción social*. Madrid: Fragua.
- BOURDIEU, Pierre (2001):** *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.
- CASALMIGLIA, Helena (1999):** *Las cosas del decir. Manual de análisis de discurso*. Barcelona: Ariel.
- CASTORIADIS, Cornelius (2003):** *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. 1. Buenos Aires: Tusquets.
- CHARAUDEAU, Patrick y MAINGUENEAU, Dominique (2005):** *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires; Madrid: Amorrortu.
- DEBRAY, Régis (1995):** *El estado seductor*. Buenos Aires: Manantial.
- ELIZALDE, Luciano, FERNANDEZ PEDEMONTTE, Damián, RIORDERA, Mario (2006):** *La construcción del consenso. Gestión de la Comunicación gubernamental*. Buenos Aires: La Crujía.

- FABBRI, Paolo (1999): *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa.
- FAIRCLOUGH, Norman: “Representaciones del cambio en el discurso neoliberal”, en *Cuadernos de Relaciones Laborales* N° 16, 2000.
- GERSTLÉ, Jacques (2005): *La comunicación política*. Santiago de Chile: LOM.
- Grupo Entrevernes (1982): *Análisis semiótico de los textos*. Ediciones Cristiandad, Madrid.
- Human Rights Watch (1998): *Los límites de la tolerancia. Libertad de expresión y debate público en Chile*. Santiago de Chile: LOM.
- LACAN, Jacques (1981): *Aún* (1972-1973). Seminario XX, Barcelona: Paidós
- LAGOS ESCOBAR, Ricardo: Mensaje a la Nación, 2000. Consultado el 15 de mayo de 2006, en <http://www.camara.cl/historia/archivo/discurs/21m2000.pdf>
- LECHNER, Norbert: “Nuestros Miedos”, en *Perfiles Latinoamericanos* 13, diciembre 1998.
- MANNETTI, Giovanni: “Los modelos comunicativos y la relación texto-lector en la semiótica interpretativa”, en GRANDI, Roberto (1995): *Texto y contexto en los medios de comunicación*. Barcelona: Bosch.
- MAINGUENEAU, Dominique (1980): *Introducción a los métodos de análisis del discurso. Problemas y Perspectivas*. Paris: Hachette.
- MOSCOVICI, Serge (1979): *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul.
- PEÑA-MARÍN, Cristina: “El análisis del discurso en una nueva clave. Discursos e imágenes sobre la inmigración en El País”. Revista CIC N° 3, Departamento de Periodismo III, Universidad Complutense de Madrid.
- PNUD (1998): *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile*. Santiago de Chile: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- POPPER, Karl (1961): *La miseria del historicismo*. Madrid: Taurus.
- POTTER, Jonathan (1998): *La representación de la realidad*. Barcelona: Paidós.
- VAN DIJK, Teun (1999): *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- VASILACHIS, Irene (2003): *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Barcelona: Gedisa.
- VASILACHIS, Irene: “Condiciones de trabajo y representaciones sociales. El discurso político, el discurso judicial y la prensa escrita a la luz del análisis sociológico-lingüístico del discurso”, 2007. Consultado el 20 de mayo de 2008, en www.dissoc.org.
- VERÓN, Eliseo (2004): *Fragments de un tejido*. Barcelona: Gedisa.
- ZECCHETTO, Victorino (2006): *La danza de los signos. Nociones de semiótica general*. Buenos Aires: La Crujía.

Textos complejos en contextos turbulentos

Los géneros musicales postmodernos en la era del copyright

Héctor Fouce

1.- Introducción: Barthes mató a la industria del disco

No hay que ser un especialista en música para saber que la industria musical lleva una larga temporada en crisis. Tampoco para saber que los derechos de autor y la propiedad intelectual son un terreno de conflicto en la cultura contemporánea. Y la mayoría de los lectores intuirán que buena parte de estos problemas tienen que ver con la eclosión de las tecnologías de la información y con la emergencia de Internet. Es posible, sin embargo, que no todo el mundo sepa que la culpa de todas estas transformaciones la tiene Roland Barthes.

Después de los trabajos del semiólogo francés, hablar del rol creativo de los receptores, de la crisis del concepto de autor o de la importancia de la intertextualidad como operación cultural puede parecer banal en el contexto de una reunión de investigadores en comunicación. También, a nivel práctico, son ideas aceptadas entre los creadores de músicas populares basadas en las dinámicas de cortar y pegar, como la electrónica o el hiphop. Sin embargo, llama la atención el abismo que se abre entre las teorizaciones y las prácticas creativas, en un lado, y los discursos que funcionan en lo social sobre el papel de los creadores y la defensa de sus intereses de mano de los agentes de la industria musical (disco-gráficas y entidades de gestión de derechos de autor).

Las operaciones fundamentales en los géneros musicales referidos son el sampler y el loop. En ambos casos, implican la manipulación de material musical preexistente para recombinarlo o transformarlo, creando una pieza nueva. Cuando un DJ pincha en una sesión de baile no se limita a poner un disco tras otro, sino que combina dos o hasta tres discos, que pueden sonar simultanea o

alternativamente. La sesión es así más que la suma de los discos utilizados. El DJ es un nuevo tipo de autor, postmoderno si se quiere, que cuestiona implícitamente la idea de creatividad y originalidad que se presuponen al autor clásico.

En claro contraste, los discursos (y las prácticas que de ellos emanan) de los grandes agentes de la industria musical defienden una idea de autor fuerte. En esta era del “cut’n’paste”, nacida de la mano de tecnologías baratas y accesibles, la idea de unos derechos de autor inalienables como base de la cultura parece chocar contra la propia dinámica de la creación. La legislación sobre propiedad intelectual en España contempla la cita o la parodia (operaciones expresamente intertextuales) como excepciones a los derechos del autor, cuando en el fondo son los elementos básicos de la creación contemporánea.

Hay, por tanto, dos discursos en claro conflicto. Discursos con implicaciones económicas y políticas. Se defiende el derecho de autor como base de la cultura pero se evita incidir en que tras este discurso hay poderosos intereses económicos. Frente a esto, la idea de una cultura común, de un imaginario compartido poblado de elementos de los que cualquiera puede disponer para expresarse libremente se ve amenazada por lo que Lessig (2005) ha llamado los “guerreros del copyright”.

Este artículo pretende explorar esos discursos en conflicto y, especialmente, sus implicaciones políticas en el mundo de la cultura, convertida, como ha señalado Castells (1998), en el espacio en el que se libran hoy por hoy las grandes batallas por el poder.

2.- Autores en crisis, autorías postmodernas

Si hay un concepto que la cultura contemporánea haya puesto en entredicho, ese es el del autor. Las reflexiones postestructuralistas, amplificadas después con la eclosión de la crítica postmoderna, han situado la idea de autoría bajo una intensa revisión. Como explicó Barthes en su célebre artículo *La muerte del autor*, las técnicas vanguardistas como el collage, la escritura automática y la escritura colectiva ponen el jaque la idea de autor. Además, las modernas teorías de la comunicación dan a los receptores, a las audiencias y a los lectores un papel central a la hora de definir el sentido de los materiales de la cultura. En palabras del semiólogo francés, “un texto consiste en múltiples escrituras, se relaciona con varias culturas y dialoga con ellas, por medio de la parodia o la confrontación. Hay un lugar donde esa multiplicidad es recogida y ordenada, pero no es el autor, sino el lector”. (Barthes, 1987)

Cuando Barthes escribió su artículo, aún no había eclosionado la etiqueta de la postmodernidad que marca los últimos 30 años de nuestra cultura. Y, si en

algo ha incidido esta escuela de pensamiento es en la naturaleza fragmentaria e intertextual de la experiencia social y cultural contemporánea: sirvan la estética del videoclip o la arquitectura de Las Vegas como ejemplos inmejorables.

También géneros musicales como el hiphop o la música dance son representativos de esta estética. Estos son estilos populares, de gran aceptación comercial y relevancia cultural hoy en día, que se basan en ciertas prácticas que comenzaron siendo patrimonio de la música culta experimental. La comercialización masiva de dispositivos digitales permitió que aquellas prácticas presentes en la música de Stockhausen y sus compañeros de generación, consistentes en grabar fragmentos musicales y recombinarlos, se hayan convertido en elementos centrales de las culturas musicales contemporáneas. Dos son las técnicas más utilizadas: la primera es el *sampleado*, que consiste en “la práctica de usar tecnología informática para seleccionar extractos de temas ya grabados y usarlos como parte de un nuevo trabajo, normalmente como música de fondo sobre la que poner una nueva voz” (Shuker, 1998, 226). La otra es el *loop*, una sección corta (entre uno y cuatro compases) de una canción que se repite de forma continua y que se usa como base del tema, modificando ritmo, altura, tono o velocidad (Duffel, 2007)

En 1977, en Nueva York, en plena fiebre de la música disco, el DJ jamaicano Kool Herc dio nombre al hiphop. Mientras que los disc jockeys de las discotecas se limitaban a poner un disco detrás de otro, él centró su atención en el *break*, el momento en que la batería marca el cambio de ritmo con un redoble o un solo. Utilizando dos platos y un mezclador, repetía ese mismo fragmento una y otra vez: mientras sonaba uno de los discos, colocaba el otro al inicio del *break* para hacerlo sonar una vez terminado en el primer disco. Mientras tanto, enviaba saludos a los amigos o recitaba rimas a través del micrófono (Relats, 2002,168).

Con la entronización del DJ, se establece una nueva manera de entender el papel del músico: este ya no es alguien capaz de producir material sonoro novedoso a partir de un instrumento, sino un creador que trabaja a partir de material preexistente, manipulándolo, cambiando el orden de las partes, mezclando temas diferentes o añadiéndoles recitados que cambiaban su sentido. Este cambio en la concepción de la creatividad implica un cambio importante en la economía política de la música: puesto que prácticamente toda la producción de música popular está bajo la protección de algún tipo de *copyright*, y en un entorno de creciente concentración de las industrias culturales, el creador tenía que vérselas ahora con los intereses de grandes corporaciones que pretendían hacer valer sus derechos de propiedad sobre las canciones.

Mientras el hiphop fue un movimiento underground de los suburbios norteamericanos, la gran industria apenas se preocupó por este tipo de prácticas. A

finales de la década de los noventa, cuando el hiphop se convirtió en un fenómeno de masas, susceptible de ofrecer grandes beneficios, las grandes discográficas comenzaron a pleitear contra los raperos. En 1992 el Tribunal Supremo de Estados Unidos entendió que el grupo 2 Live Crew tenía derecho a usar un fragmento del tema *Pretty woman*, de Roy Orbison, a pesar de la negativa de su discográfica, y que no debía pagar tasa alguna, amparándose en la intención paródica del uso de la canción (Starr y Waterman, 2003, 146). Fue una victoria pírrica, ya que la tendencia de la jurisprudencia varió rápidamente, cuando, tras varios fallos judiciales a su favor, las discográficas entendieron que “los intensísimos tapices sonoros de Public Enemy abrieron el camino para que se utilizaran canciones conocidas de forma poco sofisticada, una fórmula que hizo vender millones de discos a M.C.Hammer, Coolio y Puff Daddy y que convirtió los viejos catálogos en potenciales minas de oro” (George, cit. Starr y Waterman, 2003, 426). De este modo, las discográficas cambiaron el rumbo de un estilo pujante: podían explotar sus catálogos para darles vida de nuevo a temas polvorientos, pero al mismo tiempo indujeron a los productores a ser muy cuidadosos y a reducir sus ambiciones a la hora de usar material ajeno.

Si la utilización de recursos musicales ya existentes por parte de los artistas de hiphop o música electrónica supone constantes conflictos (Fouce, 2005), estos adquieren una nueva dimensión cuando la industria occidental se apropia de recursos musicales que provienen de culturas ajenas a los derechos de autor. El campo de la música étnica, etiqueta aparecida en la última década, provee de abundantes ejemplos, pero sin duda el ejemplo más citado por los musicólogos es el analizado por Feld (cit. en Martí, 2003). En 1992, el grupo Deep Forest utilizó un canto vocal de las Islas Salomón recogido por el etnógrafo Hugo Zemp como base de su tema *Sweet lullaby*, que fue un éxito de ventas a nivel mundial, utilizado incluso en varias campañas publicitarias. El tema *Rorogwela* era un canto a capella que el grupo remezcló con un ritmoailable y efectos de sintetizador que recreaban sonidos producidos por el agua, y al que añadió un *Jodeln*, un juego vocal característico de los pigmeos centroafricanos. Este elemento hizo que el saxofonista noruego Jan Garbarek reutilizase la melodía como base de su tema *Pygmy lullaby*. Al final, el público termina convencido de que estamos ante una tema de origen centroafricano. Parece obvio que en este proceso se pierde buena parte del valor original (contextual e informado) y, por ende, “tanto Afunakwa, la cantante original que había proporcionado la canción a Hugo Zemp, como el contexto cultural de los Baegu de las islas Salomón desaparecen completamente, tanto a efectos de reconocimiento como, obviamente, a efectos de remuneración” (ibidem), a pesar del éxito comercial de ambos discos. Ahora que el concepto de patrimonio inmaterial está emergiendo con

fuerza, parece evidente que los Baegu han sido desposeídos de algo que les pertenecía.

3.- Trabajos musicales y beneficios empresariales

El loop, la remezcla, pero también la versión (ya sea irónica o respetuosa) son elementos centrales de muchas culturas musicales, y tienen en común el establecer una relación entre el texto musical presente y otro diferente, una relación que puede ser “manifiesta o secreta” (Genette, 1989, 10) La teoría intertextual ha dedicado sus esfuerzos a reflexionar sobre la naturaleza y clasificación de esas relaciones, pero en general no se ha detenido a reflexionar sobre el origen de los textos, la tensión entre sus condiciones originales de producción y las de su uso posterior. Ello a pesar de que la semiótica lleva años postulando la necesidad de ubicar en la teoría las relaciones entre texto y contexto (Foucault, 2004).

Sin duda somos herederos, en nuestra forma actual de entender la cultura, de la idea de Bajtin sobre la novela, el artefacto cultural polifónico por excelencia hasta la aparición de los medios audiovisuales. Bajtin (1989, 95) ya enunció implícitamente su teoría intertextual cuando escribió que toda palabra concreta (enunciado) encuentra siempre un objeto hacia el que orientarse, condicionado ya, contestado, evaluado, envuelto en una bruma que lo enmascara; o. por el contrario, inmerso en la luz de las palabras ajenas que se han dicho acerca de él. El objeto está rodeado e impregnado de ideas generales, de puntos de vista, de valoraciones y acentos ajenos. La palabra orientada hacia su objeto entra en ese medio agitado y tenso, desde el punto de vista dialógico, de las palabras, las valoraciones y de los acentos ajenos; se entrelaza en complejas relaciones, se une a algunos, rechaza a otros, o se entrecruza con los demás.

La cultura, en la concepción bajtiniana, no es simplemente lo que producen los autores, sino un espacio de diálogo que, necesariamente, se nutre del uso de textos, voces y discurso preexistentes que son reelaborados por aquellos.

Un enunciado vivo, aparecido en un momento histórico determinado, en un medio social determinado, no puede dejar de tocar miles de hilos dialógicos vivos, tejidos alrededor del objeto de ese enunciado por la conciencia ideológico-social; no puede dejar de participar activamente en el diálogo social. Porque tal enunciado surge del diálogo como su réplica y continuación, y no puede abordar el objeto proveniente de ninguna otra parte. (Bajtin, 1989, 95).

A principios del 2004 el DJ Danger Mouse recibió el encargo de remezclar algunos temas del *Black album* de Jay-Z, un trabajo habitual en las culturas musicales de la electrónica y el hiphop. Mezcló las pistas vocales de Jay-Z con samplers variados tomados del *White Album* de los Beatles y tituló su disco *The Grey*

Album. Aunque el disco solo se distribuyó como copia promocional, la compañía EMI, propietaria de los derechos de los Beatles, le exigió que las copias fueran destruidas. A pesar de no salir nunca a la venta, se calcula que más de un millón de personas lo han descargado desde diversos sites de Internet (Seisdedos, 2004)

Bajtin habría considerado el trabajo de Danger Mouse como un excelente ejemplo de construcción híbrida, ese “enunciado que, de acuerdo con sus características gramaticales (sintácticas) y compositivas, pertenece a un solo hablante; pero en el cual, en realidad, se mezclan dos enunciados, dos maneras de hablar, dos estilos, dos lenguajes, dos perspectivas semánticas y axiológicas. (Bajtin, 1989,122). La existencia de este tipo de discursos híbridos es síntoma de una cultura en la que las jerarquías están en perpetua discusión, una cultura establecida como un campo de diálogo.

Sin embargo, esta celebración bajtiniana de la heteroglosia y la polifonía halla difícil acomodo en las actuales normativas sobre propiedad intelectual. Un analista podría defender la legalidad del trabajo remezclador de Danger Mouse amparándose en el derecho de cita, una de las excepciones que reconoce la ley española a los derechos de autor. Según la Ley de Propiedad Intelectual reformada en 2008, es lícita la inclusión en una obra propia de fragmentos de otras ajenas de naturaleza escrita, sonora o audiovisual, así como la de obras aisladas de carácter plástico, fotográfico figurativo o análogo, siempre que se trate de obras ya divulgadas y su inclusión se realice a título de cita o para su análisis, comentario o juicio crítico. Tal utilización **sólo podrá realizarse con fines docentes o de investigación**, en la medida justificada por el fin de esa incorporación e indicando la fuente y el nombre del autor de la obra utilizada.

La creación musical, por tanto, no está amparada por el derecho de cita. Y no deja de ser llamativa la contradicción entre la creciente facilidad para manipular los sonidos y un marco legislativo restrictivo. Como explica Lessig (2005, 124) “pueden hacerse cosas asombrosas con facilidad, pero no puedes hacerlas legalmente con facilidad”. Tanto el uso de la legislación como el control de las tecnologías vienen a sumarse a las dificultades para establecer un entorno cultural libre bajo control democrático. *Cultura libre*, el libro de Lawrence Lessig, catedrático de derecho en la universidad de Standford, cita múltiples ejemplos de cómo la legislación norteamericana (modelo de muchas otras en el mundo occidental) dificulta una dinámica cultural creativa protegiendo hasta el extremo los derechos de propiedad intelectual.

Estas ideologías y prácticas que defienden a ultranza el actual marco legislativo de la propiedad intelectual mantienen la actualidad de las críticas de Bajtin (1989, 98) a los formalistas, elaboradas en los años 30: “solo entienden de la

comprensión pasiva de la palabra, especialmente en el plano del lenguaje común: es decir, de la comprensión neutral del enunciado y no de su significado actual”

Pero sería una terrible simplificación, de nefastas consecuencias políticas, pretender que las posturas defendidas por los guerreros del copyright nacen de su ignorancia o de su resistencia al cambio. El endurecimiento de las regulaciones sobre propiedad intelectual están directamente relacionadas con la profunda reestructuración que desde principios de la década está agitando la industria del disco. Frente al aumento de la piratería, a la desaparición de los canales de venta tradicionales y a los modelos de intercambio de archivos a través de redes en Internet, la industria de la música ha variado, no sin traumas, su estrategia de negocio. Lo que ha perdido valor no ha sido la música, sino el soporte. A partir de esta constatación, el negocio se orienta en dos direcciones opuestas: la intensificación del negocio de la música en vivo, incentivando una economía de la experiencia, y la explotación máxima de los derechos generados por la música (es decir, sus usos intertextuales).

El éxito del nuevo modelo comercial lo ejemplifica EMI. En 2006, en plena retracción de las ventas de discos, los ingresos de EMI Publishing, su editorial, aumentaron un 5% y sus beneficios un 3%, alcanzando los 146 millones de euros. En 2001, la venta de discos suponía un 60% del negocio de EMI. En 2006, ese porcentaje había bajado hasta el 44%, mientras que el resto del volumen de negocio procedía de la comercialización de derechos para móviles, anuncios, videojuegos, karaokes o programas de televisión. No es de extrañar que la empresa fuese capaz de desembolsar 63 millones de euros para comprar el 20% del catálogo de Motown, el mítico sello de soul (Jacobs, 2006, 8). Los grandes conglomerados multinacionales, inmersos en procesos de concentración cada vez más oligopolísticos, se emplean a fondo para hacerse con los fondos de catálogo más amplios posibles. Corbis, la empresa de Bill Gates que gestiona imágenes, tenía en 2005 los derechos de más de 76 millones de imágenes, una parte ingente de la memoria visual de la humanidad. Y, según Jacobs, la compra de derechos es un campo en el que están entrando cada vez más los fondos de capital riesgo, ya que, en palabras de David M. Israelite, presidente de la patronal de editoriales estadounidense, “en una época en la que la piratería está llevándose una gran parte de los beneficios netos, una buena editorial puede encontrar nuevos ingresos” (Ibidem).

4.- Textos, mercados

Necesitamos de una teoría de la intertextualidad en la música popular para entender cómo funcionan los textos para desplazar después el foco hacia qué

tipo de consecuencias tiene cada tipo de relación en el contexto cultural. El primer paso es establecer las posibles tipologías de intertextualidad musical (versiones, loops, géneros) ya que cada tipo presenta diferentes problemas. La segunda reflexión viene de la mano del trabajo de Bajtín (1989), que defiende que la mezcla de textos tiene siempre una intención, de la que deriva el significado. Desde la parodia al homenaje, la cuestión ya no es qué procedimientos técnicos enlazan los dos textos, sino qué tipo de resultados comunicativos se obtiene de la mezcla.

Esta teoría de la intertextualidad musical remite directamente a una economía política de la música en la era digital. Entender hoy la música popular requiere de una aproximación multidisciplinar. Exige reflexionar sobre el rol del creador y del público, sobre el tipo de intermediación que hacen las industrias culturales (y por lo tanto las dinámicas de creación de beneficio, de organización empresarial y de concentración corporativa), sobre el concepto de cultura, el rol de la tecnología y el entorno legal en el que nos movemos en la actualidad.

Es evidente que esta no es el lugar para plantear esta teoría, sino un intento –uno más, véase Fouce 2005, 2006, 2007 - por delinear los contornos de este trabajo. Vengo defendiendo en diferentes foros que el campo de la música popular es un espacio privilegiado de observación de las dinámicas culturales contemporáneas. Y hoy más que nunca, hablar de cultura es acercarse al problema del poder. Como señala Castells (1998, 129), “las batallas culturales son las batallas del poder en la era de la información (...) El poder, como capacidad de imponer la conducta, radica en las redes de intercambio de información y manipulación de símbolos que relacionan a los actores sociales, las instituciones y los movimientos culturales”.

Vivimos en un capitalismo informacional, en el que la generación de riqueza, el ejercicio del poder y la creación de códigos culturales han pasado a depender de la capacidad tecnológica de las sociedades y las personas, siendo la tecnología de la información el núcleo de esta capacidad (Castells, 1998, 114). El mundo de la música popular no es ajeno a esta dinámica, ya que la mayoría de la música, así como “las imágenes, textos, motivos, marcas, logos, diseños e incluso colores está gobernada, cuando no controlada, por el régimen de propiedad intelectual” (Coombe, cit en Smiers, 2001,28). Y ello a pesar de que el rasgo que caracteriza la información como producto de consumo es que su uso no la destruye y su cesión no hace que quien la tenía la pierda (Levy, 2001,1). Es más, el hecho de que un texto como este circule aumenta su valor, ya que alimenta eso que Levy llama, aún sin definirla, la inteligencia colectiva.

En una economía digital caracterizada por Negroponte (1997) como aquella basada en el intercambio de bits y no de objetos, estamos imposibilitados de usar el material simbólico como soporte para la creación. Se restringe así el uso

de la cita, que Genette señala como la forma más explícita y literal de la intertextualidad y que está en la base de la creación y el conocimiento. Este es ahora un derecho económico: el material puede citarse pagando su precio que, en un mundo de liberalismo económico, es fijado por el mercado.

Estamos entonces en el ámbito de las leyes de la oferta y la demanda; para los sectores liberales, los productos culturales funcionan con la misma lógica del supermercado (que, por cierto, es una imagen recurrente de su idea de democracia en tanto capacidad de elección): el que tiene dinero puede cogerlos de la estantería y pagarlos en caja. Sin embargo, hay dos rasgos que separan ambos mundos: no hay un precio fijo para disponer de los derechos de una canción para hacer un loop y, aún teniendo el dinero para pagarlo, podemos ver denegado el uso. Más que un supermercado, el mundo de los derechos de autor se parece a una extraña subasta de arte en la que el propietario tenga derecho a vetar a algún comprador porque no le gusta el lugar en el que piensa colocar el cuadro. Si consideramos que tanto la fijación del precio como la autorización de uso del material están en manos de un puñado de compañías (en el caso de la música, cuatro grandes empresas se reparten el 80% del mercado), que disponen “de los derechos de propiedad intelectual de casi toda la creación artística, pasada y presente” (Smiers, 2001, 28), es necesario considerar que estamos en un modelo de cultura “muy diferente a la cultura del pueblo, que no pertenece a nadie” (Kennicot, cit en Smiers, 2001, 28).

En este contexto es necesario reflexionar sobre las dos caras del problema: por un lado, las limitaciones de acceso al material musical previo suponen un tipo de sutil censura que encaja perfectamente con las características del capitalismo informacional, “una forma endurecida de capitalismo en cuanto a fines y valores, pero incomparablemente más flexible que cualquiera de sus predecesores en cuanto a medios” (Castells, 1998, 117). Pero la concentración de los derechos de autor en pocas manos tiene otra peligrosa consecuencia: los materiales culturales que están en manos de los que tiene capacidad e interés en hacerlos circular (no olvidemos la brecha que se está abriendo entre interactuados e interactuantes que documenta Castells) ocupan una proporción cada vez mayor del imaginario colectivo, con la consecuencia de que “el resto de las creaciones culturales desaparecen del paisaje mental de muchos pueblos, en detrimento de la diversidad de las expresiones artísticas que en una perspectiva democrática son completamente necesarias” (Smiers, 2001, 28)

5.- A modo de conclusión: escaramuzas interdisciplinares

He intentado en estas páginas dar noticia de un territorio pantanoso, plagado de trampas pero también de promesas. Un territorio que funciona como una

especie de El Dorado contemporáneo: para los artistas y los activistas, las nuevas tecnologías de la información y la globalización abren un territorio ingente en el que se puede experimentar la creación de nuevas músicas a partir de la reelaboración de materiales ya existentes. Para los gestores de una industria cultural agonizante, supone la oportunidad de compensar la constante bajada de ingresos producida a consecuencia de la lenta agonía del disco compacto como objeto comercial.

Los intereses de ambas partes son claramente opuestos. La batalla se está librando ya en este territorio de pantanos: quienes quieran combatir deben tener conocimientos de tecnología, de legislación, de economía, de semiótica, de historia, de sociología y antropología. En todos esos frentes se lucha. Cada parte defiende sus intereses, pero desde la lejanía son muchos los que observan la batalla sin saber si merece la pena involucrarse. En las páginas precedentes he venido a defender que es necesario tomar partido si queremos mantener una cultura común basada en el intercambio de creaciones y conocimientos y no en su mera mercantilización. Creo que los académicos tenemos una responsabilidad a la hora de clarificar los términos de la lucha. Por eso es preciso hacer un esfuerzo interdisciplinario, añadiendo a los campos de estudio citados las dimensiones política y ética, para hacer entender qué es lo que está pasando en el campo de la música.

Puede que para muchos este conflicto sea tan solo una escaramuza, pero, tal vez de forma demasiado apocalíptica, tengo la impresión de que estamos en la batalla que definirá el sentido de la cultura de las próximas décadas.

De lo que estoy seguro es que la culpa de todo es de Barthes.

Referencias

- BAJTIN, Mijail: (1998)** *La Cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid, Alianza
- BAJTIN, Mijail. (1989)** *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus
- BARTHES, R. (1987)** “La muerte del autor”, en *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós
- CASTELLS, M: (1997)** *La era de la información, Volumen 1. La Sociedad red*. Alianza: Madrid.
- CASTELLS, M: (1998)** “Entender nuestro mundo” en *Revista de Occidente*, nº 205,1998, pp. 113-145
- DUFFEL, D (2007)**, cit. en *Loop: Wikipedia*
http://es.wikipedia.org/wiki/Loop_%28m%C3%BAtica%29 [acceso 12 de septiembre de 2008]
- FOUCE, Héctor: (2002)** “La música pop se hace digital: oportunidades y amenazas para la cultura” en *Actas del IV Congreso Internacional Comunicación, universidad y sociedad del conocimiento*. Universidad Pontificia de Salamanca: Salamanca 2002
- FOUCE, Héctor: (2004)** “Los chicos malos no escuchan jazz. Géneros musicales, experiencia social y mundos de sentido”, en *Voces e imágenes en la etnomusicología actual*. Museo Nacional de Antropología: Madrid, 2004
- FOUCE, Héctor: (2005)** “Frankenstein en el estudio de grabación. Intertextualidad, derechos de autor y música popular” en *Nassarre*, nº 21, 2005
- FOUCE, Héctor: (2006)** “La privatización de la memoria sonora: amenazas a la cultura común desde los derechos de propiedad intelectual” en *Congreso Pensamiento crítico, comunicación y cultura*. Sevilla. Universidad de Sevilla
- FOUCE, Héctor: (2007)** “Modelos de negocio, modelos de cultura. La industria de la música ante la globalización” en Fernández Liesa, C y Prieto de Pedro, J (2007) *Cultura y comercio en la Comunidad Internacional*. Escuela Diplomática. Madrid. Pp. 395-414
- GENETTE, Gerard: (1989)** *Palimpsestos*. Taurus. Madrid. 1989
- JACOBS, A (2006)** “Una nueva estrella en el negocio musical: la editorial” en *The New York Times*, edición española, 11 de mayo de 2006
- LESSIG, Lawrence: (2005)** *Cultura libre*. Elástico. 2005.
- LEVY, Pierre: (2001)** “El anillo de oro. Inteligencia colectiva y propiedad intelectual”, en *Multitudes*, 5, may 2001.
- MARTI, Josep: (2003)** Mesa redonda “World music ¿el folklore de la globalización?” en *Trans*, nº 7, diciembre 2003 (www.sibetrans.com/trans/trans7/redonda.htm) [acceso 12 de septiembre de 2008]
- NEGROPONTE, Nicholas: (1997)** *El mundo digital*. Ediciones B: Barcelona, 1997
- RELATS, Daniel (2002)** “Miedo a un planeta negro: la vieja escuela del hip-hop” en BLÁNQUEZ, J y MORERA, O: *Loops. Una historia de la música electrónica*. Barcelona. Reservoir Books
- SEISDEDOS, Iker (2004)** “La hora del rap indie” en *El País de las Tentaciones*, 24 septiembre 2004, pp. 14-18
- SHUKER, Roy (1998)** *Key concepts in popular music*. Londres Routledge, p. 266
- SMIERS, Jost:** “La propiedad intelectual es un robo” en *Le Monde Diplomatique*, Ed. española, septiembre 2001, p. 28
- STARR, Larry y WATERMAN, Chris: (2003)** *American popular music*. Oxford University Press. Oxford.

Los anuncios de cosméticos en las revistas femeninas: globalización de prototipos y valores

Graciela Padilla Castillo

Introducción

Durante los últimos meses, los medios de comunicación no han dejado de citar el auge y éxito de ventas de cosméticos europeos y norteamericanos en el continente asiático. Estas noticias no pretenden decir que las orientales antes no se maquillaran. Lo hacían, de hecho, mucho antes que en el viejo continente. La noticia no es la internalización ni expansión de las marcas, sino de valores regionales y nacionales que pasan a ser absolutamente internacionales. Las adolescentes coreanas y japonesas compran productos de *Mac*, *Bobbi Brown* y *Max Factor*. Su objetivo no es que otro que disimular sus rasgos, aumentar sus párpados, romper esa mirada original de su raza. Quieren parecerse a Scarlett Johansson, Mischa Barton y Sienna Miller. No tienen heroínas ni modelos locales. Sus prototipos están en Nueva York y Londres. Contra natura y debido al influjo del cine, la publicidad y la televisión, quieren ser personas que no pueden ser. Para ello, emplean 25 minutos diarios de media para maquillarse, y 21 productos diferentes¹. Mientras, las mujeres europeas “sólo” usan 7 productos. No obstante, el fin y la imagen perseguidos son los mismos. ¿Cómo se ha llegado a esta situación?

Revistas femeninas

Para buscar respuesta, me centraré en la prensa especializada para la mujer. Concretamente, y debido a la cercanía con el congreso, he analizado 5 de las

1. Bolinches, C. G. en Cinco Días (2007)

principales revistas femeninas de España: *Cosmopolitan*, *Elle*, *Glamour*, *Telva* y *Woman*. Dentro de cada una de ellas, he contabilizado las páginas dedicadas exclusivamente a publicidad y dentro de éstas, las que anuncian cosméticos. Entenderemos como cosméticos, de ahora en adelante, los siguientes productos: productos de maquillaje, productos antienvjecimiento, cremas para el rostro, colonias y perfumes. La tabla siguiente muestra los primeros datos y porcentajes:

REVISTAS	Editora	Nº de páginas	Nº de páginas publicitarias	Porcentaje de publicidad sobre el nº de páginas	Nº de páginas con publicidad de cosméticos	Porcentaje de anuncios cosméticos sobre el total
<i>Cosmopolitan</i>	Hearst Magazine International	236	73	30,93 %	47	64,38 %
<i>Elle</i>	Hachette Filipacchi Médias Group	470	171	36,38 %	37	21,63 %
<i>Glamour</i>	Ediciones Condé Nast	356	94	26,40 %	24	25,53 %
<i>Telva</i>	Grupo Unidad Editorial	324	105	32,40 %	25	23,80 %
<i>Woman</i>	Grupo Zeta	364	74	20,32 %	27	36,48 %

Tabla 1: Revistas analizadas, número de páginas, número de páginas publicitarias, número de páginas con publicidad de cosméticos y porcentajes.

La tabla anterior es una muestra de la importancia de la publicidad en las revistas femeninas, ya que siempre ocupa más del 20 por ciento de sus páginas. Además, el porcentaje de anuncios de cosméticos es incluso más llamativo: invariablemente supera el 20 por ciento, y en uno de los casos, el 60 por ciento. Por todo lo anterior, la prensa destinada a las mujeres es un vehículo muy interesante si se pretende estudiar el influjo de la publicidad de cremas y demás productos. Cualquier mujer que lea u hojee sus páginas recibirá una importante cantidad de impactos a través de este gran número de mensajes publicitarios.

Precisamente, este tipo de prensa permite a la lectora **mirar y examinar calmadamente los anuncios**. Puede descifrarlos durante el tiempo que quiera, ya que tiene la revista entre sus manos y sólo ella decide cuánto tiempo dedica a cada página. Diversos autores han hablado de esta importante característica y más recientemente, García de los Salmones, Rodríguez del Bosque y Suárez Vázquez (2008):

El medio impreso permite argumentar y reflexionar. La prensa diaria crea opinión, las revistas entretienen y, tanto una como otra, transmiten información. Las personas las leemos, cuando queremos y como queremos, es decir, mantenemos un papel activo, dominamos el medio².

Estos expertos también se han centrado en la importancia de la publicidad dentro de la prensa escrita. Denominan a las revistas “medios ilustrados” y explican que los publicistas han comprendido esta característica y la han aprovechado para comunicar a través de la imagen³. Los anuncios ocupan páginas y páginas porque los anunciantes conocen el influjo de las revistas en las lectoras. Como he mostrado anteriormente, una cuarta parte de las publicaciones siempre son publicidad. Este hecho puede ser muy positivo para generar ventas. Aunque, al mismo tiempo, también puede tener un claro efecto negativo: la **saturación publicitaria**. Ronald Lane, Thomas Russell y Whitehill King han estudiado esta situación: “Muchas revistas tienen hasta un 50% de contenido publicitario y, en consecuencia, el tiempo que se pasa con cualquier anuncio individual, a menudo, es mínimo”⁴.

Queda claro entonces que las revistas, como medio impreso, permiten alargar la vida del anuncio ante los ojos del lector. Al mismo tiempo, pueden pasar desapercibidos cuando la publicidad es muy numerosa y el público se cansa de ver tantas hojas dedicadas a las ventas. No obstante, hay que buscar otra característica positiva de la prensa femenina, que aún no ha sido tratada: la **especialización**. Este tipo de publicaciones tiene un público determinado. Los editores y anunciantes saben quién compra las revistas y cuentan con datos objetivos sobre ello. Reciben resultados de encuestas, suscripciones con datos personales, resultados de la Oficina de Justificación de la Difusión (OJD) y multitud de reseñas que les dicen qué personas les leen:

Los medios impresos permiten llegar a una audiencia que tiene un interés especial en la publicación, y que probablemente estará muy atento a lo que lee. Los lectores quieren información y se fijan en la publicidad, y hasta la buscan como una parte más del medio; esto lo saben muy bien los anunciantes de las revistas de moda⁵.

Las revistas femeninas son leídas por mujeres. Es cierto que algunos hombres también las leen de vez en cuando. Pero histórica y mayoritariamente, las compradoras y lectoras son féminas. Stoll lo explica así:

2. García de los Salmones / Rodríguez del Bosque / Suárez Vázquez (2008: 119)

3. García de los Salmones / Rodríguez del Bosque / Suárez Vázquez (2008: 141 - 142)

4. Ronald Lane, W. / Thomas Russell, J. / Whitehill King, K. (2005: 313)

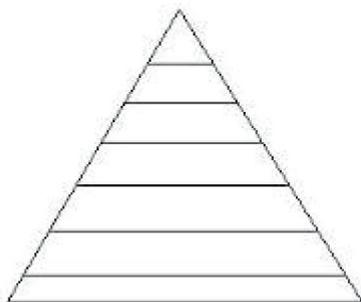
5. Maas / Roman (2002: 41)

Las revistas femeninas se dirigen explícita y exclusivamente a un público femenino. Este tipo de prensa participa – aunque queda por estudiar en qué medida – de elementos de ficción tanto como de elementos fácticos. En semejante mezcla de ficción y realidad, las revistas femeninas llegan a constituir un verdadero campo de batalla de las nociones sociales en torno a la feminidad⁶.

El mismo autor explica que su éxito estriba en elaborar un discurso “alrededor de la noción de *mujer* y los intereses, supuestos o reales, de las mujeres”⁷. Gallego, como estudiosa de este tipo de prensa, manifestó una idea similar y fue más allá. Además de hablar de temas femeninos, pretende desde sus orígenes promover, cambiar, o afianzar valores sociales, proponerlos nuevos, y transmitir pautas de comportamiento según la época o momento histórico⁸. Por ello, los anuncios de cosmética actuales nos hablan de los prototipos, necesidades y valores de la mujer de hoy.

VALORES DE LOS ANUNCIOS DE COSMÉTICOS

Abraham Maslow terminó su tesis por la Universidad de Wisconsin en el año 1934. En ella, proponía una nueva teoría filosófica, la **Pirámide de Necesidades**, que trataba de enumerar, jerarquizar y explicar los valores humanos:



PIRAMIDE DE NECESIDADES	DE
Autorrealización (punto más alto)	
Estéticas	
Conocimiento	
Estima	
Pertenencia a un grupo	
Seguridad	
Fisiológicas (punto más bajo)	

Tabla 2: Pirámide de Necesidades de Abraham Maslow.

6. Stoll (1994: 23)

7. Stoll (1994: 10)

8. Gallego (1990: 35 - 36)

Según esta teoría, el hombre se mueve por siete necesidades distintas: las fisiológicas son las más básicas y conforman la base de la pirámide, y las de autorrealización son las más altas y difíciles de alcanzar. Como se mostrará en las páginas siguientes, los anuncios y productos de cosméticos satisfacen cuatro de esas siete necesidades: de **pertenencia a un grupo**, porque no usarlos supondría estar fuera del colectivo al que la revista se dirige; de **estima**, porque los anuncios nos venden el éxito personal y profesional; **estéticas**, al prometer una apariencia bonita y cuasi perfecta; y de **autorrealización**, porque la buena apariencia física y el éxito parecen conducir directamente a la satisfacción y a la motivación vital completa.

Precisamente, McGuire decía que nuestro aspecto es fruto de motivos internos. Explicaba que a través de nuestra fachada y forma de vestir, reflejamos lo que sentimos y lo que somos. Por eso, usamos determinada ropa y complementos que transmiten rasgos de personalidad según cómo han sido anunciados por los publicistas⁹. Los anuncios exponen productos y los asocian a necesidades y valores. El consumidor no busca sólo cubrir una necesidad fisiológica con el uso de ese producto, sino que también persigue ese valor prometido. Por ello, el publicista facilita una **promesa**, un **posicionamiento**, un “**carácter diferenciador** ante la competencia”¹⁰. Necesita vender un intangible asociado a su producto, una cualidad subjetiva y de incalculable valor.

BÚSQUEDA DE MODELOS PUBLICITARIAS

Al comienzo del texto, he citado nombres de actrices famosas. Esta elección no es fruto del azar. Las empresas de cosméticos contratan a **actrices de cine y televisión** para vender esos valores o necesidades. Al hacerlo, parte de su trabajo ya está hecho: la protagonista tiene una imagen formada para el público, fruto de sus actuaciones en la pantalla. La actriz, a través de la elección de sus papeles, dibuja un personaje en el imaginario colectivo. De hecho, muchas de esas actrices se identifican o mimetizan, intencionadamente, con los personajes que interpretan.

No es un hecho nuevo. Podemos acudir a la televisión para buscar roles femeninos y actrices que fueron identificadas, de por vida, con esos roles. En 1951, Lucille Ball dio vida a Lucy Ricardo, una mujer moderna, independiente, casada y capaz de mantener su hogar con su trabajo. Su serie, *I love Lucy*, estuvo en antena hasta 1957 y consiguió que las mujeres norteamericanas salieran de

9. McGuire en García de los Salmones / Rodríguez del Bosque / Suárez Vázquez (2008: 73)

10. García de los Salmones / Rodríguez del Bosque / Suárez Vázquez (2008: 103)

sus casas, vestidas y maquilladas como la nueva heroína de comedia. Años más tarde, en 1988, Roseanne Conner puso su nombre a otra protagonista catódica. *Roseanne* era la cabeza de una familia de clase media. Con poco dinero y mucho ingenio, esta esposa y mujer polifacética podía enfrentarse a cualquier adversidad. Hasta 1997, las amas de casa norteamericanas, y no muy pudientes, querían ser como ella. No fue fruto de la casualidad que la serie fracasara cuando Roseanne gana la lotería, se compra una casa grande en un barrio de ricos y cambia su forma de vestir. El público dejó entonces de quererla, admirarla e imitarla.

Los ejemplos más cercanos se encuentran en *Sexo en Nueva York* (1998 – 2004) y *Mujeres desesperadas* (2004 – actualidad). La primera serie sigue emitiéndose en televisión, en Estados Unidos y en España, y cuenta con una secuela cinematográfica que ha sido estrenada este mismo verano de 2008. Su cuarteto protagonista ha triunfado al intentar mostrar todos los prototipos posibles de mujeres, con sus sueños, miedos, aspiraciones y secretos. Cada una de ellas presentaba un maquillaje, peinado y vestuario acorde con su personalidad. El resultado es que la serie ha traspasado la pequeña pantalla y ha creado tendencias y modas de vestir. Tanto amaban las adolescentes americanas al personaje Carrie Bradshaw, que incluso decidieron estudiar Periodismo como ella.

El segundo caso, *Mujeres desesperadas*, es una comedia negra que también habla del mundo femenino y de casi todos los tipos de féminas. Su cuarteto protagonista influye en el público, tanto que las actrices firman una cláusula que las obliga a no cambiar su apariencia o peinado fuera de la pantalla e incluso, a no quedarse embarazadas durante los rodajes¹¹. Cuando la actriz Marcia Cross, que interpreta a Bree Hodge, incumplió esta norma, retiraron temporalmente a su personaje hasta que pudo volver con su cuerpo y apariencia habituales.

DE LA PANTALLA A LA PUBLICIDAD

Así, el cine y la televisión se convierten en agencias de modelos, escaparates para buscar protagonistas de los anuncios de cosméticos. Los publicistas lo saben y, según el valor o necesidad que quieran transmitir, eligen una u otra actriz, uno y otro personaje. Ferrer amplía el espectro de famosos que pueden ser modelos:

Todos hemos visto cómo los personajes famosos y populares entran a formar parte de estos tres tipos de mensajes publicitarios [*refiriéndose a informar, per-*

11. *El Periódico de Aragón* (2005)

suadir y llevar a la compra]. Así, el cantante de moda que describe las ventajas y excelencias de un producto, la artista cinematográfica que se dirige a la emoción de las gentes para que adquieran el producto que ella misma ha adquirido, o el deportista famoso que se dirige a comprar un producto determinado¹².

El mismo autor se pregunta si esta técnica puede acabar siendo perjudicial. Algunas personas célebres tienen una imagen pública que puede no agradar a todo el mundo. Explica que son “los matices negativos del famoso, percibidos por todo o por gran parte del público, pueden llegar a ser un componente publicitario negativo”¹³. Por ello, la elección del protagonista requiere sumo cuidado. El público ya le ha asignado determinados valores, una imagen, una posición y un sector objetivo que le sigue e imita. Si esos aspectos no coinciden con el producto, la campaña falla.

PUBLICIDAD DE COSMÉTICOS

Me centraré ahora en los anuncios de cosméticos para aplicar lo expuesto anteriormente. Mabel Sierra, experta en maquillaje, argumenta que su trabajo se relaciona injustamente con el *artificio*. Pretende rejuvenecer o embellecer y por ello, para muchos, es un engaño¹⁴. Pero no se puede desdeñar una técnica con tanta tradición:

El arte del maquillaje es casi tan antiguo como la historia de la humanidad, y originariamente tenía una función ritual: las caras pintadas de los pueblos primitivos servían para ahuyentar demonios, curar enfermedades, administrar justicia y garantizar la fertilidad. El hombre o mujer maquillado no sólo se representaba en su maquillaje, sino que poco a poco se encarnaba en él¹⁵.

Los egipcios bronceaban su piel, pintaban sus ojos con lápiz negro, coloreaban sus labios en tonos tierra y diseñaban la forma de sus cejas¹⁶. Los griegos y romanos también coloreaban su rostro con “cosméticos muy primitivos confeccionados a partir de productos naturales”¹⁷. En el siglo XX, los avances en química convierten la cosmética en un gigante industrial. Y alejándose de los tiempos egipcios, griegos y romanos, se elaboran productos de diversas calidades y precios. El maquillaje deja de ser exclusivo de las clases altas y llega a hombres y mujeres de cualquier estrato social. Sin embargo, tiene que seguir habiendo un

12. Ferrer, Clemente (1993: 12)

13. Ferrer, Clemente (1993: 12 - 13)

14. Sierra, Mabel (2005: 3)

15. Wilkening, Antje (2008: 6)

16. Sierra, Mabel (2005: 7)

17. Garcillán, Mencía de (2005: 84)

modelo, una efigie, una cara bruñida en una moneda o estampada en un cartel o pergamino. La forma de pensar de los humanos no ha cambiado tanto, pero la técnica sí. Por eso se buscan nuevos prototipos agradables y admirables para la sociedad: **los personajes famosos o populares**:

Las estrellas del mundo del cine fueron dando paso, poco a poco, a las estrellas de la televisión. Hoy día, el *star – system* se ha desplazado de los actores y actrices de cine a todos aquellos cuyos rostros salen asiduamente por la pantalla de televisión. Por supuesto que también forman parte de este *olimpo* algunos cotizados actores y actrices, pero son menos, y también cantantes, deportistas y, más recientemente, los políticos. Lejos queda ya la época en que sólo eran objeto de atención las realezas europeas y las clases nobles¹⁸.

El público confía en la actriz que ve en la pantalla. Ha sido testigo de su ascenso y de su éxito. En parte, le tienen envidia sana porque ha triunfado. Y ese triunfo visible se convierte en “una encarnación de un instinto colectivo”, como decía el novelista y político francés, André Malraux¹⁹. El famoso ha escalado y alcanzado todas las necesidades de la Pirámide de Maslow y aparentemente, para el gran público, se ha autorrealizado. Es imposible encontrar una modelo profesional que tenga tan buena imagen.

Los publicistas, en cambio, defienden que el trabajo no es tan sencillo. Argumentan que no todo acaba en la elección de una celebridad. Si la campaña no es creativa y no está bien pensada, puede venirse abajo: “Hace falta algo más. Con la utilización del famoso se logra impactar en un principio – uno de los objetivos – pero es necesario un fondo consistente o la campaña decae”²⁰. Sin embargo, no podemos centrarnos en los fracasos porque los anuncios de las revistas estudiadas han sido muy exitosos. La popularidad de las actrices contratadas ha servido para vender más cosméticos y los anunciantes han cumplido un doble objetivo: “dar un mayor renombre al producto anunciado y utilizar el prestigio del famoso para dar notoriedad a su campaña publicitaria”²¹.

Precisamente, esa notoriedad o llamada de atención da **inmediatez** al mensaje. Retiene el ojo del público rápidamente y tiene efectos más veloces, porque se conoce a la protagonista. Lo más difícil es conseguir que su imagen coincida con la del producto. Hay que elegir al personaje que concuerde con la idea, y no al revés²². Fernández González defiende este concepto y manifiesta que la ima-

18. Gallego (1990: 112)

19. Massó, Ramón (2001: 68)

20. García Viana en Ferrer, Clemente (1993: 60)

21. Garcillán, Mencía de (2005: 62)

22. Gómez Lagares en Ferrer, Clemente (1993: 63)

gen que desprende el famoso debe corresponderse con lo que quiere transmitir el producto²³.

Las ideas anteriores parecen correctas, pero los anuncios de cosméticos nos muestran lo contrario. Las campañas de publicidad que aparecen a continuación muestran que **se eligió al famoso después de un éxito televisivo o cinematográfico**. La actriz o el actor hacen una película o una serie, triunfan, adquieren notoriedad y el público les recuerda por ese rol. Es entonces cuando la empresa de cosméticos le contrata y no cambia su imagen: aprovecha la de esa película o serie y adapta su producto a ese espíritu:



Tabla 3: Scarlett Johansson y Préférence de L'Oréal. Imágenes de blogspot.com y L'Oréal París.

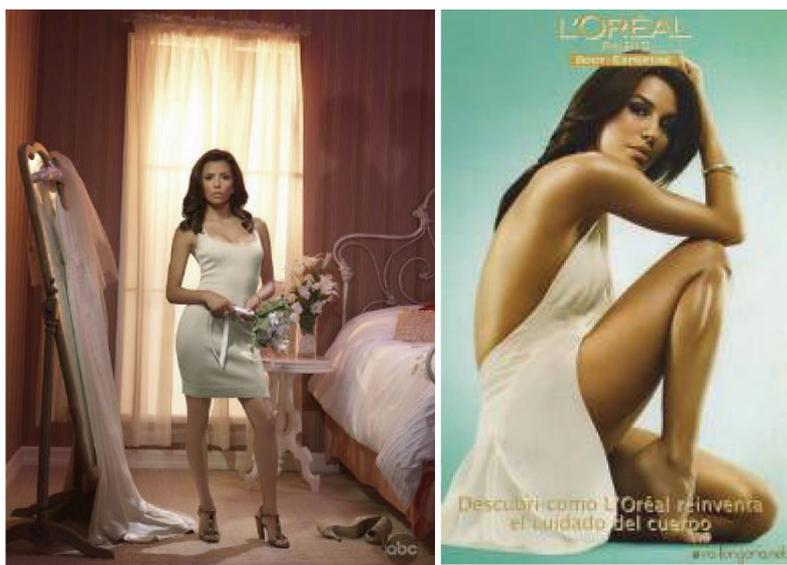


Tabla 4: Eva Longoria y Body - Expertise de L'Oréal. Imágenes de la cadena televisiva estadounidense ABC y L'Oréal París

23. Fernández González en Ferrer, Clemente (1993: 13)



Tabla 5: Eva Mendes y Secret Obsession de Calvin Klein. Imágenes de la película *La noche es nuestra* (Sony Pictures) y de la marca Calvin Klein.

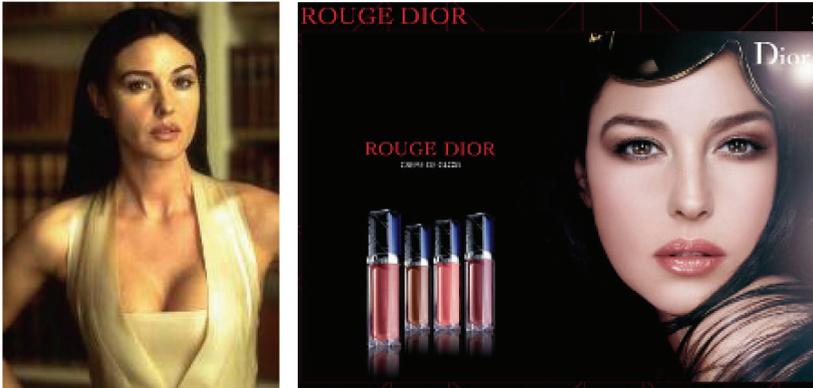


Tabla 6: Monica Bellucci y Rouge Dior. Imágenes de la película *Matrix Reloaded* (Warner Bros. Pictures) y la marca Dior Cosmetics



Tabla 7: Charlize Theron y J'adore de Dior. Imágenes de la película *Hancock* (Sony-Colombia Pictures) y la marca Dior Cosmetics.



Tabla 8: Anne Hathaway y Magnifique de Lancôme. Imágenes de la película *El diablo viste de Prada* (Twentieth Century Fox) y la marca Lancôme Paris



Tabla 9: Sharon Stone y Capture Totale de Dior.

Scarlett Johansson (Tabla 3) es la nueva musa de Woody Allen y protagonista de tres de sus últimas películas: *Match Point* (2005), *Scoop* (2006) y *Vicky Cristina Barcelona* (2008). Los críticos y periodistas comparan su belleza con otras rubias famosas como Grace Kelly y Marilyn Monroe. Es entonces cuando L'Oréal la contrata e imita ese *look* antiguo de actriz de los años 50. Mientras, Eva Longoria (Tabla 4) interpreta en la serie de televisión *Mujeres desesperadas* a Gabrielle Solís, un ex – modelo guapa, atractiva y de imagen extremadamente sexy. Por ello, la misma marca europea la contrata y elabora varias campañas explotando esa sensualidad.

Otra actriz de ascendencia latina, Eva Mendes (Tabla 5) estrena *La noche es nuestra* (2007), una película en la que interpreta a una prostituta y bailarina, de

vestuario muy atrevido. Otro icono sexual y otra campaña de alto contenido erótico, que incluso ha sido censurada en Estados Unidos. Monica Bellucci (Tabla 6), desde Francia, también se convierte en la imagen de la femineidad. Después de sus interpretaciones en *Irréversible* (2002), *Matrix Revolutions* (2003) y *Manuale d'amore 2* (2007), Christian Dior la convierte en imagen de sus pintalabios.

La misma marca contrata a Charlize Theron (Tabla 7), ex – bailarina, ex – modelo y protagonista de un sensual anuncio de Martini. En la gran pantalla, ha afeado su aspecto para ser juzgada objetivamente como actriz. Pero su último papel, en *Hancock* (2008), es de una heroína y la actriz se muestra tan guapa como es. Dior reestrena entonces la campaña de *J'adore*.

Este verano, Lancôme lanzó un nuevo perfume, *Magnifique* (Tabla 8), con una actriz distinta a las anteriores: delicada, angelical, y juvenil. Aprovechan la imagen que Anne Hathaway tiene en el público, gracias a sus entrañables papeles en *Princesa por sorpresa* (2001), *El diablo viste de Prada* (2006), y *La joven Jane Austen* (2007). La magia está hecha y el perfume se vende gracias al momento de gracia y buena fama que está viviendo la joven actriz. Sharon Stone (Tabla 9) supone el ejemplo contrario. Estrena *Instinto básico 2* (2006) y Christian Dior la contrata para anunciar cremas antienvjecimiento. La actriz cumple 50 años durante el 2008 y lo celebra con un contrato millonario con la marca de cosméticos. Representa la posibilidad de seguir siendo joven y atractiva, aun siendo madura, como su personaje, Catherine Tramell.

Otros ejemplos que aparecen en las revistas estudiadas y merecen ser citados son: Angelina Jolie y Shiseido, Kate Winslet y *Trésor* de Lancôme, Gwyneth Paltrow y *Pleasures* de Estée Lauder, Andie MacDowell y L'Oréal, Demi Moore y Helena Rubinstein, o actores como Pierce Brosnan y Mathew Fox con L'Oréal, Clive Owen y Lancôme, o Jude Law y *Homme Sport* de Dior.

De actriz a modelo publicitaria

Los ejemplos de actrices que anuncian cosméticos son diversos y numerosos. Pasan de un trabajo a otro, para el que no están preparadas. De hecho, muchas fotografías son **retocadas por ordenador** para conseguir un resultado perfecto y el público denuncia que algunas campañas son engañosas o poco fidedignas. El pasado mes de agosto de 2008, surgió una tremenda discusión por la imagen de la cantante Beyonce para los tintes capilares de L'Oréal. *El País* hablaba de “Polémica por la palidez de Beyoncé”²⁴. La cantante y actriz mulata era

24. B.C. en *El País* (2008)

protagonista del tinte *Feria*, de L'Oréal y aparecía con una piel mucho más clara de la que tiene en la vida real. Según los expertos, había sido “deseñada” intencionadamente con el programa de tratamiento de imágenes Photoshop.

Un año antes, la misma marca fue el centro de críticas parecidas, debido a una campaña protagonizada por Penélope Cruz. Anunciaba la máscara de pestañas *Telescopic* y prometía un alargamiento de “hasta un 60 por ciento”. *El Mundo* recogía esta noticia²⁵ y la denuncia por parte de Advertisment Standards Authority (ASA), el organismo británico regulador de la publicidad. La marca de cosméticos reaccionó con un comunicado en el que admitía que la actriz llevaba pestañas postizas durante el rodaje del *spot* publicitario y la sesión fotográfica.

Gutiérrez González ha hablado de los **retoques de imágenes** y de las posibilidades que brinda el software actual. Según el autor, sirve sólo para arreglar y no para solucionar problemas. El publicista ha de partir de una buena foto o el retoque no le servirá de nada²⁶. Además, estas pequeñas mentiras suponen un importante varapalo para la imagen de la actriz y de la marca cuando son descubiertas. Burnett, Moriarty y Wells dicen que son consideradas poco éticas “si son falsas, manipuladoras o engañosas”²⁷. Estos mismos autores avisan del peligro que puede suponer inflar la verdad. Pero, al mismo tiempo, defienden que no todos los anuncios engañan o manipulan. Consideran que sí hay cierto grupo de publicidad “exagerada” y la definen como “representaciones de ventas, que elogian el artículo que se venderá con opiniones subjetivas, superlativos o exageraciones, de forma vaga y general, sin especificar un hecho concreto”²⁸. Visto así, existen serias dudas sobre si las campañas denunciadas son exageradas o directamente falsas o engañosas.

Por ello, la lectora de revistas femeninas debe ser cuidadosa e inteligente cuando mira los anuncios. Verá a sus actrices favoritas de cine o televisión e imaginará que, usando el producto que anuncian, puede ser como ellas. Las marcas lo saben y L'Oréal, la más citada, dice que esta práctica de recurrir a caras famosas provoca gran satisfacción²⁹. Confiesan que hacen la elección de forma sincera, analizando primero la imagen de la actriz y después, su relación con el producto. Defienden la idea de que sólo hay manipulación cuando se intenta dar una idea distinta de lo que es el producto en realidad, a partir de la imagen del famoso³⁰. Pero otros autores manifiestan **que al contratar a un famoso, ya**

25. AFP en *El Mundo* (2007)

26. Gutiérrez González (2006: 159)

27. Burnett, John / Moriarty, Sandra / Wells, William (2007: 80)

28. Burnett, John / Moriarty, Sandra / Wells, William (2007: 81)

29. Poitevin en Ferrer, Clemente (1993: 135 - 136)

30. Corujo Díaz en Ferrer, Clemente (1993: 13)

existe cierta manipulación. El anuncio se convierte en un mensaje absolutamente persuasivo porque el público confía ciegamente en el famoso y en lo que éste le diga o le muestre. Se juega con la bondad e ingenuidad del público que cree en un personaje construido, no en una persona real. Este hecho ha llevado a criticar muchas campañas de publicidad protagonizadas por actores, que hacían de médicos en alguna serie de televisión. Éstos aparecían como expertos, en lugar de como actores y daban su opinión como tales, algo que resulta un engaño. Por ello, hay que tener cuidado al enfrentarse a este tipo de publicidad: Un emisor puede ser creíble porque se le considera experto en la materia o porque transmite confianza. El hecho de hablar con seguridad, mirar a los ojos o ser presentado como alguien entendido en el tema hace que el mensaje sea más convincente. No obstante, en otras ocasiones la persuasión no proviene de la experiencia ni de la confianza, sino de una tercera dimensión, el atractivo de la fuente³¹.

Conclusiones

Las revistas femeninas españolas suponen un medio importantísimo para la publicidad. Ponen a disposición de los anunciantes gran cantidad de páginas impresas a color, y en alta calidad, y algo aún más importante: un claro público objetivo, delimitado y descrito en cada número. El hecho de ser un medio impreso permite que el impacto del anuncio sea mayor, su vida publicitaria se alarga y se multiplica, porque se puede ver el anuncio tantas veces como se quiera.

Las empresas de cosméticos encuentran en esa prensa especializada un hueco importantísimo para vender sus productos. Este espacio es más valioso y productivo que la radio o la televisión. Pueden introducir encartes, cupones de descuentos, pequeñas muestras y fotografías de mujeres que van a fascinar al público. Mujeres famosas, actrices salidas del cine o de la televisión, que cobran contratos millonarios por convertirse en modelos de forma temporal. El público las ama, las admira y tiene una imagen concreta sobre ellas, especialmente a partir de uno de sus roles o papeles en la ficción. El peligro está en que no son profesionales y hay que recurrir al retoque publicitario, a la manipulación, a la exageración o a prácticas engañosas que son eficaces pero resultan poco éticas.

La única que pierde es la lectora. Le venden ideas triunfadoras, “actitudes determinadas acerca de su marca”³². Le venden valores, prototipos, necesidades que necesita cubrir para vivir felizmente. Pero eso, en su mayor parte, es tan fic-

31. García de los Salmones / Rodríguez del Bosque / Suárez Vázquez (2008: 95)

32. Maas / Roman (2002: 10)

ción como la película o serie que tanto le ha gustado. Por ello es tan importante estudiar estos tipos de anuncios de forma crítica y denunciar las malas prácticas.

Bibliografía:

- AFP (2007):** “Acusan a L’Oréal de publicidad engañosa por colocar pestañas postizas a Penélope Cruz”, *El Mundo*, 27/07/2007.
Disponible en:
<http://www.elmundo.es/elmundo/2007/07/25/comunicacion/1185366941.html> [consultado el 15/09/08].
- B.C. (2008):** “Polémica por la palidez de Beyoncé”, *El País*, 09/08/2008. Disponible en:
http://www.elpais.com/articulo/Revista/Verano/Polemica/palidez/Beyonce/elpe-pirdv/20080809elprdv_19/Tes [consultado el 15/09/08].
- BOLINCHES, Cristina G. (2007):** “Las firmas de cosmética miran hacia Extremo Oriente”, *Cinco Días*, 08/01/2007.
Disponible en: http://www.cincodias.com/articulo/empresas/firmas-cosmetica-miran-Extremo-Oriente/20070108cdscdiemp_9/cdsemp/ [consultado el 15/09/08].
- BURNETT, John / MORIARTY, Sandra / WELLS, William (2007):** *Publicidad. Principios y práctica*. Ciudad de Méjico. Pearson Educación.
“Eva Longoria no tendrá hijos durante 6 años por exigencias del contrato”, *El Periódico de Aragón*, 19/08/2005.
Disponible en: <http://www.elperiodicodearagon.com/noticias/noticia.asp?pkid=198864> [consultado el 15/09/08].
- FERRER, Clemente (1993):** *Los famosos en la publicidad*. Madrid. Edimarco.
- GALLEGO, Juana (1990):** *Mujeres de papel. De ¡Hola! a Vogue: La prensa femenina en la actualidad*. Barcelona. Icaria Editorial.
- GARCÍA DE LOS SALMONES, María del Mar / RODRÍGUEZ DEL BOSQUE, Ignacio / SUÁREZ VÁZQUEZ, Ana (2008):** *Dirección publicitaria*. Barcelona. Editorial UOC.
- GARCILLÁN, Mencia de (2005):** *Marketing y cosmética*. Madrid. Esic Editorial.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, Pedro Pablo (2006):** *Teoría y práctica de la publicidad impresa*. Valencia. Campgràfic.
- MAAS, Jane / ROMAN, Kenneth (2002):** *El nuevo Cómo Anunciar*. Madrid. Grupo Control.
- MASSÓ, Ramón (2001):** *La cultura light. El éxito de los personajes famosos, los anuncios y las noticias*. Barcelona. Editorial CIMS.
- RONALD LANE, W. / THOMAS RUSSELL, J. / WHITEHILL KING, K. (2005):** *Publicidad*. Ciudad de Méjico. Pearson Educación.
- SIERRA, Mabel (2005):** *Maquillaje. Estética personal decorativa*. Madrid. Thomson Paraninfo.
- STOLL, Pamela (1994):** *El discurso de la prensa femenina. Análisis de los actos de habla en titulares de revistas femeninas británicas*. Alicante. Universidad de Alicante.
- WILKENING, Antje (2008):** *El arte del maquillaje y de la caracterización paso a paso*. Madrid. Editorial El Drac.

Un estudio mediático sobre el desgano y la apatía que los estudiantes secundarios presentan en el aula¹

María Carolina Saiz

Introducción al problema indagado

Esta investigación nace como un intento por explicar ciertas tensiones que, en mayor o menor medida, docentes y alumnos secundarios viven en el aula actualmente, a partir de las nuevas formas en la que los estudiantes se relacionan con la escuela, particularmente con las rutinas educativas desarrolladas día a día en el aula: lecturas, ejercitaciones, exposiciones del docente... El comportamiento de los jóvenes viene expresando de forma reiterada pocas ganas, entusiasmo y hasta reclamos para dar cuenta de las tareas planificadas. Si bien son sensaciones que rondan las salas de aula desde siempre, consideramos que hoy se ha agudizado de tal forma esta percepción de los estudiantes en relación a la escuela, que ha pasado a ser un verdadero problema, generando conflictos y disfunciones. Esto hace que las actividades educativas sean llevadas a cabo de manera precaria, siendo el rendimiento de los alumnos notablemente inferior a los objetivos trazados por la institución.

En función de lo dicho, este estudio partió de la siguiente pregunta ¿qué ha sucedido para que los alumnos hayan ido adquiriendo de manera acentuada una actitud que manifiesta, en muchos momentos de la jornada áulica, apatía y desgano en relación con las actividades y vínculos que allí suceden? Esta forma de estar en la escuela ha ido agudizando cierto desencanto e indiferencia produ-

1. Investigación etnográfica realizada entre el 2005 y el 2008 en un colegio público, ubicado en contexto de pobreza en la periferia de la ciudad de Córdoba-Argentina

ciendo un intercambio poco gratificante entre alumnos y docentes, bajo esta nueva realidad tanto los profesores como los alumnos han llegado a una situación compleja que la definimos aquí en términos de encrucijada. Los profesores se quejan y dicen que los alumnos están cada vez más vagos y desinteresados por el conocimiento que la escuela ofrece, mientras que los estudiantes en su intento por explicar lo que sienten mencionan al aburrimiento y la falta de atractivos que les provoca las propuestas que los profesores acercan al aula. Esto hace que nos preguntemos sobre los cambios culturales actuales que viven los adolescentes y que pueden estar modificando la manera en la cual ellos perciben y se relacionan en y con la escuela.

La problemática descrita ha sido investigada a través de un grupo de alumnos de un curso de la escuela secundaria “República Argentina”, pero consideramos que es un problema presente en muchas escuelas, ya que viene siendo discutido por los docentes y diversos especialistas en las escuelas, medios de comunicación, congresos. Por otro lado, también reconocemos que cada escuela y cada curso (aún dentro de la misma ciudad) tiene su propia realidad, actores, historia y por lo tanto, asumimos que nuestro trabajo va a expresar a un curso y a una escuela, no a su totalidad.

“La homogeneidad supuesta en el modelo oficial de la escuela desaparece frente a la heterogeneidad de prácticas y significados que se encuentran en las escuelas, que incluyen formas culturales desfasadas, abigarradas, que reflejan diversos momentos de una historia en la que hubo diversos actores.” (Rockwell, 1991: 13)

Así mismo, consideramos que la problemática que se va a abordar es parte de un síntoma de época que atraviesa a los adolescentes y a la educación escolar. En este trabajo el desinterés y el desgano de los alumnos en relación a lo que sucede en el aula ha sido analizado a partir de averiguar por la participación que en este problema pueden tener los consumos de medios de comunicación que ellos realizan en sus vidas cotidianas; ya que entendemos que la cultura mediática en la cual están inmersos los adolescentes dibuja nuevos escenarios sobre los cuales ellos perciben y actúan en la escuela hoy. En este sentido, consideramos que los medios también ofrecen nuevas formas de conocer la realidad, y que el contacto permanente de los jóvenes con la tecno-comunicación produce una serie de modificaciones en sus percepciones y prácticas, que van a incidir en cómo experimentan y se relacionan con formas tradicionales de aprendizajes como los escolares.

2. Los nombres propios utilizados para designar instituciones y personas, son ficticios

Huergo (2004: 36) plantea que se limitó el sentido de lo educativo a lo escolar, excluyendo muchas otras prácticas y espacios socioculturales que también participan en la formación de los sujetos. Por lo educativo, el autor (2004: 33), comprende:

“...la articulación entre determinadas interpelaciones (llamamientos o invitaciones a ser, pensar, obrar, etc.) que contienen modelos de identificación propuestos desde un discurso específico (familiar, escolar, religioso, mediático) y los reconocimientos que antes ellos se producen (sintiéndose aludido, adhiriendo, asumiendo esos modelos propuestos); articulación que constituye al sujeto.”

Comprendemos que el problema identificado en este trabajo está ligado al hecho de que la invitación a ser y pensar, ejercida actualmente desde la escuela no está produciendo los mismos efectos que en otras épocas, si bien esto ha sido analizado en la escuela República Argentina, entendemos que esto puede estar sucediendo con diferentes matices en muchas institución. Hoy el adolescente asume el rol de alumno (previsto en el discurso oficial de la escuela) de manera fluctuante, de a ratos, de manera discontinua e inclusive en ciertos momentos pareciera desconocerlo. Por otro lado, entendemos que hoy lo educativo, en tanto invitación a ser y obrar también esta siendo realizado por la tecno-comunicación, de allí que ubiquemos a los medios como una institución medular que está interpelando a los jóvenes, produciendo modelos de identificación afines con una sociedad en transformación, en la que dichos cambios implican la fragilización de las interpelaciones escolares, así como las de otras instituciones tradicionales propias de la modernidad.

En este trabajo abordamos desde la mirada adolescente, algunos vínculos estrechos, pero no por ello transparentes, entre este nuevo mundo socio-comunicativo y su relación con la educación escolar. Intentando encontrar pistas para este nuevo desafío que vive la escuela. En este sentido, comprendemos que la escuela, hoy más que nunca, necesita ser explicada también desde los vínculos socio-culturales que se desarrollan por fuera de la propia institución. Sobre todo por aspectos culturales ligados al mundo juvenil, que ingresan a la escuela a través de sus alumnos desacomodando y mezclándose con el mundo interno de la escuela.

En este sentido, Eva Da Porta (2000: 122) ayuda a pensar cuando plantea que “la cultura televisiva (podríamos pensar en la mediática) transforma la relación de los sujetos con el saber, con los modos de producirlo, transmitirlo, recibirlo y valorarlo y que si la escuela no advierte esta situación parece dirigirse a un proceso de deslegitimación social irreversible.”

Consideramos que el mundo de los medios, como mundo de lenguajes masivos y populares, puede ayudarnos a comprender los atravesamientos simbólicos

que viven los adolescentes | alumnos. Y desde ahí pensamos que se pueden construir ideas para que la escuela se observe e interrogue, como si se mirara en un espejo. En fin, los medios, paradójicamente, criticados, vapuleados desde la educación, son en este trabajo piezas claves para hacernos reflexionar y entender un poco más lo que sucede en la escuela hoy.

Una síntesis para ubicar el trabajo de campo

El estudio realizado tiene su marco teórico en la comunicación social, particularmente en nociones de la cultura mediática elaboradas en su inicio por Jesús Martín Barbero y repensadas por diversos autores. Para analizar la mediatización en la escuela utilizamos en primer término los aportes teóricos y claves de Jorge Alberto Huergo. Desde este marco se realizó, a través del método etnográfico de la antropología, la investigación sobre el problema presentado.

Los protagonistas de las entrevistas etnográficas son un grupo de alumnos de la escuela “República Argentina” que es de nivel medio, pertenece al estado y está ubicada en la periferia de la ciudad de Córdoba en contexto de pobreza, la misma cuenta con aproximadamente 500 alumnos secundarios que viven por dicha zona. Las entrevistas se realizaron entre los años 2005 y 2006 tiempo en el cual el grupo realizó tercer y cuarto año de la secundaria, produciéndose en ese lapso de tiempo un abandono considerable de alumnos, cuestión que en parte es previsible en esta escuela, dado que con tercer año completan el CBU³ y no todos deciden seguir, hecho que está en relación con el origen socio-económico del grupo. A través de las entrevistas se averiguó cuáles son los medios y programas preferidos por el grupo, cuáles son los motivos de esas elecciones, y particularmente qué nos pueden decir esos consumos y usos culturales respecto al problema escolar presentado.

Enfoque teórico: el aprendizaje tradicional jaqueado ante los nuevos dispositivos del saber

“... al tornarse más rápido, generalizado e intenso el cambio no sólo exige a cada generación incorporarse a un mundo distinto del de la anterior, sino pasar ella misma por varios mundos distintos” (Fernández Enguita, 2006: 20).

Los medios de comunicación han ido posicionándose como productores de sentidos socialmente compartidos, proceso que construye marcos de referencia

3. CBU significa Ciclo Básico Unificado en él se incluyen los tres primeros años de la secundaria con un título intermedio, siendo que al cabo de tres años más se obtiene un título de secundaria completa

percibidos de forma integrada y coherente; y que permite que distintos colectivos humanos transiten por la vida con ciertos niveles de seguridad.

“Los medios proporcionan la posibilidad de una imagen coherente y de una comprensión global de la totalidad social más allá de la fuerte fragmentación de la sociedad contemporánea” (Abril, 1997: 110)⁴.

En este sentido, es importante considerar que los medios (así como la escuela), socializan justamente porque lo hacen en conjunto con un sistema institucional más amplio que integran, y es a través del encuentro de esos diversos actos de comunicación que se refuerzan ciertas perspectivas de mundo. Sin embargo, en épocas de cambios sociales profundos como los actuales, los mensajes de algunas instituciones -de reciente constitución- tienden a entrar en contradicción con los de otras más tradicionales. Esta es una de las ideas que va a sostener esta investigación en relación a cómo se ha ido estableciendo la relación medios-escuelas. Tanto las experiencias mediáticas como las escolares son socializantes, ya que construyen grupos sociales con mundos simbólicos afines. Sin embargo las valoraciones que sostienen la escuela y los medios son muy diferentes. Consideramos que este hecho produce al interior de la escuela ciertas tensiones, ya que las vivencias mediáticas muestran una nueva manera de relacionarse con el saber que pone en cuestión los valores y las modalidades tradicionales del aprendizaje que sostienen muchas escuelas como es el caso de República Argentina.

Es necesario aclarar que cuando nos referimos al saber promovido por los medios estamos pensando en un conocimiento en términos amplios, no en un sentido restringido de categoría cognitiva (Da Porta, 2000: 117). El saber que difunden los medios colabora a reforzar o ampliar los marcos de referencia, posibilitando que las personas tomen contacto con otras realidades, experiencias, valores, comportamientos por fuera de las vivencias inmediatas. Jorge Huergo (2001: 60) va a especificar la diferencia entre los saberes mediáticos y los escolarizados, con las siguientes palabras:

“La educación ha dejado de ser un asunto exclusivamente pedagógico: la escuela y los medios juegan un papel en la percepción del mundo, la adquisición de valores y los procesos de socialización, de manera paralela. Sería posible diferenciar el saber que paralelamente ofrecen la escuela y los medios; la primera consagra un saber formalizado, jerarquizado, organizado, mientras que los medios sugieren un saber centrado en el entretenimiento y que despierta en los jóvenes mayor entusiasmo e interés. El tipo de organización de los contenidos

4. Gonzalo Abril toma esa perspectiva de S. Hall (1981), presente en el libro: *La Cultura, los medios y el efecto ideológico* de Curran, J., Gurevitch, M. y Woollacott, J. (comps.) (1981)

en los medios es fragmentada y atomizada; en cambio en la escuela, la forma de organizar los contenidos es lineal y total...”⁵

Cuando mencionamos la mediatización cultural estamos haciendo alusión a un proceso histórico en el cual el avance y uso de tecnología en las comunicaciones ha ido adquiriendo mayor entidad en la vida cotidiana de los grupos humanos, de esta forma la mediatización tiene efectos sobre las percepciones y las prácticas que los grupos sostienen, produciendo modificaciones en relación a como eran representadas y realizadas antes.

En relación al ámbito escolar una de las transformaciones importantes que los medios han producido es que han corrido de lugar el rol específico que tenía la escuela como institución que detentaba el saber. Barbero destaca que una de esas modificaciones centrales que realizan los medios es mostrarles a los niños y adolescentes aquello que la escuela se encargó de ocultarles, porque eran asuntos propios del mundo adulto, como las guerras, la sexualidad, el engaño, la corrupción... Los medios fisuran esta protección al poner a los niños y jóvenes en contacto con temas de todo tipo, incluido los más escabrosos. El autor nos hace pensar en los cambios producidos por los nuevos lenguajes, no como un conglomerado de nuevas opciones socio-comunicativas, sino señalando transformaciones más profundas que alteran la cultura, la subjetividad y las interacciones sociales.

El mundo cognoscible, que nos transmiten los medios, penetra en nuestras vidas dando la fuerte sensación de que todo se puede conocer con rapidez, comodidad, eficacia y diversión. Una profunda diseminación del conocimiento, a través de los medios, que difumina los bordes claros entre las distintas disciplinas, pero también entre un saber disciplinario y un saber ordinario (Barbero, 2002: 85 y 86). Todo esto nos deja como saldo el interrogante: de qué manera la cultura mediática esta resignificando el conocimiento hoy y cómo participa esto en las modalidades que los estudiantes han ido adquiriendo de relacionarse con las propuestas escolares de educación.

Los consumos mediáticos más significativos para el grupo de alumnos

“¿Cuánto de lo que constituyen o hace parte de la vida de las clases populares, y que es rechazado del discurso de la Cultura, de la educación y la política, viene a encontrar expresión en las cultura de masa, en la industria cultural?” (Martín Barbero, 2003: 321)⁶

5. Huergo se basa en una clasificación de la investigadora peruana María Teresa Quiroz

6. Jesús Martín Barbero en su libro *De los Medios a las Mediaciones* sintetiza la pregunta ya hecha por G. Sunkel en "Las matrices culturales y la representación de lo popular en los diarios populares de masa", p. 27 a 58

En esta investigación se hizo hincapié en dos radios locales La Popular y La Suquía (ambas radios de la ciudad de Córdoba-Argentina) dado que fueron las más mencionadas por el conjunto de los alumnos entrevistados, aún por encima de otros medios como la televisión. Los programas matutinos fueron los más comentados, ya que por las tardes asisten a clases, estos programas podríamos clasificarlos como populares y comerciales, populares porque en ambos se habla de las cuestiones propias del día a día, desde cierto sentido común, con un lenguaje digerible y simple. Durante el programa se emiten al aire algunas de las llamadas de los oyentes (que son previamente grabadas y seleccionadas por la producción), haciéndolos participar junto al locutor sobre diversos temas tratados; el oyente sale al aire y comenta sus necesidades, preocupaciones, con su lenguaje propio de la calle y de la oralidad, se reciben mensajes, de todo tipo inclusive de la cárcel donde los presos avisan a los familiares como se sienten; en este sentido se podría pensar lo popular en estas radios “... en cuanto trama, entrelazamiento de sumisiones y resistencias, de impugnaciones y complicidades” (Barbero, 2003: 266). Lo popular, para Barbero, no es sólo reproducción de los intereses dominantes, ni es tampoco un lugar aséptico, de prácticas incontaminadas, sino que vive imbricado en lo masivo y lo industrial. Por otro lado, clasificar a ambas radios como comerciales implica percibir que ellas no pierden de vista en la producción de los programas el criterio de rentabilidad económica, sosteniendo para ello un formato tipo receta que produce beneficios comerciales por el alto rating, lo cual inscribe en sus discursos una serie de características que tienden a tornarlos masivos.

Las llamadas de los oyentes hacen parte de los programas, los mensajes van desde problemas amorosos, necesidad de alguna información, denuncias, comentarios sobre los bailes de cuarteto; los locutores participan dando consejos, brindando informaciones, solicitando nuevos mensajes.

Los jóvenes de este colegio se sienten fuertemente interpelados por estos programas, sus locutores, los llamados y particularmente por la música de cuarteto. Silvia Duschatzky (1999: 13) define a la interpelación como

“una operación discursiva mediante la cual se propone un modelo de identificación a los sujetos sociales. No se trata de un acto expresamente intencional sino de un proceso por el cual un sujeto de deseo y de demanda se siente vinculado a un discurso (institución, práctica, etcétera) particular.”

En el siguiente pasaje de entrevista unas alumnas nos dan ejemplos de qué tipo de asuntos, que despiertan sus intereses, son tratados en radio La Popular a partir de llamadas de los oyentes:

Paola: te dan consejos... por ejemplo hay gente que llama a la radio y dice yo ando con mi primo por ejemplo, y ve si lo pueden aconsejar...

Yo: ¿y qué les parecen las opiniones que da la gente?

Gloria: te hacen reflexionar.

Paola: en algunos casos se parece más o menos a lo que te está pasando a vos, entonces el consejo que le dan a otra persona por ahí te sirve a vos...

Ambas alumnas se reconocen en las interpelaciones de los llamados y del formato del programa matutino de radio La Popular, según ellas es común que en las llamadas se relaten experiencias similares a las que ellas pueden estar viviendo. Algo parecido sucede con las interpelaciones que reciben de las canciones de cuarteto⁷ que es la música central de estos programas:

Yo: ¿ustedes creen que las canciones de cuarteto muestran algo que tenga que ver con la vida de ustedes?

Juan: sí.

Yo: ¿por ejemplo, Juan?

Juan: las mujeres que quedan embarazadas.

Los consumos radiofónicos cobran sentido en la trama de las demás prácticas cotidianas. Ser oyente de radio La Popular o de radio Suquia implica sentirse representado en los discursos de sus locutores, en las llamadas de los oyentes, pero también muy significativamente en las canciones, lo cual compone una red de sentidos que remiten a experiencias ligadas al barrio, al abandono, a la ilusión de un amor imposible, a las dificultades económicas, a la discriminación de la policía... En este sentido nos cuenta Antonia, una de las preceptoras⁸ del colegio, cómo estas radios incluyen a los sectores populares a partir de vivencias singulares, que conectan con códigos de comunicación profundamente emotivos y afectivos de sus vidas:

“Para mí la que más se escucha acá es La Popular... es parecida a La Suquia... no discriminan a ningún sector social y se vuelcan al sector más vulnerable que son las personas que están detenidas. Yo que la escucho, a la radio Popular, por ejemplo dicen en el programa: te llamo del pabellón 3 o rojo o están numerados o están marcados por colores. Vos decís ¿y se les permite? Sí, es un sector que está recluido, por alguna mala acción y se trata de insertar a través de un medio radial, que está muy bien.”

7. Ritmo musical de creación local y apreciación popular, que contiene letras que presentan experiencias propias de estos colectivos, así como un ritmo rápido y pegadizo. Los espacios propios de emisión de las bandas de cuarteto son las radios de corte popular y los bailes de cuarteto muy frecuentados por los jóvenes protagonistas de este estudio

8. Preceptora en Argentina se le dice a personas que trabajan en la escuela en relación con los alumnos, cuya función es mantener el orden y la disciplina de los mismos sobre todo en los espacios en los cuales no están presente los profesores como los recreos, cuidar que lleven el uniforme de manera adecuada, tomar la asistencia, así como realizar otras tareas más administrativas

Ella considera que la radio tiene ese nivel de empatía con los moradores del barrio, porque se constituye como un espacio para la intimidad y el afecto. Las llamadas desde la cárcel permiten restablecer los vínculos familiares, aunque sea para avisar que están bien, enviar alguna noticia o al menos mandar un saludo. La radio habilita la construcción de una intimidad-pública con sus familiares, en estas comunicaciones también participan otros desde la escucha que viven experiencias cercanas, sintiéndose parte de un colectivo común.

“La experiencia mediática de integración se realiza al establecer lazos imaginarios de pertenencia con otros en circunstancias similares, sin necesidad de que medie el conocimiento personal ni el contacto físico. En esta clase de vínculos tampoco hace falta el pasado para darle sentido a la relación, ni el futuro para otorgarle proyección en el tiempo.” (Winocur, 2002: 203)

Según Gonzalo Abril (1997: 55) la modernidad ha producido “comunidades imaginarias o estéticas” grupos humanos que no se conocen y sin embargo a través de sus gustos y consumos mediáticos no sólo comparten contenidos cognitivos y modos de interpretar, sino sobre todo “*ciertas sensibilidades, estilos rituales, repertorios iconográficos, pautas proxémicas (de contacto y relación) vocabularios experienciales característicos.*” En este sentido, estas radios son para los sectores populares un espacio vivido como propio, en el que circulan sus códigos, sus palabras, su forma de pronunciar el mundo, como lo decía Paulo Freire.

La manera en la cual se tratan los problemas de los oyentes que acuden a la radio para pedir consejos o ayuda es también singular, ellos cuentan sus experiencias sin tantos rodeos, los problemas que muchas veces se relatan requieren soluciones que no pueden esperar, entonces la radio se presenta como un espacio “público” de comunicación que ayuda a tomar decisiones “privadas” y a encontrar salidas al sufrimiento, desde cierta protección que ofrece el anonimato de la comunicación mediada (Winocur, 2002: 204). El tiempo de las largas argumentaciones es representativo de otras clases sociales en las que existe el privilegio de la planificación, y la posibilidad de la espera. El tiempo vivido como fugaz y veloz de estos programas no sólo está presente en la búsqueda de soluciones rápidas a los problemas de los oyentes, sino también en el fuerte ritmo de las canciones de cuarteto, en el paso de un asunto a otro, en las voces y música que se superponen dejando prácticamente ningún espacio para el silencio.

Barbero destaca que los medios masivos desentierran la cultura popular, esa que la escuela en su proyecto oficial por implantar y legitimar la cultura culta-dominante intentó soterrar. A través de los medios los sectores populares se vuelven a encontrar, se reconocen en el mestizaje de sus discursos, en la revolución de ideas, de proverbios, de oralidad, de fragmentos de sentidos vividos. Este tipo de discurso propio de las radios populares se auto-legitima, a partir de

poner en valor lo simple, lo digerible, lo concreto, como formas de enunciar el mundo y explicarlo:

“... el orden cognitivo, el sentido común, las experiencias y los aprendizajes de la vida cotidiana son revalorizados frente a la racionalidad de los saberes especializados en el orden pragmático, consecuentemente, los actos discursivos de los especialistas (consejo, prescripción, divulgación...) son sustituidos por los propios de la interacción de la “gente común” en contextos de vida cotidiana (felicitación, reproche, confesión...), un cierto hiperrealismo costumbrista toma el relevo del discurso pedagógico de los expertos; en el orden expresivo, por fin, los modales serios, magistrales, autocontrolados que nuestra cultura simboliza en la figura paterna, ceden paso al estilo sentimental, fusional y orientado a una identificación múltiple que se asocia con la figura materna” (Abril, 2003: 112). Como venimos analizando las nuevas mediaciones tecno-comunicativas son invitaciones a ser y obrar para estos jóvenes en tanto y en cuanto anclan en la trama cultural en la que ellos se encuentran: vivencias ligadas a barrios periféricos y populares de la ciudad, a la exclusión, así como desde ahí a la necesidad de participar o sentirse parte de un espacio de pertenencia como la radio, en la cual circulan voces parecidas a las suyas, donde se recrea la vida desde lugares conocidos y bajo un lenguaje común. En este sentido la radio al apelar a este tipo de necesidades afectivas y emocionales de su audiencia pone en evidencia el no tratamiento de estos asuntos por parte de la escuela. Ya que la escuela marca un corte entre los contenidos intelectuales que enseña y la trama cultural rica en vivencias de todo tipo que los adolescentes traen al colegio. Entonces ¿de qué manera la escuela podría asumir algunas de las experiencias mediáticas -que conectan con sus vidas- como parte del campo cultural que hoy interpela a los alumnos en función de considerarlos parte de los aprendizajes escolares?

El aburrimiento en los jóvenes: ¿consecuencia de un mundo mediatizado?

Dado que ha sido una constante en nuestro trabajo de campo y en el trabajo como docente escuchar de los alumnos secundarios la frase de que el colegio es un lugar aburrido, le hemos dispensado una especial atención a esa palabra. En particular porque también es una sensación que viene sobre todo en los últimos años avanzando en el aula y constituyéndose en un problema a la hora de desarrollar las actividades tradicionales de ese espacio. Vamos a analizar esta percepción a través del siguiente diálogo con un grupo de alumnas:

Claudia: este colegio es aburrido, no tienen actividades que llamen la atención (las demás alumnas del grupo entrevistado asienten con la cabeza)

Yo: ¿cuáles serían actividades que llamen la atención, por ejemplo?

Claudia: hay IPEM⁹ que tienen teatro y acá no hay, te puedes divertir más yendo a eso... no hay nada como para... ver video, no hay nada, para escuchar música...

Noelia: en el otro colegio que yo iba, teníamos biología... y siempre veíamos videos relacionados con biología, en música también, nos hacían hacer instrumentos... actividades más creativas...

Yo: y la biblioteca del colegio que ahora tenemos, han llegado libros, podrían ver temas de biología buscar en esos libros...

Sonia: es mejor ver un video que llama más la atención, le prestas más atención... que leer un libro... un libro es aburrido... no lo entendés... al que le gusta leer bueno puede entender... ¿y al que no le llama mucho la atención leer?

Noelia: y aparte lo entendés más... está como más relacionado...

Claudia: lo entendés más relacionado...

Noelia: las imágenes... todo...

Sonia: en cambio un libro no hay muchas imágenes...

Por un lado, observamos que Claudia da por sentado que en el colegio debería haber actividades que llamen la atención, que enganchen, que sean atractivas; lo cual remite a una manera particular de suponer un acto de conocimiento. Entendemos que si el colegio es asumido como un tiempo de aburrimiento es porque se lo está comparando con otras experiencias que no lo son.

De acuerdo con los comentarios de las alumnas para que una actividad educativa sea creativa o entretenida no necesariamente tiene que estar ligada al uso de medios de comunicación en el aula, pero sí a situaciones más recreativas, animadas y placenteras. Ellas ponen como ejemplo el “hacer algo”, en el caso de los instrumentos de música, como una forma de transformar la actividad áulica en algo más agradable. El hecho de fabricar instrumentos, hace que el cuerpo se ponga en movimiento, pueda recorrer el salón de clases para buscar los materiales, intercambiar entre ellos herramientas, ideas, conversar sobre esto y otras cosas, luego usar los instrumentos musicales fabricados de forma grupal o al menos mostrárselo a los demás.

María Cristina Mata al referirse a la mediatización de la cultura dice que los medios de comunicación modifican, con matices y singularidades, la manera de percibir y realizar diferentes prácticas sociales. En este sentido, aunque las alumnas no plantean que es necesario el uso de medios para hacer de una clase algo más atractivo, consideramos que el hecho de que las alumnas pongan de relieve

9. IPEM: Instituto Público de Enseñanza Media. Son escuelas secundarias que pertenecen al gobierno de la provincia de Córdoba, cuya capital es la ciudad de Córdoba

la necesidad de entretenerse, de sentirse enganchada, está remitiendo a un tipo de apelación valorativa que los medios están marcando permanentemente en la subjetividad.

En el aula uno escucha: “no voy a hacer este ejercicio porque es aburrido”, “no voy a leer esto porque es muy largo y me aburre, me cansa”, “eso ya lo vimos, por qué no da algo nuevo”. La idea de que siempre tiene que haber algo nuevo es otro señalamiento frecuente de los alumnos, la necesidad de “lo novedoso” es un imperativo hoy. Aquí también se presenta cierta relación con las valoraciones mediáticas, ya que en ellas se legitima desde distintos ángulos la importancia de “lo nuevo”, por ejemplo desde la idea de la “primicia” en el terreno de la información, la importancia de estar al tanto del último descubrimiento sobre un tema, ser parte del colectivo que accede a esas informaciones, ubica a la persona en un lugar privilegiado y hace de lo novedoso un valor en sí mismo. Los medios inculcan permanentemente el valor de lo nuevo a través del consumo en general, de la moda, de la renovación permanente de programas, cambios de formatos. Los medios como parte esencial del sistema capitalista promueven la renovación constante de todo tipo de productos en la vida cotidiana, procedimiento que a su vez legitima su propio funcionamiento.

En este sentido observamos que la rapidez, en tanto sentido del tiempo, la fragmentación, en tanto brevedad y paso a otros contenidos, la novedad como parte de esa fragmentación que siempre precisa mostrar algo nuevo como “gancho” son, entre otras tantas, valoraciones analizadas como contraste entre el aula y los medios. Cada una de estas instituciones establece formas disímiles de conocer el mundo, explicarlo y aprenderlo.

Frente a los medios, la escuela opera con un tiempo de desacelere, en ella, los timbres, la necesidad de quietud del cuerpo, el orden de los bancos en la sala, el silencio, las ejercitaciones y evaluaciones, todo esto configura rutinas, repeticiones conocidas, ritmos lentos, con actividades prescritas y resultados esperados que no conciben con las sensaciones que la experiencia mediática proporciona, donde los sucesos sorprenden por el azar, la velocidad, la novedad así como por la simultaneidad y superposición con la que son presentadas las imágenes, las voces, la música.

En consonancia con esa línea de análisis podemos preguntarnos ¿qué nos están diciendo los alumnos, cuando plantean que no entienden un texto antes de haberlo leído?, ¿qué nos dice esto sobre el empeño y la voluntad que los docentes suponen debería haber para que se produzca el acto de conocimiento?, ¿de qué manera el tiempo de desacelere que requieren las actividades escolarizadas se ha transformado en un tiempo problemático?

Los márgenes de concentración tolerables en un mundo en constante bullicio

Cuando se les consultó a los alumnos por qué prefieren la radio en relación a los demás medios, respondieron reiteradamente que: “con la radio te puedes mover por la casa”. Ser oyente de radio no requiere mantener el cuerpo inmóvil, y eso parece fundamental en la práctica mediática de estos grupos. En este sentido otra alumna nos ayudó a entender lo esencial que implica para ellos la disposición física que permite la radio:

Sonia: yo no veo tele, a mí me gusta la radio, porque vos la pones y andas por todos lados... escuchas todo lo que están diciendo... voy limpiando... haciendo... en cambio la tele tenés que estar ahí para ver qué está pasando.

La alumna señala que la radio, por su particular lenguaje tiene menos exigencias que la televisión en cuanto a su recepción, acoplándose a la vida cotidiana de los quehaceres domésticos, del estudio y demás sin resistencia. Ellas pueden tenerla prendida mientras transitan el día, pueden limpiar, cuidar a los hermanos, tomar mate, hablar con la vecina, hasta dormir con la radio prendida. Hacer otra cosa mientras se escucha la radio parece ser una modalidad de recepción mediática muy a fin a sus disposiciones y necesidades.

El bullicio de la radio con su alegría, cuarteto, feria de saluditos y demás parece no molestar ninguna otra actividad de la familia. Daniela llega al extremo de decir: “yo prendo la tele, miro la tele pero escucho la radio, mi papá me reta porque estoy con la luz prendida, el equipo...” Con esta frase Daniela muestra la forma particular que tiene de escuchar la radio y ver televisión al mismo tiempo. Como si ella armara su propio video clip, porque la radio no habla de las imágenes que emite el televisor, ni al contrario, quedan disociados ambos lenguajes, pero eso lejos de molestar, le agrada.

Según lo que cuenta este grupo, parece que no hay momentos del día en que intervengan los padres o algún adulto que apague la radio o la televisión indicando que deben hacer las tareas u otra actividad en silencio. Actitud que puede estar presente entre jóvenes de otros sectores sociales, donde las actividades están más separadas, por los espacios domésticos, ruidos, horarios. En el caso de estos jóvenes es más difícil que esto suceda, ya que la casa cuenta con muy pocos espacios, algunos hogares llegan al extremo de tener un único ambiente en el cual la familia debe resolver todas las actividades del día.

Desde esta perspectiva y teniendo en cuenta que la gran mayoría señala que opta por las radios cuarteteras y si algunas alumnas dicen que hasta duermen con la radio encendida ¿habrá algún momento en la vida de estos jóvenes en el que sienten la necesidad de hacer silencio? Y en todo caso ¿cómo perciben ellos

el requisito de orden y silencio que exige la experiencia de escuelas como República Argentina? Con esto no decimos que en esta escuela se logra necesariamente ese estado físico-intelectual, pero sí que es una exigencia hacia sus alumnos para poder dar cuenta de las actividades educativas. En este sentido ¿qué opciones pedagógicas habría cuando ese estado de tranquilidad no se logra y produce a lo largo del ciclo escolar un profundo desgaste entre docentes y alumnos?

En la actualidad, en términos generales, ingresar sobre todo a los cursos bajos de la secundaria, y más aún como en este caso, cuando están en contexto de pobreza, caracterizados por recibir alumnos con malas calificaciones y comportamientos, es un espacio en el que suceden muchas situaciones superpuestas: los adolescentes se levantan, comen, o pretenden comer en el aula, molestan a los compañeros, ríen, andan el curso, se envían mensajes en trozos de papel, se ponen de novio, se pelean.

La interacción con un mundo tecno-comunicado y el escaso entrenamiento en lecto-escritura que se puede presentar de forma más aguda en escuelas como esta que están en contexto de pobreza no colaboran para desarrollar las habilidades y hábitos que requiere la educación escolar. Esta institución espera que los alumnos lleguen con ciertas herramientas y hábitos que en la mayoría de los casos no se da. En este sentido ¿no sería importante pensar las prácticas educativas situadas en lugares con personas reales, atendiendo tanto a sus potencialidades como a sus limitaciones? Por otro lado, ¿para aprender es necesario mantener los niveles de concentración, con su correspondiente quietud del cuerpo y del pensamiento durante tantas horas por día?, ¿no habrá llegado el momento de ensayar nuevas modalidades de enseñanza más ligadas a la experiencia, al intercambio, a tiempos destinados también para la afectividad, el experimento, la investigación y no sólo, como ya decía Paulo Freire para una educación basada en la memorización de lo que otros descubrieron, hicieron, pensaron?, ¿qué opciones tenemos los docentes para trabajar considerando el bullicio interno que los alumnos traen del mundo contemporáneo que les toca vivir?, ¿cómo contrarrestar ese bullicio sensorial con actividades formativas que también despierten el interés, que los motive?

Consideramos que en la actualidad para cumplir con los conocimientos intelectuales los jóvenes están demandando la inclusión de otros aprendizajes que hasta ahora han sido apartados de la escuela. En este sentido pensamos si sería posible una modalidad educativa que implique también a los aprendizajes emocionales, vivencias grupales, propias de los adolescentes, que permitan una mayor participación para los alumnos dentro de la escuela y que refuercen formas nuevas de relación con ella, que no estén ligadas necesariamente a un aprendizaje intelectual cuya finalidad es siempre ser evaluado.

Estrategias para hablar de lo propio en el aula:

Eva Da Porta plantea que muchas veces los alumnos llevan a las clases asuntos que vieron o escucharon en los medios y que al despertar su curiosidad desean compartirlo con otros. Martín Barbero (2002: 82) hace la siguiente reflexión en torno a este tema:

“Frente a unos alumnos, cuyo medio ambiente comunicativo los empapa cotidianamente de esos saberes mosaico que, en la forma de información, circulan por la sociedad, la reacción más frecuente de la escuela sea de atrinchamiento en su propio discurso, pues cualquier otro modo de saber es resentido por el sistema escolar como un atentado directo a su autoridad.”

Si bien consideramos las palabras de Martín Barbero, no es fácil para los docentes incluir este tipo de comentarios o inquietudes en las horas de clases, porque demandaría un formato educativo en el que no se está entrenado, hacer participar a los alumnos desde sus conocimientos en un tiempo formativo requiere un saber teórico y práctico particular, para que no se transforme ese tiempo en un cúmulo de charlas de sentido común que no conducen a ningún lugar claro.

En la siguiente entrevista las alumnas comentan cómo hacen para hablar de asuntos mediáticos que les interesan durante las horas de clase:

Yo: y ¿cuándo hablan sobre las telenovelas?

Ana: y... en el aula cuando nos aburrimos, o nos quedamos sin copiar, nos hacemos a un lado y conversamos... porque en el recreo no tenemos casi tiempo...

Las alumnas, durante la entrevista, señalan que los comentarios sobre cómo va la novela son realizados por ellas en los espacios que la escuela deja al margen, los espacios que ellas más o menos estratégicamente consiguen “robar” de horas de clase. Este fragmento de la entrevista deja entrever que escuelas como República Argentina no planifican ningún tiempo en el cual las alumnas pueden compartir y reflexionar sobre experiencias propias, ya que las horas de las diferentes materias transcurren una tras otra siempre con actividades en torno a textos cuyos contenidos son específicos de la materia en cuestión. Ni siquiera el mismo recreo que podría ser un momento para estos intercambios, por lo menos de manera informal, son habilitados desde la escuela, ya que son de escásimo tiempo (5 o 10 minutos) como lo señalan las alumnas. Esto significa que el recreo es pensado como tiempo para satisfacer necesidades exclusivamente biológicas: ir al baño, tomar agua o tomar un vaso de leche y comer un pedazo de pan que en este colegio es brindado por la misma institución, dadas las carencias económicas que tiene su población; pero no como un tiempo de intercambio entre pares.

En función de esta debilidad del espacio escolar hemos observado durante las horas de clase como los alumnos de CBU suelen intercambiar mensajes personales escritos en trozos de papel, como una actividad intensa y emocionante. En esos papeles viajan mensajes donde comentan cuestiones de índole amorosa, de quién gusta tal o cual, una pelea en el recreo con un chico de otro curso, a veces se preguntan cosas que no se animan a preguntarse personalmente o que no tienen tiempo y lugar para hacerlo.

Con estos trozos de papel han desarrollado toda una logística de comunicación subterránea que intenta sortear los canales establecidos por la escuela para poder hablar de temas propios. Estas comunicaciones también funcionan para sortear los momentos monótonos de clase, que al parecer para ellos no son pocos. Participar de esta ronda de mensajes también implica pertenecer, desde la complicidad, a esa trama subterránea que intenta escabullir la mirada y el control de los adultos.

Todo esto habla de la profunda necesidad que tienen de comunicarse entre ellos, de encontrar canales en los cuales puedan estar sin el control del adulto que en la escuela está siempre asociado con el deber de estudiar. Hay días en los que estas notas recorren el salón de clases, mientras el docente se dedica a que sus alumnos sigan, aunque sea de manera mínima, el contenido previsto para el día. Por momentos en el aula hay dos mundos de comunicación, uno el explícito y programado y otro el latente, el emocionante para los chicos, en el que aguardan con excitación la llegada de un trozo de papel con algún mensaje del corazón (intrigas, deseo de establecer una amistad, encuentros secretos, peleas, reencuentros). A veces ha sido tan intenso este segundo mundo comunicativo paralelo, alternativo, que los profesores nos sentimos viviendo una situación de esquizofrenia generalizada. En un mundo estamos nosotros, y en otro ellos, esta superposición comunicativa pone en cuestión precisamente la veracidad de dichos roles, ya que ellos aprenden cuestiones que nosotros nunca enseñamos, mientras que nosotros pretendemos enseñar a un grupo que está en otra cosa. En estas situaciones se percibe cierta teatralización, unos hacen como que enseñan, otros hacen como que aprenden. ¿De qué forma la escuela podría rastrear y rescatar el mundo de los afectos y vínculos juveniles como estímulo para la producción y participación de aprendizajes ligados a estos aspectos y a otros?

La escuela: un espacio socio-afectivo indispensable

“Es que el tema del amor, los afectos y la sexualidad adquiere una relevancia tal en esa etapa de la vida, que no parece ser un aspecto menor al momento de pensar la cotidianidad de la escuela. A menudo esas cuestiones se presentan

como una nota decorativa o un aspecto menor en relación con otros temas que importan a la educación...” (Molina, 2007: 4)

A pesar de todas las contradicciones descritas, y del poco valor que “aparentemente” los alumnos le dan, la escuela pública sigue siendo el único espacio estatal adjudicado a los jóvenes donde pueden encontrarse con sus pares y adultos, con quienes aunque sea cada tanto logran establecer relaciones, conectar desde la palabra, establecer algún que otro diálogo, conocer y acercarse (todo lo que se pueda) al mundo de la lectura y a un conocimiento más acabado, más profundo y diferente que aquel ofrecido por los medios.

Como hemos dicho la escuela pública no cuenta con el repertorio de atractivos de las comunicaciones mediáticas, pero sí con otros recursos comunicativos muy valiosos para los adolescentes que no están siendo explotados; y quizás desde ahí se puedan hacer intentos por salir del desgano, de la apatía, de la desilusión que experimentan los alumnos y también los docentes en las relaciones escolares. Sabemos que en la escuela, los adolescentes pueden vivir experiencias que los medios no pueden ofrecer, como son las interacciones sociales, en estos encuentros cara a cara los alumnos pueden interactuar con otros, expresar cuestiones personales. Según Silvia Duschatsky lo importante no es que los chicos estén en el colegio, sino que vivan una experiencia educativa, donde el colegio deja de ser un espacio físico y pase a ser una relación humana.

Hemos señalado que a pesar de que los medios abren nuevas formas de conocer, la escuela sigue siendo indispensable, los medios no cumplen la función de formar, y además están atravesados por intereses económicos salvajes que los llevan a producir programas vaciados de contenidos en pro del entretenimiento, con bajo costo y amplio público. Mientras que la escuela, con todas sus falencias hace el esfuerzo por formar a los jóvenes; los docentes un tanto a tientas y según las circunstancias de cada grupo tratan de brindar cierto marco de respeto y de valores para la convivencia en un contexto de cambios profundos. Por ejemplo, en este sector social donde hay cierta diferenciación -estereotipada, con algunos rasgos machistas- entre los roles femeninos y masculinos, chicos y chicas en la escuela se ven obligados a compartir en igualdad de condiciones. También, y aunque no se respete debidamente, saben que no deben golpearse, insultarse, estos mensajes impartidos insistentemente desde la escuela promueven la inscripción de marcas más democráticas en las interacciones entre los alumnos.

Por otro lado, en la siguiente entrevista podemos observar como este grupo de alumnas (de 4º. año) hablan de las relaciones con sus profesores, destacando aquellos docentes con los que cuentan para una relación más horizontal, estas alumnas tienen una mirada más afectuosa y reflexiva sobre la escuela que la

habitualmente encontrada en los alumnos de los primeros años, hecho que está relacionado con haber atravesado gran parte de la secundaria:

Paola: hay algunos profesores que no se ponen acorde a nuestra edad. Por ejemplo el profesor este Rogelio nos pregunta,... la Colo también nos pregunta si salimos... se interesa más por nosotros, no solamente porque estudie-mos...

Gloria: por tratar de no ser el profesor y la persona recta, y decir ustedes van a hacer esto... y lo que yo diga... y nada más...

Paola: claroooo, y nosotros los queremos más...

Gloria: es como que quieren estar con nosotros, quieren entendernos, quieren saber más de nosotros, quieren ser otra persona, quieren ocupar el lugar que tiene un hermano mayor, una hermana, un padre o una madre... y vos a ellos los ves más como un amigo que como a un profesor, porque vos vas... si tenés algún consejo que pedir y ellos te aconsejan...

Podemos observar de esta forma que no son sólo los alumnos los que se interesan por un tipo de vínculo más cercano, más personal, algunos docentes también sienten la necesidad de relacionarse de manera más plásticas con sus alumnos; como dijeron en la entrevista hay profesores que “quieren ser otra persona”, no sólo un “profesor y una persona recta”, refiriéndose al estilo de profesor más tradicional. En este sentido Silvia Dutchatzky (1999: 82) destaca el rol no explícito de la escuela en los sectores populares:

“Al parecer, la escuela no sólo funciona como el umbral mínimo de reconocimiento social sino también como el soporte afectivo que viene a suturar relaciones primarias profundamente quebradas (violencia familiar, padres sin trabajo, abandonos, etcétera).”

Cuando le pregunto al mismo grupo entrevistado sobre alguna característica de los profesores que sí les gusta, Mariana dijo “un momento que sea sociable, así en una clase estudiamos y también nos socializamos. Que sé yo... que nos cuente lo que pasa, una vez hablamos sobre el aborto, las violaciones...”

Por otro lado, es cierto que los profesores aún haciendo grandes esfuerzos muchas veces no encuentran la forma de hacer que los alumnos participen más y produzcan cuestiones más creativas en sus horas. La apatía de la que hemos hablado se traduce en una carencia fuerte de participación y producción en relación a las consignas áulicas. Muchas veces, sobre todo en los primeros años de la secundaria, aunque el profesor intente ofrecer una perspectiva en la que predomina la participación y producción, no es nada fácil encontrar el punto para que los alumnos la acepten y accionen en consecuencia. Si bien ellos están a desgano tampoco es simple motivarlos para que se muevan de ese lugar de inacción, aun presentándoles consignas más abiertas o participativas; están acostum-

brados a trabajar en clase de una determinada manera, cumpliendo en mayor o menor medida con sus actividades, trabajos, evaluaciones. Ellos también están formateados para actuar desde un lugar determinado por lo cual imaginar otras situaciones no es nada fácil para los alumnos y tampoco para los docentes.

Por otro lado, si reconocemos que en la actualidad el mundo mediático empapa a los jóvenes provocando en ellos la necesidad de curiosear en sus propias experiencias emocionales y afectivas, sería importante que la escuela tome cartas en este complejo y esencial asunto¹⁰, ya que ella funciona como un espacio privilegiado de aprendizaje de estas cuestiones para los jóvenes, siendo esto así sería fundamental que estos aprendizajes pasaran al circuito formal de aprendizajes escolares con todo el soporte de reflexión crítica que amerita.

Como se empezó diciendo en este trabajo la escuela se encuentra en una encrucijada. Los vínculos que allí proceden y la enseñanza escolar si bien son de una importancia crucial se hallan atravesados de forma constante por un sin sentido de época, por un medio ambiente que pareciera empapar todo de un clima de aburrimiento, de poco entusiasmo. Mientras que por otro lado, hay momentos en el aula que sorprende la alegría, cierto deseo de estar juntos, algo que se dice y produce interés, ganas de trabajar, como un chispazo que se enciende modificando en algo el clima de resignación, y dejando entrever que hay algo por seguir explorando. La problemática descrita produce entre los adultos desasosiego, y falta de estímulo también, pero cuando surgen esos momentos en el aula y son bien aprovechados desde una actitud pedagógica, los docentes e investigadores sentimos que se hace indispensable seguir reflexionando sobre esto y que queda mucho para andar y construir considerando nuevas perspectivas de aprendizajes que hasta hace poco eran relegadas como instancias que debían quedar fuera de la escuela.

Bibliografía

- Abril, Gonzalo (1997)**: Teoría General de la Información, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Abril, Gonzalo (2003)**: Presunciones II, Ensayos sobre comunicación y cultura, Consejería de Cultura, Salamanca, Junta de Castilla y León.
- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max (1981)**: La Industria Cultural en Dialéctica de la Ilustración, Madrid, Editorial Trotta.
- Barbero, Jesús Martín (2002)**: La Educación desde la Comunicación, Argentina, Grupo Editora Norma.

10. Guadalupe Molina (2007: 1) destaca que si bien la escuela es un lugar privilegiado en los aprendizajes afectivos y sentimentales de los alumnos ella no ha considerado este aspecto como relevante en el trabajo educativo y que existen hasta el momento muy pocas investigaciones sociales al respecto

- Barbero, Jesús Martín (2003)**: De los Medios a las Mediaciones, Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- Da Porta, Eva (2000)**: Apuntes para estudiar la mediatización de la cultura. Un estudio de caso, Córdoba – Argentina, Revista Estudios | no. 13.
- Da Porta, Eva**: Actualidad, Escuela y constitución de Identidades (artículo de próxima aparición Secyt-ECI-UNC).
- Duschatzky, Silvia (1999)**: La Escuela como Frontera, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Fernández Enguita, M. (2006)**: Educar en Tiempos Inciertos, Madrid, Editora Morata.
- Freire, Paulo (2004)**: Pedagogía del Oprimido, Sao Paulo, Editorial Paz y Terra.
- Giddens, Anthony (2003)**: Un Mundo Desbocado, Buenos Aires, Editorial Taurus.
- Guber, Rosana (2001)**: La Etnografía / Método, Campo y Reflexividad, Buenos Aires, Editorial Norma.
- Huergo, Jorge (2001)**: Comunicación | Educación Ámbitos, Prácticas y Perspectivas, Argentina, Ediciones de Periodismo y Comunicación Universidad Nacional de la Plata.
- Huergo, Jorge (2004)**: Hacia una Genealogía de la Comunicación | Educación, La Plata – Argentina, Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Maldonado, Mónica María (2001)**: Una Escuela dentro de una Escuela, Un enfoque antropológico sobre los estudiantes secundarios en una escuela pública de los años 90, Argentina, Ediciones Eudeba.
- Mata, María Cristina (1991)**: Radio: Memorias de la Recepción, Revista Diálogos de la Comunicación, no. 30.
- Mata, María Cristina (octubre 1999)**: De la Cultura Masiva a la Cultura Mediática, revista Diálogos de la Comunicación, no. 56, FELAFACS.
- Mata, María Cristina**: La Sociedad de los Públicos Nociones e Historia de su Constitución / Primera Etapa, Informe 2000.
- Mata, María Cristina / Scarafia, Silvia (1993)**: Lo que Dicen las Radios / Una propuesta para analizar lo que dicen las radios..., Quito, Editorial ALER.
- Molina, Guadalupe (noviembre 2007)**: Amor adolescente: el mundo de los afectos entre alumnos secundarios, Revista Digital Facultad de Filosofía y Humanidades UNC, año 20, número 3, Córdoba, Argentina.
- Reguillo, Rossana (2000)**: Emergencia de Culturas Juveniles, Bogotá, Editorial Norma.
- Winocour, Rosalía (2002)**: Ciudadanos Mediáticos, La construcción de lo público en la radio, Barcelona, Editorial Gedisa.

Autores

GONZALO ABRIL: Doctor en Filosofía y Catedrático de Periodismo en la Universidad Complutense, investiga y enseña sobre Comunicación, Semiótica y Cultura, con preferencia por los problemas de la cultura de masas y por los enfoques críticos. Sus últimos libros se han ocupado del análisis de textos visuales: *Cortar y pegar: la fragmentación visual en los orígenes del texto informativo*, Madrid, 2003; *Análisis crítico de textos visuales: mirar los que nos mira*, Madrid, 2007.

CRISTINA DEMARIA: Investigadora en el Departamento de Disciplinas de la Comunicación de la Universidad de Bolonia, Italia, donde enseña Semiótica, Semiótica y Estudios Culturales y Media y conflictos. Se interesa por la teoría del género, la semiótica de la cultura, la memoria y las representaciones de los traumas culturales. Entre sus publicaciones destacan: *Semiotica e studi culturali* (editora, con S. Nergaard), Milán, 2008; *Semiotica e memoria. Analisi del post-conflitto* Roma, 2006, *Teorie di genere*, Milán, 2003.

JUAN MIGUEL AGUADO: Profesor de Teoría de la Comunicación en la Universidad de Murcia, doctor en Ciencias de la Información por la UCM y posgrado en Filosofía y Sociología por la Academia de Ciencias de Polonia. Su trabajo se centra en las aportaciones del pensamiento de la complejidad al estudio de la comunicación y en el impacto sociocultural de los desarrollos tecnológicos.

ISABEL G. GAMERO CABRERA: Licenciada en Periodismo y en Filosofía por la Universidad Complutense. Actualmente prepara su tesis doctoral, centrada en un desarrollo de la obra de Ludwig Wittgenstein aplicado a la actualidad sociopolítica.

ISRAEL V. MÁRQUEZ: Licenciado en Periodismo y Becario FPU en el Departamento de Periodismo III de la Facultad de Ciencias de la Información (Universidad Complutense de Madrid), donde investiga sobre TIC y mundos virtuales.

MARINA MANTINI: Licenciada en Ciencias de la Comunicación y Doctor Europaeus en Cooperación Internacional y Políticas por el Desarrollo Sostenible por la Universidad de Bolonia (Italia). Su campo de investigación concierne a la comunicación de/por la cooperación al desarrollo, especialmente relacionada con los nuevos medios y tecnologías de comunicación de masas, y con la cultura y el medio ambiente.

ADRIANA CELY ÁLVAREZ: Profesora becada de la Universidad del Zulia, Venezuela. Estudiante de Doctorado en la Universidad Complutense de Madrid, programa doctoral: "Planteamientos teóricos, estructurales y éticos de la comunicación de masas".

PAULINA GÓMEZ LORENZINI: Doctora en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y Profesora de la Facultad de Comunicaciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

HÉCTOR FOUCE: Profesor de Comunicación y Semiótica en la Universidad Complutense de Madrid, y de Músicas populares en la Universitat Oberta de Catalunya. Ha sido catedrático de etnomusicología en el Conservatorio Superior de Música de Aragón y periodista musical. Ha publicado los libros *El futuro ya está aquí*, Madrid, 2006, y *La música pop y rock*, Barcelona, 2007.

GRACIELA PADILLA CASTILLO: Personal investigador contratado (FPU).?Licenciada en Periodismo y en Comunicación Audiovisual, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid.

MARÍA CAROLINA SAIZ: Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Tesis de master en el Centro de Estudios Avanzados - UNC. Realiza su tesis doctoral en la Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid.